



La venganza de

# LUGH



*Adriana Rubens*

La venganza de Lugh

Adriana Rubens

Título: La venganza de Lugh

1ª Edición: junio, 2019

© Beatriz Calvet Sánchez, 2019

Diseño de portada y maquetación: Beatriz Calvet Sánchez

*Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del titular del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.*

# ÍNDICE

<a href="#"><u>PRÓLOGO 1</u></a>
<a href="#"><u>PRÓLOGO 2</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 1</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 2</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 3</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 4</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 5</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 6</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 7</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 8</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 9</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 10</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 11</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 12</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 13</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 14</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 15</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 16</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 17</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 18</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 19</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 20</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 21</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 22</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 23</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 24</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 25</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 26</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 27</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 28</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 29</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 30</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 31</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 32</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 33</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 34</u></a>
<a href="#"><u>CAPÍTULO 35</u></a>

[CAPÍTULO 36](#)

[CAPÍTULO 37](#)

[CAPÍTULO 38](#)

[CAPÍTULO 39](#)

[CAPÍTULO 40](#)

[CAPÍTULO 41](#)

[CAPÍTULO 42](#)

[CAPÍTULO 43](#)

[CAPÍTULO 44](#)

[CAPÍTULO 45](#)

[CAPÍTULO 46](#)

[CAPÍTULO 47](#)

[CAPÍTULO 48](#)

[CAPÍTULO 49](#)

[CAPÍTULO 50](#)

[CAPÍTULO 51](#)

[CAPÍTULO 52](#)

[CAPÍTULO 53](#)

[CAPÍTULO 54](#)

[CAPÍTULO 55](#)

[CAPÍTULO 56](#)

[CAPÍTULO 57](#)

[CAPÍTULO 58](#)

[CAPÍTULO 59](#)

[CAPÍTULO 60](#)

[CAPÍTULO 61](#)

[CAPÍTULO 62](#)

[CAPÍTULO 63](#)

[CAPÍTULO 64](#)

[EPÍLOGO 1](#)

[EPÍLOGO 2](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[BIOGRAFÍA DE LA AUTORA](#)

«Solo aquellos que creen en la magia  
están destinados a encontrarla».  
Autor desconocido

# PRÓLOGO 1

Hace mucho tiempo, cuando los dioses poblaban la tierra, una raza de poderosos guerreros habitó Irlanda. Eran los Fomoré, o fomorianos, descendientes de la diosa Domnu, seres divinos llegados de tierras más allá del océano desconocido; criaturas de fuerte temperamento que estaban asociadas a la noche y a la naturaleza en su estado más salvaje.

Los fomorianos estaban dirigidos por varios reyes, la mayoría de ellos despóticos y crueles, pero, sin duda, el más temible de todos era Balor, el guerrero de un solo ojo.

Cuenta una leyenda que Balor mantenía un romance con Idris, una poderosa druidesa. Cada día, Idris le echaba las runas a su amado para asegurarse de que el destino le fuera propicio frente a sus enemigos, los Tuatha dé Danann, también conocidos como danianos. Sin embargo, en una de aquellas ocasiones, las runas auguraron que, en un futuro, él encontraría la muerte bajo la mano de uno de sus propios nietos.

Como por aquel entonces, Balor solo poseía una hija pequeña, decidió burlar a su destino y la encerró en una torre de cristal en la isla de Tory, custodiada por doce mujeres con el único cometido de mantenerla alejada de los hombres con el fin de que nunca pudiese concebir hijo alguno. Así pues, Ethniu, que así se llamaba la hija de Balor, pasó los años recluida en aquella torre, hasta convertirse en una joven de gran belleza.

Narran los bardos que, no muy lejos de donde ella estaba custodiada, vivía un joven y apuesto daniano llamado Cian, que poseía una vaca mágica que daba siempre leche y que confería a aquel que la bebía una inusitada fuerza.

Balor, que codiciaba tal posesión, un día la robó.

Dispuesto a recuperar su tesoro, Cian solicitó la ayuda de Biróg, una druidesa tan poderosa como Idris. Creyendo que la vaca estaba en la isla de Tory, Biróg lanzó un hechizo para que las doce mujeres que custodiaban la torre cayeran en un profundo sueño y así el joven daniano pudiese acceder a ella sin contratiempos. Pero cuando Cian se adentró en aquel lugar, a quien

encontró, en vez de a su vaca, fue a la hermosa Ethniu.

La joven se enamoró, al instante, del apuesto daniano. Por su parte, prendado de su belleza, Cian no pudo evitar seducirla. Disfrutaron de una noche de pasión y, aunque quiso llevarla consigo, Biróg les hizo comprender que su futuro juntos no era posible. Ethniu no podía abandonar aquella torre o Balor emprendería una guerra que asolaría Irlanda. Así pues, los jóvenes amantes se separaron entre lágrimas, dispuestos a vivir tan solo con el recuerdo de la noche compartida. No obstante, el destino quiso que la semilla de Cian arraigara en el vientre de Ethniu y, para consternación de todos, nueve meses después, la muchacha dio a luz a trillizos.

Cuando Balor se enteró de la noticia, montó en cólera y, para evitar que la profecía se pudiese cumplir, arrojó a los tres bebés al océano desde lo alto de la torre, con la intención de darles muerte. Pero la druidesa Biróg, advertida por las runas, consiguió salvar a uno de ellos.

Para mantener su existencia oculta de Balor, lo dejó bajo la custodia de Manannán, un poderoso dios marino, que lo entrenó para que se convirtiera en un héroe de leyenda y cumpliera, un día, la profecía de acabar con Balor.

Aquel bebé fue llamado Lugh y creció hasta convertirse en un apuesto hombre y en un talentoso guerrero. Pronto se ganó la reputación de ser feroz en la batalla, rápido de mente y hábil en todo aquello que se proponía.

Cumpliendo con su destino, Lugh se puso al frente de los danianos y lideró la batalla contra Balor y su ejército fomoriano. Haciendo uso de la Lanza de Assal, uno de los cuatro tesoros mágicos de los Tuatha dé Danann, Lugh dio muerte a su abuelo y cumplió la profecía, poniendo, así, fin a la guerra con los fomorianos.

Cuando se enteró de la muerte de Balor, Idris juró hacer uso de la magia más oscura para traer a su espíritu de vuelta, incluso si con ello hacía peligrar el equilibrio de la naturaleza.

Para que esto no sucediera, Biróg solicitó la ayuda de Dagda, el Dios Supremo de los danianos y Señor de la Magia. Juntos elaboraron un hechizo tan poderoso que consiguió encerrar el espíritu del rey fomoriano en una piedra mágica. De esa forma, Balor no podría reencarnarse jamás.

Biróg escondió la piedra fuera de Irlanda, en una tierra tan hermosa y salvaje como la suya propia: Brigantia, y la protegió hasta el día de su muerte.

Durante generaciones, las descendientes de Biróg, herederas de los poderes mágicos de la druidesa, custodiaron la piedra para mantenerla a salvo



del mal.

Y así fue, hasta la llegada de Alexandre Quiroga.

## PRÓLOGO 2

**E**ra noche cerrada y el viento aullaba en el exterior, siniestro y amenazador, pero las dos personas que estaban en aquella habitación, mientras el fuego del hogar crepitaba, se sentían a salvo, al menos de la tormenta.

*Y entonces, Lugh, armado solo con su lanza mágica, se enfrentó, con valentía, al temible Balor. En el momento en que alzó su brazo para tomar impulso en el lanzamiento, la lanza de Assal cobró vida y las llamas la envolvieron. Un fuego mágico que solo se apagaría cuando se mojase en la sangre del que estaba destinada a abatir.*

*Con un movimiento veloz, la lanza surcó el cielo hasta clavarse, de forma certera, en el pecho de Balor, dándole muerte en el acto.*

*Y fue así cómo los Tuatha dé Danann vencieron a los salvajes Fomoré.*

*Desde entonces, Lugh ha sido alabado y venerado como el mayor héroe de los danianos; el incomparable dios del Sol; la perfección encarnada en...*

—No creo que me gustase alguien así.

Eleonora Osorio detuvo la lectura de aquella leyenda celta y clavó los ojos en su hija. Lejos de estar adormecida, la observaba con fijeza desde su lecho, atenta a cada una de sus palabras. Abrazaba con cariño a Nora, una muñeca de trapo que Eleonora le acababa de regalar. Medía cincuenta centímetros de largo y estaba elaborada por un talentoso artesano que había cuidado hasta el mínimo detalle de ella, desde el pelo de lana color morado, peinado con dos trenzas, hasta el vestido blanco con flores lavanda. Su cuerpo, suave y mullido, invitaba a los achuchones.

Un regalo de despedida, aunque la niña todavía no lo sabía.

—Es normal, Balor era un ser malvado y temible —comentó, mientras se levantaba, con pesadez, de la mecedora desde donde estaba leyendo y se acercaba, con paso vacilante, hasta sentarse a su lado en la cama.

—No me refiero a Balor, hablaba de Lugh.

—¿Qué quieres decir?

—Las leyendas dicen que era... perfecto —respondió la niña, después de una breve vacilación, a falta de encontrar una palabra mejor para describir semejante dechado de virtudes—. Estoy segura de que una persona que lo hace todo bien debe de ser insufrible —reflexionó, al tiempo que hacía una mueca de desagrado.

—¿Insufrible? ¿Dónde has oído tú esa palabra? —inquirió Eleonora, con una sonrisa.

—Me lo dice Drua cuando no le hago caso —admitió la niña y arrugó su pequeña nariz de una forma encantadora.

Eleonora sonrió ante aquel gesto tan suyo. La miró con ojo crítico. A pesar de que solo tenía ocho años, auguraba ser una belleza cuando fuese mayor, con un rostro de rasgos delicados, espesa melena de rizos oscuros y ojos castaños de mirada profunda.

Lástima que ella no fuera a estar a su lado en su transformación de niña a mujer. Y ahora, tenía que encontrar la forma de hacérselo comprender.

Aunque no era su intención, la pena debió de reflejarse en su rostro porque la pequeña la observó con atención.

—Otra vez estás triste.

—Me voy a tener que ir, *miña ruliña*<sup>[ii]</sup> —confesó Eleonora, y una lágrima solitaria y silenciosa rodó por su mejilla.

—Lo sé —musitó la pequeña, y en sus ojos había tanto desconsuelo que sintió que su corazón se quebraba.

—¿Lo sabes?

—Anoche soñé con ello.

Eleonora asintió con un nudo en la garganta. Su hija tenía el don de la clarividencia, veía las cosas antes de que sucedieran a través de sueños premonitorios o visiones que la asaltaban de repente, sin que pudiese evitarlas o controlarlas. Un don que, como descendientes de Biróg, tenían la mayoría de las mujeres de la familia Osorio.

—¿Qué soñaste?

Por un segundo, la expresión de la niña fue de desolación, pero enseguida compuso una sonrisa tranquilizadora. La tristeza y el miedo que subyacía en su gesto, y que trató de ocultar, le rompió el corazón. Era tan valiente... Y la iba a dejar sola con un hombre que iba a disfrutar quebrando su espíritu.

—No te preocupes por mí, *nai*<sup>[iii]</sup>. Estaré bien —aseguró, mostrando más

coraje que el que debería de tener cualquier niña de su edad.

Era muy posible que hubiese engañado a otra persona. Había aprendido a mentir para lidiar con las restricciones que imponía su padrastro, y lo hacía de forma magistral, pero Eleonora la conocía y supo que no decía la verdad.

Nunca podría estar bien en manos de Alexandre Quiroga.

—¿Por eso me has regalado a Nora? —adivinó la pequeña.

—Es una muñeca muy especial —susurró, en tono confidente—. Tenla siempre cerca de ti y te protegerá de tus pesadillas, ¿has entendido?

La niña asintió, solemne.

—¿Recuerdas la historia que te conté sobre la noche en la que conocí a tu verdadero padre?

—En el solsticio de verano —respondió. Esta vez su sonrisa era sincera, aunque teñida de melancolía—. Estabas en la universidad y te escapaste con dos amigas para pasar unos días en la isla de Arosa para la celebración de la noche de San Juan. Las hogueras resplandecían bajo el cielo estrellado y la música os envolvía —Se sabía el guion de memoria. Eleonora le había contado aquella historia muchas veces antes de dormir, desde que era un bebé—. Y entonces lo viste a través del fuego. Vuestras miradas se cruzaron y ya no se pudieron separar.

—Fue un flechazo —convino ella.

—Eso debió de doler —reflexionó la niña, que seguro que había entendido sus palabras en sentido literal.

—Más de lo que piensas, pero no por lo que crees.

Aun después de los años pasados, su cuerpo todavía se estremecía al recordar la imagen del hombre que le robó el corazón años atrás: su cuerpo alto y musculoso, sus vivaces ojos azules y su cabello rojo, de un tono tan intenso que rivalizaba con el del fuego. En sus brazos pasó cinco noches llenas de pasión y ternura que la marcaron más de lo que nunca hubiese podido imaginar.

—Tu padre me pidió que escapara con él a su tierra, a Irlanda, pero no lo hice. En aquel momento, no sabía que tú ibas a nacer nueve meses después.

—Fui una sorpresa —afirmó la niña, con una expresión pícaro que iba a causar estragos cuando fuese mayor.

—La mejor de las sorpresas —confirmó Eleonora, con la voz rebotante de amor.

A decir verdad, cuando supo que se había quedado embarazada con

apenas veinte años, pensó que su vida se iba a acabar. Tuvo que dejar la universidad y regresar a la casa de sus padres, en un pueblecito del Valle de Quiroga, para afrontar la vergüenza de ser madre soltera en una pequeña comunidad anclada en el pasado.

Pocos años después, Alexandre Quiroga entró en su vida y lo cambió todo. El hombre acababa de enviudar y buscaba una madre para su hijo. Eleonora se dejó embelesar por su apostura, su riqueza y sus palabras de amor. Prometía un hogar para ella y para su hija pequeña Y ella lo creyó.

Al poco tiempo de casarse, se dio cuenta de su error, pero, para entonces, ya fue demasiado tarde. Estaba atrapada dentro de la secta de los Hijos de Breogán, dirigida por Alexandre Quiroga. Y ahora, la piedra de Biróg, aquella que había jurado proteger hasta la muerte, estaba en su poder.

—¿Por qué no escapaste con mi padre?

Eleonora se había hecho aquella pregunta infinidad de veces.

—Porque mi destino era otro —respondió finalmente, al tiempo que se llevaba una mano al vientre hinchido—. Yo estaba predestinada para llevar en mi vientre a la hija de Alexandre y tu deber será protegerla para que logre lo que las runas han augurado para ella.

Como si hubiese intuido su contacto, el bebé que se gestaba en su interior se movió. Una criatura fruto de una relación de abusos y crueldad, pero que había llegado a amar a pesar de que nunca la iba a poder tener en brazos.

—Te doy mi palabra de que haré lo que sea necesario para protegerla — juró la niña, con gesto solemne.

Y Eleonora la creyó.

Alana cumpliría aquella promesa, aunque tuviera que perder su alma por ello.

# CAPÍTULO 1

**A**cababa de amanecer, pero el camino continuaba en penumbra, oscurecido por las sombras de los abedules y los robles que lo bordeaban. La noche había sido especialmente fría y húmeda, y pequeñas gotas de rocío salpicaban las hojas de los arbustos que tenía alrededor.

Alana avanzaba, zancada a zancada, con paso firme y ritmo regular, controlando en todo momento su respiración.

Era cuestión de concentración.

Inspirar. Expirar. Inspirar. Expirar.

Paso a paso.

Sin detenerse.

Sin mirar atrás.

Se abstrajo en los sonidos que la envolvían: sus pisabas sobre la tierra, todavía húmeda, su propia respiración, el latido de su corazón marcando el ritmo como un tambor. Pum-pum. Pum-pum. El murmullo de las hojas mecidas por el viento, el tímido canto de los pájaros... No había mejor lista de Spotify para correr que aquello.

Fue acelerando el paso poco a poco, hasta comenzar a correr como si tratase de escapar de algo o de alguien. En cierta forma, así era; había una sombra que oscurecía su vida y de la que no se podía despegar.

El corazón comenzó a retumbarle en los oídos. Los músculos de las piernas protestaron por el esfuerzo. No obstante, no se detuvo. Más. Un poco más.

Y, entonces, lo vio. El mirador de Bustelo. Su destino.

Dejó escapar un resuello cansado cuando por fin se detuvo allí, mientras se doblaba sobre sí misma, tratando de encontrar el aire por el que clamaban sus pulmones.

Cuando su cuerpo por fin se relajó, pudo dedicarse a disfrutar del paisaje. El sol jugaba con las nubes que salpicaban el cielo, creando un caleidoscopio de luces y sombras sobre la tierra. Las frondosas montañas, cubiertas de pinos, estaban envueltas por una capa de niebla que parecía arroparlas como

una manta. Un río serpenteaba tranquilo hasta perderse en el horizonte.

El Valle de Quiroga.

El lugar donde había nacido y donde descansaba el cuerpo sin vida de su madre. Una tierra sobre la que había derramado muchas lágrimas de tristeza y muy pocas de alegría. Era su hogar y lo amaba. Y, aun así, siempre se había sentido fuera de lugar allí.

A su mente acudieron las palabras que su madre, Eleonora, le dijo la última vez que subieron juntas hasta el mirador, en uno de sus habituales paseos. Algo que la indujo a que guardara en el más absoluto secreto:

*—Escúchame, miña ruliña, las descendientes de Biróg tenemos el don de ver el futuro de los demás y debemos actuar en consecuencia, aunque en muchas ocasiones nuestro propio porvenir se presente borroso ante nuestros ojos —había explicado Eleonora, con la mirada perdida en el horizonte—. He visto tu futuro y sé que tu destino está lejos de aquí. Tú estás predestinada a caminar entre los dioses de Irlanda. Pero el camino no será fácil para ti. Deberás mancharte las manos con la sangre del hombre que amas para poder salvar tu vida y la de aquellos a los que más quieres. Solo si empleas tu don con sabiduría, lograrás que el destino juegue a tu favor.*

*—No entiendo lo que me quieres decir —respondió Alana, confusa.*

*—Lo sé, hija, pero un día lo entenderás.*

En la actualidad, seguía sin entender las palabras de su madre y ella ya no estaba allí para poder explicárselas. Dos meses después de aquello, había muerto dando a luz a una preciosa niña que llevaba el nombre de su madre.

Una cosa estaba clara: Eleonora había estado equivocada. El destino de Alana no era caminar entre los dioses de Irlanda, ni tampoco estaba lejos de allí. Su destino estaba ligado a los Hijos de Breogán, a Alexandre y, muy pronto, a Yago.

Un sonido lejano llamó su atención, sacándola de sus pensamientos. Sus ojos otearon el cielo en busca de su origen: un águila real bailando, en las alturas, con sus alas desplegadas. Bella. Poderosa. Libre.

Alana no envidiaba su belleza ni su poder, tan solo su libertad.

Ella también deseaba abrir los brazos y emprender el vuelo lejos.

Alejarse de sus obligaciones.

De su destino.

De los Hijos de Breogán.

De Yago.

De Alexandre.

Solo de pensar en su padrastro, se le revolvió el estómago por las náuseas. Le habían enseñado a adorarlo y, aun así, lo odiaba con toda su alma. Él era como una sombra que oscurecía todo lo que tocaba, sacando lo peor de la gente. Se aprovechaba de los miedos y de las debilidades humanas para atrapar a cualquier incauto en su telaraña de poder y control. Pero nadie más parecía darse cuenta de ello.

Como si su pensamiento lo hubiese invocado, su móvil comenzó a vibrar en el bolsillo de la sudadera que llevaba puesta. Antes de ver la pantalla, supo que era él y cogió la llamada, con renuencia.

—Necesito que vengas. Ahora. —Su tono no admitía réplica y colgó antes de que ella pudiera emitir palabra alguna.

Alexandre tenía la certeza de que ella acudiría tan rápido como le fuera posible y no se equivocaba. Después de todo, ella, al igual que todos los Hijos de Breogán, estaba bajo su dominio.

Después de echar un último vistazo al hermoso paisaje que se presentaba ante ella, emprendió el regreso hacia el Pazo de Breogán.

Media hora después, traspasaba a la carrera las puertas de los altos muros de cantería, coronados por almenas, que lo rodeaban.

Sintió sobre sí las miradas penetrantes de los guardias armados que custodiaban el lugar, pero las ignoró. Ellos eran el enemigo.

No apreció la imponente arquitectura señorial del recinto, que evocaba al barroco de finales del siglo XVII, y que estaba compuesto por diferentes edificios presididos por una torre de cuatro plantas con base octogonal y decorada con diversos elementos naturalistas. Aquella era su prisión.

Tampoco valoró los hermosos jardines en cuyo centro se hallaba una estatua de granito de Breogán, ni la belleza de las fuentes bordeadas de setos de boj, ni los parterres llenos de azaleas, hortensias, camelias y rododendros. Todos aquellos detalles lo único que conseguían era convertir su cárcel en una jaula de oro.

Cruzó el patio, con presteza, para dirigirse al edificio principal. A pesar de lo temprano que era, el recinto bullía de actividad para llevar a cabo los preparativos de la celebración del equinoccio de primavera.

Aquel era el día de Ostara, la divinidad de la luz radiante, y los Hijos de



Breogán iban a festejar el fin del frío invierno. Un día de música y banquetes; de juegos en los que se perseguían liebres, se regalaban huevos y se invocaba a la diosa para que concediese cosechas abundantes; una noche en la que se encendían hogueras y las parejas enaltecían la pasión carnal, esperando que Ostara les bendijera con un hijo.

Alana se adentró en el edificio principal y saludó, de forma distraída, a tres mujeres que se encontraban limpiando en el *hall* de entrada. No se sorprendió cuando, como respuesta, solo recibió tres miradas de cautela, teñidas de reprobación.

En parte, las merecía. Desde la noche del accidente, se había convertido en una paria social. Tampoco le afectaba demasiado. Había crecido con las murmuraciones y la etiqueta de «bastarda» a sus espaldas, así que estaba acostumbrada a ser el foco de la censura.

Aun así, como hijastra de Alexandre, Alana había tenido el privilegio de educarse en los mejores colegios, de estudiar en la universidad y de tener todo aquello que quisiera. Pero sus concesiones tenían una condición: obediencia total a su padrastro y una considerable falta de libertad.

Él controlaba su vida, de igual forma que controlaba a todos los Hijos de Breogán. Alexandre Quiroga tenía las llaves de su jaula de oro y Alana tan solo podía soñar con la libertad.

—¿Otra vez soñando despierta?

Aquella voz la sorprendió justo cuando iba a subir las escaleras que daban al primer piso, donde estaba su habitación.

No tuvo que girarse para saber quién era: Yago, el hijo de Alexandre.

El hombre que, si nadie lo impedía, aquella noche la iba a violar.

## CAPÍTULO 2

Alana se giró hacia Yago y le dedicó una fría sonrisa.

—Prefiero soñar despierta que hacerlo dormida. Las serpientes rastreras acechan de noche.

Su réplica hizo que el hombre soltara una carcajada.

Las tres mujeres que deambulaban por allí, limpiando, detuvieron sus labores y lo miraron, embobadas.

Sí, Yago presentaba una bonita estampa. Tenía veintiocho años, ojos verdes y una lustrosa mata de pelo azabache. Poseía unas facciones muy masculinas y una complexión fuerte y atlética que, añadido a sus dos metros de altura, lo hacían imponente. Pero para ella, no era más que un niño mimado y consentido dentro del cuerpo de un hombre. Sin duda, el «Gastón» de la película *La Bella y la Bestia*.

Tenía buen carácter, siempre que consiguiera lo que quisiera, pero cuando no lo hacía, podía llegar a ser cruel. Se habían criado juntos y Alana sabía muy bien de lo que era capaz. También sabía que Yago la deseaba, incluso puede que se creyese enamorado de ella, pero era realista al respecto: Él solo se amaba a sí mismo. Decía quererla porque ella era la única mujer del pazo entre dieciocho y veinticinco años que no había caído presa de su encanto y, por ello, se había convertido en un desafío. Un desafío que pensaba ganar a toda costa.

Eso no era amor.

Aun así, si los rumores que habían llegado hasta sus oídos se confirmaban y Yago la reclamaba durante la velada, Alana no podría oponerse. Si una mujer no elegía pareja por voluntad propia antes del equinoccio de primavera del año en que cumplía veinticinco años, cualquier hombre soltero podía reclamarla en la noche de Ostara, si Alexandre aprobaba la unión.

Eran sus costumbres.

—¿Otra vez has salido a correr?

—Ya sabes que lo hago siempre que puedo.

«Sobre todo si es para alejarme de ti», completó, para sus adentros.

Sintió la mirada de Yago recorrer su cuerpo con admiración y lascivia, y se cruzó los brazos sobre el pecho, de forma instintiva.

—Se me ocurren mejores cosas que tú y yo podríamos hacer para sudar que ir a correr por la montaña de buena mañana —observó Yago con tono seductor y cogió, entre sus dedos, uno de los rizos oscuros que habían escapado de la coleta de Alana.

—Pues a mí no se me ocurre ninguna que tenga que ver contigo —repuso ella, mientras le daba una palmada en la mano para que soltase su pelo.

Yago la miró, contrariado. Sus ojos se desviaron hacia las tres mujeres que los observaban sin disimulo y endureció sus facciones.

—Te convendría ser más amable conmigo —masculló, cerniéndose ante ella.

—Y a ti te convendría no acercarte tanto a mí —contraatacó Alana, sin amilanarse.

Se giró, dispuesta a subir a su habitación y dejarlo allí plantado, pero él la detuvo, cogiéndola de la muñeca, y sonrió. Una sonrisa que la dejó helada.

—Te comportas como si fueras mejor que yo, como si fueras mejor que todos los que vivimos aquí, y no eres más que una bastarda desagradecida —murmuró Yago, sin perder la sonrisa, mientras atenazaba su piel con crueldad—. Lo que necesitas es un hombre entre las piernas que te baje esos humos de reina que tienes. Y, esta noche, lo vas a tener —añadió, y la atrajo contra él con un movimiento violento.

Aprisionó sus manos en la espalda, lo que hizo que sus cuerpos quedasen muy pegados. Un segundo después, apresó su boca de forma avasalladora. El hombre violó sus labios sin consideración alguna con un beso agresivo, destinado a dominarla, pero Alana nunca se iba a dejar doblegar ante alguien como él. En la primera ocasión que tuvo, mordió su lengua con saña y tuvo la satisfacción de escuchar su gemido de dolor.

—¡Hija de puta! —rugió Yago, al tiempo que se separaba de ella.

Pese a las circunstancias, a Alana se le escapó una sonrisa al escuchar su voz gangosa.

Las tres mujeres que los observaban también intercambiaron unas risitas ante lo que había sonado como «higa de buda».

Yago enrojeció al ser consciente de que estaba siendo el foco de su diversión. Sus facciones se contrajeron de furia y su mirada se tornó ominosa. Conscientes de su mal humor, las mujeres se retiraron apresuradas a continuar

con sus quehaceres.

Alana quedó sola frente a él. En cuanto vio que Yago miraba alrededor para ver si estaban solos, supo lo que iba a pasar a continuación. Cuando él se sentía avergonzado por algo, lo devolvía con violencia. Como a cámara lenta, le vio levantar el puño y se preparó para recibir el golpe. No sería la primera vez que le pegaba, ni tampoco sería la última. Normalmente en el estómago, aunque hubo una vez en que le había pellizcado el pecho de tal forma que lo tuvo morado durante una semana.

Nunca en la cara. No desde la noche antes de su decimoctavo cumpleaños, que le hinchó un ojo y le partió el labio, y Alexandre intervino. No le dijo que no la volviera a pegar, solo le dijo que, cuando lo hiciera, se asegurara de que no hubiera testigos y de que las marcas quedaran ocultas debajo de la ropa. De esa forma, Alana no despertaría compasión y Yago no sería mal visto en la comunidad.

Después de aquello, ella no dejó de repasar en su mente los recuerdos de su madre, preguntándose cuántos golpes le habría ocultado la ropa.

—Vas a aprender a respetarme, aunque sea a golpes —gruñó Yago, justo antes de descargar su puño contra su abdomen, con contundencia.

El impacto la hizo doblarse sobre sí misma. El dolor la dejó sin aliento. Un ligero mareo nubló sus ojos, hasta el punto de pensar que se desmayaría. Pero no lo hizo. Se concentró en respirar y, al cabo de un par de segundos, consiguió sobreponerse lo suficiente como para volver a erguirse ante él.

—Nunca tendrás mi respeto —musitó, y le sostuvo la mirada, con valentía.

—Eso es porque no te he pegado lo suficiente —replicó Yago, y volvió a levantar su puño.

—¡Yago!

Los dos se giraron, sorprendidos, hacia la voz femenina que acababa de interrumpirlos. Drua. Si había sido testigo del anterior golpe, no lo manifestó. Si era consciente de que, con su aparición, acababa de impedir que Yago le diera otro puñetazo, tampoco lo demostró.

—Alexandre te está buscando —explicó, con el rostro inexpresivo.

El semblante del hombre mudó al instante.

—Gracias por avisar, Drua —repuso.

Se giró de nuevo hacia Alana y le dedicó una sonrisa a modo de despedida. Una sonrisa tan bella, inocente y encantadora que Alana parpadeó

al verla.

«Este hombre es bipolar», pensó mientras lo veía alejarse tarareando una cancioncilla. «Un psicópata bipolar», aclaró para sus adentros.

—Será mejor que subas y te des una ducha rápida —indicó Drua, sacándola de sus pensamientos—. Alexandre también quiere verte.

—Sí, lo sé —musitó y se dispuso a subir las escaleras.

Su atención se detuvo por un momento en la figura de la mujer.

Drua era una de esas mujeres de edad indefinida, pues, aunque su cabello era de un tono platino, su tez continuaba siendo tersa. Era hermosa, de carácter tranquilo y el cuerpo delgado y menudo. Había todo tipo de rumores alrededor de ella: el más extendido decía que era la amante de Alexandre. La única verdad indiscutible era que él parecía apreciarla y la mantenía siempre a su alcance.

En otro tiempo, aquella mujer había sido como una segunda madre para ella y en sus ojos azules había encontrado cariño. Pero eso había sido antes de la fatídica noche en la que sus esperanzas por huir de aquel lugar se esfumaron. Ahora solo hallaba reproche en su mirada.

Aun así, Drua siempre intercedía por ella y la intentaba proteger.

—Gracias —susurró, no por darle el recado de que Alexandre la esperaba, sino porque tenía la sospecha de que había intervenido en aquel momento para protegerla.

La mujer respondió a su agradecimiento con un ademán de cabeza.

Estaba llegando al final del primer tramo de escalera cuando la oyó decir su nombre. Se giró hacia ella y le preguntó en silencio.

Drua abrió la boca para decir algo, pero luego la cerró y suspiró.

—Todo sería más fácil para ti si aceptases tu destino y te mostrases más dócil —declaró la mujer.

—El día que sea dócil ante un destino que no he elegido, será el día que haya dejado de ser yo misma —aseguró Alana, y continuó subiendo las escaleras.

## CAPÍTULO 3

**T**reinta minutos después, Alana se acercó al despacho de Alexandre con el mismo entusiasmo con el que un condenado se presentaba ante un pelotón de fusilamiento. Iba a llamar a la puerta, pero antes de que su mano golpease la madera, esta se abrió y ante ella apareció el rostro sonriente de Yago.

—Alana ya ha llegado —anunció en voz alta, sin apartar la mirada de ella.

—Dile que espere —ordenó Alexandre desde dentro.

Yago salió del despacho, cerrando la puerta tras de sí.

Al ver su sonrisa de satisfacción, ella sintió náuseas.

—Espero que te pongas guapa para mí esta noche —musitó en su oído, provocándole un estremecimiento de repulsión, antes de alejarse silbando.

Aquel comentario confirmaba sus peores temores: acababa de obtener el permiso de Alexandre para reclamarla en la noche de Ostara. De lo contrario, no se mostraría tan complacido.

La voz de una mujer, desde el interior del despacho, captó su atención: era Drua. Yago no había cerrado la puerta del todo y había una pequeña rendija por la que se podía escuchar su voz. Alana se acercó y oteó por la ranura. Pudo vislumbrar su espalda esbelta. La mujer estaba parada delante del escritorio de Alexandre.

Observó la escena mientras agudizaba el oído para escuchar mejor.

—No puedes permitirlo.

—Es mi hijo. Un enlace entre ellos me complacería.

—Te lo he dicho muchas veces. Alana es especial.

—¿Insinúas que mi hijo no es lo suficientemente bueno para ella?

—Lo que te digo es que las runas tienen pensado algo diferente para esa muchacha.

—¿A qué te refieres?

—A que ha llegado el momento que estábamos esperando.

Un tenso silencio inundó la habitación por un par de segundos.

—¿Irlanda?

—Sí. Las runas me han hablado hoy.

—Tendrás que convencerme para que no se la entregue a mi hijo antes de que se vaya —comentó, al fin, Alexandre, mientras se ponía de pie.

Alana lo vio rodear el escritorio hasta detenerse frente a Drua. Con un gesto violento, la sujetó por el cabello y la besó.

«Padre e hijo comparten la misma técnica de seducción», pensó con desagrado al observar cómo Alexandre la besaba con dureza. Pero, al ver la sonrisa de Drua cuando el beso terminó, cambió de opinión, pues parecía que a ella sí que le agradaban ese tipo de atenciones.

Con una mirada seductora, la mujer se arrodilló despacio delante del hombre.

Un brillo en el pecho de Alexandre captó la atención de Alana: una joya de diseño celta en cuyo centro se encontraba una gema de cristal de cuarzo de color blanquecino. La Piedra de Biróg. El amuleto que, según la leyenda, mantenía cautiva el alma del temible Balor y que había pasado de generación en generación entre las descendientes de la druidesa Biróg.

Había pertenecido a la madre de Alana hasta que Alexandre se lo arrebató al poco de casarse. Ahora, él siempre lo llevaba colgado en el cuello. Nunca se lo quitaba. Tal vez por ello, los poderes de su padrastro se incrementaban día a día.

Apartó la mirada en el momento en que Drua comenzaba a desabrocharle el pantalón y se alejó varios pasos de la puerta para darles intimidad.

Varios minutos después, Drua, con el rostro inexpresivo, abrió la puerta y la invitó a pasar con un gesto.

Alexandre se encontraba de nuevo sentado detrás de su escritorio, con una sonrisa de satisfacción rezumando por sus labios. Sonrisa que desapareció al verla aparecer. Pese a que tenía cincuenta y cinco años, el hombre se encontraba en perfecta forma física y conservaba su atractivo moreno.

—Yago me ha contado que tu visita a Italia ha sido infructuosa —murmuró, y sus ojos verdes se entrecerraron, señal de que estaba disgustado.

—Los informes decían que había una chica de veintisiete años que tenía el poder de controlar el fuego con la mente, pero no era más que una pirómana en potencia con conocimientos de química avanzada y ahora se encuentra bajo tratamiento psiquiátrico —explicó ella, al recordar su última misión.

A eso se dedicaba, a ir de un lugar a otro del mundo, persiguiendo rumores, habladurías, noticias o cualquier otra pista que pudiera desvelar la

naturaleza mágica de alguna persona. En la mayoría de los casos, una investigación minuciosa acababa desvelando alguna explicación racional ajena al mundo sobrenatural. Pero, en alguna ocasión, conseguía dar con alguna persona perteneciente al linaje de Breogán, cuyos descendientes se habían diseminado hacía tiempo por todo el globo terrestre. Un gen que compartían solo unos pocos y que les confería una energía especial que les permitía desarrollar habilidades mágicas. Un don. Esos era los elegidos para formar parte de los Hijos de Breogán y eran captados por la secta.

Porque sí, por mucho que todos lo quisieran llamar *familia*, Alana tenía claro que formaba parte de una secta.

—Me decepcionas —musitó Alexandre, con voz suave—. En este último año solo has encontrado a un candidato, mientras que Yago ha conseguido captar a tres.

Alana bajó la mirada para aparentar que las palabras de su padrastro la acongojaban, pero en verdad lo hizo para esconder su sonrisa. Lo cierto era que había encontrado a cuatro personas que cumplían con los requisitos, pero había presentado informes desfavorables sobre tres de ellas para liberarlas de la influencia de Alexandre. Por desgracia, la cuarta, una niña argentina de nueve años con poderes telequinéticos, estaba tan aterrada por su don que no le había quedado más remedio que llevarla al pazo para que allí aprendiese a controlar sus poderes.

—Lo siento, intentaré ser más eficaz.

—Eso espero, pero no te he llamado aquí para comentar esto. La razón es otra: mi hijo te desea. Acaba de pedirme permiso para hacer efectivo vuestro enlace esta noche, en la festividad de Ostara.

«Hacer efectivo vuestro enlace», bonita forma de referirse a lo que iba a ser una violación en toda regla.

—¿Qué tienes que decir al respecto? —prosiguió.

—¿Se me permite hablar con libertad?

—Me interesa conocer tu opinión —repuso Alexandre, sin responder con claridad a su pregunta.

—No deseo ese enlace —admitió ella, a sabiendas de que si le había pedido su opinión era por curiosidad, no porque la fuera a tener en cuenta.

—Vuestra unión me complacería mucho —musitó su padrastro, al tiempo que entrecerraba los ojos.

Alana se mordió el labio para contener una réplica, un grito, un llanto. En



cambio, mantuvo la vista al frente y una máscara inexpresiva en el rostro. Si esa unión complacía a Alexandre, no había nada más que decir.

—Pero Drua me ha recordado que tienes una misión más importante que cumplir —continuó diciendo, captando de nuevo la atención de Alana—. Si aceptas llevarla a cabo, mantendré a Yago lejos de ti.

—¿Cuál? —instó ella, con una mezcla de desconfianza y esperanza.

—Como bien sabes, las tres razas que conviven en Irlanda, danianos, fomorianos y milesianos, están sujetas al Pacto de Tres. Un acuerdo que firmaron hace miles de años por el cual, los danianos y fomorianos habitarían en el subsuelo, y los milesianos en la superficie, como protectores de la magia. Cualquier manifestación mágica está prohibida aquí arriba —añadió, con un gesto desdeñoso—. Como es normal, cada vez hay más descontentos con ese acuerdo. Los seres mágicos están cansados de vivir en la sombra.

—¿Y qué papel desempeñaré yo en todo eso?

—Tú, mi querida niña, vas a comenzar una revuelta —afirmó Alexandre, con una sonrisa fría—. Cuando alguien se siente frustrado o disconforme, solo hace falta una palabra en el momento adecuado para conseguir una rebelión. Vas a ser la serpiente que destruya el Paraíso —concluyó, con satisfacción.

El corazón de Alana se saltó un latido.

—¿Por qué yo? ¿Por qué no envías a Yago?

—Yago es muy útil para ciertas cosas, pero tiene poca paciencia con otras —respondió Alexandre, con un encogimiento de hombros.

Sí, Yago era su matón particular. Cuando quería imponerse a la fuerza a alguien, siempre lo mandaba a él. Sus dos metros de altura y su cuerpo musculoso, ya de por sí, impresionaban con su sola visión.

—Tú eres la más adecuada para esta misión —intervino Drua—. Hablas inglés a la perfección y, como descendiente de Biróg, posees ciertas habilidades que serían muy útiles.

—Os olvidáis de un pequeño detalle: mis poderes de videncia desaparecieron tras el accidente.

—Por suerte, tienes muchas otras habilidades además de esa —terció Alexandre—. Por no mencionar esa cara bonita y angelical a la que ni siquiera los dioses se van a poder resistir.

—Pero no puedo presentarme en Irlanda, así como así, y enfrentar a unos y a otros. No sabría ni por dónde empezar.

—Has estado toda tu vida estudiando la mitología celta. Seguro que se te

ocurre algo. Además, sabes que allí puedes encontrar un aliado que te ayudará en todo lo que necesites.

—¿A cambio de qué?

Su padrastro se levantó de repente y Alana dio un paso hacia atrás, de forma involuntaria. Al ver el gesto, él sonrió. Sabía que, aunque tratara de disimularlo, ella lo temía y eso le gustaba.

—Vas a llevarle un presente —afirmó Alexandre y, con un ademán de su mano, hizo aparecer sobre su mesa una daga.

Parecía antigua y su empuñadura estaba labrada con diseños celtas.

—Es una de las dagas de Findias, forjadas por los dioses y capaces de acabar con ellos. Ya sabes a quién debes dársela.

Sí, conocía personalmente al aliado al que se refería su padrastro. Había estado en el pazo meses atrás, conspirando con Alexandre para acabar con el Pacto de Tres y así imponerse con la magia a toda la humanidad.

Su cabeza comenzó a elucubrar sobre las posibilidades que se presentaban ante ella si aceptaba. Negarse a hacerlo sería someterse a Yago. En cambio, si decidía viajar a Irlanda, podría ser libre, aunque fuese por un breve periodo de tiempo. Tal vez allí, encontrase ayuda para...

No supo qué la delató, pero los ojos de Alexandre se entrecerraron y la Piedra de Biróg comenzó a brillar. Al instante, sintió que una fuerza invisible le atenazaba la garganta, estrangulándola.

Abrió la boca en busca de aire, pero no llegó. Tampoco se podía mover para escapar. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Ni por un segundo pienses que tienes un atisbo de libertad —masculló su padrastro, con tono de advertencia, como si le hubiese leído el pensamiento. La presión en su garganta aumentó por un segundo y luego desapareció.

Alana comenzó a toser de forma violenta.

—Si te dejo ir sola es porque no tengo más remedio —continuó diciendo Alexandre—. Y sabes lo que ocurrirá si no regresas.

Sí, lo sabía. Eli pagaría las consecuencias.

—¿Y qué pasa con Yago? —inquirió Alana, con la voz enronquecida por el dolor—. Él espera...

—Yago respetará mi decisión —aseguró, tajante—. ¿Qué me dices, Alana? ¿Irás a Irlanda o te entregarás esta noche a mi hijo?

Ella cerró los ojos, por un momento, y se concentró tal y como le había

enseñado su madre cuando era pequeña. Buscó en su interior algún atisbo de luz, una pista que le indicara el camino a seguir, una visión de su futuro, pero en su interior solo halló sombras. Era así desde la noche del accidente, cuando sus esperanzas de huir de aquel lugar se esfumaron.

Su poder de clarividencia ahora era limitado, ya no le permitía tener una visión de su futuro, tan solo pequeños retazos de alguna escena inconexa le venían a la mente de vez en cuando, sin que pudiera controlarlos de ninguna forma. Debía tomar la decisión por ella misma. Y, para su mente, su espíritu y su corazón, no había más que un camino a seguir.

—Iré a Irlanda.

—Estupendo —musitó Alexandre, y por el brillo de triunfo de su mirada sospechó que acababa de ser manipulada para conseguir justo lo que él verdaderamente deseaba—. Ve a hacer la maleta. Partirás mañana a primera hora.

Ella asintió, con un cabeceo seco. Se giró y se dirigió hacia la puerta, deseosa de salir de allí, pero la voz de Alexandre la detuvo antes de que pudiera hacerlo.

—Alana —Ella se giró, de forma automática, al oír su nombre—, si sabes lo que te conviene, no me falles.

## CAPÍTULO 4

Alana salió del despacho de Alexandre y anduvo unos metros con la mente absorta, dándole vueltas a su encuentro. Por un lado, estaba aliviada por haberse librado de las atenciones de Yago, al menos de momento. Por el otro, estaba aterrada por el desafío que se le presentaba.

Con el estómago revuelto por los nervios, fue al encuentro de la única persona de su vida que podía templar su ánimo: Eli.

Su habitación, a diferencia del resto, estaba en la planta baja y allí podía buscar refugio cuando las emociones la dominaban, como era el caso. Llamó a la puerta por costumbre, pero no esperó a escuchar el permiso de su hermana para entrar. Sabía que allí siempre era bienvenida.

Para su sorpresa, la encontró todavía en la cama.

Corrió hacia ella, preocupada, y tocó su frente, en busca de alguna señal de fiebre. Aunque su tacto fue suave, Eli abrió los ojos y la miró, confundida. Sus ojos castaños estaban cargados de sueño.

—¿Ocurre algo?

—Dímelo tú. Suelas despertarte al alba.

—¿Y qué hora es?

—Casi las diez.

—Tuve un sueño que me desveló y no he podido volver a dormir hasta la madrugada —musitó Eli, con voz quejumbrosa, al tiempo que se arrebujaba en la cama y cerraba los ojos, como si quisiera volver a dormirse.

Con el cabello castaño recogido en una larga trenza y las mejillas sonrosadas por el sueño, y esa aura de fragilidad que la envolvía, aparentaba doce o trece años en lugar de los dieciséis que tenía. Sobre todo, porque estaba abrazada a Nora, la muñeca de trapo que le había regalado Eleonora y que Alana, a su vez, se la había regalado a Eli unos años atrás. Había llevado una vida tan protegida que tenía un carácter mucho más infantil del que le correspondía por edad.

El corazón de Alana se llenó de ternura al observarla.

—¿Y con qué soñaste?

Vio que su hermana fruncía el ceño, como buscando en su memoria adormilada, y de repente, abrió los ojos y se incorporó en la cama.

—La pregunta no es «con qué» sino «con quién» —afirmó Eli, con una sonrisa enigmática—. Déjame que me levante y te lo mostraré.

La observó hacer a un lado la ropa de cama, mostrando un pijama lleno de pequeños unicornios rosas, y arrastrar con agilidad su cuerpo delgado hasta el borde del colchón.

Aunque sabía de sobra la respuesta, Alana le pregunto:

—¿Quieres que te ayude?

—Puedo sola, gracias.

Eli alcanzó la silla de ruedas que estaba situada al lado de su cama y maniobró su cuerpo hasta sentarse en ella. En ningún momento perdió la sonrisa y Alana la admiró todavía más por ello.

La vio deslizar la silla hasta su escritorio, al otro lado de la habitación, mientras el familiar sentimiento de culpabilidad hacia mella en ella.

—Ven, acércate y mira.

Alana se aproximó hasta la mesa. La superficie estaba cubierta por bosquejos, algunos trazados de forma rápida e imprecisa, pero otros estaban dibujados con todo lujo de detalle. Y todos ellos tenían algo en común: representaban al mismo hombre. ¡Y qué hombre!

Cogió uno de ellos y lo observó con minuciosidad. El dibujo mostraba a una especie de guerrero con el torso desnudo y los brazos cruzados sobre la cabeza. Tenía la parte inferior del cuerpo dentro del agua. Parecía el mar, tal vez un lago, con el sol al fondo, saliendo por el horizonte. Al verlo, no pudo evitar preguntarse si estaría desnudo de cintura para abajo o el agua ocultaba su bañador.

Pelo largo, cejas bien dibujadas, nariz recta, mandíbula fuerte y ensombrecida por una ligera barba, labios... Alana se relamió, sin ser consciente de ello.

El representado era la perfección absoluta llevada al papel. Cada facción de su rostro, cada músculo de su cuerpo, parecían esculpidos por los mismísimos dioses. Pese a que solo era un dibujo, había algo en aquel hombre que desprendía mucho poder.

Sus ojos quedaron atrapados por su intensa mirada y sintió un escalofrío que le hizo soltar el papel.

—¿Quién es?

—No tengo ni idea, pero anoche soñé con él.

Aquella fue la primera vez que sintió envidia de su hermana.

Los sueños de Alana no tardaban en convertirse en pesadillas en las que la culpabilidad y el remordimiento oscurecían todo.

—¿Y se puede saber qué soñaste? —inquirió, con una sonrisa ladeada.

Sonrisa que se amplió al ver que su hermana se sonrojaba hasta las orejas.

—No es nada de lo que te estás imaginando. Solo apareció en mi sueño y... me dijo que no me preocupara, que todo iría bien —añadió, al tiempo que se encogía de hombros.

La sonrisa de Alana se desvaneció al instante.

No, no había nada en su vida que fuera bien. Y ahora todo se iba a complicar más.

—Me voy a tener que ir.

—¿A dónde?

—A Irlanda.

—¡Pero eso es genial, te encanta ese país!

Sí, sentía una atracción especial por aquella isla, sin duda alimentada por las historias que le contaba su madre desde niña sobre los dioses que allí habitaban. Alana había querido ir en más de una ocasión, pero por placer, no para cumplir una misión del loco de Alexandre.

—No entiendo por qué no estás dando saltos de alegría —continuó diciendo Eli e hizo un mohín—. Si yo estuviera en tu lugar, estaría contando los segundos para salir de aquí.

Y sería muy feliz alejándose de allí, pero solo si llevaba a Eli con ella. La mataba tener que dejarla atrás.

Eli debió de intuir que aquel viaje era una imposición que Alana no quería cumplir porque su sonrisa perdió parte de su brillo.

—¿Cuánto tiempo estarás fuera?

—No lo sé.

El rostro de la adolescente se oscureció por la preocupación.

—¿Es algo peligroso?

«¿Manipular a los dioses? Es un verdadero suicidio», pensó, abatida.

—Claro que no —dijo en cambio, al tiempo que esbozaba la sonrisa que su hermana necesitaba para tranquilizarse—. Es solo que te voy a echar mucho de menos.

## CAPÍTULO 5

Alana, sentada en un banco de piedra a un lado del jardín, observó, con una sonrisa indulgente, el pequeño conejo que Eli sostenía en su regazo. No era más que una bolita de suave y esponjoso pelo blanco. Pasaba casi desapercibido sobre la tela blanca del vestido de la adolescente.

—¿A que es adorable?

Según la tradición, en Ostara todos vestían de blanco y las mujeres, además, debían adornar sus cabellos con las primeras flores de la primavera.

Eli se había hecho una trenza a un lado, salpicada con alegres margaritas. Estaba preciosa, aunque un poco pálida. Siempre había sido una niña delicada, pero desde el accidente, su salud era más endeble. Enfermaba sin explicación, lo que mantenía a Alana en una constante vigilia.

—¿Crees que podré quedármelo?

—No creo que a Alexandre le importe que lo hagas —respondió ella, y lo pensaba de veras.

Alexandre consentía a Eli. No porque fuese su hija, sino porque sabía que la fidelidad de Alana estaba condicionada por la felicidad de su hermana.

Mientras Eli fuese feliz, Alana sería obediente y no causaría problemas.

Por eso también estaba segura de que, por mucho que Alexandre pareciera apreciar a su hija, no dudaría en hacerle daño si con eso le daba un escarmiento a Alana.

—Voy a preguntarle.

La silla de ruedas de Eli cruzó el patio, sorteando a la gente. De vez en cuando, su hermana se detenía para hablar con alguien y su risa se fundía con la música.

Alana la estaba observando cuando sus ojos se cruzaron con Yago. El hombre estaba sentado en una de las mesas con varios de sus amigos. Por la expresión de su rostro, y por lo mucho que parecía estar bebiendo, ya se había enterado de que sus planes para la noche habían sido frustrados.

—No se lo ha tomado demasiado bien —observó Drua, mientras se sentaba a su lado.

—Seguro que esta noche encuentra a otra más dispuesta con la que consolarse.

—Por si acaso, intenta no quedarte a solas con él. Pese a que Alexandre le ha prohibido que se acerque a ti, la lujuria de un hombre puede llevarlo a cometer locuras, ya lo sabes —advirtió Drua, con seriedad.

Sí, Alana lo sabía. Era algo que nunca podría olvidar y que la perseguía en forma de pesadillas.

—Otra vez me estás protegiendo. ¿Por qué lo haces?

—Te aprecio. Eli y tú sois como mis hijas.

Alana la observó, confusa.

—Pero desde el accidente te has mostrado tan fría conmigo que...

—Cometiste un error y Eli pagó por ello. Eso no lo puedo olvidar —murmuró la mujer, y su voz estaba teñida de reproche—. Pero ahora puedes enmendarlo.

—¿Qué quieres decir?

—Existe una leyenda que habla de un libro. Un libro mágico escrito por el mismísimo Dagda, con todos los conocimientos mágicos de los danianos y toda clase de hechizos. Incluso hechizos curativos.

Cuando entendió la insinuación de sus palabras, Alana la miró con sorpresa.

—¿Quieres decir que ese libro puede tener algún remedio para curar a Eli?

—Exacto.

—Pero si el libro pertenece a Dagda, no creo que me lo dé tan fácilmente.

—Róballo si hace falta, pero lo tienes que conseguir. Tú condenaste a Eli a vivir en una silla de ruedas —declaró Drua, mirándola con dureza, y sus palabras la golpearon como puños—. Es tu deber liberarla —añadió, y se alejó de ella.

La mente de Alana empezó a trabajar.

Drua tenía razón. Ella hizo una promesa a su madre en su lecho de muerte: que haría lo necesario para proteger a Eli... Aunque eso implicase hacer algo tan loco y estúpido como robar a los dioses.

Si había algún indicio de que ese libro existiera, lo encontraría.

Con ese pensamiento en la cabeza, dejó los festejos y se fue a su habitación. Estaba terminando de hacer la maleta cuando escuchó un golpecito en la puerta.



—Te he traído un regalo de despedida —anunció Eli al entrar.

Le tendió un papel y Alana lo cogió, pensando que era alguna foto suya o de las dos como recuerdo. Pero no. Era el dibujo que Eli había hecho del guaperas del lago.

—¿Por qué me lo das?

—No sé, algo me dice que lo debes tener tú —murmuró Eli, mientras se encogía de hombros—. Tal vez encuentres uno como este en Irlanda —añadió, con una sonrisa pícara.

Alana bufó.

—No creo que exista un hombre como ese sobre la faz de la tierra.

## CAPÍTULO 6

Lugh miró a la mujer que se retorció de placer entre sus brazos.  
—Te deseo.

Solo habían hecho falta esas dos palabras para que aquella rubia escultural decidiera acompañarlo a la intimidad de uno de los baños de señoras que había en el Ghrian, el pub regentado por Mac Gréine, uno de los Tuatha dé Danann, en donde abundaban las mujeres hermosas, la buena música y la bebida.

Tres minutos después, la alzó sobre la fría superficie de mármol de la encimera del lavabo, se situó entre sus piernas y la penetró con dureza. El pequeño espacio se llenó de los sonidos de gozo femeninos, mientras él comenzaba a embestirla con un ritmo rápido.

Eso estaba bien. El sexo siempre lo hacía sentir vivo, aunque fuese por unos minutos.

Oyó que alguien golpeaba la puerta y sintió a la mujer tensarse entre sus brazos, pero no interrumpió sus envites. Estaba cerca, muy cerca. Unas pocas penetraciones más y la rubia cerró los ojos, echó la cabeza hacia atrás, arqueó su cuerpo y dejó escapar un largo gemido. En cuanto sintió que las paredes vaginales se contraían a su alrededor, se dejó llevar por su propio placer.

Se salió de ella, antes de que la chica abriese los ojos de nuevo, desechó el preservativo que se había puesto y comenzó a recomponer su ropa.

La rubia lo admiró con descaro mientras hacía lo propio.

—¡Ha sido fantástico!

Él no se molestó en responder. Su mente ya estaba lejos de allí. Terminó de arreglarse y abrió la puerta del baño, dispuesto a irse sin echar la vista atrás.

—¿Es que no vas a decir nada? —inquirió ella, incrédula, deteniéndolo en el último momento.

Solo había una cosa que un gran dios celta como él podía decirle a una simple siadsan después de haberle ofrecido unos instantes de placer.

—De nada —musitó, benevolente, y se fue de allí.

Las cinco mujeres que estaban detrás de la puerta, haciendo cola, sustituyeron al instante sus ceños de fastidio debidos a la espera por seductoras sonrisas. Sabía que podía tener a cualquiera de las allí presentes con solo proponérselo, pero esa certeza hizo que perdiese cualquier interés por ellas.

Ignorando sus miradas invitadoras, se dirigió a la barra, se sentó en el taburete y pidió un vaso de whisky. En cuanto el camarero se lo sirvió, apuró la bebida de un trago.

Algo no iba bien. El cuerpo de aquella mujer no había mitigado su hambre y el buen whisky no aliviaba su sed. No conseguía deshacerse de la extraña sensación de vacío que se había instalado en su interior desde hacía tiempo.

—¿Ahogando las penas?

No tuvo que levantar la mirada para reconocer aquella voz femenina. El tono ronco y seductor de Morrigan era inconfundible.

—Algo así —musitó, e hizo un gesto al camarero para que le volviera a llenar el vaso.

Observó de reojo a su indeseada acompañante. Nadie imaginaría que aquella joven de cabello oscuro, ojos dorados y vestido provocativo era la diosa de la Muerte y de la Destrucción. Era de una belleza incomparable y tenía una naturaleza apasionada e impredecible. Tal vez una aventura con ella podría poner fin a su apatía. Pero, tal como lo pensó, descartó la idea al instante. La dureza de su carácter lo dejaba frío.

—¿Y qué penas puede tener el incomparable Lugh Lamhfada? —inquirió Morrigan, con su habitual mordacidad, ajena al rumbo que habían tomado sus pensamientos—. Eres el idolatrado dios del Sol, el gran héroe de los danianos; gozas de la confianza y el cariño de Dagda; eres admirado por todos y podrías tener a cualquier mujer de este lugar tan solo con un chasquido de tus dedos. ¿Qué más podrías desear?

Esa era la cuestión. Desde que acabara el periodo de guerras y se firmara el Pacto de Tres entre las tres razas divinas que habitaban Irlanda, los días se sucedían en una interminable monotonía para él.

No había misiones que cumplir, ni batallas que ganar.

No es que no le gustase vivir en paz. Las cruentas guerras entre los danianos, los fomorianos y los milesianos, habían asolado la isla durante siglos y era de agradecer que aquella época oscura hubiese quedado atrás. Tan solo era que sentía que le faltaba algo. Estaba incompleto.

También era cierto que el Pacto de Tres había limitado mucho la diversión. Mientras que los milesianos andaban sobre la tierra, conviviendo con los siadsan, tal y como se llamaba a la gente normal, los danianos y los fomorianos habían quedado relegados al mundo subterráneo. En las ocasiones en las que visitaban la superficie, no debían de hacer nada que pusiera en evidencia su naturaleza mágica.

Ese era la esencia del pacto: preservar la magia en secreto.

Los danianos estaban satisfechos con su suerte, podían disfrutar de una vida dedicada a la contemplación y a la reflexión, pero él no. Él era diferente.

Tal vez fuese por su condición de mestizo.

Lugh era fruto de la unión entre un daniano y una fomoriana. Puede que hubiese crecido entre los danianos, pero nunca podría ser igual que ellos. Su lado más salvaje, aquella parte fomoriana que poseía, y que siempre había tratado de reprimir, necesitaba algo más.

Lo que Lugh necesitaba era un reto.

## CAPÍTULO 7

**K**illarney era una pequeña y pintoresca ciudad del condado de Kerry, en el sudoeste de Irlanda. Recibía cada año un gran número de visitantes, deseosos de disfrutar de la belleza de los paisajes que rodeaban aquel lugar, pero Alana no estaba allí en calidad de turista.

Gracias al aliado de Alexandre, sabía que aquel lugar era el epicentro de la comunidad mágica de Irlanda. Y allí se trasladó sin dudar.

Tardó un par de semanas en establecerse. Alquiló un pequeño apartamento en un bonito edificio céntrico, se hizo con una bicicleta para tener movilidad y buscó un profesor de gaélico para mejorar sus conocimientos del idioma.

Su misión era infiltrarse entre la comunidad mágica y tantear a sus miembros, en busca de alguien a quien poder manipular, pero mientras encontraba la forma de hacerlo, se centró en lo más importante para ella: encontrar el libro mágico de Dagda.

¿Y qué mejor para empezar a buscar que una biblioteca?

Sabía por experiencia que en los fondos antiguos de las bibliotecas se podían encontrar verdaderos tesoros. Ella misma había encontrado un libro de hechizos mágicos muy poderosos, escrito en castellano antiguo, en la Biblioteca de Geografía e Historia en la Universidad de Santiago de Compostela. Un verdadero libro de brujas. Tal vez, el libro de Dagda estuviera custodiado entre los fondos antiguos de la biblioteca de la ciudad o, a lo mejor, encontraba alguna pista que la llevase a él.

En cuanto entró en la Biblioteca Municipal de Killarney, supo que allí no estaba el libro que andaba buscando. No había más que echar un vistazo al moderno edificio y a los coloridos lomos de los libros que había en sus estanterías, todos de ediciones modernas. A no ser que aquel lugar tuviese un sótano secreto donde guardar sus tesoros, aquella visita iba a ser infructuosa.

Se acercó al mostrador en donde una bibliotecaria, con poco aspecto de bibliotecaria, tecleaba, distraída, en un ordenador.

—Perdona, ¿dónde puedo encontrar los fondos bibliográficos antiguos?

La chica, de unos treinta años, con el pelo de un llamativo color rosa

fucsia y un *piercing* en la nariz, la miró con curiosidad.

—¿Qué buscas exactamente?

«Un libro mágico», pensó.

—Estoy haciendo un doctorado sobre mitología celta, leyendas y folclore, en concreto sobre los milesianos y los Tuatha dé Danann, y me interesaría consultar manuscritos antiguos al respecto.

Algo destelló en los ojos de la bibliotecaria, un atisbo de desconfianza antes de que respondiera de forma automática.

—Lo siento, pero todos los fondos antiguos de Killarney sobre ese tema se perdieron en un incendio.

Era una flagrante mentira, lo supo al instante. Le sostuvo la mirada y se concentró en el interior de sus pupilas. Como descendiente de la druidesa Biróg, Alana poseía ciertas habilidades mágicas, como la de poder influir en la mente de las personas para que se plegasen a sus deseos.

«Voy a volver a preguntarte y esta vez me dirás la verdad sobre lo que necesito saber», le ordenó, mentalmente.

—¿Dónde dices que puedo encontrar los fondos bibliográficos antiguos?

—Todo lo referente a los milesianos se encuentra en el sótano de la Catedral de Saint Mary—barbotó la bibliotecaria, sin poder evitarlo.

Al darse cuenta de lo que había dicho, abrió mucho los ojos y se tapó la boca con las manos, en un intento de contener sus palabras.

—¿Eso es todo?

La bibliotecaria la miró consternada, antes de liberar su boca con reticencia.

—También hay algunos tomos curiosos sobre los Tuatha dé Danann en la biblioteca privada de Muckross House. ¡Dios, se supone que no puedo decir eso! —gimió, al tiempo que se tapaba la cara con las manos y dejaba escapar un sollozo lastimero.

«No te martirices. Ahora vas a quitarte las manos de la cara, vas a cerrar los ojos y vas a respirar hondo tres veces para tranquilizarte. Cuando vuelvas a abrirlos, habrás olvidado nuestra conversación y pensarás que me ves por primera vez».

La bibliotecaria así lo hizo y, al abrir los ojos de nuevo, le dedicó una sonrisa amable.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarte?

—Solo estaba echando un vistazo —respondió Alana.

Un minuto después, salió de allí rumbo a la catedral de Killarney. Saint Mary era un imponente edificio neogótico, construido a base de una atractiva mezcla de piedra gris y marrón. No se encontraba situada en el centro de la población, sino que había sido edificada a las afueras, en medio de una inmensa explanada de hierba verde esmeralda y custodiada por una *sequoia* centenaria.

Junto al edificio, un grupo de niños, de unos trece años, jugaban al fútbol entre gritos y risas. Alana los observó por un momento, disfrutando de la diversión que se reflejaba en los rostros infantiles. Ella había tenido que madurar demasiado rápido tras la muerte de su madre y se había convertido en adulta antes de tiempo para poder proteger a su hermana pequeña. Y lo había hecho tan, tan mal...

Un niño, a varios metros de ella, llamó su atención. A diferencia del resto, no estaba jugando al fútbol, solo observaba cómo lo hacían los demás. Estaba sentado sobre un balón y en su rostro había tal anhelo que a Alana se le encogió el corazón al verlo. De pronto, el chico se levantó con determinación y comenzó a chutar el balón con pequeños toques, entrenando su habilidad y su coordinación.

Atraída por algo que no supo definir, se acercó a él.

—Hola.

El niño le dedicó una breve mirada, pero luego la ignoró y siguió concentrado en sus ejercicios.

Alana lo observó con detenimiento: cabello oscuro y desgreñado, profundos ojos azules y rostro aniñado. Parecía más joven de lo que había supuesto, tal vez nueve o diez años.

—Lo haces muy bien.

—Pero no lo suficiente —masculló, por fin, el niño y como para confirmar sus palabras, perdió el control del balón y este acabó rodando hacia donde ella estaba.

Se escucharon unas risillas lejanas y Alana vio que provenían de los chicos que estaban jugando al fútbol. El niño se tensó a su lado y los miró con antipatía. Luego, cogió el balón y siguió entrenando.

—Yo soy Alana, ¿cómo te llamas?

El niño la miró, de arriba abajo, con desconfianza, pero debió de decidir que, por su aspecto, no presentaba ninguna amenaza porque respondió con tono cauteloso.

—Brian.

—Si quieres, puedo hablar con esos chicos y pedirles que te dejen jugar.

—Gracias, pero no. El entrenador dice que debo esforzarme más para conseguir un puesto en el equipo y que los otros jugadores me respeten.

—¿No deberíais jugar todos por igual? —inquirió, curiosa.

—Solo juegan los que se esfuerzan. Es por respeto hacia los otros jugadores, ¿sabes? Además, un equipo fuerte y unido tiene más posibilidades de ganar.

—Yo pensaba que la finalidad del juego era la diversión —musitó Alana, con el ceño fruncido.

—La diversión vendrá después, cuando ganemos —repuso Brian, y ella intuyó que todas las palabras que salían de la boca de ese niño se las había repetido su entrenador en más de una ocasión.

Abrió la boca para decirle que no estaba muy de acuerdo con aquella filosofía, cuando una voz a su espalda la interrumpió.

—Brian, será mejor que vayas adentro a terminar tus tareas.

El niño obedeció en el acto y se despidió con un gesto de la mano.

Alana se giró y se encontró con un anciano vestido con sotana. Su cabello oscuro estaba vetado de canas y sus vívidos ojos azules la observaban con curiosidad.

—Soy el padre O'Malley. ¿Te puedo ayudar en algo, muchacha?

—Hola, me llamo Alana —se presentó ella, estrechando la mano del cura—. Estoy buscando los fondos bibliográficos antiguos del pueblo y he oído que están aquí.

El hombre no perdió su sonrisa amable, pero sus ojos se tornaron cautelosos.

—Dime, muchacha, ¿de dónde eres? Por tu acento, diría que no eres de por aquí.

—Soy española.

—¿Y qué te trae por Killarney?

—Verá, estoy haciendo el doctorado sobre mitología celta y me interesa todo lo que tiene que ver con los Tuatha dé Danann —respondió, de forma automática, y luego frunció el ceño.

Se suponía que era ella la que debía hacer las preguntas y no al revés. Sin ánimo de perder el tiempo, y dispuesta a encontrar aquello que buscaba, se concentró en las pupilas del anciano y dejó fluir su magia.



«Ahora vas a acompañarme dentro de la catedral y vas a mostrarme los libros que estoy buscando».

Estuvieron unos segundos en silencio, mientras ella trataba de incidir en su pensamiento y, justo cuando pensó que lo estaba consiguiendo, lo vio rascarse la cabeza.

—¿Puedo ayudarte en algo más? —inquirió el padre O'Malley, solícito—. El horario de confesiones ha empezado. Lo digo por si tienes algún pecadillo por ahí...

—¿Qué? No, no quiero confesarme. Lo que quiero es ver los fondos bibliográficos antiguos.

«Muéstrame los libros que estoy buscando», le ordenó con la mente.

Salió de su trance cuando vio que el anciano agitaba la mano frente a sus ojos.

—No serás de esos jóvenes que han visto *El Código da Vinci* y piensan que las iglesias están plagadas de misterios y secretos, ¿verdad? —comentó, con una risita divertida—. Siento desilusionarte, pero nuestra iglesia es bastante moderna; la construyeron a mediados del siglo XIX.

¿Quién demonios era aquel hombre?

Solo alguien con una energía especial podía resistirse a sus poderes. Entre los Hijos de Breogán, los únicos que lograban ignorar sus órdenes mentales eran Alexandre, Drua y Yago.

¿Sería un milesiano?

Eso explicaría por qué continuaba allí parado, mirándola con curiosidad.

—No estoy interesada en los misterios del cristianismo.

—¿Y para qué has venido a mi iglesia? —inquirió el cura y, aunque sus ojos se tornaron inquisitivos, no perdió la sonrisa.

—Ya se lo he dicho, estoy haciendo un doctorado sobre mitología celta.

—Folclore y leyendas, ¿eh? Prueba en las tiendas de souvenirs, suelen vender duendecillos embotellados —murmuró el padre O'Malley, y luego lanzó un suspiro arrepentido—. Perdona, mi comentario estaba fuera de lugar. Últimamente, tengo poca paciencia con los turistas que tienen demasiada imaginación y vienen buscando hadas y calderos de oro al final del arcoíris. Siento desilusionarte, pero los únicos libros que puedes encontrar en mi iglesia son los relacionados con la Biblia.

—Lo entiendo. Gracias de todas formas.

El cura le hizo un gesto de despedida, con la eterna sonrisa grabada en su

rostro. Alana tomó el sendero hacia la calle, mientras sentía la mirada atenta del hombre a su espalda. Una idea se le cruzó en la mente y se giró hacia él.

—Muckross House está al sur, ¿verdad?

La cara del padre O'Malley fue todo un poema, pero terminó asintiendo.

Alana emprendió el camino con la seguridad que en Muckross House estaba lo que andaba buscando.

Todo por una sencilla razón: al oír el nombre de aquel lugar, la sempiterna sonrisa del cura había desaparecido al instante.

## CAPÍTULO 8

Jack O'Malley, popularmente conocido como padre O'Malley, observó cómo la española se alejaba pedaleando.

—¿Quién era esa chica?

Se giró al escuchar la voz de Stephen, su sobrino.

—Es una turista española, pero hay algo en ella...

Había sentido su poder oculto. Mucho. Demasiado.

—Me ha preguntado por Muckcross House —explicó al final.

—¿Se dirige hacia allí?

—Eso me temo.

—Bueno, yo no me preocuparía demasiado. Si intenta traspasar la puerta de la biblioteca, Murphy la detendrá.

El padre O'Malley asintió y esbozó una breve sonrisa al recordar al hombrecillo que custodiaba el lugar. Sí, sin duda Murphy era un hueso duro de roer. Aun así...

—Creo que será mejor que la mantengamos vigilada.

—¿Quieres que me ocupe yo?

Jack miró con orgullo a su sobrino y asintió.

Stephen siempre estaba dispuesto a colaborar. Tenía la esperanza de que fuera elegido por la diosa Danu como su sucesor, como Guardián para dirigir a los milesianos que vivían en Irlanda.

De sus tres nietos, él era el único que parecía adecuado para ello.

Sean, el mayor de los tres hermanos, nunca había mostrado el más mínimo interés por desarrollar sus poderes mágicos. Había estudiado cocina hasta convertirse en uno de los más prestigiosos chefs del país. Ahora era dueño de The Black Irish Sheep, considerado por muchos el mejor restaurante de la ciudad.

Heather, la pequeña, no poseía la fortaleza necesaria para hacerlo. Tenía una naturaleza muy dulce y había crecido demasiado protegida por Sean. Además, no se podía obviar que la muchacha era una bastarda, fruto de una infidelidad de su madre con un fomoriano. Eso la condenaba.

Para los milesianos, la mezcla de sangre con los danianos era un honor, pero un mestizaje con un fomoriano era la causa de ser rechazado por muchos.

Así pues, la única opción que el padre O'Malley consideraba posible era Stephen, aunque a veces le entraban dudas.

El muchacho se parecía mucho a su padre, Kevin. No solo por su aspecto físico, alto, moreno y de ojos azules, como la mayoría de los O'Malley, incluido Sean. Era trabajador y estaba entregado a su comunidad, pero también era ambicioso e impulsivo.

El padre O'Malley había adorado a su hermano hasta el punto de no ser consciente de sus defectos y debilidades. Tal vez, si no hubiese obviado ciertas cosas, los acontecimientos que habían destrozado a la familia O'Malley no se hubiesen producido. Y, por ello, se sentía culpable.

Solo esperaba no estar cometiendo el mismo error con Stephen.

## CAPÍTULO 9

**M**uckross House era una mansión de estilo Tudor, construida a mediados del siglo XIX, a orillas del lago Muckross, uno de los tres lagos que había en Killarney.

Aunque la había visto en un montón de fotos por Internet, Alana quedó cautivada al verla al natural por primera vez. Tenía un encanto único, un halo de misterio que la envolvía y que susurraba secretos al viento.

Antiguamente, fue la casa señorial de una acaudalada familia, pero ahora se había convertido en un museo abierto al público, al menos en parte. Y por desgracia, la parte que a Alana más le interesaba, la biblioteca privada, se mantenía cerrada a los curiosos y custodiada por un hombrecillo tan testarudo como una mula.

—Señorita, explíqueme otra vez por qué necesita ver nuestra biblioteca —musitó el hombre, mientras se quitaba las gafas y las limpiaba con minuciosidad.

Las alzó a contraluz, buscando alguna mota en las lentes, y Alana se sintió como un insecto observado por un microscopio cuando la miró a través de ellas.

Un insecto pequeño y muy molesto.

—Ya se lo he dicho —respondió, y compuso lo que esperaba que fuese una sonrisa inocente—. Estoy haciendo mi tesis doctoral sobre mitología celta y tal vez pueda encontrar algún tomo interesante en ella.

—La mayoría del material que tenemos lo componen las cartas privadas de los antiguos propietarios de este lugar y algunos volúmenes sobre la historia de la región.

—Y eso es justo lo que estoy buscando.

—Usted ha hablado de mitología, no de historia.

—Según mi experiencia, la mitología y la historia suelen tener cierta base común en la mayoría de las culturas.

—Según su experiencia, ¿eh? —La ceja del hombre se alzó de forma arrogante—. ¿Qué edad tiene? ¿Veintidós? ¿Veintitrés?

—Tengo veinticuatro años —masculló Alana, apretando los dientes.

—Sin duda, una dilatada experiencia —musitó el hombre, condescendiente—, pero tengo órdenes de no dejar pasar a nadie que no forme parte del personal de Muckross House.

Bueno, aquello era el colmo. No iba a tolerar que aquel individuo la ninguneara de esa forma.

Clavó sus ojos en él con fijeza y se concentró, dispuesta a manipular su voluntad, mientras se concentraba en repetir en su mente una y otra vez:

«Permítame el acceso a la biblioteca»

—Señorita, ¿se encuentra bien?

Salió de su estado de concentración al escuchar la voz del hombre y ver que hacía un ademán delante de sus ojos para llamar su atención. Algo extraño porque, después de su manipulación mental, debería de haber quedado en un ligero trance.

—Sí, es solo que... ¿Me permite el acceso a la biblioteca?

—No.

Aquella rotunda negativa, la sorprendió. Algo no había funcionado.

—¿Conoce al padre O'Malley?

El rostro del hombre se volvió inescrutable.

—¿Por qué lo pregunta?

—Nada, es solo que he notado cierto parecido y pensé que tal vez eran parientes.

—Es un primo lejano —respondió el hombre, finalmente.

Eso explicaría que los dos tuviesen la misma capacidad de resistir sus órdenes mentales.

Lo volvió a intentar una última vez. Clavó sus ojos en él con fijeza y se concentró:

«Permítame el acceso a la biblioteca»

—Mire, señorita, lo siento, pero no puedo continuar perdiendo más el tiempo con usted.

Y sin darle opción a réplica, le cerró la puerta en las narices.

Alana se quedó mirando la superficie de madera durante unos segundos, tratando de poner en orden lo poco que había averiguado hasta el momento. Era un hecho que, tanto la catedral de Saint Mary como Muckross House, estaban custodiadas por hombres con poderes mágicos. Y eso solo podía significar que había algo de valor en los dos edificios. Tal vez, el libro que

estaba buscando se encontrase allí.

Apoyó la palma de la mano en la puerta de la biblioteca con un gesto frustrado y un fogonazo de luz incidió en su mente. Como si de una película se tratase, vio a un anciano en un escritorio. Su mano era firme cuando mojó una névea pluma de cisne en el tintero y la deslizó con fluidez sobre la hoja amarillenta de un libro.

Lo supo al instante: ese era el libro que estaba buscando.

Observó a su alrededor, tratando de identificar el lugar dónde se hallaba el anciano. Era una habitación con estanterías plagadas de libros. Una biblioteca. Y en el lomo de uno de ellos, pudo vislumbrar el logo de Muckross House.

Trató de encontrar alguna pista de la época en la que ubicar su visión. En ocasiones, sus poderes la llevaban al futuro, pero también había veces en las que veía una escena desarrollada en el presente o en el pasado. Para ello, se concentró en la figura del anciano, que resultaba un tanto borrosa. Constitución corpulenta, barba blanca y larga al estilo de Dumbledore, y vestía... ¿un chándal?

Alana abrió los ojos al instante, un poco desorientada. Era la primera visión que tenía desde el accidente y la debilitó por un momento. Una cosa tenía clara: el libro estaba allí. Detrás de aquella puerta. Estaba segura. Lo había sentido.

Ahora solo tenía que encontrar la forma de burlar al guardia y colarse dentro.

Necesitaba un golpe de suerte.

Con energía renovada por el avance que había conseguido en su misión, cogió su bicicleta y pedaleó de vuelta a la ciudad.

Se encontró con la señora Dorset, la propietaria del edificio donde estaba su apartamento, justo cuando estaba entrando en el patio.

—¡Hola, muchacha! ¿Qué tal te estás adaptando a tu vida en Killarney?

—La verdad es que muy bien, este lugar es precioso.

—Me alegro mucho. ¿Sabes que acabo de alquilar el apartamento del último piso a otra española?

No le sorprendió. En Killarney había una gran demanda laboral, tanto en hostelería como en restauración, y había muchos españoles que acudían allí en busca de trabajo, mientras perfeccionaban el idioma.

—Una chica muy simpática. Y va a trabajar nada más y nada menos que

en Muckross House.

Aquel comentario atrajo toda su atención.

—¿De camarera en el restaurante?

—No, ha conseguido una beca para restaurar libros o algo así. Trabajaré en la biblioteca.

Alana esbozó una sonrisa. Ahí estaba su golpe de suerte.



## CAPÍTULO 10

Alana respiró hondo, compuso su mejor sonrisa y llamó a la puerta, pero cuando esta se abrió, la chica que apareció ante ella la sorprendió. No tenía nada de española, más bien tenía todo el aspecto de ser irlandesa: cabello cobrizo, ojos verdes y piel de alabastro.

—Hola, me llamo Alana y vivo en el piso de abajo —explicó en inglés—. ¿Eres la nueva inquilina? —inquirió, extrañada.

La pelirroja asintió con cautela.

—Perdona, no sé por qué entendí decir a la señora Dorset que eras española, pero ya veo que...

—Soy española —confirmó la chica, hablando en español.

Alana pestañeó por el asombro.

—Eres la española menos parecida a una española que conozco —aseguró, hablando también en español—. Cuando has abierto la puerta y te he visto, he pensado que eras irlandesa, ¿o es que tienes ascendentes celtas?

—No, que yo sepa. Mis abuelos maternos eran de un pueblecito de Alicante y los paternos de Salamanca, pero yo nací en Valencia —explicó—. Por cierto, me llamo Diana.

Se saludaron a la española, con un beso en cada mejilla, y su cercanía provocó un estremecimiento en Alana. La miró con incertidumbre durante un segundo. Aquella chica poseía una energía extraña, lo sentía, pero parecía tan normal y amigable... Debían ser imaginaciones suyas.

Recompuso su sonrisa y le mostró la botella de vino que llevaba consigo.

—Espero no molestar, pero... Soy el comité de bienvenida. Tienes dos opciones: o te doy la botella y te la bebes cuando te apetezca y con quien quieras, sin rencores —aseguró mientras se encogía de hombros—, o me dejas pasar, la descorchamos y vemos a ver si nos caemos lo suficientemente bien como para llegar a ser amigas.

Cuando Diana hizo un ademán para invitarla a entrar, Alana disimuló un gesto de triunfo. Ahora solo tenía que hacerse su amiga para seguir con lo planeado, y si eso no funcionaba, siempre podía usar sus poderes de

persuasión con ella.

—Entonces, ¿eres de Valencia? —preguntó, mientras se sentaba en uno de los taburetes de la barra que había en la cocina.

—Sí, de la capital —contestó Diana, sacando dos copas y un sacacorchos—. ¿Y tú?

—De Lugo.

—No tienes acento gallego.

—Eso es porque he viajado bastante —respondió, de forma evasiva.

Alexandre la había metido en un internado muy elitista tras la muerte de su madre, en donde había aprendido cuatro idiomas, algo que le había servido de mucho cuando le tocaba desplazarse por el mundo buscando a personas con poderes.

—¡Uhhh! Me encanta cómo huele. Tiene pinta de ser bueno.

Alana dio un respingo cuando las palabras de Diana la sacaron de sus pensamientos. Observó que, mientras ella se había quedado ensimismada, la pelirroja había abierto la botella y la estaba analizando con curiosidad.

—¿Entiendes de vinos? —inquirió, cautelosa.

—Bueno, después de cuatro años trabajando de camarera, he descorchado una infinidad de botellas, y se hace inevitable adquirir ciertos conocimientos de enología. Aunque este no lo había visto en mi vida.

Era comprensible. La botella costaba más de quinientos euros.

—No es un vino muy conocido, se elabora en tinajas de barro, como se hacía antiguamente.

—Y pone que es una edición limitada —señaló Diana, tras leer la etiqueta—. Este no se vende en los supermercados. ¿Tú también eres aficionada al vino?

—Por obligación. Es de la bodega de mi familia —admitió Alana, un tanto incómoda.

—¿Tu familia tiene una bodega? —preguntó la pelirroja, impresionada—. No serás una de esas ricachonas que no saben qué hacer con el dinero, ¿verdad?

Alana sintió que se ruborizaba a su pesar.

—Bueno, mi familia tiene bastante dinero, pero no me gusta mucho hablar de ello. Cuando traje la botella no pensé...

Mierda. No había pensado en absoluto. Había cometido un error estúpido cuando la cogió, pero era la única botella que tenía en su apartamento y no

había querido ir con las manos vacías. Eli la había sacado de la bodega del pazo y se la había metido en la maleta en el último momento, alegando que era mejor emborracharse con vino de la tierra que con cerveza irlandesa. Nunca hubiese imaginado que aquella chica se fijaría tanto en la condenada botella.

¿Qué narices estaba pasando? Se suponía que era ella la que debía controlar la situación y embaucar a la inocente española para que se hiciese su amiga y le abriera las puertas hasta la biblioteca de Muckross House. En lugar de ello, se había puesto a la defensiva, balbuceante y ruborizada.

—Tranquila, Alana. Tu secreto está a salvo conmigo —aseguró Diana, y su mirada sincera tuvo el poder de calmarla al instante—. ¿Llevas mucho tiempo viviendo aquí?

Alana agradeció el cambio de tema en silencio.

—Dos semanas. Soy graduada en Historia y estoy haciendo un doctorado sobre mitología celta y la posible relación que hay entre España e Irlanda —explicó con una sonrisa.

Al menos, en eso no tenía que mentir. Alexandre le había permitido estudiar en la universidad, alegando que les podría servir de ayuda unos conocimientos más profundos de los orígenes del pueblo celta.

—No sabía que España e Irlanda estuvieran relacionadas.

—Pocos lo saben, pero hay una teoría que asegura que los antepasados de los irlandeses era un pueblo de origen gallego, los milesianos, que invadieron la isla siglos atrás. La leyenda dice que los milesianos consiguieron establecer un pacto con los Tuatha dé Danann, que eran una raza divina que habitaba Irlanda por aquel entonces, para convivir en la isla en paz. Y se supone que desembarcaron en el condado de Kerry, así que aquí estoy, investigando si...

—Alana se interrumpió, de repente, al darse cuenta de que acababa de soltar un monólogo casi sin respirar—. Perdona, me estoy yendo por las ramas. Si me dejas, puedo estar horas y horas hablando del tema —reconoció, un poco avergonzada.

—No tienes que disculparte —afirmó Diana, con una sonrisa tranquilizadora—. En mí encontrarás una oyente dispuesta. Me atrae mucho la mitología y seguro que sabes un montón de leyendas fascinantes sobre esta tierra. Me encantaría escucharlas todas.

¡Maldición! No esperaba que aquella chica le cayera tan bien. Pretendía utilizarla, no comenzar una amistad con ella. Debía dejar de hablar de sí misma y desviar la conversación hacia ella. Y así lo hizo.

—No sabes lo que estás diciendo —resopló, burlona—. He perdido muchos amigos por hacer este tipo de comentarios. Han muerto de aburrimiento —añadió, al tiempo que le guiñaba un ojo. —. ¿Tú has venido a Irlanda por trabajo?

Y con aquella inocente pregunta, recondujo la conversación hacia el punto donde quería llegar: que Diana le contase que había conseguido una beca para trabajar de restauradora de documento gráfico en la biblioteca de *Muckross House*.

—Vaya, así que vas a trabajar en Muckross House —comentó Alana, fingiendo ignorancia—. No sabes la suerte que tienes de poder trabajar allí. Es un complejo precioso, la casa es espectacular y el entorno incomparable. Y se dice que tienen una biblioteca privada con algunos ejemplares antiguos a los que me encantaría echar un ojo.

—Tal vez, una vez esté trabajando allí, pueda colarte.

¡Bingo! Eso era justo lo que había pretendido con aquella visita.

—Sería genial —aseguró, con un guiño—. He consultado en varias bibliotecas y a expertos sobre la materia, pero con pocos resultados. Por lo que he podido comprobar, por aquí no son muy dados a hablar de ciertos temas. Es muy posible que en la biblioteca de Muckross encuentre alguna pista que ayude en mi investigación.

Lo había conseguido. Ya podía irse de allí. Pero, en cambio, se encontró volviendo a llenar las copas. Hacía tiempo que no conversaba tan a gusto con una persona.

Diana era un tanto introvertida, pero era muy agradable, y parecía sincera. Le contó que había perdido a sus padres en un accidente de coche tiempo atrás, y a su abuela hacía pocos meses. No tenía a nadie más en el mundo.

Fue inevitable que simpatizase con ella y, sin darse cuenta, le habló de su propia vida: de que nunca había conocido a su verdadero padre, de que su madre se había vuelto a casar y que tenía una medio hermana a la que adoraba, del fallecimiento de su madre tras el parto... Qué fácil era hablar con alguien que estaba fuera de su mundo y de la influencia de Alexandre.

—¿Tienes pensado quedarte durante mucho tiempo? —inquirió Diana, en algún momento de la tarde.

—Tengo la suerte de tener un padrastro forrado que cubre todos mis gastos —reconoció Alana, sintiendo que la frialdad envolvía su cuerpo—, así que, hasta que no termine de encontrar lo que estoy buscando, no puedo volver.

## CAPÍTULO 11

**S**er el dios del Sol era vivir en una constante monotonía: amanecer por el este y atardecer por el oeste. Siempre el mismo recorrido. Siempre igual. Para toda la eternidad.

Lugh se sentía hastiado, esa era la verdad. Razón por la que, cada vez más a menudo, dejaba los confines de *Tir na nÓg* y se paseaba por la superficie de la tierra. Al menos allí, el tiempo parecía avanzar y se sentía útil.

También había otra razón: adoraba aquella isla. Las extensas praderas verdes, los ríos y los lagos que nutrían la tierra, las suaves colinas y los frondosos bosques. En aquel lugar, podías respirar el poder de la naturaleza. Pero, sobre todo, lo que más le gustaba eran los momentos en los que el sol conseguía imponerse a las nubes que se recreaban en aquellos cielos y convertían el día en una celebración para todas las criaturas que allí habitaban. Un instante que era efímero porque, en aquella tierra, las nubes y la lluvia acechaban sin piedad.

Aquel parecía ser uno de esos días especiales: el sol brillaba en todo su esplendor y el cielo estaba teñido de un vívido azul.

Guió a su semental, con soltura, entre los árboles, sin un rumbo fijo, tan solo disfrutando de los cálidos rayos sobre su piel. Estaba llegando al lago cuando Albho, así se llamaba su caballo, alzó el hocico y movió las orejas.

—¿Qué te ocurre, amigo?

El animal, que entendía a la perfección sus palabras, corcoveó y cambió el rumbo hacia la orilla, guiándolo hacia aquello que le había llamado la atención.

Lugh se dejó llevar hasta que, unos metros después, divisó un ciervo de majestuosa cornamenta a orillas del lago Muckross. Eso no era de extrañar, aquellos animales eran usuales por la zona. Lo curioso era que se había acercado a una muchacha pelirroja y le olisqueaba la mano. Los ciervos no se acercaban a los siadsan.

Intrigado por aquella chica, se aproximó.

—Parece que le gustas —observó en voz alta, para hacerse notar.

Al oír su voz, el ciervo salió corriendo, espantado, al mismo tiempo que la pelirroja daba un brinco. Sin embargo, al instante, se giró hacia él y lo miró con fastidio.

—Ahora entiendo el por qué —murmuró Lugh al tiempo que observaba de forma apreciativa el cabello cobrizo, los intensos ojos verdes y la figura delgada de la chica.

—¿El por qué, de qué? —preguntó ella, con el ceño fruncido.

—Por qué le gustas. Eres preciosa —aclaró, con una sonrisa seductora.

Su monótono día acababa de tomar un giro inesperado. Retozar en el bosque con una preciosa pelirroja sería una buena manera de animarlo. Pero, para su sorpresa, ella bufó, incrédula.

—Y según tu teoría los ciervos se acercan solo a las chicas supuestamente bonitas, ¿no?

—La verdad es que no —respondió Lugh, tomándose su pregunta con seriedad—. Lo que me lleva a una importante pregunta, ¿quién eres tú?

—Ah, no. Si quieres saber quién soy, dime primero quién eres tú —soltó la chica, con los brazos en jarras.

Lugh se apeó del caballo con un salto ágil y se acercó a ella. Era bajita, mediría poco más de un metro y sesenta centímetros, pero lo encaraba con coraje.

—Me llamo Lugh —musitó, con una juguetona reverencia y cogió su mano para besársela de forma seductora—. ¿Cuál es tu nombre, preciosa?

Aquella galantería solía provocar diferentes reacciones en las mujeres: la mayoría se derretían, otras se ruborizaban, algunas balbuceaban, recordaba una que se había enroscado a él como una hiedra al tronco de un árbol, besándolo con fervor, incluso otra que había tenido un pequeño desmayo. Pero nunca, hasta entonces, lo habían mirado con indiferente diversión.

—Soy Diana.

Solo para probar lo que ya sospechaba, le hizo una descarada proposición.

—Si te dijera que te deseo y que me gustaría hacerte el amor aquí mismo ¿qué me dirías?

Cualquier siadsan le hubiese dicho «sí». De aquella extraña chica, esperaba alguna duda, incluso un «no», por insólito que fuera. Lo que no esperaba fue la sonora carcajada con la que fueron recibidas sus palabras.

—Sí que eres diferente —aseguró, y la miró con intensidad.

No era una Tuatha dé Danann, de eso estaba seguro. Tampoco una fomoriana; todos ellos eran morenos y de ojos oscuros, a excepción de Elatha, su rey. Tal vez, fuese una milesiana, aunque ellas también eran vulnerables al poder de seducción de los danianos. ¿Quién sería?

—Diferente, ¿por qué? ¿Porque no caigo rendida a tus pies nada más verte? —preguntó Diana, con una sonrisa escéptica.

Lugh asintió ya que su conclusión era evidente.

—No soy la clase de chica que se acuesta con un tío a la primera de cambio —explico la pelirroja, al tiempo que se encogía de hombros—. Estás muy bueno, pero no para tanto.

Aquel comentario hubiese supuesto una mella en la autoestima de cualquier otro hombre, pero no en la de Lugh. Él estaba seguro de su valía. Así que decidió seguirle el juego a aquella chica y se llevó la mano al pecho con dramatismo, como clavándose un cuchillo.

—Acabas de herir de forma mortal a mi ego masculino. Hasta ahora me había considerado totalmente irresistible para todas las mujeres.

—Ahí se acerca mi amiga. Si quieres te la presento y pruebas suerte con ella.

—Ese es uno de los peores insultos que le puedes hacer a un hombre. Primero me rechazas y luego intentas encasquetarme a tu amiga —rezongó Lugh, simulando indignación, porque, a decir verdad, se estaba divirtiendo con aquella muchacha—. Y seguro que tu amiga resultará ser un orco de esos que...

En cuanto sus ojos captaron la figura que se acercaba pedaleando en una bici azul, perdió el hilo de lo que estaba diciendo. Su voz fue bajando de tono, hasta que enmudeció por completo.

¡Por Danu! ¿Quién era aquella exquisita criatura?

Su corazón ralentizó el ritmo y su cuerpo se tensó. Eran los mismos efectos que sentía cuando se preparaba para una batalla, salvo por un detalle: la excitación que estaba endureciendo su miembro.

La observó acercarse como a cámara lenta, y disfrutó de los detalles que iba descubriendo de ella, cada segundo: el cabello largo y rizado, de un intenso tono castaño oscuro, que ondeaba a su espalda como una estela; la piel de un ligero tono bronceado, inusual en aquellas tierras; el cuerpo, delgado pero curvilíneo, capaz de satisfacer las fantasías de cualquier hombre... o dios.

Cuando ella puso sus ojos en Lugh, perdió el equilibrio de la bicicleta y casi se salió del camino.

«Eso sí que es una reacción normal al verme por primera vez» pensó al tiempo que esbozaba una sonrisa socarrona. Sonrisa que se amplió al ver cómo ella bajaba de la bici, trastabillando, y se acercaba con la vista clavada en él, completamente embelesada, hasta quedar a tan solo un paso de distancia.

Entonces Lugh pudo apreciar toda la belleza que había intuido en la distancia: el rostro en forma de corazón, la nariz respingona y los labios gruesos y carnosos; pero, cuando por fin se detuvo en sus ojos, oscuros y coronados con un abanico de tupidas pestañas negras, sintió como si una fuerza invisible le diese un puñetazo en el estómago.

No supo cuánto tiempo se quedaron así, observándose en silencio, hasta que oyó un fuerte carraspeo.

—Será mejor que os presente —masculló Diana—. Alana, este es Lugh, un rubio imponente que parece estar acostumbrado a que las mujeres se vayan desnudando a su paso y le besen los pies. Lugh, esta es mi amiga Alana, una exótica española que espero que no sea tan tonta de quitarse el suéter en cuanto le lances esa sonrisa seductora tuya.

—Perdona, ¿qué has dicho? —inquirió Lugh, al tiempo que recuperaba la compostura—. ¿Cómo has dicho que se llama esta belleza?

—Hace un momento has dicho que era un orco —apuntó Diana, con una ceja levantada.

—Me llamo Alana —farfulló ella y le tendió la mano, esperando a que se la estrechase, tal y como se saludaban los irlandeses.

Pero Lugh no pensaba desaprovechar la oportunidad que le acababa de ofrecer. Se acercó despacio hacia ella y tomó su mano. Una corriente eléctrica los recorrió, haciéndolos contener el aliento a la vez. Sin apartar la mirada de ella, posó los labios sobre el dorso de su mano.

Era deliciosa. Su olor, su tacto, su sabor... Sí, su boca se demoró más de la cuenta, recreándose en su piel, hasta sentir como ella se estremecía.

Lugh sonrió. Ya era suya.

—Vaya, eres impresionante —murmuró Alana, totalmente hipnotizada por él.

Y así era como él, el dios del Sol, deslumbraba a las mujeres.

Solo para estar seguro de que había ganado la batalla, preguntó con voz ronca: —¿Me llevarías a tu casa y me dejarías hacerte el amor?



—Por supuesto —respondió Alana, sin vacilar.

La sonrisa de Lugh se ensanchó y miró a Diana de reojo, con gesto de triunfo. Esa era la respuesta que siempre le daban las mujeres.

—Pero, antes, aclárame una cosa —pidió Alana, de repente, a su amiga, al tiempo que alzaba una ceja de forma arrogante—. ¿Cuándo debo de quitarme el suéter? ¿Antes o después de besarle los pies?

Lugh vio entre azorado e incrédulo, cómo las dos muchachas estallaban en carcajadas. Tardó un segundo en darse cuenta de que Alana acababa de tomarle el pelo. Soltó un bufido indignado y se cruzó de brazos, con el ceño fruncido.

—No le veo la gracia —rezongó, ofendido—. Es la primera vez que me pasa esto con mujeres como vosotras.

Ese comentario crispó a Alana.

—Mira guapito, espero que con lo de «vosotras» te refieras a las turistas en general y no sea ningún tipo de comentario racista hacia las españolas en concreto, que insinúe que somos fáciles, porque, sino, soy capaz de pegarte tal patada en el culo que te lance de cabeza directamente dentro del trasero de tu bonito caballo —soltó la chica a la carrera, encarándose a él con los brazos en jarras.

Albho, que estaba pastando con tranquilidad a un lado, levantó la cabeza de golpe y soltó un relincho de protesta, pero Lugh no le prestó atención, solo tenía ojos para Alana. Estaba espléndida, con los ojos castaños entrecerrados de pura furia y el hermoso cabello rizado flotando a su alrededor y él sintió un ramalazo de deseo recorrer todo su cuerpo.

—No soy racista —aclaró, con el ceño fruncido al entender la insinuación.

—Más te vale —advirtió Alana, recalcando cada palabra con una estocada de su dedo índice sobre el pecho masculino.

Aquella forma de plantarle cara no hizo más que incrementar su deseo.

—Me gustan las mujeres hermosas y con carácter.

—Pues a mí no me gustan los hombres creídos —afirmó Alana, al tiempo que alzaba el mentón.

Se giró, ignorándolo, y volvió a montar en la bici.

—¿Nos vamos ya, Diana?

—Sí, claro —balbuceó la pelirroja, y se subió a la bici con cierta torpeza por las prisas—. Bueno Lugh, ha sido un placer. Ya nos veremos.

—Por supuesto que nos volveremos a ver —respondió Lugh, pero sus ojos estaban fijos en la figura de Alana.

Sí, se volverían a encontrar, él se aseguraría de ello. Y, por primera vez en mucho tiempo, el dios del Sol se sintió entusiasmado con algo.

## CAPÍTULO 12

**A**lana se alejó de aquel desconocido, tan rápido como le fue posible, rezando para que Diana la siguiera con su bici.

Sentía las piernas temblorosas y el pulso acelerado, y no era por su apresurada forma de pedalear, no. Era porque, si estaba en lo cierto, acababa de conocer al mismísimo dios del Sol.

Si a eso le sumabas que era clavadito al hombre que aparecía en los dibujos de Eli, era normal que estuviese alterada. Y si, por añadidura, resultaba que aquel cretino era más imponente en persona que sobre el papel, su estado de alteración era lógico y comprensible.

Sabía que, al ir a Irlanda, su camino se cruzaría, tarde o temprano, con los dioses celtas. Era parte de su misión: dar con ellos. Pero una cosa era planearlo en su mente y otra encontrarse cara a cara con un dios.

Mil y una preguntas habían bombardeado su pensamiento, alimentadas por horas y horas de sus estudios. ¿Serían ciertas todas las teorías que había estudiado? ¿Qué leyendas eran veraces y cuáles, fruto de la imaginación humana?

Conocía parte de la historia celta de primera mano, por las historias que le había contado su madre, y que Eleonora había escuchado a su vez de la suya; generación tras generación, las descendientes de Biróg se habían transmitido unas a otras la sabiduría de la druidesa. Pero también había muchas leyendas que ella había descubierto por su cuenta, mientras estudiaba y que le encantaría corroborar.

Aunque toda su curiosidad sobre el tema quedó relegada a una única pregunta que eclipsó al resto: ¿Qué estaba haciendo Diana con él?

Sabía que su nueva amiga tenía que ir hoy a Muckross House para firmar el contrato y conocer las instalaciones, por eso le había escrito un WhatsApp para preguntarle qué tal le había ido. Cuando Diana le propuso un picnic junto al lago para contárselo, no dudó: cogió su bici y salió disparada al encuentro.

Decidieron quedar en el Old Weir Bridge, un puente situado en un punto llamado Meeting of the Waters, que era la zona donde convergían el lago

Muckross y el lago Leine. El camino que bordeaba el lago era precioso. Por un lado, se extendía un prado salpicado de narcisos amarillos, las flores favoritas de Eli y, por el otro, las tranquilas aguas del lago Muckross. El agua estaba en calma y las nubes del cielo se reflejaban en ella, como si el lago fuese una prolongación del cielo en la tierra.

Estaba tan ensimismada con el paisaje, que tardó en descubrir que había dos personas delante de ella, a pocos metros de distancia, paradas junto al camino. Una la reconoció al instante: era Diana, su vibrante cabello rojizo era inconfundible.

Respecto a la otra... En el momento en que sus ojos se clavaron en aquel hombre, no había dejado de ponerse en evidencia. Primero, perdiendo el pie al pedalear, lo que había provocado que casi se cayera de la bici y acabara de morros contra el suelo; y después de eso, comportándose como una adolescente balbuceante y ruborizada, pero es que nunca había conocido a nadie tan perfecto como él.

Tenía el cabello de color rubio oscuro y lo llevaba recogido en una coleta. Sus ojos eran de un azul puro y luminoso, y sus facciones, ya de por sí muy masculinas, estaban acentuadas por una ligera barba de varios días, lo que le confería un aspecto muy sexy.

En cuanto a su cuerpo... volvió a perder pie al recordarlo y masculló una palabrota entre dientes. Aunque fuese vestido con unos vaqueros desgastados y un suéter blanco de manga larga, había podido apreciar la musculatura que escondía debajo de la tela.

Solo un dios podía tener un cuerpo así.

Por suerte, en cuanto Lugh abrió la boca, el hechizo en el que Alana parecía haber caído, se disolvió al instante. El tipo era un verdadero capullo: arrogante y engreído. Igual que Yago, pero en versión rubia.

Alana estaba inmunizada ante tipejos así.

A los pocos minutos, Diana y ella llegaron a un viejo embarcadero y decidieron detenerse allí para comer. Había descubierto aquel lugar hacía unos días y le encantaba ir allí de vez en cuando a pensar. Para una persona como ella, que desde pequeña había estado vigilada y controlada, la soledad era todo un lujo.

Alana extendió una manta que había traído para sentarse y Diana repartió la comida que había comprado en el restaurante de Muckross. La pelirroja la miraba de forma inquisitiva y no era para menos: había estado tan absorta en

sus pensamientos que casi no había abierto la boca desde su encuentro con Lugh.

—No sé si voy a poder probar bocado, todavía estoy temblando — confesó, al fin, rompiendo el silencio.

—Ya estaba pensando que no eras humana. Estaba buenísimo, ¿eh? — añadió Diana, guiñándole un ojo.

—El magnetismo que desprendía parecía de otro mundo —murmuró Alana, con seriedad.

Un mundo de magia y fantasía al que su madre le había introducido desde muy pequeña con las historias que le leía y le contaba antes de dormir.

—¿Te he hablado ya de los *Tuatha dé Danann*? —inquirió Alana, de pronto.

—El otro día me los nombraste. Dioses celtas o algo así, ¿no?

—Hay quien piensa que son dioses, otros en cambio los ven como seres mágicos, como las hadas. Hay un montón de mitos al respecto, un montón de teorías —explicó—. Se dice que las personas normales no pueden verlos, a no ser que realmente quieran ser vistos. Hay leyendas que narran que, de vez en cuando, por aburrimiento o porque alguien les llame la atención, se dejan ver. Se cuenta que son seres seductores, irresistibles, y que aquellos a los que deciden seducir les es imposible negarse.

—¿Piensas que ese rubio era uno de ellos? —preguntó Diana, bromeando—. Porque si es así, lo de seductor te lo concedo, pero lo de que son irresistibles hasta el punto de no poder decirles que no... Conmigo al menos no tenía posibilidad. Aunque unos minutos más contigo... —Diana dejó la frase sin terminar, alzando ambas cejas varias veces en un gesto significativo.

Siendo sincera, no tenía ni idea de lo que habría pasado pasando más tiempo con él a solas. Desprendía un magnetismo que la había dejado descolocada. Por suerte, su personalidad era insufrible.

—Cuéntame más sobre ellos, sobre los *Danann* —pidió Diana, después de unos minutos comiendo en un cómodo silencio.

Alana la miró con una sonrisa. Cuanto más conocía a aquella chica, más le gustaba. Era amable, divertida e inteligente. Y poseía una mente curiosa muy parecida a la suya propia.

—Se los puede llamar danianos —aclaró Alana—. Las leyendas dicen que hay veces en que alguno se ha enamorado de una persona normal y ha decidido permanecer en nuestro mundo. Y también se cuenta que hay ocasiones

en las que los danianos deciden que la persona es lo suficientemente especial como para llevarla a su propio mundo, *Tir na nÓg*, donde no se envejece jamás porque el tiempo corre de forma diferente.

—¿Y qué mundo es ese?

—Es un mundo subterráneo oculto por la magia. Se dice que el jefe de los danianos construyó diversos castillos para que pudieran vivir allí, algunos debajo de montañas, otros debajo de lagos. Aunque Dagda, que es el jefe, y los más importantes danianos, viven en Avalon.

Diana dio un respingo.

—¿Dagda? Hoy justo he conocido a un Dagda en Muckross House —explicó, con el ceño fruncido.

Alana la miró con una ceja levantada de forma interrogante.

—En la biblioteca de Muckross House me encontré a un viejo escribiendo un libro —aclaró Diana, con una sonrisa—. Me dijo que se llamaba Dagda.

El corazón de Alana se saltó un latido mientras recordaba la visión que había invadido su mente días atrás.

—¿Un libro dices?

—Sí, aunque no le presté demasiada atención, la verdad.

¿Así de fácil? ¿Diana se había topado con Dagda y su libro el primer día que entraba en la biblioteca de Muckross House?

—¿Y de qué hablasteis? —inquirió Alana, intentando disimular el tumulto que sentía en su interior.

—Fue un tanto extraño —admitió Diana—. Creo que me confundió con alguien.

Eso despertó todo el interés de Alana.

—¿Con quién te pudo confundir? —musitó y miró a la valenciana con fijeza, tratando de descubrir qué ocultaba aquella chica en su interior.

Desde el principio, había sentido una energía intensa en ella. Un poder que fluía de su interior y parecía envolverla. En un primer momento, pensó que podía ser una descendiente de Breogán, pero ¿y si había algo más?

Alana salió de su trance al ver que Diana rompía el contacto visual y se revolvía en su sitio, incómoda bajo su atento escrutinio.

—Perdona, a veces me quedo en la parra —se disculpó con sinceridad.

—Tranquila, no pasa nada. Pero de vez en cuando tienes una mirada tan intensa que llega a incomodar. Parece que tus ojos se iluminen desde dentro.

Esta vez fue Alana la que se revolvió incómoda.

—Bueno, quieres que te siga contando lo de Dagda o seguimos hablando de lo bonitos que son nuestros ojos —bromeó, en un intento de cambiar de tema.

—Cuenta, cuenta.

—Como te decía, Dagda es el líder de los danianos. Se lo conoce como el Buen Dios, de gran corazón, y sabio entre sabios. Se dice que es un maestro de druidas y un temible guerrero.

—¿Maestro de druidas?

—Sí, hay personas con una energía interior especial, más intensa de lo normal. Si se enfoca bien, y con el entrenamiento adecuado, pueden llegar a convertirse en druidas.

—Cuando hablas de druidas solo me viene a la mente Panorámix y el caldero con la pócima donde cayó Obélix —confesó Diana, con una risa—. ¿Son una especie de brujos que preparan pócimas?

Alana también rio, pero luego se puso seria.

—Técnicamente son los médiums celtas entre el mundo de los dioses y el mundo real. Pueden desarrollar ciertas habilidades mágicas asociadas a la naturaleza, y crear pócimas y hechizos, y algunos también son videntes.

—Pero los druidas no existen, ¿verdad?

Su ingenuidad la hizo sonreír. La inmensa mayoría de personas vivían sin percibir que el mundo estaba repleto de magia.

—Te sorprendería saber la cantidad de personas que se consideran druidas —bufó Alana, despectiva—. El mundo está lleno de lo que se conocen como sectas neodrúidicas. Hay quienes piensan que por bailar desnudos a la luz de la luna un 1 de mayo pueden conectar con los dioses.

Diana no pudo evitar reír al imaginarse la escena, pero Alana no rio. Solo alguien ajeno a una secta podía tomarse el asunto en broma. Para ella, era una pesadilla.

—Hoy no solo has conocido a Dagda, también has conocido a Lugh —señaló con un sutil cambio de tema—. Los danianos te persiguen.

—¿Y quién se supone que es Lugh? —inquirió Diana, alzando una ceja.

—Nada más y nada menos que uno de los más grandes héroes danianos. Se decía de él que era campeón de los campeones y el mejor en todo —explicó Alana.

—¿Y no se decía nada de su descomunal ego? —preguntó Diana, con ironía.

Alana se echó a reír. Sí, aquella chica le caía muy bien.

—Dios o no, hay que reconocer que ese tipo era espectacular —musitó, cuando la imagen del dios del Sol acudió a su mente.

—Pero no has caído rendida a sus pies —señaló Diana, con admiración.

—No caí, solo tropecé —reconoció Alana, con un guiño cómplice—. Aunque si me lo vuelvo a encontrar, no sé lo que pasará. No soy de piedra —añadió pensativa, y la miró con curiosidad—. A ti, en cambio, no te afectó ni un poquito, ¿verdad?

—Creo que estoy desarrollando cierta predilección por los ojos grises —confesó Diana, de forma enigmática—. En este país, los ojos azules parece que vengan de serie.

—Bueno, en eso disiento. Hay ojos azules... y hay ojos que parecen haber robado un trozo de cielo en primavera —suspiró Alana, con teatralidad.

Diana resopló, burlona, por la cursilada.

—Nunca me han atraído los hombres con el pelo largo, pero he de reconocer que le daba cierto atractivo... salvaje —añadió Alana, y se abrazó a sí misma cuando sintió que un estremecimiento recorría su cuerpo.

¿Deseo? No, no podía ser.

—Y dime, ¿todos los danianos son buenos?

—A ellos se les atribuyen todas las virtudes, aunque por los relatos que he leído, no están exentos de pecados como pueda ser la envidia, la lujuria, la soberbia o la vanidad. Pese a todo, siempre han tenido fama de ser los buenos. Para malos ya estaban los fomorianos.

—¿Los fomorianos?

—Eran los dioses de las tinieblas, enemigos de los danianos. Se decía que eran verdaderos engendros del infierno —añadió Alana, con una mueca.

—Vaya descripción más agradable. ¿Tan malos eran?

—Mejor reza para no cruzarte con ninguno, por si acaso.

El cielo, que poco a poco se había estado cubriendo de nubes desde que habían llegado, se oscureció por completo. Justo entonces, empezó a llover y salieron disparadas de allí.

Para cuando llegaron a casa, las dos estaban caladas hasta los huesos.

—El tiempo en esta isla es impredecible —comentó Alana, mientras dejaban sus respectivas bicicletas en un pequeño trastero que había en el rellano del edificio.

El chubasquero que llevaba no había podido hacer mucho para protegerla



de la lluvia y sentía cómo la ropa se le pegaba a la piel.

—¡Madre mía, qué pinta! —comentó, con una risita divertida al ver su reflejo en un espejo que había en la pared del rellano—. Tengo mojadas hasta las...

Las palabras murieron en su boca cuando la imagen de Diana entró en su campo visual. Su figura estaba tan mojada como la de ella, eso lo esperaba. Lo que la sorprendió fue el halo brillante que tenía alrededor de su cuerpo.

Parpadeó y trató de secarse los ojos como pudo, pero al volver a mirar a su amiga, aquel extraño halo seguía allí.

## CAPÍTULO 13

Un centenar de cuerpos se mecían al son de la música, envueltos en sombras y acariciados por las ocasionales luces de colores que se proyectaban desde el techo. El Ghrian era un *nightclub* muy popular en aquella pequeña ciudad y, tanto lugareños como turistas, acudían allí atraídos por el buen ambiente.

Alana llevaba unos minutos apoyada en la barra, mientras se tomaba una cerveza, estudiando el local. Aquella era la tercera noche que iba allí y no iba a ser la última, porque estaba aprendiendo mucho de lo que ella había empezado a llamar *fauna* local.

Por un lado, estaban los danianos, fácilmente reconocibles porque iban vestidos con colores claros y miraban a su alrededor con benevolencia y un atisbo de superioridad, como si estuviesen haciendo un favor a la humanidad por haber decidido mezclarse con ellos. Estaban reunidos en el fondo del local, en un lujoso reservado. Y si no se equivocaba, Mac Gréine, el dueño del Ghrian, estaba entre ellos, recibiendo toda clase de atenciones y elogios.

Por otro lado, en el rincón menos iluminado, se agrupaban los temibles guerreros fomorianos. En verdad tenían un aspecto feroz, no solo por su imponente estatura y musculatura, sino porque iban vestidos de negro y tenían miradas feroces. Los *chicos malos* del lugar. Tal vez por eso, la mayoría de las mujeres estaban cerca de ellos, tratando de llamar su atención. El lado oscuro siempre resultaba muy atractivo.

Los milesianos, en cambio, pasaban desapercibidos entre la gente normal. Alana estaba empezando a poder identificar sus auras, un poco más luminosas que las del resto, señal de que tenían una energía más intensa.

Era extraño. Nunca había poseído aquel don, el de ver las auras, pero había empezado a hacerlo tras la lluvia que les había caído a Diana y a ella en su excursión. Tal vez, la magia de aquella tierra estaba potenciando sus poderes, por eso también había recuperado en parte sus dotes de videncia.

Ahora podía identificar la naturaleza mágica de una persona con un simple vistazo, algo que le parecía fascinante. Los danianos tenían un aura azul

muy luminosa. La de los fomorianos, lejos de ser un aura negra como había supuesto, era de un vibrante tono rojo. Los demás, la gente normal y los milesianos, la tenían blanca, con pequeños matices de color, dependiendo de sus estados de ánimo.

Aquel nuevo don le había abierto los ojos en muchos aspectos, sobre todo en uno: Diana. Su nueva amiga tenía un aura especial, una mezcla de blanco y azul, pero no fundidos. Sus colores refulgían en una lucha constante, como si tuviese dos energías diferentes encerradas en su cuerpo. ¿Quién sería realmente? ¿Una mestiza? Tal vez, era la hija de un daniano y una milesiana, eso sería una explicación plausible.

Observó, con disimulo, cómo Mac Gréine salía del reservado y se acercaba a la barra para hablar, un momento, con el barman y aprovechó la oportunidad.

Era un hombre atractivo, de cabello color chocolate y ojos verde azulados, y con el talante arrogante del que se sabía dueño de todo lo que tenía alrededor.

Según sus fuentes, él era su principal objetivo.

—Este local está abarrotado —comentó, mientras se colocaba a su lado con una sonrisa amistosa.

—¿Española? —adivinó él, al tiempo que sus ojos se deslizaban por su cuerpo con una mirada de interés.

—Y tú debes de ser el dios al que todos veneran.

—¿Qué quieres decir? —inquirió él. Su rostro se había vuelto inescrutable.

—He oído que eres el dueño —aclaró ella, con un guiño— y que tu palabra es ley aquí. Debe de ser una sensación maravillosa.

—¿A qué te refieres?

—Ser tan importante. Tener tanto poder. Que todos traten de congraciarse contigo y que se desvivan por cumplir tus deseos —enumeró ella, y bebió de su copa con estudiada indiferencia—. Lástima que solo seas el dueño del Ghrian. Imagina lo que sería extender tu dominio fuera de aquí. Tener el poder necesario para que toda la humanidad se arrodille ante ti. Pero, claro, para eso tendrías que ser un dios de verdad.

—¿Quién eres? —demandó él, con el ceño fruncido.

—Puedo ser una amiga —respondió ella, de forma enigmática.

El hombre hizo ademán de preguntar, pero una rubia de belleza etérea se

interpuso entre ellos.

—Mac Gréine, te estamos esperando. No nos divertimos igual sin ti — añadió, con un puchero.

El hombre dudó, pero terminó cediendo a la demanda de la rubia, que lo había cogido de la mano y tiraba de él. Dirigió una última mirada inquisitiva a Alana, antes de regresar al reservado con sus amigos.

Ella apuró su copa y pidió otra. Acababa de plantar la primera semilla de la discordia y no estaba muy orgullosa de ello, pero se consoló pensando que el fin justificaba los medios.

Estaba tan absorta en sus reflexiones que tardó en darse cuenta de que una figura acababa de abrirse camino en el local. Un hombre rubio y hermoso como el sol, rodeado por un aura en la que vibraban el azul más puro y el rojo más apasionado. Un mestizo de las dos razas divinas más poderosas.

Lugh.

Como si de una fragante flor se tratase, cinco abejas en forma de mujer se acercaron a él.

«O también podían ser moscas atraídas por una caca maloliente», pensó, con una mueca divertida, y dio un trago a su copa en un brindis secreto por su ocurrencia.

Con un interés que no quiso reconocer, observó cómo Lugh evaluaba con la mirada a las posibles candidatas que se le habían acercado. Las cinco iban vestidas para atraer: la que no llevaba un escote sugerente, lo suplía con una minifalda que no dejaba nada a la imaginación. Una de ellas, una rubia despampanante, llevaba un vestido tan atrevido que hasta a Alana le costaba apartar la mirada de sus insinuantes curvas.

Los ojos de Lugh acariciaron, de forma apreciativa, los cuerpos de las mujeres, pero ninguna pareció despertar un interés especial en él. De pronto, como si hubiese intuido que lo estaban observando, se giró y la sorprendió mirando.

Una sonrisa, que solo pudo describir como lobuna, sesgó sus labios antes de que Alana consiguiese apartar la mirada con rapidez, lo que provocó que parte de la bebida que le acababan de servir terminase mojando sus pantalones. Mascullando un juramento, sacó un pañuelo de su bolso y trató de secar la mancha.

—Nos volvemos a encontrar.

Alana levantó la mirada y ahí estaba él. A su lado. Demasiado cerca.

Parecía que disfrutaba invadiendo su espacio vital.

—¿Te conozco? —inquirió ella, fingiendo ignorancia.

Pretendía hacer que se tambalease esa arrogancia que parecía exudar por todos los poros de su piel, pero solo consiguió que sonriera.

—Ya sabes que me conoces. Y estoy dispuesto a que me conozcas mucho mejor —añadió, con tono sugerente.

—Hola, Lugh —saludó una guapísima morena que pasó cerca de ellos, mientras le dedicaba un guiño cómplice.

—Creo que ya eres bastante conocido por aquí —masculló Alana, nada seducida por la sugerencia.

—Lo sé, pero tienes suerte: esta noche te he elegido a ti.

—¿Y eso es tener suerte? —musitó, al tiempo que bebía un trago.

—La verdad es que te podías haber arreglado un poco más para llamar mi atención, pero, a pesar de ello, hay algo en ti que me atrae. Por eso tienes suerte.

Alana se atragantó con su bebida. Miró a Lugh, tratando de descubrir en su expresión alguna señal de que estuviese bromeando, pero no. El muy cretino lo decía en serio.

—¿Y cómo se supone que debo vestir para llamar tu atención? —preguntó, con fingido interés, mientras trataba de contener las ganas de vaciarle su vaso en la cara.

—La verdad es que llamarías más mi atención si fueses desnuda, pero... —Los ojos de Lugh bajaron por su cuerpo en una caricia lenta que, muy a su pesar, provocó un revuelo en su estómago—. Creo que con un vestido rojo estarías arrebatadora.

—Así que un vestido rojo, ¿eh? —ronroneó, con una mirada sensual, mientras se acercaba a él para deslizar un dedo por el centro de sus pectorales, en una caricia incitante.

Solo cuando sintió las manos de Lugh en su cintura y vio el triunfo brillar en su mirada, lo apartó de un empujón.

—Escúchame bien, capullo. No sé por qué incomprensible razón piensas que eres un regalo para las mujeres, pero déjame decirte algo: no lo eres. Y añadiré algo más. El día en que me ponga un vestido rojo para llamar tu atención, será el día en que el infierno se congele —espetó, enfadada.

Y con una última mirada, que transmitió cuánto lo aborrecía, lo dejó allí plantado y se fue a casa.

## CAPÍTULO 14

Lugh miró incrédulo cómo Alana se alejaba de él. Era inaudito. Primero lo rechazaba en el bosque. ahora, en el Ghrian. Dos veces. Dos.

¡Por Danu! ¿Quién era aquella muchacha que se le podía resistir con tanta facilidad?

Hizo ademán de seguirla, no dispuesto a dejarse vencer por su rechazo, pero, de repente, apareció ante él un muro de ladrillos. O lo que era lo mismo: un guerrero fomoriano. Levantó la mirada —porque sí, aquel titán casi le sacaba una cabeza pese a que él rozaba los dos metros de altura— y se encontró con el rostro sonriente de Maon, uno de los cuatro generales de Elatha. Y dónde estaba Maon...

—Mira a quién tenemos aquí, al mismísimo dios del Sol en todo su esplendor —comentó una voz a su espalda, con tono de burla.

Lugh se giró hacia Sionn, con una mirada de resignación.

Sionn también era un general de Elatha y, al igual que su hermano mellizo, medía dos metros y treinta centímetros. Los dos eran morenos, con ojos negros, como todos los fomorianos. Solo había una única excepción: Elatha, su rey. Que por un capricho de la diosa Domnu, había nacido rubio y con los ojos grises.

Por alguna extraña razón, aquellos dos siempre lo abordaban en los momentos más inoportunos.

—Ahora no estoy de humor para enfrentarme con vosotros. Ya me iba.

Sus palabras hicieron que los dos hombres estallaran en una sonora carcajada.

Decidió ignorarlos y marcharse, pero se encontró atrapado entre los dos cuerpos. Por un momento, se sintió como un trozo de jamón en un sándwich.

Imponerse a ellos de forma física era impensable y, por desgracia, al estar en la superficie, rodeados de testigos, la magia quedaba descartada. Así que decidió seguirles el juego.

—Está bien. ¿Qué queréis?

—No queremos nada —respondió Maon.

—Solo hemos venido a consolarte —terció Sionn.

—¿Consolarme?

—Después de ver cómo esa chica te ha vapuleado, pensamos que lo necesitarías. No todos los días llaman «capullo» al dios del Sol —explicó Maon.

—Creo que es la primera vez que vemos que una mujer te rechaza —añadió Sionn, con tono pensativo—. Tal vez deberíamos probar suerte con ella.

—Estoy de acuerdo. Parecía un buen ejemplar —convino Maon, mientras lo miraba con una sonrisa bailando en sus labios.

Lugh sintió que todo su cuerpo se tensaba de golpe. Una sensación de posesividad, como nunca antes había sentido hacia nadie, invadió cada poro de su ser. La respiración se le aceleró y tuvo que apretar los puños con fuerza para controlar las ganas de lanzarse sobre ellos y molerlos a golpes. Quiso aullar que Alana era suya y ningún otro hombre la iba a tocar. Pensó en...

—Relájate, muchacho. Se te están poniendo los ojos negros.

Aquello lo desinfló de golpe.

Cuando perdía los estribos, su lado fomoriano lo dominaba y el primer síntoma era que los ojos se le oscurecían hasta el punto de tornarse negros. Los cerró y se concentró en respirar.

—¿Hasta cuándo vas a continuar negando tu naturaleza fomoriana? —inquirió Sionn.

—¿Por eso me acosáis con vuestras pullas? ¿Para hacerme perder los estribos?

—No, lo hacemos para recordarte quién eres —respondió Maon, con sencillez.

—Por mucho que insistas en vestir de blanco y rodearte de todos tus afables danianos, la sangre fomoriana corre por tus venas y es algo que no puedes negar —intervino Sionn.

Por un momento, Lugh se sintió expuesto. Era cierto que solía vestir de blanco, aunque normalmente lo combinaba con vaqueros claros. Los danianos solían vestir de colores suaves y él había adoptado también aquella costumbre. Había una razón para ello, una que no reconocería nunca ante nadie: lo había hecho para encajar.

Ser un mestizo entre dos razas enfrentadas había marcado su vida, desde su nacimiento.

Después de siglos conviviendo con los danianos, todavía había ocasiones en que lo miraban con desconfianza. Sobre todo, cuando perdía los estribos y sacaba a relucir su lado oscuro: su ascendencia fomoriana.

Esa parte salvaje de él que enturbiaba su vida.

—Elatha te invitó hace tiempo a que te unieras a los nuestros y la invitación continua vigente —le recordó Maon.

Y sin más, los dos mellizos se alejaron de él y regresaron con los suyos.

Por un momento, Lugh miró a un lado y otro de la sala, indeciso. Por una parte, estaban los danianos, en el otra, los fomorianos. Luz u oscuridad. Su eterno dilema.

Su mirada se paró, por un momento, en el grupo de fomorianos allí reunidos. Los cuervos, como así eran conocidos. Su lealtad entre ellos y hacia su rey era inquebrantable y vivían con pasión. Muchos danianos los catalogaban como salvajes. Pero y si...

—¡Lugh!

Oyó su nombre y se giró. Mac Gréine estaba llamando su atención, con un ademán de la mano, para que se uniese a su grupo.

Se acercó hasta el reservado y fue recibido con muestras de alegría.

—¿Qué hacías con esos dos cuervos? —inquirió el dueño del local, con mirada preocupada—. No te estarían molestando, ¿verdad?

—No, solo hablábamos —respondió Lugh, mientras se sentaba en uno de los sofás y aceptaba la copa que su amigo le ofrecía.

—¿Y también estabas «solo hablando» con la morena?

—No, con ella quería hacer algo más que hablar —reconoció Lugh, con una sonrisa—, pero creo que esta noche no estaba demasiado receptiva.

—Una mujer resistiendo los encantos del dios del Sol... ¿Quién es? No me suena haberla visto por aquí antes —comentó Mac Gréine y por su expresión parecía bastante interesado.

—Una española. Creo que turista. La verdad es que no le he preguntado —reflexionó Lugh, y se dio una patada mental por ello.

Cuando estaba con ella no pensaba con claridad. No pensaba en absoluto. Bastante le costaba resistirse al impulso de cargarla sobre su hombro y hacerla suya en el primer lugar, con un mínimo de privacidad, que encontrara.

Como si le hubiese leído la mente, Goibniu, el dios Herrero, que estaba sentado a su lado, le dio un codazo mientras comentaba:

—Echo de menos los tiempos en los que podíamos comportarnos como



bárbaros y hacer nuestras a las mujeres con solo quererlo.

—Yo, a veces, echo de menos los tiempos en que todos nos adoraban. ¿De qué sirve ser un dios si no podemos actuar como tal? —comentó Mac Gréine, pensativo—. Pero luego, vengo aquí y... Al menos dicen que soy el dios del Ghrian —añadió, con una risa queda que no le llegó a los ojos.

De todos los danianos, Mac Gréine, el nieto de Dagda, era el que más tiempo pasaba en la superficie. Pese a que murió en la batalla contra los milesianos, antes de que se estableciera el Pacto de Tres, su espíritu consiguió reencarnarse, siglos después, y regresar a Irlanda, recuperando así los poderes que una vez tuvo.

Como propietario del Ghrian, le gustaba mezclarse con los siadsan. Y Lugh, en cierta forma, lo entendía. En los últimos tiempos, si querías salir de la monotonía del subsuelo, tenías que ir al exterior. Eran muchos los Tuatha dé Danann que habían adoptado costumbres y modas contemporáneas. Algunos, como él mismo, incluso, llevaban móvil, aunque cuando estaba en *Tir na nÓg* de poco servía, puesto que no había compañía telefónica que diese cobertura en aquel lugar.

—No entiendo por qué les permites la entrada a los fomorianos —musitó Brigit, la diosa de la Poesía, con un delicado escalofrío.

—Estoy de acuerdo. Deberías restringir el acceso a esos... indeseables —coincidió Angus, el dios del Amor, sin conseguir encontrar un insulto mejor.

—«Indeseables». Qué epíteto más vulgar —musitó Morrigan, con sorna, al tiempo que ponía los ojos en blanco—. Parecéis una panda de esnobs estirados.

—Soy un hombre de negocios —afirmó Mac Gréine, mientras se encogía de hombros—. Su dinero es tan válido como cualquier otro. Y consumen más alcohol ellos solos en una noche que el resto de siadsan juntos.

Brigit y Angus intercambiaron una mirada de censura.

—¿Acaso tenéis miedo de que se os vaya a pegar un poco de su carácter apasionado por juntaros con ellos? —bufó Morrigan, exasperada.

—¿Carácter apasionado? ¡Pero si son salvajes! —exclamó, escandalizada, la dulce Brigit.

Al darse cuenta de lo que había dicho, miró a Lugh de reojo y se ruborizó.

—Perdona, no quise decir eso. Tú no eres así, aunque tengas... ya sabes.

—Sí, ya sé.

Era curioso cómo la mayoría de los danianos trataban como un tema tabú

su mestizaje. En Avalon nunca se hablaba de su ascendencia fomoriana. Para todos, él era el gran héroe daniano. Nada más.

Todos intentaban olvidar que tenía sangre de los Fomoré en las venas.  
Sobre todo, él.

## CAPÍTULO 15

**T**odavía era noche cerrada cuando Lugh despertó. Su sueño había sido intranquilo, plagado de imágenes de aquella misteriosa muchacha española de cabellos oscuros.

Era hermosa, debía reconocerlo, pero había habido muchas mujeres hermosas en su vida con anterioridad. También era apasionada; la forma en que se había enfrentado a él así lo demostraba. Y especial; ¿por qué si no había podido resistirse a él?

Ella y su amiga pelirroja no eran simples siadsan, eso estaba claro. Aun así, no concebía la intensa atracción que sentía, ni que no consiguiera dejar de pensar en ella desde que la viera por primera vez.

Su nivel de aburrimiento era tal que se había encaprichado de aquella joven con solo un simple vistazo, eso era. Necesitaba dar con ella y seducirla, solo así podría sacarla de su cabeza. Con ese pensamiento rondándole por la cabeza, salió de su cama y se vistió con presteza, para comenzar su rutina diaria.

Abandonó el castillo de Avalon, situado en las profundidades del lago *Leane*, cuando los danianos todavía dormían, y se dirigió a la orilla oeste, a su rincón especial. Un punto en el que obraba su magia cada mañana para cumplir su principal cometido en la vida: asegurar un nuevo amanecer.

A aquella hora, el silencio era absoluto y la noche vestía de sombras el paisaje que tenía ante sí. Se desvistió para moverse con más comodidad en el agua y, poco a poco, fue adentrándose en el lago, hasta que el agua le cubrió la cintura. Entonces, cerró los ojos y se concentró en las sensaciones.

Notaba la tierra blanda bajo sus pies, el agua se sentía gélida y la brisa fresca erizó el vello de su torso. Su cuerpo se tensó y comenzó a vibrar de energía. Tierra, agua y aire, tres de los elementos de la naturaleza, se fundieron a su alrededor, expectantes. Por un segundo, la naturaleza pareció contener el aliento. Entonces, Lugh alzó los brazos hacia el cielo y un punto de luz comenzó a brillar en el horizonte. El Sol. El cuarto elemento: el fuego.

Comenzó a mover los brazos con suavidad, en una danza ancestral tan

antigua como la misma Tierra, y los rayos del Sol comenzaron a extenderse a su alrededor, venciendo a la oscuridad en una batalla que se remontaba al principio de los tiempos y que siempre obtenía el mismo resultado.

Abrió los ojos cuando salió del trance en el que había caído. Estaba jadeante y el corazón atronaba en su pecho. Cada amanecer suponía un esfuerzo extenuante para su cuerpo, pero, al mismo tiempo, el Sol lo llenaba de energía.

Una vez terminado su trabajo diario, se zambulló en el lago para refrescarse. Tenía la capacidad de respirar bajo el agua, así que se sumergió y buceó durante unos minutos. Luego, emergió a la superficie, dio unas brazadas y extendió su cuerpo, disfrutando de la sensación de ingravidez que lo mantenía a flote.

Le encantaba el agua. Puede que se debiera a que se había criado con Manannán en el océano, rodeado por delfines y selkies.

Pensar en su tutor lo llenó de nostalgia. A lo mejor era hora de hacer una visita a aquel viejo cascarrabias. Había sido como un padre para Lugh. Tal vez no tuviera una naturaleza cariñosa, pero sí era de carácter noble y justo. Bajo su tutela, había evolucionado de niño a hombre. Se había convertido en un guerrero capaz de enfrentarse y vencer a cualquier enemigo. De esa forma, había podido acabar con el temible Balor, su propio abuelo, uno de los reyes fomorianos más cruentos, y convertirse, así, en el héroe que los danianos necesitaban.

Estaba tan absorto en sus pensamientos que tardó en darse cuenta de que no estaba solo. Su instinto le puso en alerta cuando sintió que alguien lo observaba.

¿Quién sería? Ningún siadsan podía verlo, a no ser que él lo quisiera. Nunca cuando convocaba al Sol. Era algo muy personal que jamás había compartido con nadie.

Oteó la orilla y entonces la vio: la sombra de una mujer oculta entre la espesura de los árboles, observándolo.

Algo, no supo qué, le reveló su identidad: era Alana.

Lugh sonrió. Así que la española estaba espiándolo. Pues bien, el dios del Sol le iba a dar un espectáculo que no iba a poder olvidar.

## CAPÍTULO 16

Alana se incorporó en la cama, de golpe, con la respiración acelerada. Se llevó las manos a las mejillas y no le sorprendió encontrarlas húmedas. Había llorado en sueños. Seguro que también había gritado, pero, por suerte, estaba sola en la habitación.

Las pesadillas eran más vívidas que nunca.

Tal vez fuese por estar lejos de Eli. Odiaba dejarla sola en el Pazo de Breogán, rodeada de todos aquellos fanáticos. O, a lo mejor, era la inquietud que le provocaba el desafío al que se enfrentaba allí. Si conseguía emprender la revuelta que Alexandre buscaba, temía las consecuencias.

Después de un rato revolviéndose en la cama, desistió de conciliar el sueño de nuevo y se puso el chándal. Si no podía dormir, al menos podía hacer algo práctico y buscar mandrágoras en el bosque.

La mandrágora era una planta medicinal rodeada de leyendas. Se decía que sus raíces tenían propiedades mágicas y que, cuando las arrancabas de la tierra, gritaban y castigaban con la muerte a quien lo hubiera hecho.

Alana sabía que esa parte no era cierta, puesto que hubiese muerto varias veces si así fuera, pero era verdad que eran el ingrediente básico para varias recetas mágicas. En concreto, una que necesitaba para hacer invisible la marca que tenía en la base de la espalda: una triqueta invertida, el símbolo de los Hijos de Breogán.

Alexandre se la había marcado a fuego en la piel, después del accidente, para que nunca olvidase que no tenía escapatoria. Y aunque la marca estaba en un lugar poco visible, prefería no correr riesgos y ocultarla con un ungüento especial que la haría desaparecer durante un ciclo lunar. En lo único que debía estar atenta era en no mostrar su espalda en la noche de luna llena, que era cuando los efectos desaparecían, y volver a ponérsela la noche siguiente, cuando la luna comenzaba a menguar.

Alana salió con su bicicleta, montó en ella y comenzó a pedalear. La calle estaba desierta a aquellas horas. Enfiló hacia el camino que bordeaba el lago y emprendió un ritmo cómodo, disfrutando de la paz que envolvía la noche. La

luz del faro que tenía enganchado en el manillar titiló cuando la rueda encontró un bache en el camino, pero no se detuvo.

Un ciervo que cruzaba en aquel momento, la miró, sorprendido, para luego echar a correr, espantado. Alana rio, nerviosa. Menudo susto le acaba de dar el maldito animal. Quién le mandaba a ella salir en medio de la noche, en lugar de coger uno de sus libros y quedarse en la cama leyendo un rato.

Detuvo su bici cuando llegó al lado oeste del lago *Leane*, una zona más agreste y menos transitada por los turistas, sacó la linterna que llevaba en la mochila y comenzó a explorar el bosque.

Según su libro de hechizos, de donde había sacado la receta, la mandrágora había que cogerla justo antes del amanecer para que intensificase sus propiedades mágicas.

Después de una hora buscando en la parte más sombría del bosque, encontró una. Se puso unos guantes que llevaba en la mochila, puesto que era tóxica al contacto con la piel, y la manipuló con cuidado para arrancarla de la tierra húmeda. Sonrió triunfal al ver que la raíz tenía forma humana. Esos eran los mejores ejemplares. Cogió un lienzo blanco, la envolvió con cuidado, y la guardó en su mochila. Cumplido su cometido, salió del bosque.

Pensó en tomar algo antes de emprender el regreso al apartamento, así que se sentó en una roca que había entre los árboles a orillas del lago, sacó un sándwich de la mochila y comenzó a comer, mientras observaba la estampa que tenía frente a ella.

Puede que aquel paisaje no le fuera tan querido como el Valle de Quiroga, pero tenía un encanto único del que podía llegar a enamorarse.

Estaba a punto de amanecer y el cielo presentaba esa claridad casi etérea que presagiaba el comienzo del día. Una ligera niebla envolvía todo, otorgando al paisaje un halo de misterio. A lo lejos, en el horizonte, la Isla de Innisfallen no era más que una mancha oscura en medio del lago. Un pequeño trozo de tierra que conservaba las ruinas de una antigua abadía del siglo VI. Le intrigaba mucho aquel lugar, debía explorarlo con detenimiento.

Acababa de darle un bocado a su sándwich de jamón cuando algo atrajo su atención: una figura grande y, sin duda, muy masculina, estaba parada en la orilla, a pocos metros de ella.

Tardó un segundo en reconocerlo: el mismísimo dios del Sol.

¿Qué hacía allí a aquella hora?

Contuvo el aliento cuando Lugh comenzó a desnudarse hasta el punto de

atragantarse con el bocado que todavía estaba masticando. Puede que tuviera una personalidad insufrible, pero, sin duda, tenía un cuerpo digno de ser admirado. Entrecerró los ojos, en un intento de agudizar la mirada, al tiempo que maldecía las sombras que le impedían una visión más clara de todos aquellos músculos.

Vio con asombro que entraba con parsimonia en las frías aguas del lago. ¿Qué demonios hacía dándose un baño a aquellas horas? El agua debía de estar congelada.

De repente, él se detuvo, alzó los brazos al cielo y obró su magia.

Sin dar crédito, lo vio deslizar los brazos por el aire de forma fluida y el Sol comenzó a aflorar, con timidez, por el horizonte, guiado por él. Lugh estaba componiendo un amanecer, como si él fuera un director de orquesta y los rayos del Sol su mejor sinfonía. Hipnótica. Sublime. Inolvidable. Y, entonces, las sombras de la noche empezaron a remitir.

Magia. La más hermosa que se pudiese crear.

¿Cómo era posible que la imagen que tenía frente a ella fuese idéntica al dibujo de Eli? El sol saliendo por el horizonte, el lago y la figura de Lugh con el torso desnudo y con los brazos cruzados sobre la cabeza. Todo era igual.

Eli nunca había demostrado dotes de videncia, hasta ahora. ¿Podía ser que fuera capaz de ver el futuro en sueños y tuviera la habilidad de plasmarlos en el papel? Aquella posibilidad la hizo estremecer. Si Alexandre lo descubría, utilizaría a Eli de igual forma que la había utilizado a ella hasta entonces.

Distraída por sus pensamientos, no se dio cuenta de que Lugh ya había terminado su gran obra y, después de unos minutos retozando en el agua como un niño, emprendió el regreso hacia la orilla. Alana abrió los ojos al máximo para no perderse detalle. Para su sorpresa, después de una breve vacilación, él cambió su rumbo y comenzó a dirigirse hacia donde ella estaba.

Masculló un taco explícito entre dientes y deseó poseer la habilidad de desaparecer como Hans, un chico alemán que había sido reclutado cuatro años atrás. Pero no, no podía esfumarse y Lugh la había descubierto observándolo *in fraganti*. No tenía escapatoria. Así que, decidió afrontar la situación con dignidad y compuso una expresión impasible mientras lo observaba acercarse. Cosa bastante difícil cuando tenía ante sí al dios del Sol, gloriosamente desnudo y, esta vez, había la luz necesaria para no perder detalle.

Un único pensamiento le vino a la mente, repitiéndose en su cerebro como una letanía, mientras observaba cómo las gotas de agua resbalaban por su piel

bronceada: «Mantén tu mirada en sus ojos. Pase lo que pase, no mires más abajo de su cintura».

Lugh salió del lago, con parsimonia, hasta quedar plantado frente a Alana. En lugar de sentirse cohibido por su desnudez, se pavoneaba orgulloso ante ella.

—¿Disfrutando del paisaje? —inquirió, con una sonrisa arrogante.

—Lo hacía hasta que apareciste —respondió ella con sequedad, obviando el doble sentido de sus palabras.

Él afrontó su abierta hostilidad con una sonrisa divertida.

¡Maldición! Tenía una sonrisa muy sexy.

«Pase lo que pase, no mires más abajo de su cintura»

—¿Qué haces sola, en medio del bosque, tan temprano? —preguntó Lugh, mientras ladeaba la cabeza y colocaba su melena a un lado para escurrirla en un fuerte apretón.

—¿Y tú qué haces solo y desnudo, dándote un baño al amanecer? —replicó ella, evitando dar una respuesta.

—¿Conoces una forma mejor de darse un baño? —repuso él, con descaro, sin responder tampoco a su pregunta.

Estaba claro que ninguno iba a contestar a las preguntas del otro.

Incómoda por su cercanía, Alana rompió el contacto visual y comenzó a guardar los restos de su desayuno en la mochila, deseosa de alejarse de él lo antes posible. Sentía su mirada sobre ella en cada movimiento, pero lo ignoró de forma intencionada.

—¿Qué haces?

—Creo que es evidente que estoy recogiendo mis cosas para irme —respondió ella, sin mirarlo.

Su comentario fue recibido con un denso silencio.

—¿De verdad no te atraigo ni un poquito?

Aquella pregunta, formulada con evidente incredulidad, captó su atención.

—¿Y por qué deberías de atraerme?

—Mírame —indicó él, al tiempo que abría los brazos, dando a entender que la respuesta era evidente para cualquiera que tuviera ojos.

Y sí, tenía un cuerpo de escándalo, pero...

—Lo siento, Luke —respondió, y dijo mal su nombre con premeditación, para bajarle los humos—, pero necesito algo más que un cuerpo bonito para sentirme atraída por alguien.



—¿Luke? —El dios del Sol frunció el ceño y compuso una expresión ofendida—. Me llamo Lugh. Lugh Lamhfada.

—¿Lamhfada? ¿Qué tipo de apellido es ese?

—Es celta. Lamhfada significa «el del brazo largo» —añadió, con orgullo, y a Alana no le pasó por alto el doble sentido de aquella definición, enfatizada por una sonrisa burlona.

«Pase lo que pase, no mires más abajo de su cintura», se repitió por milésima vez, pero ante aquella declaración, sus ojos curiosos terminaron por traicionarla.

¡Por Breogán! Ese hombre era perfecto en todos los sentidos, pero ni loca pensaba demostrarle que su tamaño la había impresionado.

—Pues siento decirlo, pero con el agua fría, tu «brazo largo» se ha convertido en un simple cacahuete —mintió con desfachatez y, echándose la mochila al hombro, se alejó sin mirar atrás, haciendo un mutis perfecto.

Pero se le olvidó con quién estaba tratando.

Nadie podía insultar a un dios sin sufrir las consecuencias por ello.

## CAPÍTULO 17

Lugh la alcanzó cuando no había avanzado más de cinco metros.

La detuvo cogiéndola por el brazo y Alana se giró para enfrentarlo.

«Al menos lleva la ropa puesta», pensó, con alivio, al verlo. ¿Cómo se había secado y vestido en menos de un minuto? Sin duda, era cosa de magia, pero no se detuvo a analizarlo.

Su expresión era feroz.

—Así que cacahuete, ¿eh? —masculló, con un gruñido.

Alana le sostuvo la mirada con valentía, aunque por dentro se sintió desfallecer.

Su manía de no contener sus réplicas siempre la metía en problemas.

Yago hubiese devuelto una afrenta contra su masculinidad de la forma más desagradable posible. ¿Qué haría alguien tan poderoso como Lugh?

Se esperaba lo peor, por eso se quedó descolocada cuando lo escuchó soltar una profunda carcajada.

Tardó unos segundos en reaccionar.

—¿Te insulto y te ríes? —inquirió, al fin, desconcertada.

—Ha sido una salida ingeniosa —reconoció Lugh, al tiempo que se encogía de hombros—. ¿Por qué no reírme de ello? Además, los dos sabemos que no es cierto —añadió, con un guiño.

Muy a su pesar, Alana sintió que enrojecía ante el recuerdo de su miembro desnudo.

—Primero me ofendes y luego te sonrojas. *Tá tú cailín álainn*—musitó Lugh, observándola fascinado.

—¿Qué significa eso?

—Que eres una muchacha encantadora. Pero tienes razón, me has insultado, aunque no de la forma que crees. La cuestión es... ¿cómo me voy a vengar por ello?

—Te acabas de reír con mi ingenio, ¿por qué ahora deseas vengarte? —preguntó Alana con el ceño fruncido.

—No me malinterpretes. Que me hayan parecido graciosas tus palabras

no quita que tuviesen la finalidad de humillarme. Tampoco olvido que me has insultado y yo nunca dejo pasar por alto una afrenta —advirtió Lugh, con voz grave, mientras la cogía por los hombros y la acercaba hacia él—. Creo que te mereces una pequeña lección.

—¿Qué... clase de lección? —inquirió, con voz entrecortada por un temor que se negó a reconocer.

Los ojos de Lugh danzaron sobre su rostro y acabaron posándose en su boca. Y allí se quedaron, oscureciéndose por el deseo.

—¿Por un insulto? Un beso —murmuró Lugh, al fin con una voz tan ronca que la hizo estremecer.

A su mente acudió el recuerdo de los violentos besos de Yago y su cuerpo se endureció.

—Pues hazlo rápido para que me pueda ir de aquí —replicó con resignación.

Cerró los ojos y alzó el mentón, no dispuesta a dejarse amedrentar, al menos en apariencia, porque por dentro estaba aterrada.

Esperaba un ataque duro y violento, por eso dio un respingo cuando sintió que Lugh tomaba su rostro entre las manos con delicadeza y depositaba en su boca una ligera caricia, como el aleteo de una mariposa. Un tierno roce de sus labios que entremezcló sus alientos por un segundo.

Abrió los ojos, confusa, y vio sus ojos sonrientes. Otra vez se estaba riendo de ella.

—¿Qué haces? ¿No me ibas a castigar?

—Un beso nunca debería ser un castigo.

—¿Y qué debería ser?

—Una invitación a la seducción —susurró, mientras acariciaba con el pulgar la línea de su mentón hasta acabar posándose en su labio inferior.

La mirada de Lugh se clavó en ese punto y pudo ver cómo sus pupilas se dilataban hasta que sus ojos se tornaron casi negros.

—Pero... dijiste que me ibas a dar una lección —musitó Alana, sintiendo que le faltaba el aliento.

—Y te la voy a dar —convino Lugh y la volvió a besar.

Esta vez, el beso fue más firme, pero igual de delicado. Sus labios tentaron a los de Alana con caricias ligeras, hasta que esta los entreabrió con un suspiro de rendición. Y entonces la lengua de Lugh penetró en su boca con pericia.

El dios estaba obrando algún tipo de hechizo sobre ella, eso era. ¿Por qué sino estaba disfrutando de aquel beso? Él ni siquiera le gustaba. Y, aun así, sin entender muy bien cómo, se encontró poniéndose de puntillas para ahondar más en aquel beso, entregada. Y, justo cuando lo hizo, el dejó de besarla.

—Lugh.

El nombre escapó de sus labios en un gemido de protesta antes de ser consciente de ello. Abrió los ojos, desconcertada ante aquel desliz, y se encontró con sus ojos azules observándola con seriedad.

—Primera lección: nunca olvides mi nombre.

Alana lo miró con sorpresa. ¿Por eso se había sentido insultado? No por la pulla contra su masculinidad, sino por llamarlo por otro nombre.

Abrió los labios para protestar y él lo tomó como una invitación para volver a besarla, esta vez saboreándola con pasión. Su lengua exploró los recovecos de su boca, incitándola a seguirlo en su juego y ella acabó devolviéndole el beso con abandono.

De pronto, escuchó un gemido quedo y el beso acabó de forma brusca.

Escuchó un aleteo y, al abrir los ojos, descubrió que Lugh ya no estaba allí.

Miró a su alrededor con el ceño fruncido, pero solo halló unos cuantos árboles que la observaban en silencio... y una pluma. Una pluma negra meciéndose al arrullo del viento.

Lugh se había esfumado.

La había dejado sola.

Alana se llevó un dedo tembloroso a los labios, aturdida. No por el beso ni por su respuesta, sino por la sensación de abandono que sentía, por dentro, en aquellos momentos.

## CAPÍTULO 18

Un cuervo negro cruzó el cielo con rapidez, batiendo sus alas con fuerza, mientras sobrevolaba el lago Leane, para luego caer en picado entre las ruinas que reposaban en la pequeña Isla de Innisfallen. Justo antes de posarse en la tierra, el majestuoso animal tomó forma humana.

Lugh estaba sin resuello y tenía el corazón desbocado. Apoyó las manos en la fría superficie de un muro de piedra, reclinando su cuerpo hacia adelante y cerró los ojos, concentrándose en regular su respiración.

No estaba alterado por su metamorfosis. Entre sus poderes se encontraba la habilidad de transformarse en cuervo, muestra de que la sangre fomoriana corría por sus venas, y eso nunca le había robado demasiada energía.

Su estado de agitación se debía a los besos compartidos con cierta joven española.

¡Por Danu! ¿Qué le había sucedido? Unos segundos más besando a Alana y hubiese perdido el control. Si no se hubiese alejado en el momento en el que lo hizo, la habría seducido allí mismo, entre los árboles.

¿Y por qué no lo había hecho? No hubiese sido la primera vez que acabase compartiendo un rato de pasión con una turista en el bosque.

La razón era sencilla: ella le había temido.

Sí, lo había enfrentado con arrojo y valentía, pero él había podido oler su miedo.

Era una chica contradictoria. Plantaba cara a su mal humor con el coraje de un guerrero y, en cambio, se ponía a temblar, como un pajarillo indefenso, ante la promesa de un beso.

Lo que estaba claro es que no era una siadsan. Podía verlo. Además, al besarla había podido sentir la intensa energía que brotaba de ella.

¿Quién sería?

Mientras reflexionaba sobre ello, Lugh se acercó a lo que parecía un simple arco de piedra que se hallaba entre las ruinas de la antigua abadía, pero en verdad era un portal mágico que conducía a *Tir na nÓg*, un mundo subterráneo oculto por la magia. Ningún siadsan podía acceder a aquel lugar

por sí solo. Su acceso quedaba restringido a los seres mágicos.

Todo sucedió con rapidez. En cuestión de dos pasos y un segundo, dejó la tierra y se materializó en el submundo, donde un halo brillante parecía envolverlo todo.

El fondo del lago Leane creaba una bóveda cristalina que hacía las veces de cielo. Los antiguos bosques que antes habían poblado la isla, ahora se atesoraban en el subsuelo, rememorando una época en la que la naturaleza en su estado más salvaje había dominado el lugar.

Un par de unicornios que pastaban cerca, alzaron la cabeza y lo observaron por un segundo, para luego continuar comiendo con tranquilidad. Hubo un tiempo en que aquellos místicos animales habían trotado por la superficie en manadas, pero eso fue antes de que se descubriera que sus cuernos poseían el poder de potenciar los hechizos. Ahora solo quedaban unos pocos ejemplares, que se refugiaban en el mundo subterráneo.

Lugh detuvo su atención en el castillo que se erguía orgulloso frente a sí. Sus altos muros y torres refulgían con luz propia. Estaba construido con plata extraída de las profundidades de Sliabh Cimeálta, el pico más alto de la cordillera Silvermines, y esculpido con magia.

El arquitecto de tan fantástica obra había sido el mismísimo Dagda, el jefe de los Tuatha dé Danann, para que fuera su morada y la de los más importantes dioses celtas: Morrigan, la diosa de la Muerte y de la Destrucción; Brigit, diosa del Fuego y la Poesía; Dian Cecht, dios de la Medicina; Angus, dios del Amor; Epona, diosa de los caballos; Goibniu, el dios Herrero...

—Lugh, te estaba buscando.

Dagda llamó su atención en cuanto traspasó las puertas de Avalon, sacándolo, así, de sus pensamientos.

A simple vista, poco quedaba en él del invencible caudillo que había liderado a los danianos en innumerables batallas. Su aspecto era el de un anciano de cabello largo y canoso, y su actitud se había tornado sosegada. Muchos pensaban que ya era hora de que alguien más joven tomase su relevo como líder de los Tuatha dé Danann, pero sospechaba que su serenidad era solo fruto de la placidez de su existencia. El espíritu de Dagda continuaba siendo el de un feroz guerrero que...

—¿Me queda bien mi nuevo chándal?

Lugh parpadeó cuando el anciano giró sobre sí mismo con los brazos

abiertos para lucirse ante él, con el entusiasmo de una adolescente cualquiera estrenando vestido nuevo.

Su cuerpo alto y fornido estaba enfundado en una sudadera con capucha de color blanco y un pantalón de deporte gris.

—Mac Gréine me ha regalado un montón de ropa. Dice que debo dejar a un lado mis túnicas y comenzar a vestirme más de acuerdo con el mundo actual, como hacéis vosotros. ¿Qué te parece?

—Parece cómodo —concedió, sin saber qué más decir.

—Es cómodo y, además, es mejor que una túnica para protegerse del frío. Ahora, cuando trabajo en la biblioteca de Muckross House, casi no noto la corriente de aire que... ¡Por, Danu! No te lo vas a creer, pero ella ha regresado.

—¿Danu?

—No, Erin.

Lugh lo miró con asombro.

Erin era la diosa homónima de Irlanda y una de las más importantes de los danianos. Su energía estaba entrelazada con la de la isla y, por ello, estando en su tierra, su poder era casi ilimitado. También había muerto en la batalla contra los milesianos y todos habían esperado durante mucho tiempo que su espíritu regresase, encarnado.

—¿Elatha lo sabe?

La historia de amor entre Elatha y Erin era legendaria. Dos razas enfrentadas. Un amor imposible y, aun así, tan puro y apasionado que había sido la causa de que Elatha llevase más de tres mil años esperando el regreso de su amada. Dagda había admitido su regreso a Irlanda después del exilio a condición de que se unieran al pacto con los milesianos. Ese había sido el origen del Pacto de Tres.

Lugh admiraba esa clase de fidelidad.

—Sabe que ella ha regresado, pero todavía no la ha localizado. Verás, así como Mac Gréine recordaba su pasado cuando volvió a nosotros, Erin no recuerda nada. Sin duda, ese muchacho tiene por delante una gran batalla.

Le pareció gracioso que Dagda llamase «muchacho» a un dios tan poderoso como Elatha, pero era así. Para él, todos eran unos niños y se veía como el padre responsable de cuidarlos. Incluido a Lugh.

—¿Por qué lo dices?

—Erin no recuerda su pasado. Su esencia está dentro de una muchacha

española y mucho me temo que...

—¿Has dicho española? —inquirió Lugh, con todos sus sentidos repentinamente alertas.

En cuestión de un segundo, su mente comenzó a elucubrar las posibilidades de que Alana fuese la reencarnación de Erin. Eso explicaría la intensa energía que había sentido en ella. Aunque, si era cierto, se presentaba un gran problema porque, cuando Elatha supiera quién era, haría lo que fuera por recuperarla. Y Lugh tenía algo que decir al respecto. Puede que Erin fuese el amor perdido de Elatha, pero él deseaba a Alana. Y el dios del Sol siempre luchaba por hacer realidad sus deseos.

—Una chica muy bonita y con carácter. Tal vez sea por ese cabello rojo. Los pelirrojos tenemos fama de tener fuego en las venas —reflexionó Dagda, haciendo referencia a que en otro tiempo él mismo había sido pelirrojo.

—¿La española a la que te refieres tiene el cabello rojo y se llama Diana?

—Sí, ¿la conoces?

—Hace poco la conocí a ella y a su amiga en el bosque —explicó Lugh, aliviado al darse cuenta de que Erin debía ser Diana—. Y las dos poseían una energía fuera de lo normal. No eran siadsan, estoy seguro.

—Otra española, ¿eh? ¿Cómo es?

—Tiene el cabello largo, rizado y oscuro como una noche sin luna y los ojos dulces de una cervatilla, pero con el coraje de una leona —murmuró Lugh, perdiéndose en su recuerdo—. Es alta para ser una siadsan, aunque tampoco tiene la altura de las danianas, y de cuerpo delgado pero curvilíneo —añadió, con la voz enronquecida—. Y es ingeniosa y descarada, aunque también tiene cierta vulnerabilidad... —Las palabras de Lugh murieron en su boca al ver que Dagda lo miraba, con una ceja arqueada—. Es bonita —concluyó, después de aclararse la voz con un fuerte carraspeo.

Dagda se quedó pensativo.

—Tal vez, sea descendiente de algún milesiano o la reencarnación de una diosa. ¿Le has visto algún tatuaje?

En el mundo mágico, los tatuajes definían la esencia de un ser divino.

Los danianos estaban marcados con el trisquel, un símbolo compuesto por tres espirales unidas en un punto central. Representaba el equilibrio, el principio y el fin, la eterna evolución y el aprendizaje perpetuo.

El símbolo de los fomorianos era el árbol de la vida, que manifestaba su



fuerza y su unión con la naturaleza en su estado salvaje.

Los milesianos se identificaban con el *wuivre*, dos serpientes entrelazadas, como protectores de la magia en la superficie.

Los tatuajes aparecían en la piel de sus portadores al nacer o, en el caso de los reencarnados, cuando recuperaban su naturaleza mágica.

Si Alana tenía algún tatuaje en su piel, estaba escondido bajo la ropa.

—Todavía no he tenido la oportunidad de descubrir ninguno en ella — admitió, por fin.

Pero buscaría la ocasión.

Estaba deseoso de explorar cada centímetro del cuerpo de Alana... y no precisamente para encontrar un tatuaje.

## CAPÍTULO 19

Alana observó cómo el padre O'Malley salía de Saint Mary, se metía en un taxi que lo estaba esperando en la puerta, y se perdía por las calles de la ciudad. Llevaba unos días estudiando sus horarios y, por lo que había podido averiguar, pasaba una hora cada tarde visitando a varios feligreses que tenían movilidad reducida y que no podían salir de sus residencias. Un hombre entregado a los suyos.

Pero, aunque él se hubiese marchado, había comprobado que la catedral permanecía abierta al público. Le intrigaba descubrir lo que ocultaba aquel lugar y estaba decidida a averiguarlo.

Con el padre O'Malley ausente, Alana tenía la oportunidad de entrar y probar a ver si los demás miembros de la congregación podían sucumbir a sus poderes.

Se acercó a la entrada, andando con tranquilidad, mientras hacía fotos a la fachada, como una de las muchas turistas que había por allí, y, justo cuando estaba a punto de entrar, alguien la llamó. Solo entonces se percató del grupo de niños que estaba jugando al fútbol a unos metros de distancia.

Sonrió de forma involuntaria al ver que Brian la saludaba con la mano y se acercaba, trotando hasta ella.

—¡Lo he conseguido! —exclamó, con entusiasmo—. Estoy en el equipo.

—Me alegro mucho por ti, Brian.

—Te lo dije, el entrenador sabe mucho de estas cosas.

Alana se guardó su opinión al respecto. Un entrenador que no primaba la diversión antes que el resultado para ella no era un buen entrenador.

—Entonces, según tu entrenador, ahora que ya has conseguido lo que querías te toca divertirse, ¿no?

—Ahora le toca esforzarse más para demostrar que es digno de estar en ese puesto —dijo una voz a su espalda.

Una voz que reconoció al instante y que le provocó un vuelco en el corazón.

Se giró y allí estaba Lugh. La luz del Sol incidía sobre su cabello,

recogido en una coleta, arrancándole reflejos dorados. Vestía un sencillo pantalón de chándal gris y una camiseta blanca de manga corta, que dejaba ver sus brazos bronceados y músculos.

Alana sintió que se le aceleraba el pulso y frunció el ceño. ¿Qué demonios le pasaba con aquel hombre? Su cuerpo reaccionaba como el de una adolescente en celo cuando estaba en su presencia y ni siquiera le caía bien. Pero, muy a su pesar, al recordar el beso compartido, sintió que se ruborizaba.

—Brian, ¿por qué no vuelves con los demás y practicas los pases? —inquirió Lugh, dirigiéndose al niño, pero sin apartar la mirada de ella.

El pequeño obedeció al instante, despidiéndose de ella con un ademán.

—Déjame adivinar: tú eres su entrenador.

Él debió de detectar algo de censura en su voz porque frunció el ceño.

—¿He hecho algo mal?

—¿Crees que es adecuado decirles a los niños que es más importante el resultado que la diversión?

—¿Qué es más divertido: ganar o perder?

—Participar —terció ella—. Son niños, no creo que se les deba exigir demasiado.

—Pero la vida es exigente y competitiva —repuso Lugh, razonable—. No te niego que sea divertido participar, pero yo los entreno para ganar. Porque ahí es donde reside la verdadera felicidad.

—¿En ganar un partido?

—No —respondió Lugh—. La felicidad consiste en conseguir todo lo que te propongas en la vida.

—¿Y tú siempre consigues lo que te propones? —preguntó antes de darse cuenta.

No había querido sonar provocativa, pero la mirada de Lugh se volvió más penetrante y se clavó en sus labios. Alana vio cómo el hombre se acercaba un paso más hacia ella y se mordía el labio inferior de una forma muy sexy, como si tuviese que contener las ganas de besarla de nuevo. Aquel gesto provocó un hormigueo en su estómago.

—Siempre —murmuró él, con la voz muy, muy ronca.

Sus cuerpos se habían quedado a un paso de distancia, sus rostros enfrentados, sus miradas entrelazadas y sus alientos enredados. Algo fluía entre ellos, una atracción que, al parecer, ninguno era capaz de resistir.

—Entonces, debes de ser el hombre más feliz del mundo —musitó,

finalmente, Alana.

Algo brilló en los ojos de Lugh. Un destello de vulnerabilidad que la dejó descolocada. Y, entonces, él se separó, dando un paso hacia atrás y liberándola, así, de su hechizo.

—Debo volver con los chicos —anunció, y se alejó de ella.

¿Qué había sido aquello? ¿Acaso el dios del Sol no era feliz? Más intrigada de lo que jamás admitiría, se sentó en un banco y se dedicó a observarlo.

Dirigía el entrenamiento con mano dura, pero con respeto; y la verdad era que los niños parecían adorarlo. En un momento, Brian se hizo con el balón y otro muchacho, que le sacaba una cabeza, le hizo una entrada violenta que lo dejó tendido en el suelo.

Alana contuvo el aliento al ver que Lugh corría hacia él. Por suerte, todo quedó en un susto y Brian se levantó, sin daños aparentes. El rostro del niño se iluminó cuando Lugh le susurró algo y le revolvió el pelo con cariño.

Puede que fuese un capullo, pero era evidente que le gustaban los niños y eso era un punto a su favor. Lo que no terminaba de entender era lo que hacía un daniano entrenando a unos simples chicos como aquellos. Sus auras indicaban que eran niños normales.

—Son los críos del orfanato.

Alana dio un respingo cuando escuchó la voz de una mujer; una chica morena de ojos oscuros que se sentó a su lado en el banco. Parecía joven, rondaría los veinte años, y era bonita.

—Desde que Lugh se hizo cargo de su entrenamiento, han pasado de ser los últimos en la liga a convertirse en uno de los mejores equipos infantiles de la ciudad —continuó diciendo la joven, como si hubiese adivinado su interés—. Ahora tienen más seguridad en sí mismos y eso se nota en su día a día.

—¿No es un poco duro con ellos? —inquirió Alana, tratando de buscar algún punto negativo para no ablandarse ante él.

—Puede que un poco estricto, pero un poco de disciplina no es mala. Además, después del entrenamiento, los lleva a la heladería, así que los niños entrenan encantados —explicó, con tono afable—. Por cierto, me llamo Heather O'Malley —añadió, tendiéndole la mano.

—Yo soy Alana.

Cuando sus manos se estrecharon, a Alana la asaltó una visión: una figura oscura y temible; un abrazo apasionado; besos robados en la oscuridad de un

bosque y un sentimiento de amor tan profundo, que sintió una opresión en el pecho.

Soltó su mano, con un estremecimiento.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, es solo que he sentido una corriente de aire frío por la espalda —respondió Alana, para dar una excusa.

—El tiempo por aquí es caprichoso, por muy buen día que amanezca, el cielo siempre se puede nublar —comentó Heather, ajena al rumbo de sus pensamientos, mientras miraba las nubes que empezaban a oscurecer el cielo azul—. ¿Quieres que te deje una chaqueta? Tengo otra en la sacristía.

—No, gracias, estoy bien —respondió ella y buscó un cambio de tema—. ¿O'Malley? ¿Tienes alguna relación con el padre O'Malley? —inquirió, mientras la miraba con curiosidad, buscando un parecido que no encontró.

—Es mi tío —admitió la chica.

En aquel momento, Lugh comenzó a hacer cabriolas con el balón para enseñarle un truco a los niños y captó la atención de las dos chicas... y la de todas las mujeres a su alrededor.

—Es impresionante.

—Es un presumido —bufó Alana.

—Es muy atractivo.

—Es muy engreído —repuso.

—Si lo conocieras mejor, te darías cuenta de que es simpático.

—Cuanto más lo conozco, más insufrible lo encuentro.

Heather dejó escapar una carcajada.

—¿Por qué te ríes?

—Porque por tus palabras parece detestarlo, pero tus ojos son incapaces de apartar la mirada de él —observó, con un guiño.

—Yo no...

—Puedes negarlo todo lo que quieras, pero la atracción no se puede controlar. Aparece cuando menos te la esperas y no decides por quién la sentirás. De hecho, hay veces que surge con la persona más inadecuada. Créeme, sé de lo que hablo —añadió, y su expresión se tornó seria.

Alana abrió la boca para rebatir aquellas afirmaciones y asegurar que ella no estaba interesada en lo más mínimo en Lugh, cuando vio aparecer al padre O'Malley por el rabillo del ojo. Miró su reloj y maldijo en silencio. Había estado tan absorta observando el entrenamiento y hablando con Heather, que

había pasado una hora sin que se diera cuenta de ello. Acababa de perder la oportunidad de colarse en la catedral.

El cura saludó a su sobrina con un cariñoso abrazo y luego miró con curiosidad a Alana.

—Muchacha, ¿qué te trae por aquí? ¿Deseabas hablar conmigo?

—La verdad es que no. Solo estaba paseando y me he sentado a observar. Pero, viendo lo tarde que es, será mejor que me vaya.

Se despidió de los dos y se contuvo para no mirar a Lugh antes de irse. Pero cuando subió a su bici, sus ojos traidores le echaron una última mirada.

Él tenía los ojos clavados en ella y, a pesar de la distancia, la intensidad con que la miraba le provocó un estremecimiento. Y no precisamente de repulsión o de miedo.

Heather tenía razón. Por mucho que se negase a reconocerlo, él la atraía.

## CAPÍTULO 20

Aquella tarde, Alana acudió a un pub a las afueras del pueblo que se llamaba Molly Malone. Era un local pintoresco, lleno de pequeños reservados que ofrecían intimidad para hablar y con música celta en vivo todos los días.

Al poco de instalarse en Killarney, había contactado con una mujer de mediana edad y de trato agradable, conocida de la señora Dorset, su casera, para que le enseñara conocimientos elementales de gaélico y algunas frases básicas. Después de la primera clase, la mujer le había dicho que no se veía capacitada para enseñarla. Su segundo profesor, al que había localizado por un tablón de anuncios, no había durado mucho más. Había tenido la poca delicadeza de alegar que era más fácil enseñarle gaélico a una mula que a ella. El tercero, un hombre de treinta años llamado Malcom, dejó evidente en los primeros diez minutos de clase que lo único que quería era ligar con ella, así que fue Alana la que puso fin a la clase en cuanto vio que se ponía demasiado cariñoso.

Y ahí estaba, esperando a su cuarta profesora: Grace, una chica joven que había tenido la maravillosa idea de dar las clases en aquel pub mientras tomaban unas pintas para hacerla más amena. En la primera clase, su nueva profesora aseguró que, con un par de cervezas en el cuerpo, la pronunciación de Alana había mejorado de forma prodigiosa.

Aquella iba a ser su segunda lección. O lo hubiese sido, si a los cinco minutos de llegar, Grace no le hubiese mandado un mensaje diciendo que, por un cambio en su horario laboral, le iba a ser imposible acudir y que ya no le podría seguir dando más clases. No sabía si la excusa era real o había tirado la toalla con ella como los otros. La cuestión era que tenía que buscar a otra persona que le enseñase la lengua.

Como había conseguido sitio en uno de los reservados, y acababa de pedir una pinta de Guinness, Alana decidió tomársela con tranquilidad mientras repasaba los apuntes de las últimas clases.

Estaba ensimismada con ello cuando la suave melodía de una flauta incidió en su mente. Era de una dulzura perturbadora; tanto que levantó la

mirada de su libreta y miró alrededor, buscando su origen.

Solo entonces se dio cuenta de que el pub estaba más lleno de lo habitual y de que la mayoría de sus ocupantes eran mujeres. Todas con la atención fija en un punto que Alana, desde donde estaba, no podía ver.

Movida por la curiosidad, se levantó de la mesa y se acercó.

El origen de aquella hermosa melodía era un hombre. Y no cualquier hombre. Solo tuvo que echar un vistazo al cabello rubio recogido en una coleta y la figura potente embutida en una camiseta blanca y unos vaqueros desteñidos para reconocerlo al instante.

Lugh.

Al igual que el resto de las mujeres, Alana se sintió incapaz de apartar la mirada de él. Había algo hipnótico en la expresión de paz que reflejaba su rostro mientras tocaba con los ojos cerrados, como saboreando la melodía.

Un pensamiento le vino a la mente sin que pudiese evitarlo. ¿Sería esa la expresión de su cara al hacer el amor? Una mezcla de placer, concentración y entrega. Y a juzgar por las expresiones de deseo de las mujeres que tenía a su alrededor, todas estaban pensando exactamente en lo mismo.

Alana se sintió molesta por ello de una forma que no pudo explicar. Tuvo el impulso de echar a todas de allí a patadas, para que dejaran de comérselo con los ojos de aquella manera. Experimentaba alguna clase de celos sin sentido e incontrolables. ¿Por qué? No tenía ni la más remota idea. Ese hombre le traía sin cuidado. Y, aun así, deseó que él solo tocara para ella.

Como si le hubiese leído la mente, en aquel mismo instante en que tuvo tal pensamiento, él abrió los ojos y, sin dejar de tocar, clavó su mirada azul en Alana.

La melodía, que hasta entonces había sido dulce, tomó una cadencia apasionada que envolvió su cuerpo y sedujo sus sentidos.

Lugh le estaba haciendo el amor con su música y, para que no le cupiera duda de ello, se puso de pie y se acercó a ella. De esa forma, Alana pudo leer el deseo que brillaba en sus ojos mientras tocaba. Porque en ese momento lo hacía solo para ella. Y, para confirmarlo, cuando en el aire se deslizó la última nota, Lugh se inclinó ante ella en una florida reverencia, indicando así que le acababa de dedicar aquella melodía.

Alana sintió que se ruborizaba hasta las orejas cuando la atención de todas las mujeres del pub se centró en ella. Pudo sentir la curiosidad y la envidia abierta y estuvo a punto de retribuirles con una sonrisa jactanciosa,



pero se contuvo. En cambio, obvió su corazón desbocado y, como si aquello no fuese con ella, dio media vuelta y regresó a su mesa.

Vació media pinta de un trago, no porque la mirada de Lugh la hubiese acalorado, sino porque tenía sed. O eso se dijo una y otra vez para convencerse de que era inmune a los encantos del dios del Sol.

Pero cuando, de repente, él se sentó en frente de ella en la pequeña mesa del reservado, supo que se encontraba en apuros.

—No te he invitado a acompañarme.

—Puede que tu boca no, pero tus ojos, sí.

—Pues mira otra vez, porque has entendido mal —farfulló, mientras bebía otro trago de su cerveza.

—Dime Alana, ¿siempre te muestras tan arisca cuando alguien trata de ser amable contigo?

—Lo que tú llamas amabilidad, yo lo llamo un intento desesperado por meterte entre mis piernas —bufó la joven.

—Desesperado, no. Tenaz, sí —admitió él, con un guiño—. ¿Está funcionando?

—Aunque estuviese funcionando, nunca lo admitiría —repuso ella, con un murmullo.

Dio un respingo cuando se dio cuenta de que su voz había sonado seductora. Su subconsciente parecía haber tomado la iniciativa y estaba coqueteando con él, no había otra explicación.

Antes de hacer alguna tontería que la pusiese en evidencia, apuró la pinta y se levantó de su asiento, dispuesta a alejarse de él, pero Lugh se percató de sus intenciones y la cogió de la mano.

—No te vayas. Déjame invitarte a otra cerveza. Habla conmigo —musitó y su mirada, por un segundo, dejó ver lo que Lugh ocultaba en su interior.

Soledad.

Una profunda soledad que subyacía en sus ojos, detrás de ese brillo seductor que parecía deslumbrar a todos.

¿Sería posible que el dios del Sol se sintiese solo?

Reticente, pero también intrigada, Alana se volvió a sentar y aceptó la invitación de Lugh. En menos de un minuto, el camarero les sirvió una pinta a cada uno, intercambió unas palabras amistosas con Lugh y luego se marchó.

—¿Vienes mucho por aquí?

—El hijo del dueño tiene un grupo de música celta y, de vez en cuando,

toco aquí con ellos el *feadóg*.

—¿*Feadóg*?

—Es la palabra en gaélico para llamar a la flauta irlandesa —explicó Lugh.

—¿Quién te enseñó a tocar?

—Se puede decir que soy autodidacta. Cuando era pequeño, pasaba mucho tiempo solo. Me gustaba hacer diferentes cosas para matar el tiempo, entre ellas, tocar la flauta —explicó Lugh, al tiempo que se encogía de hombros.

Alana detectó un cariz triste en su voz. Dispuesta a aligerarle el ánimo, decidió cambiar de tema.

—Además de entrenador de fútbol y aficionado a la flauta, ¿a qué te dedicas?

—A muchas cosas sin importancia, aunque mi labor principal tiene mucho que ver con el Sol.

—¿Eres vendedor de placas solares?

Lugh se atragantó con el sorbo de cerveza que acaba de tomar.

—¿De qué? —inquirió, después de aclararse la garganta.

—Ya sabes, acumuladores solares. Energía alternativa.

—Algo así.

—Pues, estando en Irlanda, mucho me temo que tu negocio no tiene ningún futuro —comentó ella, con una sonrisa ladeada.

—¿Y qué hay de ti? —preguntó él, en un sutil intento por cambiar de tema—. ¿Qué te ha traído a la Isla Esmeralda?

—Estoy haciendo un doctorado sobre mitología celta —explicó Alana. Lo observó entre sus pestañas y preguntó en un tono estudiadamente casual— ¿Sabías que, hace mucho tiempo, en este lugar vivió una raza divina que se hacían llamar los Tuatha dé Danann? De hecho, había un dios daniano que se llamaba igual que tú.

Lugh se volvió a atragantar.

—Será mejor que tengas más cuidado al beber —lo regañó, con el tono que emplearía una madre con su hijo—. Como te decía, había un dios llamado Lugh. Por lo que he leído, al igual que tú, tenía una belleza deslumbrante. —Él esbozó una sonrisa orgullosa—, pero también era engreído y muy arrogante —añadió Alana y la sonrisa se esfumó.

Lugh la observó con suspicacia, mientras ella trataba de contener la risa

que pugnaba por escapar de su boca.

—¿Y qué fue de él?

—Paseaba por el bosque en busca de mujeres bonitas a las que seducir.

—Y seguro que, si era tan guapo, tendría mucho éxito —señaló Lugh, con presunción.

—Lo tenía... hasta que una de sus muchas conquistas le contagió una enfermedad venérea y, como dicen en mi país, se le cayó la picha a cachos.

El trago de cerveza que Lugh acababa de tomar salió disparado de su boca cual géiser, pero, por suerte, no la alcanzó a ella.

—¿Dónde has escuchado semejante patraña? —inquirió él, después de secarse la boca con la servilleta, y pudo detectar un brillo de diversión en su mirada.

—Relájate hombre, que no hablaba de ti. Tú no vas seduciendo a cuanta mujer se te ponga en el camino, ¿verdad?

¿Eran imaginaciones tuyas o Lugh se acababa de ruborizar?

—No, yo...

—Y tampoco eres ni engreído ni arrogante, ¿cierto?

—La verdad es que...

—Además, no darías la talla para ser el dios del Sol —concluyó Alana, muy satisfecha.

## CAPITULO 21

**S**in duda, aquella mujer estaba poniendo a prueba su paciencia y su temperamento, pero, sobre todo, su contención. Sentada allí, delante de él, bromeando a su costa, Lugh tuvo que echar mano de todo su autocontrol para no besarla.

Debía de sentirse ultrajado por sus palabras. Ofendido como mínimo. Pero, en cambio, estaba haciendo el esfuerzo de no echarse a reír.

Se sentía totalmente fascinado por el brillo pícaro de sus ojos y por la forma en que arrugaba la nariz cuando hacía algún comentario mordaz.

—Y, según tú, ¿qué clase de hombre sería adecuado para llevar el título de dios del Sol?

—No sé. Alguien más... ¿rubio?

—Soy rubio.

—Sí, pero al dios del Sol le iría bien un tono rubio platino. Tú, en cambio, lo tienes dorado oscuro —señaló ella, mientras su mano cogía un mechón de su pelo.

Al darse cuenta de lo que había hecho, Alana abrió los ojos de golpe y soltó el mechón como si le hubiese quemado. Por su expresión, parecía sorprendida de su propio gesto espontáneo.

—No me importa que me toques —murmuró Lugh con la voz enronquecida—. De hecho, a mí también me encantaría... —Al mismo tiempo que hablaba, acercó la mano hacia ella, pero Alana cortó su gesto con una palmada admonitoria.

—Buen intento, machote, pero mejor mantén las manos quietas.

¡Por Danu! Nunca había conocido a una mujer que se le resistiera tanto. Era todo un desafío.

Frustrado por no saber cómo acercarse a ella, sus ojos buscaron alrededor, a ver si encontraban un poco de inspiración. Fue entonces cuando se percató de la libreta que estaba a un lado de la mesa.

—¿Qué es eso?

—Mis apuntes de gaélico. Había quedado aquí con mi profesora, pero me

ha dejado plantada en el último momento. Al parecer, ya no puede continuar dándome clase.

—*A lá ádh liom*<sup>[iii]</sup>.

—¿Qué has dicho?

—Que, si quieres, te puedo dar las clases yo —mintió, sin dudar—. Sé bastante gaélico.

Ella lo miró con los ojos entrecerrados.

—¿A cambio de qué? —inquirió, desconfiada.

—De nada. Solo quiero conocerte mejor.

—¿Esta es una treta para intentar seducirme?

—¿Funcionaría si lo fuera?

—Lo dudo —afirmó ella, sin vacilar.

—Mujer, dame una tregua —masculló Lugh, entre divertido y exasperado—. Mi ego se tambalea cada vez que te tengo cerca.

—Está bien, acordemos una tregua mientras dure la clase: yo seré más amable contigo y tú no tratarás de seducirme. ¿Trato hecho? —inquirió Alana, mientras le tendía la mano.

—*Déileáil déanta* —convino él—. Trato hecho —aclaró, ante su mirada inquisitiva, dándole la traducción de sus palabras.

—Tengo que advertirte de que he tenido varios profesores antes de ti y me han dado por perdida después de la primera clase.

—Seguro que no eran tan buenos docentes como yo—aseguró Lugh, con tono jactancioso.

Una hora después, Lugh se estaba tragando sus propias palabras.

—*Cad is ainm duit?*

—Esa me la sé. *Is as na Spáinn mé* —respondió Alana, de forma precaria.

—Te he preguntado «¿Cómo estás?» no «¿De dónde eres?» —musitó Lugh, mientras se restregaba la cara con las manos.

—Pues no veo la diferencia —protestó Alana, al tiempo que consultaba sus apuntes—. La pronunciación me está volviendo loca. Soy una pésima alumna, ¿verdad? —masculló, con un mohín triste.

—No existe mal alumno sino mal maestro.

—¿Esa frase no es de la película *Karate Kid*?

—Puede ser, pero es cierto. El gaélico es un idioma difícil. Necesitarás

muchas más clases para poder desenvolverte bien.

—¿Y tú te estás ofreciendo para dármelas? —inquirió ella, con voz seductora, mientras lo miraba entre las pestañas.

El miembro de Lugh reaccionó al instante ante su cálida mirada.

—Contrólate, mujer. Ya sé que te parezco irresistible, pero hemos hecho un trato y soy un hombre de palabra —la reprendió, con una sonrisa maliciosa—. Si yo no te puedo tratar de seducir mientras dure la clase, tú tampoco puedes hacerlo conmigo.

Alana dio un respingo ante sus palabras y abrió mucho los ojos, como si acabase de percatarse de sus actos.

—¿Qué? Yo no estoy tratando de seducirte, cretino —farfulló, indignada—. Lo que pasa es que me he bebido ya dos pintas y no sé muy bien...

—La eterna excusa de los borrachos.

—No estoy borracha, solo un poco achispada —aclaró ella, con dignidad—. Además, Grace me dijo que pronunciaba mejor con un par de cervezas en el estómago.

—Pues una de dos, o te mintió o ella estaba más borracha que tú cuando te lo dijo.

—Suficiente —rugió Alana. Estrelló la palma contra la mesa y luego se puso de pie—. No tengo por qué aguantar esto. Ha sido una mala idea desde el principio —murmuró, mientras recogía sus cosas—. No sé en lo que estaba pensando cuando...

—No te puedes ir —cortó él—. La clase no ha terminado.

—Por supuesto que sí —masculló ella, mientras comenzaba a alejarse de la mesa.

Esa era la respuesta que había estado esperando. Alana solo pudo dar dos pasos antes de que Lugh la cogiera de la mano y tirara de ella hacia él. En cuestión de segundos, la muchacha lo miraba azorada desde su regazo.

—Pues, si la clase ya ha terminado, puedo empezar con la seducción —susurró Lugh y, antes de que ella pudiese negarse, la besó.

Su mano la sujetó de la nuca mientras que la otra rodeó su cintura para apretarla mejor contra su pecho. Llevaba días soñando con saborearla y disfrutó haciéndolo con lentitud. Sus labios la tentaron con caricias suaves hasta que la sintió relajarse en sus brazos y, solo entonces, profundizó el beso.

Cuando su lengua por fin incursionó en su boca, contuvo un gemido. Saboreó la cerveza que había bebido y la dulzura a la que ya era adicto desde

el primer beso compartido. Y cuando ella gimió contra su boca y le rodeó el cuello con los brazos, quiso gritar de júbilo.

Puede que lo rechazara con sus palabras, pero respondía de forma apasionada a sus besos.

Poco a poco, la llama fue prendiendo en ellos y el deseo comenzó a ser más demandante. La mano que Lugh tenía en su cintura comenzó a ascender hasta alcanzar uno de sus pechos y lo amasó con suavidad, disfrutando de su turgencia. Su caricia fue recompensada con otro gemido quedo y un pequeño temblor que lo volvió loco.

—Llévame a tu apartamento y terminaremos esto —musitó en su oído, antes de apresarle el lóbulo de la oreja entre los dientes y mordisquearlo de forma seductora.

Ella empezó a asentir para luego negar con rotundidad.

Supo que había perdido aquella batalla cuando la escuchó emitir un suspiro y le cogió las manos, alejándolas de su cuerpo.

—Ni lo sueñes, machote. Tú te quedas aquí, con las manos quietas, y yo me iré a mi casa sola.

—Al final voy a pensar que no te atraigo ni un poquito —musitó él y sus labios se fruncieron en un mohín de pena.

Los ojos de Alana se clavaron en su boca, por un segundo, y pudo ver cómo el deseo nublaba su mirada. Pero, en cuestión de un pestañeo, ella volvió a recuperar el control.

—Vas a necesitar algo más que clases de gaélico para seducirme —afirmó, mientras se ponía en pie y se despedía de él con un ademán.

Lugh apreció el movimiento de sus caderas mientras Alana se alejaba con los andares de una diosa.

¡Por Danu, qué mujer!

Costara lo que costase, encontraría la forma de seducirla.

## CAPÍTULO 22

La noche siguiente, Alana regresó al Ghrian. En cuanto traspasó las puertas, uno de los miembros de seguridad la interceptó y la condujo hasta una zona solo accesible al personal, donde se encontraba el despacho de Mac Gréine.

—Creo que no nos hemos presentado como es debido —comenzó diciendo el hombre, mientras la invitaba a entrar.

Alana respiró hondo y comenzó a interpretar su papel.

—Eres Mac Gréine, nieto del dios Dagda, jefe de los Tuatha dé Danann.

Él la miró con sorpresa.

—Veo que me llevas ventaja, porque yo no sé ni siquiera tu nombre.

—Mi nombre es lo de menos. Represento a los Hijos de Breogán, descendientes del rey Breogán, del que también proceden los milesianos —explicó Alana, ciñéndose al guion que se padrastro le había indicado—. Alexandre Quiroga, el líder de los Hijos de Breogán, lleva años reuniendo seguidores; personas con poderes a los que entrena y que le son fieles. Un ejército.

—¿Con qué finalidad?

—Invadir Irlanda y acabar con el Pacto de Tres.

—En estas tierras tus palabras se consideran alta traición —murmuró Mac Gréine, con los ojos entrecerrados.

—Denúnciame —lo retó Alana, con una sonrisa maliciosa. Su voz se volvió persuasiva cuando continuó hablando—. ¿Puedes decirme, con sinceridad, que no echas de menos la sensación de ser venerado como un dios por todo el mundo? ¿No estás cansado de vivir siempre en la sombra? Tienes poder. ¿Por qué esconderlo? ¿Por qué no beneficiarte con ello? ¿Acaso no añoras los tiempos en los que tus deseos eran órdenes para otros más débiles?

Los ojos de Mac Gréine se dilataron y Alana pudo contemplar la codicia que oscurecía su aura. Por un momento, desnudó su espíritu frustrado que ambicionaba más de lo que se le permitía.

—¿Qué propones?

—Que te unas a nuestra causa —terció una voz desde la puerta.



Alana se giró y clavó los ojos en el hombre que se apoyaba en la jamba con estudiada indolencia y no pudo evitar sentir un escalofrío.

Lo conocía desde hacía unos años. Había estado varias veces en el pazo, conspirando con Alexandre y no le había hecho falta tener la capacidad de ver su aura para percibir la maldad que escondía en su interior.

En aquel momento, pudo vislumbrar el halo negro y frío que lo rodeaba. Había egoísmo en su interior, miedo y odio, mucho odio. Pero lo escondía tan bien detrás de su sonrisa amable que dudaba de que nadie de su alrededor se hubiese dado cuenta de que no era más que un sádico asesino.

Stephen O'Malley entró en el despacho, con paso seguro, hasta detenerse junto a Alana, que tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para contener el estremecimiento de repulsión que le provocó su cercanía. Sin poder evitarlo, cruzó los brazos sobre el pecho, en un gesto involuntario de protección.

—Así que estáis juntos en esto —musitó Mac Gréine y sus ojos brillaron de interés.

«Nunca me mezclaría con semejante escoria de forma voluntaria», quiso gritar Alana. En cambio, solo asintió.

—Estuve un tiempo estudiando en España y fue allí donde conocí a Alexandre Quiroga —explicó Stephen—. Es un hombre con una visión de futuro muy ambiciosa.

—¿Y se puede saber cuál es?

—Usar la magia para dominar el mundo —aclaró Alana, sabedora de las intenciones de su padrastro—. Cosa impensable con el Pacto de Tres vigente.

—El Pacto de Tres es inquebrantable mientras el Guardián, Dagda y Elatha se mantengan unidos.

—No sé si lo sabes, pero mi tío me está entrenando para ser el próximo Guardián —declaró, ufano, Stephen—. Pronto todos los milesianos estarán bajo mi mando. De hecho, ya hay muchos que rechazan el Pacto de Tres y que han grabado sobre su *wuivre* una triqueta invertida para demostrarlo. Siguen mis órdenes con lealtad. ¿Qué hay de ti? —inquirió, mirando a Mac Gréine con una sonrisa retadora—. ¿Serías capaz de conseguir la lealtad de los tuyos para derrocar a Dagda?

—No creo que fuera un problema. Entre los danianos hay muchos descontentos con la situación actual. Están cansados de mantenerse en la sombra. Pero hay un inconveniente: corren rumores de que Erin ha regresado a Irlanda —explicó Mac Gréine—y, si Elatha y ella vuelven a estar juntos, el

Pacto de Tres será más fuerte que nunca.

Alana lo miró con sorpresa. Justo aquella mañana, Diana había ido a su casa, pálida y muy nerviosa, y le había hecho un montón de preguntas sobre los fomorianos. En concreto, sobre la historia de amor de Elatha y Erin.

¿Sería solo una coincidencia?

—Debemos de acabar con Elatha antes de que eso ocurra —concluyó Mac Gréine.

—Es fácil decirlo, pero es demasiado fuerte —bufó Stephen.

—Necesitaríamos un arma mágica para acabar con él, y están bien custodiadas —convino Mac Gréine.

—En eso puedo ayudar —terció Alana, al tiempo que sacaba de su bolso un objeto, envuelto en lienzo blanco, que dejó encima de la mesa.

Los dos hombres lo desarrollaron con cuidado.

—Así que esta es una de las famosas dagas de Findias —musitó Stephen, mientras la estudiaba con reverencia.

El filo metálico relució bajo la luz de la lámpara y Alana sintió que su mente se nublaba con un repentino fogonazo.

Vio un hombre rubio bañándose en un lago. Al principio, pensó que se trataba de Lugh y algo en su interior se revolvió, pero descubrió un tatuaje en su espalda, un impresionante árbol de la vida de diseño celta, que lo identificaba como otra persona.

En su visión, vio que era atacado por cuatro hombres en el momento en que salía del agua y vio a uno de ellos blandir la daga contra él. Lo iba a matar.

Alana emergió de su trance con un jadeo ahogado. Por suerte, los dos hombres habían estado tan absortos contemplando la daga que no se habían dado cuenta de su pequeño lapsus.

—Ya tenéis el arma. Ahora solo hace falta el valor para hacerlo.

—Mis hombres se encargarán —aseguró Stephen, aceptando el reto de Alana.

—Yo, mientras, tantearé a los danianos para averiguar quién estaría dispuesto a traicionar a Dagda. En cuanto a ti —añadió Mac Gréine con la mirada clavada en ella—, parece que Lugh Lamhfada se ha encaprichado contigo. Nos vendría bien que te acercases a él para tenerlo controlado. Su colaboración en esta revuelta sería decisiva, necesitamos su apoyo.

—No veo cómo puedo influenciar en él.

—Seguro que se te ocurrirá alguna forma —musitó Stephen, con una sonrisa maliciosa.

¡Dios, cómo detestaba a ese hombre!

—Entonces, ¿tenemos trato? —inquirió ella.

—De acuerdo —aceptaron ambos, al unísono, después de intercambiar una mirada en la que dejaron afluir sus ansias de poder.

«Dos serpientes rastreras», pensó Alana con desprecio.

«Tres, porque tú te acabas de poner a su altura», señaló una vocecita en su interior.

Y era cierto.

Incapaz de seguir ni un minuto más cerca de ellos, se despidió de los dos con un seco ademán y salió del despacho.

No dudó. Se dirigió directamente al baño del local y vomitó.

Estuvo unos minutos allí encerrada, hasta que consiguió recomponerse anímicamente. Se enjuagó la boca y se lavó las manos de forma nerviosa, pero, por mucho que las frotó, no consiguió deshacerse de la sensación de que las tenía manchadas de sangre.

Se miró al espejo y las lágrimas acudieron a sus ojos. Aquella arma iba a ser utilizada para matar a un hombre y, por extensión, ella era la que iba a propiciar aquel asesinato.

Incapaz de seguir observándose más, salió del baño.

La música estaba en todo su apogeo y la pista estaba repleta de figuras bailando. No les prestó demasiada atención.

Su intención era salir de allí lo antes posible, pero, justo cuando estaba llegando a la salida, alguien se interpuso en su camino.

—Me llamo Jake y tú eres *prrrreciossa*.

Sus ojos observaron al grandullón que tenía plantado frente a sí y puso los ojos en blanco. Era atractivo, pero por el deje arrastrado de su voz, se notaba que había bebido mucho. Demasiado.

—Gracias —musitó sin darle, mayor importancia.

Trató de esquivarlo, pero él la volvió a interceptar.

—Déjame invitarte a una copa.

—Creo que ya te has bebido suficientes copas por los dos —repuso ella, con voz seca, pues no estaba de humor para aguantar tonterías.

—No puedes irte. No sin bailar antes conmigo —farfulló el hombre y, antes de que Alana le pudiese replicar, la cogió por la muñeca y la arrastró de

nuevo hacia la pista.

—No tengo ninguna intención en bailar contigo —repuso mientras retorció el brazo para escapar de su agarre—. Mira, no quiero ponerme borde, pero como no me sueltes...

—Suéltala.

Aquella orden, dada en un tono que no admitía réplica, se escuchó con total claridad pese al volumen de la música, e hizo que el tipejo que la arrastraba se parase de golpe.

Alana se giró y se encontró con Lugh, que tenía la mirada clavada en Jake de una forma feroz.

—El que faltaba —masculló, mirando al techo.

No lo dijo muy alto y, aun así, su supuesto salvador lo oyó y centró en ella su atención.

—Cuando alguien te proporciona ayuda, lo normal es darle las gracias, no decir «el que faltaba» —murmuró Lugh, con el ceño fruncido.

—Pero es que yo no te he pedido ayuda —puntualizó Alana.

En aquel momento, una rubia despampanante se acercó a Lugh y lo cogió del brazo para llamar su atención.

—¿Quieres bailar, guapo?

Los ojos de Alana se detuvieron en el punto donde la mano de la rubia acariciaba el abultado bíceps del hombre y se sintió inexplicablemente furiosa con ella.

—Perdona, pero el guapo está hablando conmigo ahora mismo, así que lárgate —espetó, con una mirada intimidatoria que hizo que la rubia se alejase con un ademán de disculpa—. Déjame adivinar —continuó diciendo, como si no los hubiesen interrumpido—. Has visto que este capullo me estaba arrastrando en contra de mi voluntad y has venido corriendo a salvarme.

—¡Eh! No soy capullo —terció el aludido, con un bufido indignado—. Me llamo Jake.

—¿Qué tiene de malo que quiera ayudarte? —inquirió Lugh, sin prestar la más mínima atención al otro.

—Que das por hecho que no sé defenderme sola. Déjame aclararte que puedo manejar solita a borrachos babosos sin que venga un héroe a rescatarme.

—¡Hola? ¡Córtate un poco, tía! Te estoy oyendo.

Tanto Lugh como Alana lo ignoraron.

—Pues no parece que tengas mucho éxito, porque todavía te sujeta la muñeca —observó Lugh, con una ceja arqueada.

—Eso es porque este, además de borracho baboso, también es sordo.

—Me estás faltando al respeto —murmuró Jake, absurdamente ofendido.

—¿Qué yo te estoy faltando al respeto? —espetó Alana, incrédula—. ¿Y cómo llamarías tú a cogerme por la muñeca y arrastrarme detrás de ti cuando te he dicho que no quería bailar?

—¿Sabes lo que te digo? Que ya no quiero bailar contigo —rezongó Jake, y por fin le soltó la muñeca, para luego alejarse trastabillando.

Alana lo miró alejarse y resopló ante lo absurdo de su conducta.

—Has sido un poco dura con él, ¿no? Después de todo, el pobre solo quería seducirte.

Se giró hacia él, incrédula, y al ver la sonrisa que bailaba en sus labios, se dio cuenta de que estaba bromeando.

—El aliento a alcohol y el comportamiento de hombre de las cavernas no suelen funcionar conmigo —repuso, y se encogió de hombros.

—Tampoco la melodía de una flauta ni las clases de gaélico. ¿Qué es lo que te seduce, *álainn*? —inquirió Lugh, al tiempo que daba un paso hacia ella, de forma que sus cuerpos se quedaron muy cerca uno del otro.

Su voz se había tornado ronca y su expresión era seria, como si su respuesta fuese muy importante para él. Su proximidad la puso nerviosa y, aun así, no se alejó de él.

Ella no era de las que retrocedían.

Su mirada se cruzó con la de Mac Gréine, que estaba a observándolos a unos metros de distancia, y recordó sus indicaciones. Tenía razón, si querían iniciar una revuelta, debían tener controlado a aquel hombre. Lugh era demasiado fuerte y, como gran héroe, podía influir mucho en los danianos.

—A mí me seduce la magia —respondió Alana, mirándolo directamente a los ojos.

Era una provocación, lo sabía. Hablarle a un dios de la magia era arriesgado, pero tenía curiosidad por ver cómo iba a reaccionar él y, también, por confirmar las leyendas que decían que un Tuatha dé Danann era capaz de llevar a una mujer a *Tir na nÓg*, el mundo mágico, para seducirla.

Los ojos de Lugh emitieron un destello, refulgiendo como zafiros en la tenue luz del pub y una sonrisa lenta comenzó a sesgar sus labios de una forma casi diabólica.

—Así que magia, ¿eh? De acuerdo. ¿Conoces la entrada al Parque Nacional que hay al lado de la Catedral de Saint Mary?

La pregunta la cogió desprevenida.

—Sí, claro.

—Te esperaré allí mañana por la tarde.

Alana lo miró con desconfianza, incapaz de darle una respuesta.

—¿Quieres magia?

Ella asintió.

—Pues no faltes a la cita —respondió Lugh—, y ponte ropa cómoda, pasaremos por el bosque —añadió, con una sonrisa enigmática y, después de echarle otra de sus miradas intensas, se alejó.

—¿Pasear por el bosque? ¿Esa es nuestra cita? Un momento, yo no he dicho que quiera una cita contigo —protestó Alana, pero si él la escuchó, no dio muestras de ello.

Ella se quedó mirando cómo su alta figura rubia se perdía entre la gente de la discoteca mientras una sensación de expectativa hizo que mil mariposas revoloteasen en su estómago.

Era un hecho: lo quisiera o no, iba a tener una cita con el dios del Sol.

## CAPÍTULO 23

Varias horas más tarde, aquella misma noche, Lugh traspasó las puertas de Avalon, con una sonrisa bailando en sus labios. Le sucedía cada vez que pensaba en ella y lo hacía cada vez más a menudo en los últimos días.

Alana.

Hermosa y con un carácter endemoniado.

No había nada más que ver cómo había puesto en su sitio al hombre que la estaba molestando. Y, además, se había comportado de forma posesiva con él, despachando a la mujer que se le había acercado. Lo quisiera reconocer o no, Lugh no le era indiferente.

Estaba dirigiéndose a sus aposentos cuando escuchó un revuelo en el Gran Salón. Llegó allí con prontitud, a tiempo para ver como Elatha, el rey de los fomorianos, y dos de sus generales, descendían la escalinata después de acabar con los guardias apostados en la entrada.

Dispuesto a defender el castillo de sus atacantes, Lugh dejó fuera de combate a uno de ellos con un único puñetazo y al otro con una ráfaga de aire provocada por un ademán de su mano, que lanzó al gigante fomoriano a varios metros de distancia hasta estrellarlo contra una pared. Luego, se encaró a Elatha con una mirada ominosa.

Elatha Mac Dalbaech. Rey de los fomorianos. Dios de la Noche y de la Luna. Amo de la Niebla y Señor de la Tormenta.

Un aliado a respetar.

Un enemigo que temer.

Lugh nunca se había enfrentado a él de forma directa, pero había escuchado que tenía fama de ser invencible. Si él hubiese participado en la batalla de Maige Tuired, aquella que dio la victoria a los danianos frente a los fomorianos, tal vez el resultado no hubiese sido el mismo. Pero Elatha se negó a formar parte de aquella lucha, no queriendo enfrentarse a los familiares de su amada Erin, a riesgo de perderla, y por eso los fomorianos habían terminado siendo exiliados.

Dagda le permitió el regreso a Irlanda un tiempo después, a él y a sus

cuervos, con la condición de que se uniese al Pacto de Tres. Y Elatha así lo había hecho.

Sí, el jefe de los danianos confiaba en él, pero Lugh no podía olvidar que era un fomoriano.

—Solo quiero hablar con Dagda —anunció Elatha en tono apaciguador.

—Para hablar no es necesario venir armado —repuso Lugh, al tiempo que señalaba la daga que el rey llevaba en la mano—. Si quieres que te escuche, suelta esa daga.

—Oblígame —replicó el fomoriano, con una sonrisa pendenciera.

Lugh no había esperado otra respuesta, los dioses siempre pecaban de orgullo, y respondió a su sonrisa con otra muy similar.

Se lanzaron uno contra otro, sabedores de que iban a protagonizar una contienda en la que deberían hacer uso de sus mejores habilidades, pues sus fuerzas estaban muy igualadas. Pero justo cuando iban a efectuar el primer golpe, una fuerza invisible los detuvo, inmovilizándolos.

—Salgo un momento y a mi regreso os encuentro peleándoos como dos niños —masculló Dagda, apareciendo ante ellos. Observó con censura a Lugh y chascó la lengua, después adoptó el mismo tono que un padre utilizaría con un niño al reprenderlo—. Ya te he dicho muchas veces que esta no es forma de tratar a las visitas... Aunque la visita en cuestión se haya presentado sin invitación —añadió, clavando su mirada en Elatha con el ceño fruncido—. ¿Qué te trae por aquí?

—Esto —respondió él y le tendió la daga.

El anciano la tomó con cuidado y frunció el ceño.

—Una daga de Findias —musitó, mientras observaba el arma con reverencia—. Hacía siglos que no veía una de estas.

—¿Es mágica? —inquirió Lugh, mirando el arma con curiosidad.

—Hace mucho tiempo, cuando algunos de los Tuatha dé Danann fuimos a otras tierras en busca de magia que nos ayudase a vencer a nuestros enemigos, descubrimos la ciudad de Findias, en los Mares del Norte. Una ciudad de fuego y hielo en la que los dragones reinaban los cielos. Uiscias, el protector de aquel lugar, fue el que nos regaló la Espada del Sol, cuyo filo estaba elaborado con una aleación de un metal mágico que solo se hallaba en aquella tierra. Un arma que hacía que su portador fuese invencible, no había protección alguna contra su ataque —explicó Dagda—. Lo que pocos saben es que, junto a esta, Uiscias también nos regaló tres dagas creadas con el mismo



metal, pero se perdieron en las sucesivas batallas en las que nos vimos involucrados. ¿Dónde la has encontrado?

—Cuatro hombres me han atacado y han intentado matarme con ella —reveló Elatha con un bufido, como si hubiese sido una estupidez—. Si no os importa, me la quedaré yo —añadió, al recuperarla de las manos del anciano—. Si es tan poderosa como dices, prefiero tenerla bien custodiada en el Castillo de la Niebla.

—¿Conocías a tus atacantes?

—No. Eran milesianos —aclaró el rey fomoriano, con una mirada dura—, pero con el símbolo de una triqueta invertida sobre su *wuivre* tatuado.

Dagda masculló un juramento.

—¿Qué significa ese símbolo? —inquirió Lugh, frunciendo el ceño.

—Que el Pacto de Tres está en peligro —respondió, con pesar.

Por un momento, su vista se perdió en sus recuerdos. Lugh y Elatha intercambiaron una mirada de desconcierto al ver que se quedaba unos minutos sumido en un silencio reflexivo.

—¿Recordáis a Idris? —inquirió, por fin.

—¿La amante de Balor?

—Y una de las druidesas más poderosas que han existido —anotó Dagda—. Llegó a acumular tanto poder que, al igual que nosotros, consiguió vencer al tiempo y no envejecer jamás, cosa muy inusual en los milesianos.

—¿Qué tiene que ver ella en todo esto? —preguntó Lugh.

—Después de que estableciésemos el Pacto de Tres, ella regresó a Irlanda buscando la Piedra de Biróg, aquella que guarda el espíritu de Balor. Por suerte, la piedra está escondida muy lejos de aquí.

—Sé que ella estuvo aquí —murmuró Elatha—. Me pidió ayuda para recuperarla, alegando que al ser fomoriano, debía de asociarme con ella y tratar de liberar el espíritu de Balor —reveló, con una mirada inescrutable—. No lo hice. No la ayudé —aclaró, ante las miradas interrogantes de Lugh y Dagda—. Mi palabra es sagrada y defenderé el Pacto de Tres hasta la muerte —aseguró, al tiempo que se erguía ante ellos con orgullo—. Nunca haría nada que pusiera en peligro el regreso de Erin. Pero no entiendo qué relación tiene Idris con esa marca.

—Poco después recibí una carta de su puño y letra —explicó Dagda—, en donde me advirtió que algún día, costara lo que costase, conseguiría traer de vuelta el espíritu de Balor y que, juntos, reunirían un ejército para acabar

con el Pacto de Tres y volver a recuperar Irlanda. Junto a su firma, había grabado un símbolo: una triqueta invertida.

—¿Crees que Idris ha regresado?

—Eso me temo.

## CAPÍTULO 24

Quedaba poco para que el sol comenzara a ponerse en el horizonte cuando Alana llegó al lugar acordado. Estaba más nerviosa de lo que quería reconocer.

No es que Lugh le gustara. Todo lo contrario.

Le parecía un creído. Además, era arrogante. Preponte. Y...

Y tenía sentido del humor, era dulce y le gustaban los niños. También era un maestro paciente y poseía un lado artístico que resultaba encantador. Cuánto más tiempo pasaba con él, era más evidente que escondía mucho más de lo que su apariencia de rubiales seductor y presumido dejaba entrever.

Pero eso no significaba que él le gustase. Tan solo que no era tan malo como había creído en un principio. Había pensado que se encontraba ante una versión rubia de Yago, pero Lugh era diferente. Muy diferente.

Una cosa era cierta, besaba muy bien. ¡Maldición! No conseguía olvidar los besos que habían compartido. La forma en que la había tomado entre sus brazos y la había acariciado con la boca...

Le gustase o no, debía ser sincera consigo misma y reconocer que había algo en él que la atraía. Pero eso no quería decir que él le gustase. Ni hablar.

De hecho, si estaba allí, no era por esa inesperada atracción sino para averiguar más cosas sobre él.

«Mantén cerca a tus amigos, pero aún más cerca a tus enemigos», pensó.

Todavía no tenía claro en qué categoría podía encajar Lugh, pero tal vez pudiese sonsacarle algún tipo de información sobre el libro de Dagda, sin que se diese cuenta.

Estaba tan ensimismada en sus reflexiones que dio un respingo cuando escuchó un relincho detrás de ella. Se giró sobresaltada y ahí estaba él, observándola con una sonrisa desde lo alto de su caballo blanco.

—No sabía que iba a ser una cita de tres —comentó ella, mientras se acercaba al animal. Le tendió una mano hacia el morro y sonrió cuando le dio un pequeño empujoncito, como pidiendo una caricia—. ¿Cómo se llama?

—Albho. Significa «blanco» en gaélico. Le gustas —añadió Lugh, al

tiempo que descendía del caballo con un movimiento ágil y se erguía ante ella.

Como de costumbre, iba vestido con colores claros: una cazadora con capucha de color gris, una camiseta blanca, unos vaqueros desteñidos y unas deportivas. Una ropa muy similar a la que llevaba ella, pero Alana había optado por una cazadora de color granate.

—¿Y por qué no le debería de gustar?

—No suelen gustarle los extraños. Tiene un sexto sentido para las personas. Si le gustas es que eres de fiar.

Alana contuvo un bufido. Estaba claro que el animal no tenía criterio alguno si confiaba en ella. Y, ya puestos, su dueño tampoco.

—Me alegra que hayas venido —susurró Lugh, cambiando de tema, y sus ojos brillaban de entusiasmo.

¿Tanto le importaba una cita con ella?

—¿Acaso tenía opción? —respondió, al tiempo que alzaba una ceja.

—Siempre hay una.

—Pero no siempre es una opción aceptable —musitó Alana, pensando en lo que la había llevado hasta Irlanda.

Él la miró de forma interrogante, así que ella decidió redirigir la conversación.

—¿Qué tienes planeado para esta noche?

—Primero te llevaré a cenar a un lugar muy exclusivo y luego... te seduciré con magia.

—Un momento. ¿Un sitio muy exclusivo? Me dijiste que me pusiera ropa cómoda. No voy vestida para...

—Confía en mí. Estás perfecta.

—¿Qué te hace pensar que confío en ti?

Lugh soltó una risa espontánea y encantadora.

—Me sorprende que no protestes por lo de que te voy a seducir con magia.

—Es que es obvio que no lo vas a conseguir.

—Eso ya lo veremos —musitó él, con una sonrisa arrogante y, después de subirse al caballo con un salto fluido, le tendió la mano—. Ven.

—¿Quieres que monte contigo? —inquirió ella, con los ojos desorbitados.

—¿No sabes montar?

—Sí, pero nunca lo he hecho a pelo. —Se dio cuenta de que su comentario tenía doble sentido cuando vio que los ojos de Lugh destellaban—.

Quiero decir, que sin silla ni estribos... Y con un hombre detrás... Parece incómodo.

—Si el hombre sabe lo que se hace, da igual la postura. Y te puedo asegurar que sé muy bien lo que hago.

Algo en su tono y en su mirada le hizo arquear una ceja.

—Seguimos hablando de montar a caballo, ¿verdad?

—También —respondió él, conteniendo una sonrisa.

Alana dudó un instante. Lo miró a los ojos y se concentró en ver algo más allá del presente, pero, como siempre, su don era caprichoso y no colaboró. Sin embargo, algo encontró en su mirada que la empujó a aceptar su mano. Sintió mil mariposas aletear en su estómago cuando se cerró sobre la suya, fuerte y protectora a la vez.

Él le dedicó otra de esas sonrisas tan luminosas como un rayo de sol y, con un impulso, la ayudó a subir. La sujetó mientras ella maniobraba con torpeza hasta quedar a horcajadas en el animal y, cuando estuvo en posición, emprendieron la marcha por un camino que se adentraba en el bosque.

Alana trató de relajarse, de veras que sí, pero el cuerpo de Lugh la rodeaba. Tenía su torso pegado a su espalda, sus muslos acunando los de ella y la mantenía sujeta con un brazo que rodeaba su cintura. Era imposible. Así que permaneció erguida en un intento de que sus cuerpos se tocasen lo menos posible.

—Parece que te hayas tragado una lanza. Si no te relajas, acabarán doliéndote todos los músculos. Recuéstate contra mí y disfrutarás más del paseo —susurró Lugh en su oído, y su aliento le acarició la mejilla.

—¿Esta estrategia suele darte resultado con las mujeres? —preguntó Alana, en un último intento por guardar las distancias.

—Dímelo tú. Eres la primera mujer que monta en Albho.

Alana se giró, buscando sus ojos, y solo encontró sinceridad.

—Nunca miento —aclaró él, ante su mirada desconfiada.

«Yo, en cambio, sí», pensó ella y volvió su vista al frente, para ocultar su culpabilidad. También era una tonta, porque Lugh consiguió bajar sus defensas con sus palabras y se encontró recostándose contra su pecho.

La sensación de calor fue tan placentera que contuvo un gemido.

Notó que el cuerpo de Lugh se tensaba por un segundo y luego se relajaba con una inspiración profunda. Debían ser imaginaciones suyas, porque también sintió que le olía el cabello.

Ninguno de los dos habló mientras el caballo avanzaba a paso tranquilo, los dos inmersos en un cómodo silencio, disfrutando del paisaje que los rodeaba hasta que el sol se puso del todo y la oscuridad inundó el bosque.

—Espero que no quede mucho camino porque dudo que Albho pueda guiarse si no ve por donde pisa.

—Ya hemos llegado.

Alana contuvo el aliento cuando, ante ella, apareció un claro entre los árboles, iluminado por un centenar de velas que titilaban como estrellas y que rodeaban una manta extendida en el suelo. Sobre ella, pudo ver un cesto de mimbre donde supuso que estaría la cena y un botellero con hielo.

—Es precioso —musitó, con admiración.

—Ya te dije que era un lugar muy exclusivo.

Lugh descendió y alzó las manos hacia ella para ayudarla a descender. No le dio opción a negarse. La tomó de la cintura y la bajó de forma que el cuerpo de Alana se deslizó lentamente contra su duro cuerpo, en una caricia provocativa que despertó una chispa de deseo. Y cuando sus pies alcanzaron el suelo y él la liberó, no se apartó. Había quedado cautiva de su intensa mirada.

La iba a besar. Lo supo cuando vio que sus ojos se clavaban en su boca y se mordía el labio inferior, en un gesto de deseo que había empezado a reconocer.

Si no hacía algo, en un segundo él tomaría su boca y Alana dejaría de pensar. Y debía mantener la mente fría para continuar con su plan.

## CAPÍTULO 25

**E**l plan estaba saliendo según lo previsto.

Primero, el paseo a caballo al atardecer, con el que había conseguido que el cuerpo de Alana se acostumbrase a la cercanía del suyo. Había sido una exquisita tortura sentir su suavidad y oler su aroma, pero había sido todavía más especial sentir cómo se iba relajando, poco a poco, en sus brazos.

Luego, la puesta en escena de las velas y la cena. Un decorado romántico e íntimo. El sueño de cualquier mujer.

Nunca se había tomado tantas molestias para seducir a alguien.

Ya la tenía.

Era el momento de dejarse llevar y besarla como llevaba días queriendo hacer, pero, justo cuando él comenzó a descender el rostro hacia ella, Alana echó el cuerpo hacia atrás y se escabulló de su abrazo.

—¿Lo has preparado tú?

Lugh tardó unos segundos en reaccionar.

—¿Acabas de rechazarme un beso? —inquirió, incrédulo.

—Vaya, no te andas por las ramas —rio ella y pudo ver que estaba un poco ruborizada—. Supongo que hay quien diría que te acabo de hacer «la cobra».

—¿Qué cobra?

—Ya sabes, el movimiento que hacen ese tipo de serpientes —explicó, al tiempo que, de una forma un tanto cómica, repetía el movimiento de inclinar el torso hacia atrás.

Lugh pudo entender la similitud y se hubiese reído en cualquier otro momento... si la erección que tensaba sus pantalones no fuese tan dolorosa, ni él se sintiese tan contrariado.

—Ya te advertí que no era fácil de seducir. No me entiendas mal, el paseo a caballo y esto —señaló Alana, mientras abría los brazos, dejando claro que se refería a todo lo que él había montado—, es precioso y te lo agradezco, pero me prometiste magia y todavía no la he visto.

Lugh sintió cómo el corazón se le aceleraba y la sangre bullía en sus

venas. Aquella mujer acababa de retarlo. Solo ella tenía la capacidad de provocarlo de una forma inimaginable.

Contuvo el impulso de abalanzarse sobre ella y seducirla con su cuerpo, sabedor de que tenía la experiencia suficiente como para arrancarle una respuesta con sus caricias. En cambio, se concentró en recuperar el control.

Si ella quería magia, la tendría.

—Primero cenemos —repuso, mientras la invitaba a acomodarse en la manta, con un ademán—. Luego te mostraré la magia.

Sacó la botella, que estaba inmersa en hielo, y llenó dos copas.

—¿Sidra? —inquirió ella, con sorpresa.

—Espero que te guste.

—Me encanta, es solo que... Esperaba algo más convencional, como vino.

—No suelo ser demasiado convencional.

—Me estoy dando cuenta.

Lugh le guiñó un ojo mientras abría la cesta que contenía la cena. Era algo sencillo: empanada de carne, pastel de puerros y, de postre, tarta de manzana.

—¡Esto está delicioso! —exclamó Alana, después de saborear la empanada de una forma tan sensual que hizo que los pantalones de Lugh se volvieran a tensar—. ¿Dónde lo has comprado?

—Lo he hecho yo.

—¿Sabes cocinar?

—Sé hacer muchas cosas, *álainn* —respondió él, sin más.

Y estaba siendo humilde. Lugh era un dios «sin función» ya que sabía hacer de todo. Dominaba cualquier tipo de arte y artesanía a la perfección. Podía tejer las telas más delicadas, labrar la madera con los más enrevesados arabescos, tocar una melodía con maestría usando cualquier instrumento, cocinar como el mejor de los chefs, sabía dar forma al barro hasta crear una pieza de decoración única y pintar sobre un lienzo una hermosa obra de arte.

Nada quedaba fuera de su dominio.

Nada, salvo seducir a Alana.

Con ella no podía dar nada por seguro. Todo era impredecible. Se le resistía con la misma pasión que se le entregaba.

Fue un placer verla devorar la comida y una tortura cuando, al probar la tarta de manzana, la muchacha cerró los ojos y soltó un gemido de placer.

Deseó ser él el que le arrancase esos deliciosos sonidos, con sus besos y



caricias, no con un simple pastel, pero por algo había que empezar.

Cuando terminaron de cenar, recogieron las sobras y sacudieron la manta para poder sentarse en ella con comodidad. A petición de Alana, Lugh tocó una melodía con su flauta. Mientras arrancaba notas de su *feadóig*, se concentró en el rostro de la muchacha que, recostada, lo observaba en silencio, con una expresión seria y reflexiva.

—Me dijiste que habías aprendido a tocar la flauta porque pasabas mucho tiempo solo de pequeño —comentó Alana cuando la melodía acabó—. ¿No tenías hermanos?

—No.

—¿Y tus padres?

—Nunca los conocí. Se puede decir que soy huérfano —respondió Lugh, al tiempo que se encogía de hombros—. Me crie con un tutor, aunque no era un hombre demasiado cariñoso y siempre estaba muy ocupado. Pero, a pesar de ello, se portó muy bien conmigo. Fue una figura estable en mi vida y me aportó la confianza que necesitaba para convertirme en alguien fuerte.

—¿Es por eso por lo que entrenas a los niños del orfanato? —inquirió ella, tras unos segundos de silencio.

—La confianza proporciona seguridad. Algunos de esos chicos andaban muy perdidos y no confiaban en nadie. Ahora, confían en mí. Yo soy una figura estable en sus vidas que les aporta seguridad y esa confianza les proporcionará valor y fuerza para luchar por sus sueños —explicó Lugh, con sencillez—. ¿Y qué me dices de ti? —inquirió, deseoso de conocer más sobre aquella esquiva muchacha.

—Mi madre murió cuando tenía ocho años y mi padre... —Se encogió de hombros, como dando a entender que no sabía nada de él—. Lo único que sé es que era de Irlanda.

Lugh la miró con interés. Tal vez, su padre fuese un milesiano, eso explicaría que tuviera más energía que una simple siadsan, aunque no justificaba que tuviese tanta.

—Entonces, ¿a quién tienes en tu vida que te aporte estabilidad? ¿En quién confías, *álainn*?

Algo destelló en los ojos de Alana, antes de que ella bajara la mirada.

—Tengo una hermana pequeña. Ella lo es todo para mí —musitó en voz baja—. Dime, ¿qué significa *álainn*? —inquirió, tras unos segundos—. Me has llamado así en varias ocasiones.

Lugh la miró, indeciso. Ella estaba tratando de cambiar de tema y él estaba deseoso por saber qué era lo que, por un momento, había oscurecido su mirada, pero no quería presionarla a que se abriera a él. A que confiara en él. La confianza, al igual que el respeto, era algo que se ganaba con el tiempo, no se podía hostigar. Y él acababa de darse cuenta de que quería ganarse la confianza de aquella joven más que cualquier otra cosa.

—Es un cumplido. Significa «hermosa» —respondió, por fin.

—¿Y yo te parezco hermosa?

—La más hermosa.

## CAPÍTULO 26

Nunca había disfrutado tanto de una velada. Nunca se había sentido tan cómoda con alguien y, al mismo tiempo, sentía que su cuerpo vibraba de expectación.

Lugh acababa de llamarla la más hermosa.

«La más mentirosa», quiso corregirlo.

Cada minuto que pasaba con él, se daba cuenta de que había nobleza y bondad debajo de sus maneras seductoras y arrogantes, y ella lo estaba engañando y utilizando de la forma más vil. La culpabilidad empezó a hacer mella en ella y, para combatirla, decidió parar de pensar y dejarse llevar por lo que sentía en aquel momento.

—Ha sido una cena deliciosa y la compañía, sorprendentemente agradable —comento con sinceridad, mientras se ponía de pie y se sacudía los pantalones con las manos—, pero ya se está haciendo tarde y todavía no he visto nada que me seduzca. Me prometiste magia, Lugh Lamhfada —le recordó.

—Y magia tendrás —aseguró él, entrecerrando los ojos.

Se puso de pie de forma tan súbita que Alana dio un paso atrás, sobresaltada.

—¿Conoces la leyenda de este bosque? —inquirió él, mirando alrededor.

Ella negó con la cabeza, mientras lo observaba con cautela.

—Una vez, hace mucho tiempo, en estas tierras vivieron dos tribus que estaban enfrentadas entre sí. Una se asentaba al norte y otra al sur; ambas separadas por este espeso bosque que, según decían, estaba encantado porque las antorchas se apagaban nada más entrar en él.

Una súbita ráfaga de aire apagó, de un golpe, todas las velas, sumiéndolos en una densa oscuridad.

Alana agudizó la mirada, tratando de distinguir la silueta de Lugh, pero solo le llegó su voz ligeramente ronca, que pareció envolverla mientras continuaba con su historia.

—Un día, Arwen, la hija del jefe de la tribu del norte, se adentró en el

bosque y, antes de que se diese cuenta, la noche cayó sobre ella y se perdió. Gritó y gritó pidiendo ayuda, sin resultado, hasta que apareció ante ella un apuesto joven, guiado por la luz de la luna, dispuesto a socorrerla.

De repente, de entre la espesura, se filtró un rayo de luna y ante ella apareció la poderosa figura de Lugh, que se le acercó despacio, con una mirada de depredador que le aceleró el pulso y le cortó la respiración.

—No tardó en averiguar que Lom, como así se llamaba el joven, era el hijo del jefe de la tribu del sur. Pero saber que eran enemigos no impidió que los dos jóvenes terminaran profundamente enamorados —continuó relatando Lugh, al tiempo que, con inusitada dulzura, le acariciaba la mejilla—. Las noches de luna llena, los dos se encontraban en el bosque y daban rienda suelta a su pasión. Pero un día, la luna, celosa del amor que se profesaban, ordenó a una lechuza que desvelara el secreto de su amor prohibido a todo el que la pudiese oír.

En aquel momento, se escuchó un aleteo y una lechuza ululó cerca de ellos, sobresaltando a Alana de forma que se acercó más a Lugh por instinto.

—Los dos jóvenes rogaron a sus respectivas familias el derecho a amarse libremente y estas, junto a la luna, elaboraron un plan para frustrar el deseo de los amantes, sin la necesidad de negarles su voluntad —susurró Lugh, muy cerca de su oído—. Les concederían una noche. Una única noche al mes para encontrarse en el bosque. Pero sería una noche sin luna. Si estaban predestinados a estar juntos, encontrarían la forma de encontrarse en la oscuridad.

De súbito, la luz de la luna se apagó, volviéndolos a sumir en las tinieblas.

Alana tembló, nerviosa por tenerlo tan cerca y no poder verlo, pero entonces él se alejó y ella se sintió extrañamente sola.

—Los dos jóvenes se adentraron en el bosque, cada uno desde un extremo, sin más orientación que la esperanza, pero después de una hora andando, empezaron a desalentarse.

Alana giró, tratando de distinguir de dónde provenía la voz de Lugh para acercarse a él, pero no lo consiguió.

—Cansada y aterida, Arwen se arrodilló en la tierra y comenzó a llorar mientras pedía ayuda al espíritu del bosque. Tanto lloró que el bosque se apiadó de ella y decidió intervenir. Cada una de las lágrimas que había derramado Arwen cobró vida, transformándose en una luciérnaga, hasta que

cientos de ellas se alzaron a su alrededor y formaron un camino que acabó guiándola hasta Lom.

Como si hubiesen estado esperando una señal, pequeñas motitas empezaron a iluminarse a su alrededor. Una a una hasta contarse por cientos, hasta que miles de luciérnagas iluminaron el bosque a su alrededor.

Alana observó fascinada aquella escena, de una belleza sobrecogedora.

—Cuenta la leyenda que, las noches sin luna, los dos jóvenes se adentran en el bosque y, guiados por ellas, encuentran el amor.

Las luciérnagas alzaron el vuelo a la vez, como una estela de estrellas.

Alana giró sobre sí misma y rio con deleite cuando la envolvieron, juguetonas, para después marcarle un camino que fue directo hacia Lugh.

Contuvo el aliento de golpe cuando sus miradas se encontraron y, muy despacio, comenzaron a salvar la distancia que los separaba, hasta que volvieron a quedar uno frente al otro, a tan solo un paso de distancia, mientras las luciérnagas flotaban a su alrededor.

—Porque si dos personas están destinadas a estar juntas, siempre hallarán la forma de vencer a la oscuridad que les separa —musitó Lugh, finalmente.

Alana lo miró, arrobada. Tenía las emociones a flor de piel y no sabía qué decir. No había tenido una vida fácil. Los recuerdos amargos eran más numerosos que los dulces, y, por eso, los atesoraba con reverencia.

Él. Las luciérnagas. La noche en el bosque. Sabía que aquella imagen se iba a colar entre los recuerdos más hermosos de su vida y que la iba a acompañar hasta su último aliento.

No supo que estaba llorando hasta que él le puso la mano en la mejilla para atrapar una de sus lágrimas.

—¿Por qué lloras?

—Porque nunca había presenciado nada tan hermoso con anterioridad —declaró, con un suave murmullo—. Gracias.

—Las personas, muchas veces, olvidan que la magia más hermosa se encuentra a su alrededor, en la naturaleza; solo hay que saber apreciarla.

Aquellas palabras, dichas con sencillez, hicieron que Alana lo observase de nuevo, como si lo viese por primera vez.

—Te he subestimado y prejuizado, Lugh. No te creí cuando me aseguraste que me ibas a seducir con la magia, pero he de reconocer que lo has conseguido —confesó con sinceridad, otorgándole su merecida victoria.

Los ojos de Lugh emitieron un destello, pero no de triunfo como hubiese

esperado. En su mirada solo encontró deseo.

—¿Y ahora qué? —inquirió Alana, con voz trémula.

La mano que él tenía apoyada en su mejilla se deslizó hasta su nuca y la acercó hasta que sus labios se unieron en un beso dulce. No se estaba imponiendo. La estaba tentando con sutileza a que se abriera a él. Estaba conteniéndose, lo sabía por el temblor que hacía vibrar sus brazos. Y lo estaba haciendo por ella.

Ese fue el último impulso que necesitaba para entregarse a él.

Muy despacio, sin detener el beso, subió las manos por su torso hasta rodearle el cuello con los brazos, dándole la respuesta que él necesitaba.

Jadeó cuando, de súbito, él la alzó en brazos para después dejarla sobre la manta que seguía extendida en el suelo. Acto seguido, se tumbó sobre ella y reanudó el beso.

De forma natural, ella abrió las piernas para que Lugh se pudiera acomodar mejor. Aquel simple gesto, que confirmaba su aceptación, pareció enardecerlo más. Su beso se tornó voraz; su mano se coló debajo de la camiseta para hacer a un lado su sujetador y amasar su pecho; y sus caderas comenzaron un lento vaivén contra las suyas, dejándole entrever la magnitud de su excitación.

Ella quiso explorar su cuerpo, pero él se lo impidió reteniendo sus manos por encima de la cabeza. Aquel simple gesto le trajo recuerdos que se esforzaba por olvidar y que enfriaron su cuerpo al instante. Él estaba conquistando cada centímetro de su cuerpo con su boca, sus manos y el incesante movimiento de sus caderas; pero cuanto más se enardecía Lugh, más se estaba distanciando ella.

Su mente viaja a Galicia, a la noche antes de su decimoctavo cumpleaños. Aquella noche no había sido la primera que Yago intentaba propasarse con ella, pero sí que había sido la que más cerca había estado de violarla. Después, había habido muchas otras veces. Por suerte, ella había conseguido salir ilesa en todas ellas. En algunas ocasiones, por su propio ingenio, aunque en la mayoría gracias a Drua, que siempre había velado por ella en ese aspecto.

Sin ser consciente de ello, empezó a revolverse en los brazos de Lugh, pero él, atento a cada una de sus reacciones, se percató al instante de su resistencia y se detuvo.

—¿Qué ocurre, *álainn*? —inquirió, confuso.

—Yo... no puedo seguir. Quiero que me lleves a casa, Lugh.

Él dio un respingo y la miró con el ceño fruncido. Ella contuvo el aliento, esperando su reacción. Sabía de lo que un hombre era capaz cuando sus deseos se veían frustrados. Igual que sabía que, si él decidía imponerse por la fuerza, ella no lo podría detener. Era un dios.

Lugh le sostuvo la mirada durante unos segundos, y no supo lo que encontró en las profundidades de sus ojos, pero algo salvaje destelló en sus pupilas antes de que apartara la mirada y se separase de ella. Quedó tendido boca arriba en la manta, con el antebrazo cubriéndole los ojos. Su pecho se movía con violencia, tratando de encontrar el aliento que parecía haber perdido. La erección que tensaba sus pantalones era más que evidente y Alana se sintió culpable al verla.

—Lo siento.

—Tú no tienes la culpa —masculló él y, aunque sus palabras lo negaban, su voz estaba teñida de furia—. Será mejor que nos vayamos.

Alana asintió con la mirada baja. No había nadie como ella para estropear una velada de ensueño.

Regresaron en un incómodo silencio. Puede que él no lo admitiera, pero ella sabía que estaba enfadado. Mucho, a juzgar por la tensión que emanaba de su cuerpo, por la seriedad de su semblante y por la forma en que rehuía su mirada.

El aura que lo rodeaba, en la que siempre rivalizaban el rojo y el azul en un precario equilibrio, ahora era de un vibrante rojo.

Cuando dejaron el bosque atrás, los cascotes del caballo rompieron el silencio de la noche, al golpear contra el asfalto. Alana lo agradeció. Aquel mutismo estaba empezando a crisarle los nervios.

Al igual que la vez anterior, él la ayudó a bajar, cogiéndola por la cintura, pero en aquella ocasión no alargó el contacto más de lo necesario. Y por alguna razón inexplicable, aquello terminó de hundir su ánimo.

—Buenas noches —susurró con voz quebrada por el intento de contener las lágrimas que pugnaban por escapar de sus ojos y se giró para entrar en el patio del edificio.

—Alana.

Su voz la detuvo cuando estaba metiendo la llave en la cerradura. No se giró a mirarlo. No podía porque una lágrima escurridiza había eludido su contención y se deslizaba solitaria por su mejilla.

—Algún día me dirás el nombre del malnacido que te ha hecho tanto daño y disfrutaré destrozándolo con mis propias manos.

Cuando su mente procesó el significado de sus palabras, dio un respingo.  
¡Qué equivocada había estado!

Lugh no estaba enfadado porque ella lo hubiera detenido, lo estaba porque había intuido la razón por la que lo había hecho.

Se giró hacia él, pero ya no estaba. Lugh y Albho habían desaparecido en cuestión de segundos.



## CAPÍTULO 27

Lugh se miró las manos. Le temblaban. Le temblaban por un sentimiento de violencia incapaz de controlar. No hacía falta mirarse en un espejo para saber que sus ojos se habían oscurecido; tanto era así que había sido incapaz de volver a mirar a Alana a la cara, sabedor de que ella descubriría que habían mutado a negro.

Desde que intuyera la razón por la que ella lo había detenido, en el último instante, había sido incapaz de contener su furia.

En un primer momento, pensó que era alguna clase de treta femenina, algún juego absurdo para incentivar su deseo. Pero no. No había ninguna doblez en su mirada. Solo había encontrado un miedo real. Miedo a la pasión que había despertado en él.

Alguien había abusado de ella de alguna forma y esa certeza le había hecho perder el control hasta el punto de dejar aflorar su lado fomoriano. Había sentido fuego en las venas, la necesidad de rugir, de destrozar al que había provocado aquel dolor en ella. Pero, sobre todo, había sentido la necesidad de protegerla, incluso de sí mismo. Si se había contenido ante Alana, había sido por no asustarla más.

Paseó por el bosque durante el resto de la noche, con la mente inquieta por sus pensamientos y el cuerpo demasiado excitado para poder dormir. Tal vez por eso, cuando se metió en el lago a la hora de costumbre, convocó un amanecer un poco más turbulento de lo normal.

Frustrado, regresó a Avalon, pero al llegar al Gran Salón, se detuvo de golpe cuando vio a Sionn, uno de los generales fomorianos, con Dagda.

—Será mejor que nos acompañes al bosque, Lugh. Sionn tiene algo que mostrarnos —anunció Dagda y, por la expresión de sus rostros, se trataba de un tema de la mayor seriedad.

Sionn los guio hasta un claro en el bosque, en la superficie, en donde Elatha y otro de sus generales aguardaban en torno a un bulto cubierto por una sábana.

—¿Qué es eso?

Como única respuesta, Elatha apartó el manto, dejando ver el cadáver de una mujer todo ensangrentado.

Dagda se puso rígido. Lugh frunció el ceño. Era una imagen dura, pero, por desgracia, estaba siendo habitual desde hacía un tiempo.

Desde que empezara el año, cada mes aparecía el cuerpo de una joven en circunstancias parecidas: desnudas, violadas y golpeadas hasta la muerte en un claro del bosque. Aquella era la quinta muchacha que encontraban muerta.

Al menos esa vez, el cuerpo permanecía con la ropa intacta, señal de que no había sido violada como las otras.

—¿Otro ataque a una siadsan?

—Esta vez es una milesiana.

Tanto Dagda como Lugh se acercaron al cuerpo, buscando el tatuaje que la señalaban como tal. Al encontrarlo en su muñeca, Dagda suspiró con pesar.

—Esto lo cambia todo —musitó el viejo.

La muerte de unas cuantas siadsan a manos de un depravado era una desgracia; el asesinato de una milesiana era un hecho inaudito.

Si se hubiese tratado de una siadsan, no hubiesen intervenido. Era una de las reglas del Pacto de Tres: no intervenir en los conflictos que asolaban el mundo. Debían ser solo espectadores del paso del tiempo en la tierra.

Pero tratándose de una milesiana...

—Será mejor que encontremos al culpable —continuó diciendo Dagda— y que no haya sido nadie del subsuelo, porque en ese caso el pacto puede peligrar.

—No es que pueda peligrar, es que ya lo hace —precisó Elatha, señalando el símbolo tallado en el árbol.

Una triqueta invertida. El símbolo de Idris.

—¿Piensas que es algún tipo de aviso? —inquirió Lugh.

—Parece más un escarmiento —respondió Elatha—. Creo que es hora de que hablemos con el Guardián.

—Estoy de acuerdo —convino Dagda—. Está claro que los milesianos están implicados en estas acciones. Además, él podrá identificar a la chica con más facilidad que nosotros.

—Yo lo traeré —anunció Lugh y, acto seguido, desapareció.

Conocía la rutina del padre O'Malley. Sabía que, a primera hora de la mañana, comenzaba su horario de confesiones, por eso se materializó directamente en Saint Mary. No le gustaba utilizar ese don, era peligroso.

Primero, tenías que haber estado en el lugar de destino al menos una vez para poder visualizarlo en la mente. Luego, rezar para que en el punto de materialización no hubiesen colocado algún objeto o, lo que sería catastrófico, no estuviese una persona. Prefería transformarse en pájaro y volar, pero la ocasión requería premura.

El padre O'Malley le gustaba. Era un hombre entregado a los suyos y un Guardián digno y respetable. Durante casi cincuenta años, había desempeñado el papel de forma loable.

—¿No es un poco temprano para entrenar a los chicos? —inquirió el anciano cuando lo vio aparecer por su iglesia, mientras lo saludaba con una sonrisa.

—Necesito que venga conmigo, de inmediato.

El rostro del anciano captó la urgencia en su voz y asintió, sin hacer más preguntas.

—¿Por qué debería hacerlo?

La pregunta fue hecha por un hombre joven, de cabello oscuro y ojos azules, que salió de repente de la sacristía.

Lugh entrecerró los ojos ante su tono altanero e imperioso.

No le gustaba ni su tono ni él.

—Lugh, este es mi sobrino, Stephen. Ha venido a desayunar conmigo, aunque ya se iba.

—Pero ahora no me voy —repuso Stephen—. Prefiero quedarme contigo y velar por tu seguridad, tío.

Lugh reaccionó sin pensar y, cogiéndolo por el cuello, lo levantó con un solo brazo, pese a que el otro hombre también era alto y corpulento.

—¿Insinúas que conmigo corre peligro?

—Bájalo, por favor. El muchacho se ha expresado mal, pero es conveniente que me acompañe porque algún día tomará mi relevo como Guardián.

Lo soltó, más por la sorpresa que por ceder a la petición del anciano.

No entendía que él hubiese escogido a ese hombre como su sucesor. A todas luces, no era una opción válida. Había algo indefinible en él que lo ponía en guardia. Solo esperaba que la diosa Danu, la que tenía la decisión final, tuviese mejor criterio y escogiese a otro hombre más válido.

Reservándose su opinión, puso una mano sobre el hombro de cada uno, visualizó el claro del bosque, y los tres se materializaron allí. Tuvo un atisbo

de satisfacción al ver que Stephen trastabillaba mientras miraba nervioso a su alrededor.

—¿Qué es esa urgencia que no podía esperar hasta después de mi horario de confesiones? —inquirió el padre O'Malley mientras fruncía el ceño.

—Es algo que deberíamos hablar a solas —respondió Dagda, mirando, significativamente, a Stephen.

—Stephen es mi sobrino, de total confianza —aclaró el cura—. Ha vivido un tiempo en España, pero volvió hace algunos meses para comenzar su formación. Tengo la esperanza de que sea mi sucesor como Guardián —anunció, de forma sorpresiva—. Cualquier cosa que suceda y que afecte a los milesianos, le incumbe tanto como a mí.

A Lugh no le pasó desapercibida la mirada de preocupación que intercambiaron Elatha y Dagda ante aquella revelación. Al parecer, a ellos tampoco les parecía una buena elección.

—Es una imagen dura de ver —advirtió Elatha a los dos milesianos—. La encontré uno de mis fomorianos esta mañana —añadió, y levantó la tela para que pudiesen ver el cuerpo de la chica.

Los dos hombres palidecieron al verlo, con los ojos dilatados por el horror.

—Por el tatuaje, creemos que es una milesiana —continuó diciendo Elatha, al tiempo que señalaba la marca que llevaba en la muñeca—. Tal vez...

Se escuchó un gemido doliente y vieron, asombrados, cómo Stephen corría hacia el cuerpo inerte de la muchacha y lo abrazaba, entre sollozos.

—Es... es mi hermana... es Heather —se le oyó decir, con voz rota.

Lugh miró el cuerpo de la chica como si lo viese por primera vez. Al tener el rostro muy golpeado no la había reconocido, pero sí conocía a Heather. Era una chica dulce y amable. Nunca había hecho daño a nadie. ¿Qué clase de monstruo podía haberle hecho aquello?

El padre O'Malley cayó de rodillas, negando en silencio, mientras sendas lágrimas se derramaban por sus mejillas.

—¿Quién ha sido? ¿Quién lo ha hecho? —inquirió, lívido.

—Todavía no lo sabemos, tendremos que investigarlo, pero ha habido varias muertes de jóvenes siadsan en lo que va de año —explicó Elatha.

—La muerte de una milesiana no se puede comparar con la de unas cuantas siadsan —replicó Stephen, dando un respingo indignado, como si la

comparación fuera insultante—. No tiene por qué haberlas matado el mismo hombre.

—Una muerte es una muerte —terció Dagda, enfadado—. Un Guardián no debería de menospreciar la vida de nadie.

—¿Insinuáis que no soy digno de ser el próximo Guardián? —gruñó el hombre, furioso.

—Silencio, Stephen —rugió el padre O'Malley, desencajado—. No es momento de discusiones, debemos unir fuerzas para encontrar al animal que ha hecho esto.

—Creemos que su muerte puede estar relacionada con este símbolo —intervino Elatha, al tiempo que señalaba la marca en el tronco del árbol—. ¿Conoces su significado? —inquirió, al ver el reconocimiento en los ojos del Guardián.

—Me han llegado rumores sobre una secta neodruídica en el norte de España. Dicen ser descendientes directos de Breogán, del que procedemos los milesianos, y se hacen llamar los Hijos de Breogán. Según parece, su líder está planeando expandir su territorio a Irlanda y derrocarnos para consolidar su poder.

—Cosa que no podrá hacer mientras exista el Pacto de Tres y los danianos os protejan.

—Eso temo —convino el Guardián, con un suspiro—. Por lo que sé, sus seguidores llevan el símbolo de la triqueta invertida.

Dagda y Lugh intercambiaron una mirada. ¿Era casualidad que los Hijos de Breogán se manifestaran con el mismo símbolo que la druidesa Idris?

—Lo que nunca pensé es que se atrevieran a atacar a uno de los nuestros —continuó diciendo el padre O'Malley, con pesar.

—También atentaron contra mí —reveló Elatha.

—Pero ¿por qué lo harían? —musitó el Guardián.

—Por Erin —dedujo Dagda, con el ceño fruncido—. Saben que vuestra unión acabaría con las rencillas entre los fomorianos y los danianos, lo que haría que el Pacto de Tres fuera más fuerte.

—Su... sujeta algo en el puño —murmuró, ronco, Stephen.

La atención de todos se centró en él, mientras abría la mano de su hermana, con cuidado. Un aro de plata con elaboradas filigranas grabadas apareció en la palma ensangrentada de la joven.

—Es un anillo fomoriano —declaró Lugh, al reconocer el diseño.

Todas las miradas se clavaron en Elatha. Miradas sorprendidas, acusatorias y de incertidumbre que buscaban una respuesta.

—Elatha, ¿sabes de quién es? —preguntó Dagda, con el ceño fruncido.

—No, pero os juro que averiguaré quién está detrás de todo esto —gruñó con rabia, antes de desaparecer junto a sus generales.

—¿Lo dejáis marchar? —inquirió Stephen, incrédulo.

—¿Por qué lo deberíamos retener? —repuso Dagda con tono razonable.

—Es evidente que ha sido uno de los suyos el que ha matado a mi hermana. Tal vez haya sido él mismo.

—¿No te han dicho nunca que no se puede hacer acusaciones sin pruebas? —masculló Lugh, sintiendo cómo su enfado contra aquel hombre crecía.

—Mi hermana sostenía en la mano uno de sus anillos. ¿Qué otra prueba necesitas?

—Eso es solo un hecho circunstancial.

—Esos sucios fomorianos son todos unos salvajes y...

—¡Stephen!

La voz autoritaria del Guardián cortó sus palabras, justo cuando Lugh estaba planteándose cogerlo otra vez del cuello y hacerlo callar de un puñetazo.

—Disculpad a mi sobrino. Sin duda, está tan conmocionado como yo por la pérdida de Heather —añadió con voz rota y una lágrima rodó por la mejilla del anciano.

—Haremos lo posible por llegar al fondo de esto —aseguró Dagda.

Cuando regresaron a Avalon, la noticia de la muerte de una milesiana ya había corrido por el subsuelo. Los Tuatha dé Danann se reunieron en el Gran Salón.

—Deberíamos tomar medidas contra los fomorianos —declaró Angus, el dios del Amor, y provocó un murmullo de apoyo entre muchos de los danianos allí presentes.

—No hay razón alguna para ello. No hay pruebas —repuso Morrigan—. Además, no tiene sentido que ellos hagan algo para romper el Pacto de Tres ahora que Erin ha regresado.

—Pues yo creo que ha llegado el momento de limpiar de cuervos la isla —terció Goibniu, el dios Herrero.

—Creo que Morrigan está en lo cierto —señaló Dagda, y ante su voz se hizo el silencio—. Los fomorianos son los menos interesados en romper el

Pacto de Tres en estos momentos. Han aguardado la llegada de Erin desde hace milenios, no tiene lógica que, ahora que ella ha regresado, hagan algo para romperlo.

El rumor de las voces que debatían inundó el Gran Salón durante unos minutos.

—¿Tú qué opinas, Lugh? —inquirió, de repente, Mac Gréine.

Todos guardaron un silencio respetuoso para dejar hablar al gran héroe de los danianos.

—No es un secreto que desconfío de los fomorianos, pero no hay pruebas que los acusen de este crimen. Elatha y sus cuervos han convivido con nosotros durante miles de años y siempre han respetado el Pacto —afirmó Lugh, tratando de dejar sus sentimientos a un lado y mostrarse imparcial—. Sería deshonesto por nuestra parte hacer algo en su perjuicio sin razón. Debemos hacer todo lo posible por preservar el Pacto de Tres —concluyó, con voz firme.

Las voces de apoyo a su comentario se dejaron oír y pronto sumaron mayoría. Dagda le dedicó un gesto de aprobación. Incluso Morrigan, acérrima defensora de los fomorianos, le sonrió.

Entonces, Lugh no lo supo, pero con aquella declaración acababa de firmar su sentencia de muerte.

## CAPÍTULO 28

Alana llevaba varios días sin saber nada de Lugh. Había pasado por el pub Molly Malone y por el Ghrian; incluso, había estado paseando durante horas por el bosque, con la esperanza de encontrarlo, pero sin resultado.

No paraba de darle vueltas a la noche de las luciérnagas, a un hecho en particular: él había parado cuando ella se lo había pedido. Sin escenas. Sin recriminaciones. Sin gritos ni insultos. Cualquiera otro la hubiese tildado de *calientabraguetas*, y con razón. Pero Lugh no. Él se había apartado de ella al instante, sin más reproches.

Después de todas las molestias que se había tomado para seducirla, aquella interrupción le debía de haber frustrado muchísimo, pero, aun así, él se había detenido.

¿Qué significaba eso?

Respeto.

¿Qué demostraba?

Que Lugh era un hombre en el que poder confiar.

Entonces, ¿por qué se había alejado de ella de aquella manera?

No lo entendía.

Su humor no mejoró cuando recibió un WhatsApp de Stephen para verse por la tarde en un parque a las afueras de la ciudad. Lo encontró sentado en un banco, debajo de un roble, en un rincón poco transitado. Su aura era más fría y oscura que nunca y, por su expresión, parecía estar bastante enfadado.

—¿Se te ha muerto el canario? —inquirió Alana, mordaz, al sentarse a su lado, haciendo referencia a una canción española de los noventa que había escuchado en la radio.

—La que se ha muerto es mi hermana, Heather —repuso Stephen, de malos modos.

Alana dio un respingo. Solo había hablado con aquella chica una vez, pero le había parecido un encanto. Se sintió mal al instante.

—Lo siento mucho, no quise... —Puso la mano sobre su brazo en señal de condolencia, y un fognazo destelló en su mente.



En su visión, Stephen golpeaba a Heather una y otra vez, con el rostro desencajado por la rabia y el odio, mientras la muchacha trataba de defenderse, en vano, de su ataque.

—Por Dios... ¿qué has hecho? —musitó Alana, poniéndose de pie de repente, incapaz de permanecer cerca de él—. La has matado tú.

—Baja la voz, ¿quieres? —susurró Stephen, mirando a su alrededor, mientras la cogía del brazo y la obligaba a sentarse—. Esa bastarda ha tenido lo que se merecía por zorra. Quedarse embarazada de uno de esos engendros del demonio...—masculló con rabia—. Y luego Sean... ¡Maldición! Incluso la diosa Danu me ha traicionado.

Alana lo miró, con el ceño fruncido, sin terminar de comprender sus balbuceos, pero percibiendo el odio que emanaba de su aura.

—¡Él va a ser el futuro Guardián! —concluyó con amargura.

—¿Quién? —preguntó Alana, perdida.

—Mi hermano Sean. La diosa Danu lo ha elegido a él.

Había oído hablar de Sean O'Malley. Era el dueño de The Black Irish Sheep, uno de los mejores restaurantes de la ciudad, en donde, por un casual, Diana había trabajado varias veces como camarera para ganar un dinero extra, y su amiga no hablaba demasiado bien de él.

—¿Cómo lo sabes?

—Le ha salido la marca de los Guardianes: una serpiente dorada alrededor de su *wuivre* —explicó, y sus facciones se contrajeron de frustración—. A él, que siempre ha renegado de la magia. Ni siquiera tiene la destreza de hacer levitar una pluma.

—Pero, por lo que he oído decir, hace un suflé como nadie —repuso Alana, con tono irónico, lo que le valió un gruñido del hombre—. Mira, no veo cuál es el problema. Si es como dices, los milesianos no lo aceptarán.

—Aun así, se ganará la lealtad de la mayoría de ellos solo por el hecho de que ha sido elegido por la diosa Danu. Y eso va a ser un gran inconveniente para nuestro plan.

—Tal vez, si hablas con él, se una a la revuelta —razonó Alana.

—Tú no conoces a Sean —bufó Stephen—. Es un jodido *boy scout*: responsable y leal hasta la médula. Nunca traicionaría a nuestro tío, ni rompería el Pacto de Tres.

—Pero si él ha renegado de la magia, tal vez no acepte el título del Guardián.

—Ser Guardián no es algo que se pueda aceptar o rehusar. En cuanto aparece la marca, los poderes se van acrecentando de forma exponencial. El cuerpo de Sean cada vez será más fuerte.

—Pues no debe de haberle sentado bien la noticia.

—De momento, está demasiado borracho para pensar en eso. Desde que se enteró de la muerte de Heather, no ha hecho más que beber. El restaurante lleva días cerrado. Está tan destrozado que ni siquiera ha sido capaz de ir a trabajar. Se ha escondido en su refugio de los Gap of Dunloe y, conociéndolo, tardará en regresar.

Lógico y normal, después de aquella tragedia. Si Eli muriese... Alana no era capaz de pensar en lo que sería su vida sin ella.

Con ganas de alejarse de aquel hombre lo antes posible, pues su cercanía la ponía enferma, lo enfrentó, sin miramientos.

—¿Para esto querías verme? ¿Para hacerme partícipe de tu asesinato y compartir conmigo tu frustración?

—No, si te he hecho venir ha sido por Erin. Me han llegado rumores de que os habéis hecho muy amigas.

—No conozco a Erin.

—¿Y si te dijera que Erin está reencarnada en el cuerpo de cierta chica española llamada Diana?

Alana lo miró, con sorpresa. Todo encajó en su cabeza. Eso explicaba la intensa energía que emanaba de ella y los colores que había percibido en su aura. El azul era la energía de Erin.

—Es la comidilla del mundo mágico —continuó diciendo Stephen—. Al parecer, ella no recuerda nada de su anterior vida. Sus poderes todavía no han aflorado, así que es un blanco fácil.

—¿Qué insinúas?

—Hay que acabar con ella antes de que sus poderes se manifiesten. Y tú te vas a encargar de ello.

Por su mente, pasaron un montón de momentos vividos con Diana. Risas y charlas que habían compartido desde que se conocieron. Era una buena persona. Era su amiga.

—Ni hablar —farfulló.

—¿Qué has dicho?

—Nadie va a hacerle daño a Diana. No lo permitiré.

—Déjame aclararte algo, zorra —gruñó Stephen, mientras la cogía con

fuerza del pelo, en un movimiento veloz—. Puede que Alexandre te haya mandado a Irlanda para que me ayudes a iniciar esta revuelta, pero no te olvides de que aquí estás bajo mis órdenes. Debes obedecerme.

—¿Y si no lo hago?

—Eres vidente. Busca en mi interior y podrás observar lo que les hago a las mujeres que me enfurecen por cualquier motivo —declaró, al tiempo que le cogía de la mano y la ponía sobre su mejilla.

Su cuerpo fue bombardeado, al instante, por un cúmulo de sensaciones, donde la violencia y el miedo se enroscaban en una espiral de dolor. Gritos, lágrimas y sangre. Vio el rostro de varias mujeres, jóvenes y hermosas, con sus cuerpos vejados, violados y abandonados en el bosque. Todas muertas. Todas asesinadas por el hombre que, en ese momento, la observaba con malicia.

Trastabilló hacia atrás en su prisa por alejarse de él y cayó al suelo de culo, de forma que le arrancó una carcajada de burla.

—Ahora ya sabes con la clase de persona que estás colaborando. Obedece, Alana, si sabes lo que te conviene, y acaba con esa furcia pelirroja. Te doy una semana para hacerlo o lo haré yo —advirtió, antes de alejarse de allí, silbando una cancioncilla.

Maldito psicópata. Era un necio si pensaba que la había impresionado con su numerito de poder. Alexandre y Yago, las figuras masculinas que amenazaban su vida desde su más tierna infancia, estaban cortadas por el mismo patrón: poderosos, sádicos y violentos.

Lugh era el primer hombre dulce y cariñoso que había conocido.

Por alguna extraña razón, pensar en él la hizo sentir mejor.

## CAPÍTULO 29

Cuando recibió un WhatsApp de Diana para cenar juntas e ir al Ghrian aquella noche, no lo pensó dos veces y le dijo que sí.

Era la noche del sábado y, si su instinto no le fallaba, Lugh estaría allí. Él había dado todos los pasos en aquel baile de seducción que los dos estaban ejecutando y ella siempre se había dejado guiar. Era hora de que Alana fuera la que tomara la iniciativa y lo sorprendiera.

Con ese pensamiento en mente, eligió muy bien su vestuario para aquella noche: un minivestido rojo oscuro que marcaba cada una de sus curvas de la forma más sensual. Porque sí, aquella noche ella estaba dispuesta a seducirlo.

Él se lo había ganado. Y ella también, maldición. Tenía derecho a explorar el placer que encontraba en los brazos de Lugh, sin más preocupaciones que la de disfrutar y controlar su miedo.

Puede que, al día siguiente, todo se fuese al infierno, pero al menos tendría el recuerdo de una noche con él.

Se acababa de enfundar los zapatos de tacón alto cuando sonó el timbre. Observó por la mirilla con precaución, todavía un poco intimidada por las amenazas de Stephen, pero la que estaba detrás de la puerta era Diana.

Abrió y la miró de arriba abajo antes de dejarla entrar. Su amiga — porque sí, aquella chica se había convertido en su mejor amiga—, no hacía nada por ensalzar su belleza natural. Estaba preciosa porque era preciosa, pero...

—¿Vas a ir vestida así?

Diana se miró a sí misma y, por su expresión, parece que no vio nada que tuviera que mejorar. Botines planos, vaqueros estrechos de color negro, y una camiseta ancha de manga corta. Era lo que solía vestir, pero su cara fue un poema cuando Alana abrió la puerta y le enseñó su atuendo.

—Es evidente quién va a ser la amiga fea esta noche —resopló Diana, con fastidio.

—Las irlandesas se arreglan bastante cuando salen por la noche. Además, para una vez que nos vamos de fiesta, no podemos ir con lo de siempre —se

defendió Alana—. Si quieres, tengo un par de vestidos que te podrían quedar genial, te puedo dejar uno.

—No me siento cómoda llevando vestido —musitó, con un mohín.

—Bueno, pues por lo menos ponte algo más sexy arriba, que enseñe algo de piel —propuso Alana—. ¿Sabes? Tengo un top que te vendría de perlas. Y un poco de maquillaje tampoco estaría de más. —Al ver que Diana fruncía el ceño, Alana se apresuró a añadir—. Solo un poco, para realzar esos ojazos que tienes y dar un poco de color a tus labios. Aunque tengas una piel fantástica, nunca está de más algún toque de magia en los lugares adecuados. ¿Qué número de zapatos usas?

—El treinta y nueve, ¿por?

—Perfecto, el mismo que yo. Así te puedo dejar también unos zapatos.

—Los zapatos de tacón acaban dejándome los pies molidos —repuso Diana, no muy convencida.

—Querida, hay zapatos y zapatos —señaló Alana, mostrándole unos maravillosos zapatos negros de medio **tacón**—. Este solo tiene seis centímetros, ya verás qué cómodos son.

—¿Manolo Blahnik?! —exclamó con los ojos desorbitados al leer la etiqueta—. ¿En serio tienes unos de esos famosos *Manolos*?

—Tengo varios —admitió a desgana.

Alguna ventaja debía tener vivir con un monstruo como Alexandre. Al menos, no escatimaba en gastos por cuestiones de apariencia y le sobraba el dinero. Drua, Eli y ella disfrutaban de un guardarropa de lo más exclusivo.

Buscó en su armario hasta dar con un top negro de escote drapeado y sin mangas, y se lo tendió con una sonrisa.

—Este te quedará perfecto.

—No tiene tela en la espalda —observó Diana, dudosa, al ver solo dos tiras cruzadas en la parte trasera—. Se me va a ver todo el sujetador.

—Este top es para llevar sin sujetador. Tranquila, el drapeado del escote evita que vayas marcando pezones —añadió Alana, con una risa ante su mirada consternada—. Venga, pruébatelo y ya verás como te queda genial.

Al verla mirarse en el espejo, ruborizada, no pudo evitar pensar en su hermana. Hablaba con Eli todos los días por teléfono, pero, aun así, la echaba mucho de menos.

En ciertos aspectos, Diana le recordaba mucho a ella, tal vez por eso le había cogido tanto cariño en tan poco tiempo. Preservaba una inocencia

inherente que a ella le habían arrebatado mucho tiempo atrás.

Mientras la maquillaba, se concentró en sus ojos, tratando de encontrar algo en su interior que revelara la existencia de Erin, pero no sintió nada. Tan solo su aura daba muestras de ello.

Lo único que tenía claro era que iba a hacer todo lo posible por protegerla de Stephen. Y, pensándolo bien, siempre había la posibilidad de que Diana se enamorase de otra persona.

—Ya sabía yo que ibas a estar fantástica—musitó Alana, con una sonrisa de aprobación al ver el resultado final—. Ahora sí que estamos armadas de forma adecuada para explorar la marcha nocturna de esta ciudad —añadió, con un guiño pícaro. Pero todo rastro de diversión se borró de su rostro cuando sus ojos se fijaron en el colgante que llevaba al cuello—. ¿Qué es eso?

Diana lo encerró en su puño de forma protectora.

—Es un anillo.

—Hasta ahí llego —repuso Alana al tiempo que hacía una mueca—. Pero parece antiguo. Y no recuerdo habértelo visto antes.

—Es un regalo.

—¿Y se puede saber de quién?

—De alguien que he conocido, pero del que todavía no estoy preparada para hablar.

¡Mierda! ¿Sería un regalo del rey de los fomorianos? Si era así, su relación había avanzado más de lo que había supuesto. Un hombre no regalaba un anillo a una mujer, así como así. Los anillos siempre implicaban cierto grado de compromiso.

—Cuando quieras hacerlo, sabes que estaré encantada de escucharte —adujo Alana, con solemnidad.

—Lo sé. Te lo agradezco.

—Entre amigas no hay nada que agradecer —replicó Alana y le quitó importancia con un ademán—. ¿Quién sabe? Tal vez nos lo crucemos esta noche y adivine quién es, aunque no lo quieras. Se me da muy bien detectar la atracción entre dos personas.

Sentía mucha curiosidad por conocer al legendario Elatha Mac Dalbaech y ver si era tan imponente como se lo imaginaba.

Cenaron en un restaurante del centro y, cuando llegaron al Ghrian, el local ya se estaba empezando a llenar. Coincidieron con Monique y Rosa, dos camareras con las que Diana había trabajado en el restaurante de Sean

O'Malley, y se unieron a ellas. Poco después, las cuatro estaban dándolo todo en la pista de baile. Y aunque se estaba divirtiendo, los minutos pasaban y Lugh no aparecía por ninguna parte.

Llevaban dos horas allí cuando Diana se acercó a ella y le habló al oído para dejarse oír.

—¿Eres de las que mantienen la premisa de «si llegamos juntas nos vamos juntas»?

—Más bien soy de la premisa: «si te surge una buena oportunidad, no la desaproveches porque tal vez no haya otra» Además, no es que estemos solas. Tus compañeras de trabajo son muy divertidas —repuso ella, con una sonrisa—. ¿Por qué lo dices?

—He visto a alguien con el que necesito hablar y no sé cuánto se puede alargar esa conversación.

—¿Vas a «conversar» con el que te regaló el anillo? ¿Está aquí? —preguntó Alana, mientras miraba a su alrededor con curiosidad.

—No, el que me regaló el anillo no ha venido. Y lo que tengo que hacer es...

Alana dejó de oír a Diana, dejó de escuchar la música y casi dejó de respirar cuando sus ojos se cruzaron con la imponente figura de Lugh, que acaba de entrar en la pista de baile.

—Tranquila, haz lo que tengas que hacer —musitó de forma distraída, sin apartar la mirada de Lugh, que se había percatado de su presencia y se acercaba a ella con paso decidido—. Creo que podré entretenerme sin ti.

Diana frunció el ceño y se giró en busca de lo que fuese que la tenía tan absorta.

—¿Esa va a ser tu fuente de entretenimiento? —bufó al reconocer la figura de Lugh.

—Solo si se deja —replicó Alana, con un guiño pícaro.

Las dos muchachas se quedaron en silencio cuando aquel gigante rubio comenzó a acercarse a ellas, con paso arrogante. Estaba impresionante con una camisa blanca y unos vaqueros.

—*¡Mon Dieu!* —exclamó Monique al verlo, al tiempo que le daba un codazo a Rosa. Las dos chicas lo devoraron con la mirada.

—¡Me lo pido! —comentó Rosa.

—Siento decirlo, pero él ya ha elegido —anunció Alana, con un susurro quedo.

Lugh saludó a Diana y a las otras chicas de forma distraída. Sus ojos parecían presos en la figura de Alana.

—¿Bailas? —preguntó, por fin, con la voz ligeramente ronca.

Alana fue incapaz de responder en un primer momento, ocupada en no perder las bragas en medio de la pista de baile. ¿Cómo era posible que pudiese ser más guapo de lo que recordaba? Y la forma en que la miraba estaba derritiendo cualquier atisbo de resistencia, duda o temor. Sus ojos la observaban de forma reverente, casi con adoración.

—¿En serio te puedo dejar a solas con él? —musitó Diana en su oído.

—¿Qué? —Alana dio un respingo y recuperó el raciocinio—. Sí, claro. Bailar. Vamos a bailar, no hay problema. Vete tranquila —añadió, antes de que Lugh la cogiera de la mano y la arrastrara al centro de la pista.

Frunció el ceño cuando, por el rabillo del ojo, vio que Diana se había acercado al reservado de Mac Gréine y él la saludaba con un fuerte abrazo. ¿Acaso se conocían? Era algo en lo que debía indagar, pero su atención se vio secuestrada por Lugh cuando empezó a moverse al ritmo de la música. En seguida, le quedó claro que ese hombre sabía bailar.

—Dime, Lugh Lamhfada, ¿hay algo que no sepas hacer? —preguntó, acercándose a él para que la pudiese oír por encima de la música.

Él no desaprovechó la oportunidad de rodearla con sus brazos y apretarla contra su cuerpo.

—Al parecer, no sé permanecer lejos de ti —susurró en su oído, provocando un escalofrío por su espina dorsal—. Ni mantener las manos quietas cuando estás cerca —comentó, mientras sus manos recorrían su espalda de una forma acariciadora, arrancando estremecimientos en su piel—. Ni mucho menos dejar de besarte cuando te tengo entre mis brazos —añadió, al tiempo que cogía su rostro entre las manos y la besaba con dulzura.

Sabía que debía mantenerse alerta aquella noche, vigilar a Diana, pero cuando en un momento dado la vio abandonar la discoteca con un gigante rubio, ni se inmutó. Tampoco prestó demasiada atención cuando vio a Stephen O'Malley y a Mac Gréine observarla, con el ceño fruncido, y luego marchar juntos hacia la parte trasera del local. Seguro que iban en busca de algún lugar oscuro y discreto para continuar con sus maquinaciones de poder.

Y la culpa de todo era el hombre que la rodeaba con sus brazos. Con él se sentía tan bien que, por una noche, decidió dejar de ser una conspiradora y disfrutar siendo ella misma.



Perdió la noción del tiempo estando con él. Rieron, se susurraron bobadas al oído y bailaron. Sobre todo, bailaron. Sus cuerpos encajaban a la perfección. Mientras se movían juntos al son de la música, los besos y las caricias contenidas enardecieron su mutuo deseo.

—Creo que nos tenemos que ir —comentó Lugh, en un momento dado de la noche.

Alana, que en aquel momento estaba con la espalda apoyada contra su torso, envuelta por sus brazos, mientras él le acariciaba el cuello con los labios, abrió los ojos, desorientada.

Miró su reloj y se sorprendió de la hora que era. El tiempo había pasado volando y el local se había vaciado.

—No me había dado cuenta de lo tarde que era. Será mejor que regrese a mi apartamento.

Lugh no pudo ocultar la desilusión que tiñó sus ojos antes de que la escondiera con una sonrisa amable.

—Como quieras, pero, al menos, déjame acompañarte hasta tu edificio.

Alana escondió una sonrisa. Aquella era la eterna treta de los hombres: un buen beso de despedida en el portal para convencer a la mujer de dejarle subir y terminar la noche en la cama.

Por eso se quedó perpleja cuando, al llegar al portal, Lugh le dio un beso en la frente y con un «Oíche mhaith, álainn<sup>[iv]</sup>» susurrado en su oído, comenzó a alejarse.

Estaba siendo el perfecto caballero y, por alguna extraña razón, aquello la enfureció. Sin pararse a pensarlo, se quitó los tacones y corrió tras de él.

## CAPÍTULO 30

Lugh acababa de ganarse un lugar a la derecha de Danu en la eternidad de los grandes dioses celtas.

Dejar a Alana, en aquel momento, era una de las cosas más difíciles que había hecho en su vida, y teniendo en cuenta de que su existencia abarcaba miles de años, aquello era mucho decir.

Tuvo que ponerse las manos en los bolsillos para controlar el temblor que las recorrían, por el anhelo de volver sobre sus pasos, cargarla sobre su hombro y subirla hasta su cama para hacerla suya. En cambio, continuó alejándose de ella.

Su sexto sentido le advirtió que alguien se le acercaba por la espalda antes de oír unos suaves pasos aproximándose. Se giró, alerta, y se quedó mudo de asombro al ver que se trataba de Alana, que se había quitado los tacones y andaba de forma apresurada hacia él. Y por su expresión, parecía muy enfadada.

—¿Te vas y ya está? ¿No vas a intentar convencerme para que te deje subir a mi apartamento?

—Es evidente que alguien te hizo daño —explicó, y se juró, por décima vez, que algún día encontraría al malnacido que la había lastimado y se lo haría pagar—. No quiero forzarte ni presionarte a hacer nada que no quieras hacer de verdad.

Sus palabras, lejos de resultarle reconfortantes, parecieron enfurecerla todavía más.

—¿Estás ciego o eres tonto? —bufó ella—. ¿Tú me has mirado?

¿Qué si la había mirado? ¡Por Danu y Domnu! No había podido dejar de hacerlo en toda la noche. Era la mujer más sexy que había visto en su vida.

—Si me he puesto este vestido rojo ha sido para llamar tu atención, capullo —aclaró Alana, magnífica en su arranque de genio.

—Me dijiste que el día que te pusieras un vestido rojo para llamar mi atención sería el día en el que el infierno se congelase —le recordó él.

—Exacto —Lo miró entre las pestañas y con voz seductora preguntó—.

¿Sabes derretir el hielo, Lugh?

—¿Hablamos del hielo del infierno?

—También —respondió ella, con una sonrisa ladeada. Luego se acercó más a él y su expresión se tornó seria—. Tienes razón, alguien me hizo daño. Siempre asocié los besos a castigos y el sexo a un acto amenazador de dominación y violencia. Pero entonces tú me besaste y... Fue bueno. Fue hermoso. Y, lo más importante, me hizo sentir bien. Tú me haces sentir bien —añadió, al tiempo que le cogía las manos—. Enséñame, Lugh. Muéstrame lo maravilloso que puede llegar a ser. La magia que podemos crear tú y yo juntos.

Lugh la miró en silencio, conmovido por sus palabras, mientras sentía un aleteo en su corazón.

Aquello no era solo deseo.

No era simple atracción.

Algo más profundo estaba invadiendo sus sentidos. Una sensación de pertenencia. Y no en el sentido de que ella le perteneciera a él, no. Lo que estaba empezando a comprender es que él le pertenecía a ella.

—Tus deseos son órdenes para mí, *álainn* —susurró, mientras le acariciaba la mejilla.

Se iba a inclinar para besarla cuando vio que ella se ponía rígida, mirando un punto por detrás de su hombro. Sus sentidos se pusieron alerta. Reaccionó por instinto para protegerla y se giró con velocidad para enfrentarse a la amenaza que los acechaba.

En cuestión de segundos, se vieron rodeados por cinco hombres vestidos de negro. En un primer momento, pensó que eran fomorianos, pero pronto se percató de que no. Pretendían imitarlos, pero les faltaba corpulencia, energía y fuerza. Y podía oler su miedo. Los fomorianos no conocían el miedo.

—¿Quiénes sois?

Ninguno respondió a su pregunta con palabras, pero sí con acciones: eran enemigos. Pudo confirmarlo al ver, en uno de ellos, la marca de la triqueta invertida.

Tres de ellos cayeron sobre él e intentaron inmovilizarlo, mientras los otros dos adoptaban una posición de ataque para crear una bola de energía entre sus manos. No lo iban a atacar con armas, sino con magia.

¡Por Danu! Aquellos hombres iban a hacer uso de la magia en la superficie, en plena calle, a la vista de cualquiera que pasara por allí.

A la vista de Alana.

En cuanto consiguieron inmovilizarlo de forma precaria, las dos bolas de energía impactaron sobre su torso, sin que pudiera evitarlo. El golpe lo lanzó varios metros hacia atrás y lo estrelló contra el suelo, de forma violenta, dejándolo un segundo sin respiración.

Aquello lo enfadó, más aún, cuando escuchó el grito de Alana.

Se puso en pie con agilidad, dispuesto a plantarles cara, aunque no pudiese hacer uso de su magia, pero cuando sus ojos se pusieron sobre ellos, la escena con la que se encontró lo dejó descolocado.

Alana, cual maestra ninja, acababa de derribar a uno de los hombres con un par de movimientos expertos y a otro con una patada pivotante, pero cuando se giró al tercero, este la sorprendió con un rápido puñetazo, derribándola en el suelo.

Reaccionó al instante y sin pensar. Tensó su mano derecha y concentró toda su energía en su palma, hasta crear una pequeña bola blanca de energía, que lanzó sobre el hombre que se había atrevido a golpear a Alana. No tuvo piedad. El ataque fue tan letal que aquel tipejo se desintegró en forma de ceniza, en cuestión de segundos. Los otros cuatro atacantes observaron horrorizados cómo los restos de su compañero eran esparcidos por el viento y, antes de que pudiesen reaccionar, los barrió con un simple gesto de la mano, lanzándolos por los aires a varios metros de distancia.

Lugh corrió hacia Alana, que se estaba poniendo en pie, de forma vacilante.

—¿Te encuentras bien? —inquirió, al llegar hasta ella.

En el momento en que fue a tocarla, ella trastabilló hacia atrás, repeliendo su contacto.

—Aléjate de mí —susurró.

Pudo ver el miedo en sus ojos, y algo más que no fue capaz de descifrar.

—Alana, déjame que te explique...

—No hay nada que explicar —declaró ella con voz rota, antes de meterse en su edificio.

Hizo ademán de seguirla, pero luego se lo pensó mejor. Se pasó la mano por el cabello, frustrado. En su estado de conmoción, no estaría receptiva a sus explicaciones.

Y él tenía mucho que explicar.

Quería sincerarse con Alana. Decirle quién era en realidad. Compartir

con ella su mundo de magia y hacerla partícipe de él. Pero necesitaba darle tiempo para que superara la sorpresa. Por mucho que le costase, lo mejor sería esperar al día siguiente para hablar con ella. Entendía que lo que acababa de presenciar sería difícil de digerir para una persona ajena a la magia.

«Debías de haberte mostrado más comedido. Esa bola de energía ha sido demasiado extrema», se reprendió, mentalmente.

Pero cuando visualizó de nuevo el momento en que aquel malnacido la golpeaba, se arrepintió de haber acabado tan deprisa con él y no haberlo hecho sufrir más.

Porque una cosa le había quedado clara aquella noche: nunca tendría piedad con los que le hicieran daño a Alana.

## CAPÍTULO 31

Alana subió las escaleras del edificio todo lo rápido que sus piernas le permitieron. Cuando abrió la puerta de su apartamento, tenía el corazón a punto de salirse de su pecho y respiraba a jadeos.

Entró, cerró la puerta y se dejó caer contra ella, con un suspiro. La mandíbula le palpitaba por el golpe que le habían dado. Sentía las lágrimas agolparse en sus ojos y, cuando empezaron a caer, las barrió con sus dedos, en un gesto frustrado.

Por un momento, había olvidado lo que hacía en Irlanda y lo que se esperaba de ella, el pasado y sus responsabilidades, todo, por Lugh. Había querido ser solo una mujer delante del hombre que la atraía. Había querido ser deseada y amada por un hombre bueno.

Pero él no era un hombre, era un dios; y ella no merecía ser amada por él, porque lo iba a acabar traicionando, lo quisiera o no.

—Bonito apartamento.

Se puso rígida cuando escuchó aquella voz.

Encendió la luz y ahí estaba su peor pesadilla: Yago.

Estaba repantigado en el sofá, con los brazos entrelazados detrás de la cabeza.

—Pierde mucho ahora que estás en él —masculló Alana, enfadada porque hubiese invadido, de aquella forma, un lugar que para ella había sido un refugio, hasta aquel momento.

No le sorprendió la oscuridad de su aura. No había esperado otra cosa de él. Era muy parecida a la de Stephen O'Malley.

—He mandado a varios de mis hombres a buscarte y decidí esperar aquí mientras tanto.

—Pues siento tener que comunicarte que ahora tienes un hombre menos y los otros cuatro todavía estarán sin sentido. Los muy idiotas me han encontrado con el dios del Sol y han decidido atacarlo.

—¿Y qué hacías con él? —inquirió Yago mientras entrecerraba los ojos.

—Mac Gréine me pidió que lo mantuviera vigilado —explicó, e intentó

eliminar cualquier signo de emoción o sentimiento en su voz.

Yago siempre se había mostrado celoso y posesivo con Alana. En el pazo, los hombres bajaban los ojos al verla. No era la primera vez que él daba una paliza a uno por mirarla demasiado.

Se tensó cuando se puso de pie y avanzó hacia ella. Los ojos de Alana buscaron, con disimulo, algún arma para defenderse de cualquier posible ataque. No se fiaba ni un ápice de él, menos aun cuando estaban a solas, como era el caso.

Se detuvo delante de ella, a tan solo un paso de distancia. Estaba acorralada, con la puerta detrás de su espalda y él cerniéndose ante ella. Hizo un esfuerzo sobrehumano para aguantarle la mirada, por esconder su miedo, aunque por dentro estaba temblando. Ese hombre tenía un genio impredecible.

Él levantó una mano y ella dio un respingo, pero suspiró aliviada al ver que Yago solo pretendía acariciarle la mejilla.

La tocó justo en el punto donde Lugh lo había hecho minutos atrás. Qué diferente podía ser la misma caricia dada por diferentes hombres. Y qué distinta era la reacción de una mujer ante esas caricias.

El tacto de Lugh despertaba su anhelo. El de Yago, su repulsión.

—Puede que mi padre me haya ordenado dejarte en paz, pero los dos sabemos que será algo pasajero. Vas a ser mía, lo quieras o no y, cuanto más te resistas, más te lo haré pagar cuando llegue el momento —musitó Yago, con una expresión de deseo en su rostro mientras su mano se deslizaba por su mejilla hasta ponerla detrás de su cabeza, para sujetarla del pelo.

La besó de esa forma ruda y violenta que tenía, y Alana lo odió todavía más al compararlo con la dulzura y la pasión de los besos de Lugh. Se detuvo de la misma forma abrupta en que había comenzado su ataque y regresó al sofá.

—Coge una maleta pequeña y mete lo imprescindible —ordenó, mientras volvía a repantigarse en su asiento—. Regresarás un par de días a España. Y date prisa, el jet nos espera en el aeropuerto de Kerry.

—¿Ahora? ¿En medio de la noche? ¿Puedo saber el motivo?

—Alexandre quiere un informe en persona de tus avances. Los emails que has pasado últimamente tienen muchas lagunas. Siempre podemos pasar la noche juntos y salir al amanecer —añadió Yago, con una sonrisa maliciosa.

—Estaré lista en quince minutos —repuso Alana, al instante.

Un par de horas después, el avión despegó hacia Galicia.

Aquella era otra de las ventajas de vivir bajo la sombra de Alexandre Quiroga: tener a su disposición un jet privado para viajar con todas las comodidades posibles, aunque Alana hubiese dado la vuelta al mundo en una carreta arrastrada por un burro maloliente si con ello conseguía liberarse de su padrastro. Cuando el jet aterrizó en la pista del Aeródromo de Rozas, ya había dos todoterrenos esperándolos para llevarlos al pazo.

Lo primero que le quedó claro, cuando pisó suelo español, fue que allí le era imposible apreciar el aura de las personas. Aquello confirmaba el hecho de que había algo en Irlanda que potenciaba sus poderes. Tal vez por eso Alexandre estaba tan obsesionado con conquistar la isla.

Mientras el vehículo devoraba el asfalto, Alana mantenía la mirada fija en el paisaje que discurría por la ventanilla. Estaba amaneciendo y la oscuridad se desvanecía poco a poco.

Lugh estaba obrando su magia y, por alguna extraña razón, pensar en él la reconfortó.

Cuando el todoterreno se adentró en el recinto del pazo, Alana se sintió como un pájaro que volvía a estar en una jaula después de haber volado libre por un tiempo.

—Duerme un poco —indicó Yago, cuando bajaron del coche—. Alexandre te recibirá en su despacho esta tarde.

Alana subió a su habitación y dejó allí la maleta. Era curioso como su pequeño y modesto apartamento en Killarney se había convertido en un hogar para ella, mucho más que aquella lujosa suite en la que había crecido.

Estaba cansada por haber pasado la noche en vela, pero, aun así, no podía irse a la cama sin pasar a ver a Eli. Bajó a su habitación con sigilo porque no quería cruzarse con nadie y se coló por la puerta, sin hacer ruido. Esperaba encontrarla en la cama, dormida. En cambio, la adolescente estaba en su escritorio, dibujando.

Como Eli estaba de espaldas, se acercó hacia ella despacio para darle una sorpresa, sonriendo de anticipación al imaginar su reacción.

Pero la sorpresa se la llevó ella cuando, al mirar sobre su hombro, vio lo que su hermana estaba dibujando. Eran Lugh y ella fundidos en un abrazo, en medio del bosque, con miles de luciérnagas a su alrededor.

Su corazón atronó con tanta fuerza que Eli se giró de repente.

—Alana —susurró y ella pudo ver el atisbo de miedo en su mirada.

Las dos hermanas se abrazaron con fuerza y la mayor pudo sentir los



huesos debajo de la suave piel de Eli. Había adelgazado mucho en las semanas que habían pasado separadas y estaba más pálida de lo normal.

—No sé lo que me pasa, pero no paro de verte a ti y a este hombre en sueños —explicó Eli, con voz entrecortada. Rebuscó entre los papeles de su escritorio hasta dar con un cuaderno de dibujo y se lo mostró.

Alana la miró y contuvo el aliento.

Decenas de dibujos se sucedieron ante ella. Uno tras otro, pudo ver muchos de los momentos que había compartido con Lugh reflejados en el papel, con el mismo realismo que si se tratase de fotografías, pero en blanco y negro. Discutiendo, riéndose, bailando, compartiendo besos y abrazos o solo intercambiando una mirada fugaz.

—Este es uno de mis preferidos.

Eli le mostró un dibujo en el que estaban los dos subidos al caballo, ella delante y él detrás. Lugh tenía los ojos cerrados, preso de alguna profunda emoción, mientras olía su cabello.

«Así que no habían sido imaginaciones mías», pensó, y sonrió.

—Esa es la sonrisa que he estado viendo en sueños.

—¿Cuál?

—La tuya —explicó Eli—. Es una sonrisa que te hace brillar los ojos de forma especial y solo la tienes cuando estás con él.

Alana sintió que se ruborizaba y, para disimularlo, continuó viendo los dibujos. Uno en particular llamó su atención: Lugh y ella, bailando en una especie de palacio, los dos muy elegantes, como si fueran el Príncipe Azul y la Cenicienta, vestida de gala.

—¿Quién es? —inquirió Eli.

—Es Lugh, el auténtico dios del Sol —respondió Alana y sintió que sus labios volvían a esbozar esa sonrisa tonta que siempre acudía a ellos cuando pensaba en él.

—Entonces, ¿él es real? ¿Todo esto es real? —musitó Eli y en sus ojos volvió a brillar el miedo que había visto al entrar.

—¡Y tan real! —admitió Alana mientras arrugaba la nariz—. ¡Ay, Eli, tengo tanto que contarte! No sabes...

—Tienes que alejarte de él —cortó Eli, con voz tajante.

—No lo entiendes. Tal vez un poco engreído y un tanto arrogante, bueno, muy arrogante —corrigió, con una mueca—, pero es un buen hombre.

—La que no lo entiendes eres tú —farfulló Eli, mientras rebuscaba entre

sus dibujos hasta dar con uno que le tendió con mano temblorosa.

Aquel dibujo desprendía furia y odio. Mostraba a Lugh como nunca antes lo había visto, preso de alguna emoción muy oscura. Y el destinatario de todos aquellos sentimientos era ella. En la escena, el hombre la retenía sobre una cama y sus manos rodeaban el cuello de Alana, apretándolo con rabia.

—Esta escena no es real, Eli. Esto nunca ha pasado —aclaró Alana, en un intento por tranquilizarla—. Y este dibujo del baile de gala, tampoco; ni este de aquí —añadió, señalando una escena en la que Lugh la abrazaba por detrás mientras los dos estaban bañándose en un lago, desnudos—. Tal vez, solo hayan sido producto de tu imaginación.

Eli negó con la cabeza.

—He soñado con esa escena una y otra vez —musitó con tono inexpresivo y la mirada perdida—. Tú llevas puesto un vestido de escote palabra de honor en tono rosado. Estás muy hermosa. Él te lleva a un baile en un castillo de plata. Parece una noche de ensueño, bailáis y reís, y la forma en que él te mira a los ojos... —Da un respingo que la saca de su ensoñación y busca su mirada con nerviosismo—. Pero él acaba matándote, Alana. No vuelvas a Irlanda, por favor —rogó con los ojos anegados en lágrimas—. Y si lo haces, al menos prométeme que te mantendrás alejada de él.

Alana nunca iba a hacer una promesa a Eli que no pudiera cumplir, así que guardó silencio y optó por un cambio de tema.

—¿Le has enseñado estos dibujos a alguien?

—No, nadie más los ha visto.

—Mantenlos ocultos y no hables de esto con nadie, ¿me oyes? Eres vidente, Eli, una vidente con mucho talento, y eso te pone en peligro.

Su hermana asintió y guardó todos los dibujos, con cuidado, en la carpeta.

—No me pasará nada. Estaré bien —aseguró, mientras le daba un beso en la frente.

Y Alana deseó creer sus propias palabras.

Luego se despidió de ella y se fue a su habitación. Necesitaba dormir un poco y coger fuerzas antes de enfrentarse a Alexandre.

## CAPÍTULO 32

Sus recuerdos pasados siempre la alcanzaban en forma de pesadillas de las que no podía escapar, colándose en sus sueños a la menor oportunidad.

*Alana abrió los ojos y solo vio oscuridad. Algo la había sacado de su sueño, pero no supo qué. Oteó a su alrededor, pero solo estaban las mismas sombras estáticas que le eran familiares. No había nada extraño en su habitación.*

*Aun así, algo en su interior estaba tenso, expectante, como advirtiéndole de algún peligro. Después de varios segundos sin ver ni escuchar nada que despertase su alarma, cerró los ojos y se esforzó por dormir.*

*Debía descansar. Al día siguiente cumpliría dieciocho años y Drua le había preparado una pequeña fiesta. Se suponía que era una sorpresa, pero a Eli se le había escapado, sin darse cuenta. Su hermanita estaba muy emocionada con el tema.*

*Estaba empezando a dormirse cuando un peso la aplastó de repente. Abrió la boca para gritar, pero una mano la acalló con rudeza.*

*—Siento si te he despertado. Vengo a darte tu regalo de cumpleaños.*

*Reconoció la voz antes de vislumbrar el rostro de Yago y sintió un terror profundo y visceral.*

*El hijo de Alexandre no estaba mucho en el pazo, siempre yendo de aquí para allá, ocupado con los asuntos de su padre, pero cuando estaba allí sus ojos no se separaban de ella, observándola con un deseo que no hacía nada por esconder. Incluso, se había atrevido a robarle, a la fuerza, algún beso. Pero aquello... Aquello no lo había esperado.*

*Su peso la aplastaba y la mano que tapaba su boca no la dejaba casi respirar.*

*—Ahora vas a ser buena y vas a colaborar, y haré que también sea bueno para ti, ¿me has entendido?*

*Alana asintió, sin dudar.*

—En el fondo me deseas, ¿verdad? —susurró Yago en su oído y ella sintió un escalofrío de repulsión.

En cuanto él liberó su boca, confiando en que ella se dejaría hacer de forma sumisa, Alana intentó gritar. Un puñetazo cortó su voz cuando empezaba a aflorar de su garganta. El impacto la dejó desorientada durante un segundo, tiempo que necesitó él para desgarrar la camiseta de su pijama.

El aire sobre su piel desnuda y la rudeza con la que apretó uno de sus senos la hizo reaccionar. Comenzó a debatirse en un intento por escapar de su ataque, pero él la sobrepasaba en fuerza y tamaño.

Yago llevó una mano a su cuello y apretó, estrangulándola, en una advertencia para que desistiera de resistirse. En cuanto lo hizo, su boca cayó sobre la de ella en un beso que magulló sus labios, hasta sentir el sabor de la sangre.

Alana comenzó a debatirse de nuevo cuando las manos del hombre comenzaron a violar los rincones de su cuerpo. Ajeno a su forcejeo, o tal vez, más excitado por ello, no se detuvo. Todo lo contrario, retuvo sus manos por encima de su cabeza con una sola de las suyas, con tanta fuerza que sabía que le iba a dejar marcas en las muñecas, y continuó su violación. Estaba completamente a su merced. Y justo cuando pensaba que no tenía escapatoria, él la liberó por un segundo para desabrocharse los pantalones.

Ese gesto fue su salvación.

Con un movimiento rápido, estiró el brazo para coger la lamparita que había sobre su mesita de noche, una bonita pieza de bronce y cristal, y la estrelló contra su cabeza, con todas sus fuerzas.

El impacto lo noqueó al instante, y cayó inerte a un lado, con una brecha en la sien de la que empezó a manar sangre.

Sin asegurarse de si estaba vivo o muerto, Alana salió de la cama, trastabillando, tan rápido que se le enredaron las sábanas y se dio de bruces contra el suelo, pero no se paró.

Aquella había sido la gota que colmaba el vaso. Tenía que escapar de allí. No podía soportar más la vida en el Pazo de Breogán ni el destino que la aguardaba allí.

Se vistió con ropa cómoda, metió una foto de su madre y un par de mudas en una mochila y se dirigió hacia la puerta. Justo cuando puso la mano en el pomo, una idea surgió en su mente. Desanduvo sus pasos hasta la cama y se acercó a Yago. Seguía inconsciente, pero su pecho se movía.

*Respiraba. Una parte de ella se sintió aliviada por no haberlo matado. La otra estuvo tentada de coger la lamparilla de noche y estampársela de nuevo en la cabeza para rematar la faena. Al final, se decidió por lo razonable y rebuscó en los bolsillos de su pantalón hasta dar con las llaves de su moto.*

*Su medio de escape.*

*Salió de la habitación con sigilo, recorrió el pasillo un par de metros, hasta la habitación de Eli, contigua a la suya, y se coló en ella sin hacer ningún ruido.*

*La niña dormía de forma apacible, ajena a lo acontecido en la pared de al lado. Se acercó a ella para despertarla, pero dudó. Si lo hacía, si escapaban, no habría vuelta atrás. La arrancaría de todo lo que había conocido hasta el momento, de la seguridad que, de cierta forma, el pazo les ofrecía. En el exterior, no conocían a nadie, tendrían que sobrevivir por sus propios medios, huir sin cesar para que no las encontraran, sería difícil. ¿Era justo?*

*Se aproximó a la ventana y miró a través de ella. La luna llena aportaba un poco de claridad a la noche. Si robaba la moto de Yago, podrían llegar hasta el pueblo, pero el camino era escabroso y siempre corrían el riesgo de que las descubrieran. Si no lo hacía... Su propio reflejo en el cristal le devolvió la mirada. Estaba pálida, tenía el labio partido, el ojo derecho hinchado y el cuello se le había empezado a amoratar. Por un momento, su rostro dejó de ser el suyo propio y vio el de Eli. Su mirada estaba perdida, vacía, como si le hubiesen arrancado toda la vitalidad que la hacía vibrar.*

*Fue una visión. Una certeza. Si no escapaban, dentro de unos años Eli podría correr la misma suerte que ella. No lo podía permitir. Le había jurado a su madre que siempre la protegería.*

*Cerró los ojos y se concentró en ver el futuro si seguía con su plan. Su visión recorrió las siguientes horas en cuestión de segundos: despertaba a Eli y, mientras la niña la esperaba en el hall de entrada, Alana preparaba la vía de escape. En cuanto el portón del recinto estuviese abierto, y tuviera la moto de Yago, recogería a Eli y juntas, huirían en el silencio de la noche. Para cuando descubriesen que habían escapado, ya estarían lejos. Serían libres.*

*No podía ir mal.*

*Con esa certeza, fue de nuevo hasta Eli y la zarandeó con suavidad.*

*—Despierta, miña ruliña, nos tenemos que ir.*

*La niña abrió los ojos despacio y se incorporó en la cama con torpeza. Miró alrededor y luego frunció el ceño.*

*—Pero si todavía es de noche, ¿dónde quieres ir? —farfulló, mientras se volvía a dejar caer sobre el colchón.*

*—Ponte esto —instó, a la vez que le tendía un chándal oscuro.*

*—Tengo sueño, déjame —refunfuñó Eli, arrebujando la cabeza en la almohada.*

*—Por favor, date prisa —urgió, desesperada.*

*Eli detectó el apremio en su voz y la miró confusa. Sus ojos se abrieron como platos al verla bien.*

*—¿Qué te ha pasado? ¿Quién te ha golpeado?*

*Alana no respondió. Su prioridad era meter en la mochila que llevaba algo de ropa para Eli.*

*—¿Ha sido mi padre? —insistió la niña, con voz muy suave.*

*Alana negó con la cabeza, incapaz de hablar. Sentía la garganta cerrada y las lágrimas se agolpaban en sus ojos.*

*—Te lo ha hecho Yago —adivinó la pequeña.*

*Ella la miró y, por un momento, solo por un momento, dejó aflorar la vulnerabilidad y el dolor que sentía y que siempre se esforzaba por disimular.*

*—No te olvides de coger a Nora —susurró Eli, al tiempo que le daba su muñeca.*

*Alana esbozó una sonrisa trémula mientras le daba las gracias en silencio.*

*—¿Tienes una tiza blanca? —preguntó, pues a su hermana le gustaba mucho dibujar y pintar.*

*—En mi escritorio. ¿Para qué es?*

*—La necesitaremos para salir del pazo —explicó Alana y le guiñó un ojo ante su mirada extrañada.*

*—¿Nos vamos a ir sin despedirnos de Drua?*

*Su pregunta estaba teñida de tristeza. Era normal, aquella mujer había sido como una madre para ellas desde que su verdadera madre murió. En el caso de Eli, Drua era la única madre que había conocido.*

*—No podemos, Eli. Ahora no. Ya encontraremos la forma de decirle que*

*estamos bien y preguntarle si quiere encontrarse con nosotras cuando estemos a salvo, ¿de acuerdo?*

*La niña asintió, conforme.*

*Bajaron, en silencio, hasta el hall de entrada, que a aquellas horas estaba desierto.*

*—Espérame aquí unos minutos, voy a ver si el camino está despejado — explicó Alana, mientras la ayudaba a sentarse un rincón oscuro, debajo del perchero—. Si alguien te descubre aquí escondida, di que te dirigías a la cocina porque tenías hambre y te has asustado al escuchar un ruido.*

*Eli asintió de nuevo.*

*Alana salió por la puerta principal y cruzó el patio. La noche era apacible y los rayos de la luna hacían resplandecer las hortensias de los setos como si fuesen bolas de algodón. Se dirigió a la zona cubierta donde se guardaban los vehículos del pazo, al lado del portón de salida. No tardó en encontrar la moto de Yago: una Harley Davidson Sportster Iron 883, a la que llamaba «su yegua», y que llevaba una triqueta invertida pintada en el depósito de gasolina.*

*Sin encender el motor para no hacer ruido, la cogió y la llevó hasta la puerta del muro que rodeaba el pazo.*

*El portón estaba cerrado, no con una llave, sino con magia. Por suerte, ella había encontrado un hechizo para romper los sellos de las puertas, o eso esperaba. Sacó la tiza que había cogido en la habitación de Eli y dibujó un símbolo en la superficie de madera. Después, apoyó la palma de la mano sobre ella, cerró los ojos y se concentró en repetir, una y otra vez, «oscailte dom<sup>lv</sup>».*

*Segundos después, se escuchó un chasquido y la puerta se abrió. Alana ahogó un grito de triunfo.*

*Una vez despejada la vía de escape, fue a por Eli. El estómago le dio un vuelco cuando no la vio en el rincón donde la había dejado, pero al girarse, allí estaba, parada a los pies de la escalera.*

*—Vamos, pequeña, tenemos que darnos prisa.*

*La cogió de la mano y la arrastró fuera de la casa. Estaban atravesando el patio cuando las luces de la casa empezaron a encenderse y se oyeron varios gritos de alarma.*

*Alana se quedó paralizada. En su visión, aquello no sucedía.*

*Ahogó una maldición al darse cuenta de que habían descubierto su huida. Apuró el paso mientras urgía a Eli a seguirla. Subió a la moto y ayudó a su hermana a ponerse la mochila y subir detrás de ella.*

*Introdujo la llave, la giró y el motor arrancó con un fuerte rugido.*

*Ya no había vuelta atrás.*

*Encendió las luces y aceleró en el momento en que varias figuras salían de la casa. Mientras la moto avanzaba sobre el camino empedrado, rezaba en silencio para tener la habilidad suficiente como para guiar la moto sin tener un accidente. Sentía el cuerpo de Eli acurrucado en su espalda, abrazándola con fuerza.*

*De repente, el camino comenzó a iluminarse desde atrás. Unos faros. Un vehículo iba a su zaga. Aceleró más para que no las alcanzara. Fue un error. Al tomar una curva cerrada del camino, la rueda trasera derrapó y Alana perdió el control de la moto.*

*Fue consciente por un segundo de que iban a estrellarse y sintió un terror visceral por la pequeña Eli, pero al segundo siguiente, todo se oscureció. Lo último que recordaba de aquella noche era el grito de su hermana antes de quedar en un terrorífico silencio.*

Alana despertó sobresaltada y se incorporó en la cama, respirando con dificultad. Su camiseta estaba empapada en sudor y sus mejillas mojadas por las lágrimas derramadas en sueños.

El sentimiento de culpa era asfixiante.

Había destrozado la vida de Eli por su necesidad de libertad y, aun así, seguía teniendo el presentimiento de que aquella noche ella había actuado bien, que no tenía que haber acabado como lo hizo pues ella había obrado según su visión.

¿Qué había podido ir mal?

¿Cómo descubrieron su huida?

No cesaba de darle vueltas en su mente.

Incapaz de volver a conciliar el sueño, Alana se dio una ducha y se arregló.

Era hora de enfrentarse a sus demonios.



## CAPÍTULO 33

Alana se alisó las arrugas inexistentes de su blusa, respiró hondo y llamó a la puerta.

—Adelante.

Cerró los ojos, trató de eliminar de su rostro cualquier expresión y se adentró en el despacho de Alexandre.

Como de costumbre, el hombre estaba tras su escritorio, con Drua cerca de él. Los ojos de la mujer brillaron al verla y un atisbo de sonrisa asomó en sus labios. Alana quiso creer que era porque se alegraba de verla.

—Llevas casi un mes en Irlanda —empezó diciendo Alexandre, sin el menor gesto de saludo—. Quiero que me cuentes con detalle tus avances hasta el momento.

—Es mis emails diarios te he explicado todo lo que ha ocurrido desde que llegué —mintió sin dudar, puesto que había omitido muchas cosas y solo le había contado lo que quería oír—. No entiendo por qué me has hecho venir.

—Stephen O'Malley me llamó. Dice que te muestras reacia a colaborar.

Así que era eso. Después de la conversación que mantuvieron en el parque, el muy cretino se había quejado a Alexandre.

—No es que me muestre reacia a colaborar. Es que ese hombre lo resuelve todo matando—se defendió Alana, exasperada—. Trató de acabar con Elatha en un ataque mal organizado que le costó la vida a sus hombres y le hizo perder la daga de Findias que le regalaste. Ahora, pretende matar a una chica española porque es la reencarnación de la diosa Erin.

—No veo qué problema hay en eso. La unión de Elatha y Erin complicaría nuestra revuelta. Con ellos dos otra vez juntos, la alianza entre los danianos y los fomorianos sería más fuerte que nunca.

—¿Y si consigo que Erin se enamore de Mac Gréine?

—Para Elatha sería un golpe mortal, tal vez incluso le llevase a abandonar la isla —murmuró Drua, pensativa—. ¿Pero cómo piensas hacerlo?

—En mi libro de hechizos hay un amuleto que sirve para que el que lo hace pueda influenciar los sueños del que lo lleva. Y no tendré problemas en

convencerla para que se lo ponga. Es mi amiga.

—Yago también me ha comentado que te estás haciendo muy amiga de Lugh Lamhfada —comentó Alexandre como al descuido, pero con la mirada atenta en sus reacciones.

Por eso Alana puso especial cuidado en no mostrar nada cuando repuso:

—Lugh tiene mucho peso en la comunidad daniana. Es su gran héroe. Debemos de tenerlo bien vigilado hasta que sepamos si estaría dispuesto a apoyar la revuelta o se va a oponer a ella.

—Me sorprendes. Parece que lo tienes todo bien cubierto —admitió Alexandre, tras unos segundos de reflexivo silencio—. Cuando Drua propuso que te mandara a ti a Irlanda, no pensé que te fueras a desenvolver tan bien.

—Me has enseñado bien —musitó y bajó la mirada con estudiada humildad.

—Sí, ¿verdad? —La observó con los ojos entrecerrados, como sopesando su siguiente acción, y se puso de pie.

Abrió la caja fuerte que tenía en la pared y sacó un objeto de ella. Una daga idéntica a la que le había dado la vez anterior.

—Esta es la última daga de Findias que tengo —explicó, mientras se la tendía—. Tendrás que hacer uso de ella en caso de que tus planes no salgan bien. En vista de la patética actuación de Stephen con la otra, esta vez tendrás que utilizarla tú misma. ¿Serás capaz de acabar con Erin o Lugh llegado el caso?

—Sí —respondió ella, sin vacilar, aunque era una fragante mentira.

El pulso no le tembló mientras la cogía, pero sus rodillas parecían de gelatina.

—Regresa a Irlanda y continúa con tus planes —ordenó Alexandre—. Si todo sale bien, y conseguimos derrocar a Dagda, puede que te conceda tu ansiada libertad. Si me defraudas, te lo haré pagar. Lo sabes, ¿verdad?

Alana asintió.

—Tal vez podría quedarse un par de días aquí en el pazo antes de partir —terció Drua—. Eli ha estado muy nerviosa desde que te fuiste, le hará bien tu compañía.

—Me parece bien —concedió Alexandre—. No soy un monstruo —añadió, al percatarse de la cara de sorpresa de Alana y ella tuvo que contener un bufido.

La muchacha salió del despacho sujetando la daga como si fuese una

serpiente venenosa y se dirigió a su habitación para guardarla en su maleta antes de que se arrepintiera de ello. Le parecía impensable utilizar aquella arma contra Diana. Y usarla contra Lugh...

—Alana.

La voz de Drua la sacó de sus pensamientos. La mujer la alcanzó cuando estaba en las escaleras.

—¿Has visto ya a Eli?

—Sí, pasé por su habitación nada más llegar.

—Me preocupa. Casi no come y últimamente parece que no duerme demasiado. Se inquieta mucho por ti —explicó con tristeza—. ¿Has hecho algún avance con el libro? ¿Lo has encontrado?

—Tengo una pista.

—Lo necesitamos. Temo por la salud de Eli si no lo consigues.

—Lo sé —musitó Alana—, pero ¿y si no hay ningún hechizo dentro de ese libro que pueda curar su salud?

—Probaríamos con el hechizo de transmutación. Pondríamos la mente de Eli en el cuerpo de otra persona, un cuerpo fuerte y saludable.

—¿Eso es posible? —inquirió Alana, dudosa.

—Con ese libro, sí. Lo traerás, ¿verdad? —urgió Drua.

—Cueste lo que cueste —prometió.

## CAPÍTULO 34

Los siguientes días los pasó con Eli, contándole anécdotas de Irlanda, haciéndola sonreír y calmando sus nervios.

Hasta que no volvió a ver color en sus mejillas, no regresó a la Isla Esmeralda. Y cuando lo hizo, no obtuvo el recibimiento que esperaba. Acababa de bajar del taxi y estaba entrando en la puerta del patio de su edificio cuando Diana apareció con su bici.

—¿Dónde narices estabas? —inquirió enfadada, después de darle un rápido abrazo—. Me has tenido muy preocupada. Tenías el móvil apagado y no sabía nada de ti.

—Lo siento, me surgió una urgencia familiar y tuve que regresar a España —respondió Alana, al tiempo que cabeceaba hacia la pequeña maleta que llevaba consigo—. Y con las prisas se me olvidó el móvil aquí.

—¿Va todo bien?

—Claro —respondió ella, incómoda—. De verdad que siento haberte preocupado. No estoy acostumbrada a tener a nadie que se preocupe por mí, además de mi hermana.

—Y de tu padrastro —señaló Diana.

—Sí, bueno. Nuestra relación es un poco complicada —repuso Alana, evasiva.

—No te hubiese costado nada dejarme un mensaje en el móvil o una nota por debajo de la puerta —insistió ella, mientras subían las escaleras—. Cualquier cosa que me hiciera saber que estabas bien.

La estaba regañando como lo había hecho su madre cuando era pequeña y eso le hizo contener una sonrisa. Eso demostraba que, en verdad, Diana la apreciaba.

—Ya te he dicho que lo siento. Recibí un mensaje de mi padrastro y no pensé en nada más que en llegar cuanto antes a España. No caí en que te preocuparías porque estuviese un par de días ausente —añadió, mientras abría la puerta de su apartamento y la invitaba a pasar con un gesto.

—De un par de días nada, han sido tres. Y que sepas que no soy la única

que estaba preocupada.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Alana, de forma cautelosa.

—Que cierto príncipe azul no se ha tomado demasiado bien no saber nada de ti en estos días.

—¿Estaba muy enfadado? —inquirió, sin molestarse en disimular que no sabía de quién hablaba.

—Más bien diría que preocupado —respondió Diana, tras pensarlo durante unos segundos—. ¿Se puede saber qué paso entre vosotros la otra noche?

—Te lo contaré si tú me cuentas quién era el rubio con pinta de malote con el que te fuiste —repuso Alana, en un repentino cambio de tema.

—Me sorprende que te dieras cuenta de algo que no fuera Lugh.

—La verdad es que a mí también —admitió, con una sonrisa algo forzada—. Pero la intensidad con que os mirabais ese grandullón y tú era difícil de obviar. Ya te dije que se me da bien percibir esas cosas. ¿Y bien? —insistió—. ¿Es ese el que te regaló el anillo?

—Sí. Se llama Elatha.

No le sorprendió confirmar que era el rey de los fomorianos.

Ahora debía interpretar su mejor papel para alejar a su amiga de él. Compuso una expresión horrorizada y se encaró a ella.

—Escúchame, Diana, y escúchame bien. El otro día pasó algo. Algo que me ha hecho replantearme ciertas cosas. —Con un gesto, la instó a que se acomodara en el sofá y se sentó al lado suyo mientras se revolvía las manos, nerviosa—. Sé que parecerá una locura, pero todo lo que te conté a cerca de los danianos es cierto. Yo misma fui testigo de un hecho que lo corrobora. Eso quiere decir que las leyendas de los fomorianos también lo son. —La tomó de la mano e inspiró hondo antes de continuar—. Elatha, tu Elatha —enfaticó—, posiblemente sea el auténtico rey de los fomorianos.

—Lo sé, de hecho, también se proclama como dios de la Noche y de la Luna. Amo de la Niebla y Señor de la Tormenta. Y no veas lo que me ha costado aprendérmelo. Aunque, si te soy sincera, creo que son un montón de títulos honoríficos que...

—¿Lo sabes? —inquirió Alana con asombro, cortando su diatriba.

No había esperado aquello. Pensaba que Diana era ajena al mundo mágico y a lo que era Elatha en realidad.

—Sí. Si no te lo he contado antes —se apresuró a añadir su amiga al ver

su mirada de reproche—, es porque sabía que me ibas a tomar por loca.

Para su sorpresa, Diana procedió a contarle todo lo que le había ocurrido desde que llegara a Irlanda, en cuestión, desde la noche en que cierto rey fomoriano fue al restaurante donde ella estaba trabajando de camarera.

—Así que tú eres Erin —concluyó Alana, después de escuchar toda su explicación.

Stephen O'Malley ya se lo había dicho, pero escucharlo de ella, en persona, era muy diferente. Trató de ver en su interior, de encontrar a la famosa Erin en las profundidades de los ojos de Diana, pero ella solo podía ver a su amiga.

—Eso creen todos —susurró, con un suspiro.

—¿Y tú no?

—¿La verdad? Ya no sé qué pensar. Físicamente, soy como una versión mejorada de mí misma: mis ojos, mi pelo, mi piel... Nunca he estado más guapa —admitió con una mueca—. Tampoco puedo obviar los sueños que he tenido con Elatha antes de conocerlo siquiera. Y en cuanto a lo que siento por él... —Terminó la frase con un encogimiento de hombros.

Algo en el brillo de sus ojos hizo que Alana diera un respingo.

—¿Estás enamorada del rey de los fomorianos? —preguntó, estupefacta.

—Sería una estúpida si me enamorase de un hombre que está deseando que deje de ser yo misma para convertirme en el recuerdo de su amada.

Parecía tan herida por ello que el corazón de Alana se enterneció por ella.

—No te considero una persona estúpida.

—Yo tampoco. Hasta que lo conocí.

Hasta el momento, había tenido sus objeciones por lo que iba a hacer, pero después de escuchar todo lo que le había contado Diana, llegó a la conclusión de que realmente aquel hombre no la merecía.

Así que, convencida de ello, se levantó del sofá y fue hasta su bolso. Tras unos segundos rebuscando en él, sacó una pulsera. Había trabajado en ella durante el tiempo que estuvo en Galicia. Se trataba de una runa mágica con varios símbolos grabados que creaban un hechizo vinculante. Llevaba dos tiras de cuero fino enlazadas para que pudiera llevarla en la muñeca. Si todo iba bien, Diana empezaría a soñar con Mac Gréine aquella misma noche, y serían sueños de los que te hacían despertar con el pulso acelerado y la ropa interior húmeda.

—Crearás que es una tontería, pero quiero que la lleves siempre contigo

—explicó, mientras se la ponía—. Es un amuleto de protección.

Y no era una mentira. Serviría para su protección, pero no de la forma que ella creía. Si se alejaba de Elatha y se decantaba por Mac Gréine, su vida estaría a salvo.

—¿De verdad crees en estas cosas? —inquirió Diana, con escepticismo.

—Lo que me asombra es que tú todavía no lo hagas después de todo lo que has visto —repuso Alana.

—Bueno, ahora que he comprobado que estás bien, será mejor que regrese a mi apartamento y me acueste un rato —comentó Diana, mientras se levantaba del sofá y se encaminaba hacia la puerta—. Tu escapada me ha hecho perder el sueño y necesito recuperar el sueño.

Alana la miró y se mordió el labio. Algo le decía que Diana necesitaba un empujoncito más en lo referente a Elatha.

—Venga, suéltalo —instó Diana, al ver que ella la observaba con fijeza.

—Sé que no te va a gustar oírlo, pero te lo tengo que decir: puede que Elatha amase a Erin, pero no te ama a ti, y, tal vez, nunca pueda hacerlo. Te mereces algo más que vivir tras la sombra de Erin, Diana —murmuró, justo cuando su amiga iba a salir de su apartamento—. Una relación con Elatha solo te causará dolor. Déjame darte un consejo: aléjate de él.

Diana se fue sin decir nada. Ahora solo tocaba esperar a que fuera juiciosa e hiciera caso de sus advertencias.

Cuando se quedó sola, por fin respiró tranquila. Miró a su alrededor, apreciando cada detalle de su pequeño apartamento. Era como si hubiese vuelto a casa.

Ahora solo hacía falta enfrentarse a cierto guaperas rubio para sentirse en su hogar.

## CAPÍTULO 35

Tres días. Llevaba tres días debatiéndose entre la preocupación y la ira. No encontraba a Alana por ninguna parte. No le devolvía las llamadas. No estaba en su apartamento.

Se había ido sin despedirse.

Había huido de él.

«¿Qué esperabas? Desintegraste a un hombre delante de ella», le recriminó su voz interior.

Lo peor es que no sabía dónde encontrarla. Ahora se daba cuenta de que, aunque le había contado muchas cosas de su vida, había sido con pocos detalles y de forma evasiva. Sabía que su madre había muerto cuando era pequeña y que no conocía a su padre, pero quitando eso, nada. Nunca solía hablar de su hogar ni de cómo se había criado. A la única que había mencionado varias veces era a su hermana pequeña. Comentarios indirectos del tipo: «Eli adoraría esto». Nada más.

Ni siquiera Diana sabía dónde se encontraba. Había ido al apartamento de la española a la mañana siguiente del ataque, al ver que Alana no estaba en casa.

—¿Dónde está Alana? —inquirió en cuanto Diana abrió la puerta.

—Tenía la esperanza de que estuviera contigo.

—No seas estúpida, si estuviera conmigo...

No pudo terminar la frase. En un abrir y cerrar de ojos, Elatha apareció de la nada y lo atenazó del cuello mientras lo retenía contra la pared.

—Cuida esa lengua —gruñó el rey fomoriano con tono amenazador—. Ni se te ocurra faltarle al respeto o lo lamentarás.

Podía perder el tiempo peleando con él, pero no estaba de humor para una contienda. Solo quería encontrar a Alana.

—Lo siento —masculló Lugh, mientras se zafaba del agarre de Elatha. Miró a Diana y añadió —No quise faltarte al respeto, es solo que... Estoy preocupado por ella. ¡Por Danu! Creo que la asusté —admitió, al tiempo que se pasaba la mano por el cabello.



—¿Qué hiciste? —inquirió Elatha.

—Si le has hecho daño de alguna forma... —susurró Diana con los ojos entrecerrados.

Cuál fue su sorpresa al ver que la dulce española empezaba a emitir una energía amenazadora desde su interior. Las cortinas de las ventanas comenzaron a moverse como movidas por una corriente, a pesar de que las ventanas estaban cerradas, y el suelo comenzó a vibrar bajo sus pies.

Lugh la miró, consternado.

—Así que es cierto lo que me dijo Dagda. Eres Erin.

—No soy Erin. Soy Diana —afirmó ella, al salir del trance en el que parecía haber caído—. Y como hayas dañado a mi amiga...

—No le he puesto un dedo encima. Bueno, al menos no para herirla —se apresuró a añadir, al ver la ceja arqueada de Diana—. Anoche nos atacaron cuando la acompañaba a casa y tuve que hacer uso de mi magia.

—¿Os atacaron? —inquirió Elatha, rígido.

—Cinco hombres con el símbolo de la triqueta invertida. Para cuando acabé con ellos, Alana había subido a su apartamento, espantada —explicó con pesar—. Decidí darle un tiempo para asimilar lo que había visto, pero llevo toda la mañana llamándola al móvil y lo tiene apagado y tampoco está en su casa.

—Yo tampoco la localizo, pero estoy segura de que, tarde o temprano, aparecerá. Si alguien es capaz de aceptar que existe la magia y que eres un dios daniano, esa es Alana. Para ella serías un sueño hecho realidad.

«Eso es cierto», pensó Lugh con arrogancia.

—Por favor, avísame cuando regrese.

—¿Y cómo quieres que te avise? ¿Por un cuervo mensajero o tú también tienes un anillo de «macizorro a domicilio»?

Lugh miró de reojo a Elatha para ver si estaba de broma, pero este le respondió con una expresión que decía: «¿Ves lo que tengo que aguantar?».

—¿Qué te parece si te doy mi número de móvil y me mandas un WhatsApp?

—Así que los dioses también pueden llevar móvil, ¿eh? Aplícate el cuento, grandullón —añadió Diana, al tiempo que pegaba un codazo al rey fomoriano—. Así puedes mandarme un mensaje antes de pasar por mi casa sin avisar.

Lugh parpadeó al ver la confianza con la que lo trataba. Parecía no tenerle

ningún miedo. En cuanto a Elatha, solo gruñó en respuesta. Un hombre que comandaba uno de los ejércitos más terribles parecía un manso corderito al lado de la pelirroja. No pudo evitar sonreír.

Elatha se percató de su sonrisa y entrecerró los ojos.

—Se te ve excesivamente preocupado —señaló el rey fomoriano, con una ceja arqueada—. ¿Puede ser que el corazón del dios del Sol haya caído preso por cierta joven española?

—Esa chica me ha visto haciendo magia. Lo que me preocupa es que se vaya de la lengua —mintió sin dudar. No quería reconocer que Alana estaba empezando a significar algo para él —. Avísame en cuanto la veas —instó a Diana antes de irse.

De eso hacía tres días y nada. No paraba de mirar su móvil, esperando algún aviso, asegurándose a cada minuto que tuviera cobertura. Y cuando ya estaba pensando en ir hasta Galicia para buscarla, su móvil emitió un pitido.

Un mensaje de Diana.

Solo dos palabras.

«Volvió anoche».

En cuestión de minutos, Lugh estaba llamando a la puerta de Alana.

Se sentía nervioso y estaba impaciente. Tanto, que le pareció que pasaba una eternidad hasta que la puerta se abrió. Pensaba pedirle disculpas por haberla asustado, pero cuando la vio ante él, recién levantada, con el pelo revuelto y vestida con un pijama de pantalón corto, sintió que el enfado que había acumulado durante aquellos días rompía las barreras de su contención. Él casi no había podido pegar ojo en esos tres días y ella parecía no haber tenido ningún problema para conciliar el sueño.

—¡Mujer, huiste de mí! —le recriminó, adentrándose en el apartamento sin ser invitado.

Alana trastabilló hacia atrás para apartarse de su camino cuando él entró con paso impetuoso.

—No hui de ti, me surgió un problema familiar y...

—Excusas —acotó él, haciéndola callar con un ademán de su mano—. Reconoce que te impresionó ver el poder de mi magia y que por eso te asustaste.

Ella alzó una ceja y cruzó los brazos sobre su pecho.

—Así que el poder de tu magia, ¿eh? Y si tan asustada estaba, ¿por qué he regresado?

—Tu amiga me hizo entender que, para alguien como tú, que ha estudiado la mitología celta desde hace años, yo sería algo así como un sueño hecho realidad —explicó, y no pudo evitar el tono altivo de su voz.

Por alguna razón que no comprendió, la ceja de Alana se alzó todavía más.

—Ahora que ya conoces la verdad, ¿hay algo que desees preguntarme? —concedió Lugh, magnánimo.

—Pues ahora que lo mencionas, siempre he tenido una curiosidad desde la primera vez que te vi —confesó Alana.

Lugh la instó con la mirada a que hablara. Era normal que la muchacha tuviera preguntas, acababa de adentrarse en el mundo de los dioses y la magia. Seguro que tenía mil inquietudes que la perturbaban y...

—¿Qué champú usas?

Lugh parpadeó.

—¿Perdona?

—Me gustaría saber el champú que usas, porque tienes un *pelazo* por el que cualquier mujer mataría —continuó diciendo Alana, sin inmutarse—. Nunca he estado con un hombre que tuviese un pelo más bonito que el mío y... ¡Solo bromeo! —exclamó, mientras alzaba las palmas de las manos en señal de rendición al percatarse de que Lugh tenía el ceño cada vez más fruncido—. Así que eres un dios —concluyó, abordando el tema que tenían pendiente.

—No, muchacha, no soy un dios —corrigió él y se irguió ante ella, con orgullo—. Soy Lugh Lamhfada, el gran héroe daniano. Contengo a la noche y barro la oscuridad; ilumino al mundo desde el principio de los tiempos; deleito a la Tierra con mi luz y soy venerado por todas las culturas. No soy un dios cualquiera —señaló, y alzó el mentón con arrogancia antes de añadir: — Yo soy el dios del Sol.

Esperaba haberla impresionado con sus palabras, por eso se quedó descolocado cuando Alana estalló en una sonora carcajada.

—¿De qué te ríes?

—De ti —admitió ella sin vergüenza, mientras se secaba las lágrimas que habían asomado a sus ojos—. Si como hombre ya me parecías presumido, me temo que como dios vas a ser insufrible.

La altanería de Lugh se desinfló bastante ante aquella declaración. La observó, descolocado. Aquella mujer siempre resultaba una cura de humildad para él.

—¿No estás ni un poquito impresionada?

—Mucho —reconoció ella—, pero no por tus palabras sino por tu ego —aclaró, mientras arrugaba la nariz de esa forma encantadora que tenía.

Volvía a burlarse de él, pero lejos de sentirse ofendido, la observó con un nudo en el corazón.

—No vuelvas a desaparecer así, *álainn* —musitó, y no pudo evitar el tono de ruego de su voz.

—No lo haré —repuso ella, también seria—. No volveré a escapar ni volveré a detenerte —añadió en un susurro quedo, con el deseo brillando en sus ojos.

Contuvo el aliento cuando ella dio un paso hacia él y puso una mano sobre su pecho. Pese a la tela que los separaba, la piel de aquella zona ardió de expectativa. Ella acababa de dar el primer paso.

En lo único que pudo pensar él fue en cogerla entre sus brazos y besarla hasta que perdiese el sentido. Y así lo hizo.

Lugh la abrazó con ansia. Solo al sentir su cuerpo esbelto contra el suyo, comenzó a respirar de nuevo. Sus ojos recorrieron su rostro, sediento, hasta detenerse en su boca. Preguntó con la mirada y ella entreabrió los labios en una dulce invitación.

El primer beso fue suave y tentativo, pero cuando ella se lo devolvió con abandono, dejó de contenerse y se dejó llevar por las sensaciones. Quiso ser delicado e ir despacio, pero entonces Alana le rodeó el cuello con los brazos para profundizar el beso y todo se precipitó.

Sus manos exploraron el cuerpo femenino hasta posarse sobre sus glúteos y apretarla contra sí para dejarle sentir el poder de su erección. Con un gruñido, la alzó ligeramente para que ella pudiera rodearle con las piernas y la llevó hasta la cama. Por suerte, aquel apartamento solo tenía un dormitorio y no tuvo que buscar demasiado.

La dejó otra vez en el suelo, a los pies de la cama, después de otro beso profundo.

Por fin había llegado el momento que llevaba semanas esperando y se sintió tan nervioso como lo había estado la primera vez que estuvo con una mujer, miles de años atrás.

—Levanta los brazos —susurró en su oído.

Alana obedeció con lentitud. Aunque estaba teñida de deseo, su mirada continuaba siendo cautelosa. Él se prometió que, costara lo que costase,

conseguiría eliminar las sombras que había en ella para que confiara en él.

Cogió el borde de la camiseta que llevaba puesta y empezó a subírsela despacio. Sus nudillos rozaron la tierna piel de su abdomen y contuvo el aliento ante la descarga eléctrica que lo recorrió. ¿Cómo un roce tan tenue podía resultar tan intenso?

Solo con ella.

Siempre con ella.

Vio que Alana se estremecía y supo que estaba sintiendo lo mismo que él. Algo diferente a todo lo que había sentido con anterioridad.

Único.

Especial.

## CAPÍTULO 36

Lugh le sacó la camiseta por la cabeza, despacio, y luego sus manos recorrieron sus brazos alzados en una caricia de fuego hasta quitársela del todo. La prenda cayó al suelo, olvidada, mientras él la contemplaba con deseo.

Al estar en casa, no se había molestado en ponerse sujetador y sus pechos quedaron libres ante sus ojos. Lejos de sentirse expuesta, la mirada de Lugh la hizo sentir muy hermosa.

Como si estuviera ante un animal asustadizo, Lugh alzó la mano con lentitud y acarició con el pulgar su labio inferior, luego descendió por su garganta y trazó una línea invisible por el centro de su torso, aprehendiendo la suavidad de su piel. Circundó su ombligo, provocando que su vientre se tensara en respuesta y volvió a ascender.

Alana contuvo el aliento cuando la caricia se extendió a su pecho derecho. Él comenzó a arrullarlo en círculos concéntricos, cada vez más pequeños, hasta alcanzar la cumbre sonrosada. El pezón se endureció por el deseo en el acto y ella jadeó.

Entonces Lugh alzó la mirada hacia Alana y ella pudo sentir el peso de su deseo y la fuerza con la que lo estaba conteniendo. Sus pupilas estaban dilatadas hasta el punto de que sus ojos parecían negros y su respiración estaba agitada. Parecía un león a punto de saltar sobre ella y devorarla.

—*Baineann tú m'anáil uaim*<sup>[vii]</sup>.

—¿Qué signif...?

Lugh la acalló con un beso, como si no fuera capaz de contenerse. La fuerza que vibraba de él la inquietó y él debió de notarlo porque puso fin al beso en el acto.

La observó con mirada interrogante.

—No tengas miedo.

—No lo tengo —mintió ella—. Es solo que... Me sentiría más cómoda si tú te desnudases al mismo tiempo que yo —susurró, y tuvo que carraspear primero para que le saliera la voz.

Él se mordió el labio de esa forma tan sexy que tenía y luego esbozó una

sonrisa canalla que incendió sus bragas.

—Sírverte tú misma —declaró, mientras abría los brazos, dándole a entender que podía hacer con él lo que quisiera.

Azul y rojo.

Rojo y azul.

El aura de Lugh vibraba mientras sus colores destellaban con fuerza. El azul dominaba al rojo casi todo el tiempo, pero cuando perdía el control, el rojo se imponía.

Era fascinante poder ver con colores la batalla interior que estaba librando aquel hombre y por un motivo que no supo explicar, sintió que debía liberar lo que él tanto se esforzaba por aplacar.

Alana se acercó a él y buscó la calidez de su piel debajo de la camiseta que llevaba puesta. En cuanto lo tocó, él contuvo el aliento de forma visible. Saber que ese simple tacto le afectaba tanto tuvo el efecto de proporcionarle la seguridad que necesitaba para continuar con su exploración.

Apoyó las manos en sus costados y apreció la dureza de su carne. Estaba dudando entre quitarle la camiseta despacio o hacerlo con rapidez cuando él decidió y se la quitó con un movimiento impaciente. Luego, se irguió con orgullo ante ella.

Ya lo había visto desnudo con anterioridad, incluso más que ahora, pero en esta ocasión no solo podría mirar. Esta vez, se le permitía tocar. Y vaya si lo pensaba hacer.

No llevaba coleta y su cabello le caía suelto hasta poco más debajo de los hombros. Su piel era dorada, sus hombros eran anchos, muy anchos, y cada músculo de su torso estaba definido a la perfección. Sin duda, era el hombre más bello que había visto en su vida.

—Eres hermoso.

—Me dijiste que no daría la talla para ser el dios del Sol.

—Mentí —reconoció ella, con una sonrisa—. Sin duda, eres impresionante.

—Lo sé.

Ella dejó escapar una risita.

—En serio, no te vendría mal un poco de modestia.

—¿Por qué? Cada cual debería ser consciente de su propia valía —repuso él y Alana se dio cuenta de que lo decía muy en serio.

—Aun así, no deberías de alardear tanto de tus virtudes.

—Me he esforzado mucho por llegar a ser como soy. ¿Qué tiene de malo enorgullecerme de ello?

Visto de ese modo, no era del todo irracional, pero eso no quitaba que sonase muy arrogante. Aunque esa arrogancia empezara a resultarle encantadora.

Como él hiciera con ella, Alana acarició su labio inferior con suavidad y luego exploró la textura de su mentón, cubierto por una ligera barba de varias semanas, para luego descender por su cuello hasta el centro de sus pectorales, donde tenía un tatuaje de un trisquel. El corazón de Lugh retumbaba tanto que se podía oír en la distancia. Continuó descendiendo por el centro de su abdomen, surcado de músculos de una forma que haría las delicias de cualquier adicta a las tabletas de chocolate, hasta detenerse en la cinturilla de su pantalón.

Alzó la mirada y arqueó una ceja, en una muda pregunta.

—Si me quitas los pantalones esto acabará antes de lo que los dos deseamos —advirtió él con voz ronca.

Alana asintió y decidió seguir explorando su torso, pero su *yo* juguetón actuó por cuenta propia y pasó la mano con suavidad por el bulto que tensaba sus pantalones antes de hacerlo.

Como resultado, Lugh dio un respingo y emitió un gemido.

El rojo de su aura se expandió.

—Mujer, no juegues con fuego si no te quieres quemar.

—No me quiero quemar, pero sí quiero que me hagas arder —replicó ella, seductora, mientras se apoyaba contra él, piel con piel, haciendo que una descarga eléctrica los recorriera a ambos—. Dime, ¡oh gran dios del Sol! ¿Se te da bien provocar incendios? —inquirió, en tono sugerente mientras lo miraba entre las pestañas al tiempo que pasaba la lengua por uno de los pequeños pezones masculinos.

Su aura destelló con un vibrante rojo.

Lo había llevado al límite y lo sabía, por eso no la sorprendió cuando él gruñó y buscó su boca en un beso apasionado. La tumbó en la cama y, sin detener el beso, comenzó a quitarle el resto de ropa. Primero los pantalones cortos volaron, luego, sus braguitas negras.

Alana ya estaba húmeda de deseo cuando sus dedos la encontraron. No hubo sutileza ni tentativa en sus caricias. Exploró sus pliegues con decisión, con la seguridad de un hombre que sabía cómo dar el máximo placer a una



mujer.

Cuando un dedo se adentró en sus profundidades, con una deliciosa lentitud, ella arqueó el cuerpo, deseosa por seguir sintiendo más. Más profundo. Más rápido. Más. Y él se lo dio.

—Abre los ojos, *álainn* —susurró Lugh, mientras la besaba—. Déjame ver tu placer.

Y ella obedeció, ajena a todo lo que no fuese él.

Lugh la observaba atento, mientras su mano obraba su magia en ella.

Sintió un calor profundo expandirse por su vientre, contraerle los músculos, y con un dulce estremecimiento, se dejó arrastrar hacia una sensación de abandono total.

—Sabía que tu placer iba a ser hermoso, pero no podía imaginar cuánto.

El susurro reverente de Lugh la trajo de vuelta a la realidad. Recuperó la conciencia a tiempo para sentir que le abría las piernas y se ponía sobre ella. Tubo un atisbo de miedo antes de que él la tranquilizase con un beso.

—Mírame, soy yo, Lugh —murmuró contra sus labios—. Moriría antes de causarte cualquier daño y pararía si tú me lo pidieras, aunque eso me matase.

—No puedo consentir que mueras, sería una terrible pérdida para la humanidad —repuso ella, al tiempo que arrugaba la nariz.

—Veo que ya lo vas entendiendo —declaró él, obviando la ironía en su tono.

Como castigo por su jactancia, ella le clavó las uñas en la espalda y le mordió el cuello. En represalia, él le alzó las caderas para que recibiese a las suyas y la penetró.

—¡Por Danu, eres estrecha! —masculló Lugh mientras salía de su interior despacio para volver a introducirse en ella—. Nos lo tomaremos con calma.

Su rostro estaba tenso por el placer mientras se movía contra sus caderas, ganando en profundidad de forma progresiva.

—Tal vez tú eres demasiado grande.

—Creo recordar que dijiste que era un cacahuete.

—Pues tu cacahuete ha crecido mucho desde que lo vi por última vez —farfulló ella.

Una nueva acometida, esta vez más vigorosa, pareció desgarrar algo en su interior y lo llevó tan adentro que sintió que ya no lo podría volver a sacar de su cuerpo.

Dolió. No demasiado, pero dolió. Su cuerpo se tensó y el de él se puso

rígido. Se preparó para las preguntas, pero para lo que no estaba preparada es para las emociones que comenzó a sentir cuando él le cogió el rostro entre las manos y, mirándola a los ojos con intensidad, comenzó a embestirla.

No estaba siendo suave, pero tampoco violento. Apasionado, impetuoso, ardiente, intenso... Se le ocurrían muchos adjetivos para describir la forma en que Lugh se movía sobre ella, con ella, arrancándole jadeos y gemidos, pero nada era comparable con las sensaciones que le provocaban su mirada posesiva mientras la observaba sin perder detalle de sus reacciones.

Alana le estaba clavando las uñas en la espalda y lo sabía, pero era la única forma que tenía de anclarlo a ella, hasta que él la instó a que le rodeara las caderas con las piernas.

Uno, dos, tres. Sus envites se hicieron más vehementes. Y cuando pensó que ya no era posible que llegara más profundo, él cogió una de sus piernas, la puso sobre su hombro y volvió a arremeter.

El placer se expandió con rapidez, empezando por su vientre, en una descarga eléctrica que la hizo arquear el cuerpo y gemir su nombre.

Solo entonces, él se dejó llevar por su propia pasión.

El último pensamiento coherente que pudo hilvanar fue que Lugh resplandecía cuando llegaba al orgasmo... de forma literal.

## CAPÍTULO 37

Sabía que la estaba aplastando, pero no podía moverse y ella no se quejaba. Todo lo contrario, seguía aferrada a él con las piernas y los brazos, como queriendo retenerlo. Le gustó la sensación. Le gustaba todo de ella.

Nunca se había sentido tan saciado, tan vacío y, al mismo tiempo, tan completo después de hacer el amor con una mujer.

Una mujer que había omitido contarle ciertas cosas importantes.

Reuniendo fuerza, se apoyó sobre los codos y se incorporó un poco para poder mirarla a los ojos. Como seguía dentro de ella, aquel pequeño movimiento aumentó la fricción, provocándole un jadeo y a ella un gemido quedo.

Podría volver a hacerle el amor en aquel mismo momento, Danu sabía que su hambre de ella estaba lejos de estar saciada, pero antes tenían algo que aclarar.

—¿Se te ha olvidado mencionar que eras virgen? —inquirió, con tono de reproche.

—¿Habría cambiado algo? —preguntó Alana a su vez, abriendo unos ojos somnolientos y saciados.

—¡Sí! —exclamó y ella alzó una ceja—. No —reconoció finalmente—, pero me hubiese gustado saberlo. Hubiese sido más delicado y paciente. Te hubiese explicado ciertas cosas que...

—Sé todo lo que hay que saber sobre el sexo, Lugh —rio ella, y estar en su interior mientras lo hacía fue una de las experiencias más sensuales de su vida—. Soy inexperta, no inocente.

Puede que, para ella, el detalle de su virginidad no fuese importante, pero para él sí. Su parte fomoriana, aquella que se dejaba guiar por sus instintos, rugía de satisfacción por haber sido el primero y juraba en silencio que iba a ser el único. Nunca había sido especialmente posesivo, pero había algo en aquella mujer que avivaba aquel sentimiento en él.

—Además, seguro que has estado con cientos de mujeres, no creo que yo haya sido tu primera virgen. ¿verdad? —señaló ella, con tono razonable.

No, no lo había sido. Desde que había comenzado su andadura sexual, hacía más tiempo del que podía recordar, había estado con varias jóvenes vírgenes. Aunque ninguna de ellas se había mostrado tan apasionada como Alana en su primera vez. Y había estado con miles, no con cientos, pero no la corrigió. No era estúpido. Las mujeres no se tomaban bien ese tipo de información.

—Y no, no ha sido mi primer orgasmo —continuó diciendo ella, ajena al rumbo de sus pensamientos—. Las mujeres también nos masturbamos, ¿sabes?

Aquel dato llenó su mente de imágenes de lo más eróticas, con Alana de protagonista en todas, acariciándose y dándose placer.

Su miembro, que había comenzado a ablandarse, se irguió de forma súbita, llenándola otra vez.

Ella dio un respingo al sentirlo.

—¿Te duele? —musitó él, mientras se movía de forma muy sutil, tanteándola.

—Solo tengo un poco de escozor —reconoció Alana con un murmullo—, pero se siente tan bien... —Y su voz se rompió en un gemido cuando alzó las caderas para profundizar la penetración, pero de repente se quedó rígida y abrió los ojos como platos—. Deberías ponerte un preservativo, lo de antes ha sido una irresponsabilidad. Tomo la píldora, pero si has estado con tantas mujeres como imagino, tendrías que ser más precavido en lo que a enfermedades sexuales se refiere —razonó Alana—. Puede que tú seas un dios y no puedas coger la gonorrea, pero eso no quita que puedas transmitirla, ¿verdad?

—Mujer, no tengo gonorrea —masculló Lugh, ofendido—. Y siempre uso preservativo.

Alana alzó una ceja y movió las caderas de forma suave. La fricción fue exquisita... y lo fue más porque no había ninguna funda de látex que atenuara las sensaciones.

—Contigo es diferente —gruñó.

—¿Y me lo tengo que creer?

—Lo crearás —respondió él y le regaló una acometida de sus caderas, profunda y deliciosa.

—¿En serio tienes energías para hacerlo de nuevo? —jadeó Alana, con los ojos nublados por el placer.

Lugh esbozó una sonrisa ladeada antes de añadir:

—Ahora te voy a enseñar la diferencia entre un hombre y un dios — declaró, con arrogancia, y la besó.

Su lengua exploró su boca, despacio, degustándola, con el mismo ritmo lento que sus caderas se movían.

Se sentía subyugado por el calor que lo envolvía cada vez que se introducía en su cuerpo, por los pequeños sonidos que salían de la garganta de Alana, por la forma en que respondía a sus caricias y por la pasión y la naturalidad con la que las retribuía.

Le hizo el amor durante horas, hasta que la oscuridad de la noche se extendió por el cielo. Bromearon y rieron. Exploraron sus cuerpos con abandono.

Lugh fue incansable. Insaciable en cuanto a ella se refería.

Solo se detuvo cuando Alana cayó dormida, agotada.

Él no podía dormir, se sentía intranquilo y con el cuerpo alerta. Se dedicó a observarla, grabando en su mente cada pequeño detalle que componía su cuerpo, intentando descubrir qué tenía aquella mujer en concreto para que le hiciese sentir de forma especial.

Sin duda era hermosa, pero había más, mucho más. Era una mezcla irresistible de valentía y vulnerabilidad. Retadora y terca como ninguna otra, pero tenía un lado dulce y frágil que despertaba su instinto de protección a un grado hasta entonces desconocido para él.

Ahora ya sabía que no tenía tatuajes, y eso le parecía extraño. Mientras hacían el amor había podido sentir mejor que nunca la intensa energía que desprendía.

Solo había una opción posible.

Se colocó detrás de ella y la abrazó por la espalda.

—Escondes algo y voy a descubrirlo —musitó en su oído, justo antes de cerrar los ojos para descansar un rato.

Alana abrió los ojos de golpe cuando las palabras de Lugh incidieron en su mente, despertándola al instante, pero él no se percató de ello.

Despertó horas después y se levantó de la cama con sigilo. Aquella era otra novedad para él, nunca dormía con una mujer, solo las utilizaba para el sexo y luego se iba. Con Alana, en cambio, había sentido la necesidad de descansar junto a ella y velar su sueño.

Incluso en aquel momento, cuando tenía el deber de cumplir su cometido y obrar un amanecer, le costaba separarse de ella para hacerlo. Quería seguir

sintiéndola a su lado, continuar conociéndola... y volver a hacerle el amor,  
una y otra vez.

## CAPÍTULO 38

Varios días después, Alana continuaba dándole vueltas a las palabras de Lugh.

«Escondes algo y voy a descubrirlo».

Si él supiera...

No habían vuelto a tocar el tema, pero, de vez en cuando, él se le quedaba mirando de forma especulativa, como si estuviese valorando algo referente a ella.

Mac Gréine le había mandado un mensaje, pidiéndole que entretuviese a Lugh todo lo posible fuera de Avalon, para que él pudiese conspirar con más seguridad. Al parecer, no creía posible que el dios del Sol fuera a colaborar con ellos; todo lo contrario, lo veía como un obstáculo y estaba decidiendo qué debían hacer al respecto.

Por el momento, Alana se dedicaba a pasar su tiempo con él, la mayoría de los días sin salir del apartamento. Tampoco es que tuviese otra opción, los dos parecían un par de animales en celo en temporada de apareamiento. Era algo que ninguno podía controlar. Bastaba una mirada o un roce, y los dos se inflamaban.

Juntos, eran fuego.

Alana salió de la ducha y se miró en el espejo. Aunque estaba en buena forma, tenía agujetas en músculos que no sabía ni que existían. Lugh era muy creativo a la hora de buscar posiciones en las que disfrutar.

«¿Creativo o con mucha experiencia?», se dijo a sí misma.

No dejaba de pensar en el número de mujeres con las que podía haber estado. Teniendo en cuenta que hacía varios miles de años que había alcanzado su madurez sexual, ¿cuántas habrían pasado por sus brazos?

¿Y qué representaba ella entre todas ellas? ¿Un número más? ¿Su último juguete?

Lo ilógico es que ella no estaba en condición de plantearse ese rumbo de pensamientos, ni de exigirle nada.

Ella era una mentirosa.

Una manipuladora.

Una traidora.

¿Sería también una asesina?

No dejaba de dar vueltas a que, si su plan no tenía éxito, debía acabar con Diana, y solo de pensarlo se le revolvía el estómago. No se veía capaz de hacerlo, pero... ¿qué elección tenía?

El timbre de la puerta desvió el rumbo de sus pensamientos. Cuando la abrió, esperaba encontrarse a Lugh, puesto que habían quedado para ir a cenar y dar otra clase de gaélico, pero la que estaba al otro lado era la protagonista de sus desvelos: Diana.

Por la palidez de su rostro y por la lividez de su expresión, era evidente que le había ocurrido algo.

—¿Estás bien? ¿Qué...?

No pudo terminar la pregunta. Con un gemido doliente más propio de un animal que de un ser humano, Diana rompió a llorar y se lanzó en sus brazos.

Su cuerpo se convulsionaba, preso de una terrible congoja, mientras las lágrimas surcaban sus mejillas sin descanso.

—Si ese cabrón te ha hecho algo...

Diana negó con la cabeza sin parar de llorar mientras se tocaba de forma nerviosa la pulsera que le había regalado Alana.

—No sé lo que pasa conmigo. No paro de soñar con Mac Gréine, como si algo me empujase hacia sus brazos. Me gusta hablar con él, me hace sentir bien, y al mismo tiempo, me siento como si estuviese traicionando a Elatha.

Alana se dio cuenta de que su plan estaba funcionando, pero lejos de sentirse triunfal, tenía una opresión en el pecho al comprender el daño que estaba causando a su amiga. Se repitió una y otra vez que lo estaba haciendo por su bien, pero eso fue un vano consuelo.

—Se ha puesto celoso de mi relación con Mac Gréine y hemos tenido una discusión. Tenías razón... Soy una estúpida —farfulló entre sollozos—. No me quiere. Nunca me querrá. Para él solo existe Erin. Y yo... yo lo amo tanto que me duele.

La acompañó hasta el sofá y la instó a que se sentase en él. Su amiga se dejó hacer con docilidad. Su aura destellaba de dolor y sentimiento, y su tono azul vibraba con fuerza eclipsando al blanco, como si su energía estuviese rindiéndose ante la de Erin.

Le dolió verla así.



—No lo merece, ¿me oyes? No merece tus lágrimas.

Pero sus palabras no consiguieron más que nuevos sollozos. El único consuelo que parecía calmarla era su abrazo, y Alana continuó haciéndolo en silencio.

El timbre volvió a sonar cuando Diana estaba en el baño y ella preparaba una infusión de valeriana y pasiflora para calmarla.

Abrió la puerta y ahí estaba Lugh. Como siempre, sintió un cosquilleo en el vientre al verlo con su pelo suelto y rebelde, su sonrisa ladeada y ese cuerpazo que quitaba la respiración embutido en una camisa blanca y unos vaqueros desgastados.

No la dejó hablar. La cogió por la nuca con una sola mano y le devoró la boca en un beso intenso al tiempo que se metía en el apartamento, haciéndola retroceder de espaldas.

—Sé que habíamos quedado en ir a cenar fuera —musitó cuando dio por terminado el beso—, pero he pensado en cocinar algo para ti y pasar una velada tranquila —explicó, mientras mostraba una bolsa con alimentos—. También he traído una botella de la bebida de los dioses: *usquebaugh*.

—¿*Usquebaugh*?

—Viene del término *uisge beatha*, que significa agua de vida —comentó al tiempo que sacaba una botella sin etiquetas que contenía un líquido de un intenso tono ambarino—. El whisky que conoces es un derivado moderno de este licor.

—Whisky. Genial, justo lo que necesito —masculló Diana, que acababa de salir del baño.

Sin mediar palabra, le arrebató la botella de la mano, la abrió y se la llevó a los labios.

—Ten cuidado, es bastante... —La advertencia de Lugh llegó demasiado tarde y Diana dio un buen trago—. Fuerte —concluyó, mientras la española comenzaba a toser.

—¡Dios! Esto quema la garganta, pero está muy bueno —añadió, y le dio otro trago.

Lugh la miró con sorpresa y luego le lanzó a Alana una mirada interrogante.

—Mal de amores —susurró ella como única respuesta.

—¿Quieres que os deje solas?

Lo preguntó con reticencia, se notaba que no quería irse, pero que lo

hiciera fue un detalle encantador que decía mucho de él. Entendía que su amiga la necesitaba y aceptaba que ella quisiera ayudarla.

—Creo que será lo mejor, está bastante afectada por...

—¡Ni hablar! No voy a fastidiaros la noche. Subiré a mi apartamento y me consolaré con mi nueva amiga —farfulló Diana, mientras abrazaba la botella.

—No pienso dejar que pases sola por esto.

—Y yo no puedo permitir que dejes plantada a tu cita por mí.

—¿Qué os parece si os preparo algo de cenar y luego me voy? —propuso Lugh, al ver que las dos muchachas no se ponían de acuerdo—. Tenéis que meter algo sólido en el estómago para atenuar el efecto del *usquebaugh*.

—Me parece perfecto —respondió Diana, que parecía más animada y volvía a tener un poco de color en las mejillas—, aunque exageras, el *uskbag* este no es para tanto, y subestimas mi resistencia al alcohol.

Una hora después, la pelirroja se entretenía dando vueltas en uno de los taburetes de la barra de la cocina.

—¿Qué decías que llevaba ese licor? —inquirió Alana, observando de reojo a su amiga.

—Es una mezcla de hierbas: azafrán, nuez moscada, anís, regaliz, canela, cilantro, clavo... Y mucho alcohol.

—Sí, lo del alcohol lo tengo claro —rezongó mientras Diana giraba una y otra vez exclamando «Weeeeeeeee».

—Se ha bebido media botella ella sola y sigue en pie. ¡Por Danu, sí que es resistente!

—Por Danu, no —repuso Diana—. ¡Por Tutatissss! —Y volvió a girar con el taburete.

—¿Por qué invoca a un dios galo? —preguntó Lugh, con curiosidad.

—Porque es el dios al que invocan Astérix y Obélix, y creo que ellos eran la única fuente de conocimiento celta que tenía Diana antes de venir a Irlanda —explicó Alana, mientras contenía una sonrisa.

—Al menos, hemos conseguido que coma un poco de carne y patatas —comentó Lugh, divertido.

—Y que deje de pensar en ese cretino.

—Aunque me cueste decirlo, Elatha es un hombre honorable y justo —repuso Lugh—, no creo que haya hecho daño a Diana de forma intencionada.

Que él defendiese al rey de los fomorianos la sorprendió.

—Pensé que no te llevabas bien con los fomorianos.

—Y no lo hago. Los detesto, pero tienen mi respeto.

—Entonces, si tuvieses la oportunidad de echarlos de la isla, ¿no la aprovecharías? —tanteó Alana.

—No —declaró Lugh con rotundidad—. Elatha y sus cuervos se han ganado el derecho de permanecer en Irlanda. Y yo nunca haría nada por romper el Pacto de Tres. Juré protegerlo hasta la muerte.

Alana mantuvo el rostro inexpresivo y bajó los ojos hacia el plato mientras utilizaba el tenedor para jugar con la comida. Se le acababa de ir el apetito. De hecho, sentía el estómago revuelto.

En aquel momento, las palabras de Lugh pesaban como una losa sobre sus hombros. Acababa de darse cuenta de que él nunca apoyaría una revuelta, por mucho que ella intentase influir en él. Era demasiado honorable y leal para hacerlo.

—Creo que necesito acostarme, estoy un poco mareada —balbució Diana, de repente.

Se levantó del taburete y, con paso tambaleante, se dejó caer sobre el sofá. Segundos después, estaba roncando.

—Creo que esto da por terminada la velada —murmuró Alana, con una mueca, al verla babear sobre la almohada.

—¿Puedo quedarme a dormir?

Alana dudó. Por un lado, quería decir que sí, se sentía bien teniéndolo cerca y le gustaba dormir a su lado. Las últimas noches las había pasado en sus brazos y Lugh había conseguido mantener alejadas sus pesadillas. Por otra parte, se sentía cansada anímicamente para el sexo, el sentimiento de culpabilidad con respecto a Diana y la incertidumbre sobre cómo manejar la situación con Lugh la habían afectado. Tenía mucho en qué pensar y Lugh seguro que querría hacerle el amor antes de dormir.

—Solo dormir —aclaró Lugh, como si le hubiese leído la mente.

Alana asintió, incapaz de rechazarlo. Los momentos que les quedaban juntos estaban contados y pensaba disfrutarlos al máximo.

—Hay algo que no termino de entender —susurró Alana cuando, minutos después, los dos yacían abrazados en la cama, ella cobijada en el hueco de su brazo, con la mejilla apoyada en su pecho mientras él acariciaba con suavidad su cabello—. ¿Por qué detestas a los fomorianos? Tú eres uno de ellos, al menos, la mitad de ti lo es.

—Mi nacimiento estuvo marcado por el odio de mi abuelo Balor, el

fomoriano más salvaje y despiadado que jamás se ha conocido. He crecido sabiendo que su sangre corría por mis venas, que he heredado su oscuridad. Siempre me he esforzado por someter mi lado fomoriano —explicó Lugh, después de unos segundos de silencio en los que ella pensó que no iba a contestar—. Mi lugar está entre los danianos, fueron ellos los que me acogieron desde un primer momento y a los que debo mi lealtad. Y, aun así, me siento atraído hacia Elatha y sus cuervos y pienso en cómo sería mi vida si formase parte de los fomorianos.

Eso explicaba esa continua batalla que veía entre los colores de su aura, la férrea determinación con el que el azul se imponía al rojo, aunque nunca consiguiese hacerlo desaparecer.

—Debe de ser difícil.

—¿El qué?

—Odiar una parte de ti de la que no te puedes desprender.

Sintió bajo su mejilla que el cuerpo de Lugh se tensaba, como si sus palabras le hubiesen afectado de alguna forma, pero no habló, no dijo nada más. La habitación quedó impregnada de un silencio reflexivo.

Arrullada por las caricias de Lugh, fue vencida por el sueño poco a poco. No fue consciente del susurro que Lugh regaló a su oído, justo antes de besarla en la frente con suavidad.

—*Oíche mhaith, mo chuisle*<sup>[vii]</sup>.

## CAPÍTULO 39

Alana estaba ruborizada, y le brillaban los ojos por el entusiasmo, cuando confesó:

—Tengo una teoría.

Lugh la observó y sonrió. Aquel era uno de esos insólitos días en los que el sol brillaba con fuerza sobre el cielo azul y habían pensado disfrutarlo al aire libre, juntos, recorriendo a lomos de Alhbo el Gap of Dunloe, un paso de montaña que ofrecía unas vistas impresionantes. Decidieron detenerse para comer en unas rocas a orillas del lago, custodiadas por varios árboles y, en aquel momento, disfrutaban de una entretenida conversación que versaba sobre mitología celta, un tema que, a todas luces, apasionaba a Alana.

—Pero no te rías cuando te la cuente —continuó diciendo la muchacha.

Diana había tenido razón al afirmar que Lugh era un sueño hecho realidad para Alana, aunque no por los motivos que él había pensado. La curiosidad de Alana no tenía límites y había encontrado en él la confirmación que necesitaba para ratificar o descartar las teorías que había estudiado y las leyendas que conocía.

—Los fomorianos son una raza de divinidades que llegaron a Irlanda provenientes de una isla más allá del océano desconocido, algunos libros mencionan que vienen de las profundidades marinas, pero yo siempre he pensado que son originarios de la Atlántida —explicó Alana y lo miró esperando su reacción. Como Lugh mantuvo el rostro inexpresivo, ella frunció el ceño—. Tiene lógica, según todos los escritos que he consultado, los fomorianos aparecen en Irlanda tras una gran catástrofe natural, que el cristianismo asoció al Diluvio Universal. Yo creo que esa gran catástrofe fue un gran maremoto, tal vez provocado por la erupción de algún volcán, que hizo que el agua se tragara literalmente la isla de la Atlántida que estaba situada en el océano Atlántico. Como consecuencia de ello, se produjo un gran tsunami que asoló las costas atlánticas y que provocó grandes inundaciones por toda la Tierra. Los fomorianos se salvaron de la catástrofe y se asentaron en Irlanda.

—Es una teoría interesante —concedió Lugh, mientras recostaba la

espalda en el tronco de un árbol.

—Ya sé que es interesante —bufó Alana—. Lo que quiero que me digas es si es cierta o no —añadió, enfurruñada.

—¿Qué me das a cambio?

Los ojos de Alana brillaron de interés al captar el tono sugerente de su voz.

—¿Estás de broma? Esto es una zona turística. Aquí puede vernos cualquiera.

—No, si yo creo un escudo de invisibilidad a nuestro alrededor.

—¿Y puedes hacerlo?

Lugh alzó una ceja a modo de respuesta.

Alana sonrió y comenzó a acercarse a él gateando de forma lenta y seductora. Una mezcla perfecta de leona y gatita mimosa. Cuando llegó hasta Lugh, puso las manos sobre sus hombros y paso una pierna por encima de las suyas, hasta sentarse a horcajadas sobre él. El deseo contrajo su vientre cuando sus caderas encajaron.

—En ese caso... —susurró Alana, mientras acariciaba sus hombros al tiempo que depositaba un cálido beso en la base de su cuello—. ¿Qué te gustaría recibir a cambio?

Lugh tomó su rostro entre sus manos y susurró contra sus labios:

—Todo, *álainn*. De ti lo quiero todo.

Se miraron a los ojos durante unos segundos, él dispuesto a desentrañar todos los secretos que subyacían bajo aquellos pozos oscuros, ella desesperada por que él no descubriera la verdad. Los dos conscientes de que algo especial y profundo se iba tejiendo entre ellos desde el primer momento en que se vieron, acrecentado con cada caricia, cada abrazo y cada beso. Y dispuestos a hacerlo crecer, los dos terminaron uniendo sus labios en una caricia de fuego.

Ella se puso de pie, manteniendo las piernas abiertas, y él pudo observarla desde su posición, todavía sentado con la espalda recostada en el tronco. El azul del cielo se recortaba detrás de su cabeza, creando un marco luminoso y perfecto, mientras los rayos de sol se filtraban juguetones entre sus rizos oscuros.

—¿Me ayudas a quitarme los pantalones? —inquirió, con una sonrisa tentadora, mientras desviaba la mirada hacia los seductores shorts que lo habían estado volviendo loco toda la mañana.

Lugh deslizó las manos por sus largas piernas, empezando por los tobillos y subiendo poco a poco por la zona exterior, disfrutando de la tersura de su piel dorada y de sus músculos esbeltos y tonificados. Después, bajó de forma lenta por el interior de sus muslos.

Alana apoyó las manos en el tronco, como si su roce hubiese tambaleado su equilibrio, y sonrió. Puede que tuviese un carácter retador y combativo, pero se deshacía en sus brazos en cuanto la acariciaba y eso lo hacía sentirse más poderoso de lo que nunca se había sentido, porque sabía que era solo con él.

Solo para atormentarla un poquito más, sus manos volvieron a subir por el interior de sus muslos, hasta que llegaron al borde de la tela. Y una vez allí, se colaron por debajo hasta rozar su ropa interior con la yema de los dedos.

—O me lo quitas tú o lo hago yo —farfulló Alana, a modo de advertencia.

La sonrisa de Lugh se amplió al intuir su impaciencia y su deseo se acrecentó.

Entrecerró los ojos y con un movimiento veloz, le desabrochó el pantalón y se lo bajó. Alana jadeo por la sorpresa. Maniobró hasta quitárselo del todo, junto con las minúsculas braguitas que llevaba, y la instó a que se colocara en la misma posición, con las piernas abiertas y las manos sobre el tronco, esta vez llevando solo la vaporosa blusa que le llegaba al nacimiento de los muslos.

Se le secó la boca al vislumbrar el suave vello oscuro que tenía entre los muslos. Alzó la mirada para ver su rostro. Había cerrado los ojos y estaba ruborizada, con el cuerpo tenso, a la espera de su siguiente movimiento.

Lugh volvió a deslizar las manos sobre su piel, esta vez por la parte trasera de sus piernas, hasta acariciar con deleite la tierna zona de sus nalgas. Podría pasarse horas adorándola con sus manos, pero en aquel momento quería darle placer con la boca. Quería probar esa dulzura que la hacía tan especial.

Sin dejar de mirarla, irguió el torso y la atrajo hacia sí. Sus dedos acariciaron los pliegues entre sus muslos, ya húmedos, hasta encontrar el pequeño botoncito donde se concentraba su placer.

Supo que ella había adivinado sus intenciones cuando la sintió contener el aliento y la vio morderse el labio. Y no la defraudó. Su lengua la amó con lentitud, acariciándola una y otra vez, hasta que la escuchó gemir, pero aún quiso más.

Dos de sus dedos, celosos, se adentraron con suavidad en su interior y comenzaron a mecerse sin descanso, explorando aquella cálida cueva que se ofrecía ante él.

—Lugh, esto es demasiado. Necesito... —Su voz se quebró cuando él acometió de forma más profunda con los dedos, para después curvarlos en esa zona que sabía que la volvía loca.

—Un poco más —susurró él, con voz ronca.

Solo unos segundos y ella se derritió a su alrededor, con suaves gemidos que hicieron trizas su autocontrol. Solo atinó a desabrocharse los pantalones, antes de hacerla bajar sobre su erección erguida. La penetró de una sola embestida que los hizo jadear al unísono. Y cuando estuvo en su interior, todo se detuvo.

Tenerla a horcajadas sobre su cuerpo, al aire libre, con la espalda arqueada y sus rizos oscuros derramándose sobre su espalda, mecidos por la suave brisa del atardecer, fue una de las experiencias más eróticas de su vida. Y todavía más cuando ella comenzó a rotar las caderas con suavidad.

Ávido por marcar un ritmo más rápido, la cogió por las nalgas y la apretó contra él mientras arqueaba el cuerpo, pero ella lo sorprendió poniendo una mano en su pecho y empujándolo hacia atrás para detenerlo.

—Esta vez me toca a mí mandar —susurró, con una mirada que le incendió hasta el alma.

Lugh la observó con los ojos entrecerrados. Se esforzaba por ser suave con ella, por contenerse, pero cuanto más lo hacía, más intentaba ella quebrantar su control, así que esperó lo peor.

Fue una dulce tortura. Alana, apoyada sobre las rodillas, se alzó hasta casi sacarlo de su interior, para luego dejarse caer sobre él centímetro a centímetro, de una forma tan lenta y deliciosa que le contrajo hasta los dedos de los pies. Repitió aquel movimiento varias veces y, cuando Lugh pensó que podría soportarlo, lo sorprendió cambiando la cadencia. Empezó a alternar movimientos lentos con otros rápidos y contundentes, moviendo las caderas sin cesar, pero sin darle el ritmo que él necesitaba para llegar al orgasmo.

Lugh gemía con cada movimiento. Desesperado, se asió de dos ramas que tenía a los lados de su cabeza, en un último intento por no cogerla de las caderas y marcar el ritmo que necesitaba. Pero al escuchar un crujido, supo que estaba perdido.

Las ramas se partieron bajo la fuerza con que las sujetaba y sus manos



buscaron por voluntad propia el cuerpo de Alana.

Se puso de pie con rapidez, sin salir de su interior, y la empotró contra el tronco del árbol.

—¿Esto es lo que quieres? —masculló, al tiempo que la penetraba con una dura estocada—. ¿Que pierda el control? ¿Que te tome como un salvaje? —preguntó, marcando cada pregunta con un golpe de sus caderas.

—Quiero todo de ti —susurró ella, haciendo alusión a las palabras que él le había dicho antes de desnudarla—. Quiero tu luz de la misma forma que quiero esa parte oscura de ti que te esfuerzas por esconder. Dámelo todo, Lugh. No me voy a asustar.

Lugh gimió al sentir que las palabras de Alana rompían su contención y, por primera vez, se dejó llevar sin restricción por lo que estaba sintiendo. Comenzó, entonces, a embestirla sin piedad, todo lo profundo que le permitía su cuerpo, gruñendo como un animal. Y ella, lejos de sentirse intimidada, le mordió el cuello y le clavó las uñas en los hombros, exacerbando su pasión.

Sintió el cuerpo de Alana tensarse a su alrededor y arquearse justo antes de que ella dejase escapar un gritito de gozo; un sonido tan dulce que lo arrastró hacia su propio placer sin que lo pudiera posponer.

En cuanto sintió que recuperaba el dominio sobre sí mismo, solo tuvo una preocupación.

—¿Te he hecho daño? —preguntó, buscando su mirada, todavía dentro de su cuerpo—. ¿He sido demasiado violento?

—No y no —respondió Alana, con una expresión saciada y muy satisfecha—. Has sido impetuoso —declaró y depositó un suave beso en sus labios—. Vehemente. Apasionado. Ardiente —enumeró, besándolo con cada palabra—. Se me ocurren cien adjetivos para definir lo que acabamos de compartir y ninguno es «violento».

—¿Solo cien? —rezongó, mientras enterraba la cara en su cuello y se llenaba con su aroma.

—Para empezar —repuso ella, y arrugó la nariz de esa forma tan adorable que tenía de hacerlo—. Tendrás que darme más inspiración para que se me ocurran más.

Y, mirándola a los ojos, Lugh pensó que no se imaginaba mejor forma de pasar la eternidad que inspirando a esa mujer.

## CAPÍTULO 40

**S**i el tiempo se hubiese detenido en aquella noche, Alana hubiese sido eternamente feliz. Tumbada en una manta, cobijada en los brazos de Lugh y arrullados por los sonidos del bosque, observaba el cielo estrellado mientras escuchaba la voz ronca de Lugh, que le contaba una de las muchas leyendas celtas, que en sus labios se convertían en retazos de una historia pasada.

—Hace mucho tiempo, los hijos de la diosa Domnu poblaban los océanos, pero su naturaleza combativa y apasionada hizo que el fondo del mar temblase por sus continuas guerras. Algunos de ellos decidieron empezar una nueva vida en la tierra y abandonaron el mar.

—Los fomorianos —adivinó Alana y Lugh asintió—. ¿Pero cómo podían respirar bajo el agua? ¿Tenían agallas?

—Los fomorianos tienen la habilidad de transmutarse en diversas criaturas. Los selkies, los que todavía habitan los océanos, son focas. Elatha y los suyos, adoptan la forma de cuervo. Hay otros que se transforman en lobos. El animal en que eligen transformarse es el que define la rama de los fomorianos a la que pertenecen.

—¿Tú también te transformas?

—Yo soy un cuervo —musitó Lugh, después de varios segundos en silencio y Alana entendió que le había costado mucho compartir en voz alta aquella confesión—. Una vez, hace mucho, Elatha vio cómo me transformaba. Desde entonces, me instiga para que me una a los suyos —explicó, con voz inexpresiva. Luego respiró hondo y murmuró —Hay algo en ellos que me atrae. Algo en mí que me susurra que mi lugar está a su lado.

—¿Y por qué no te unes a ellos?

—Porque debo lealtad a Dagda y a los danianos. Ellos me salvaron la vida.

—Pero nunca podrás ser feliz así, Lugh —declaró Alana, y sus palabras captaron la mirada interrogante del hombre—. No se puede encontrar paz y felicidad cuando el deber, la lealtad, la razón y el corazón están enfrentados —afirmó y, por la sombra que oscureció los ojos azules, supo que había dado

en el clavo.

Recordó las palabras que cruzaron la última vez que se encontraron en Saint Mary:

—*La felicidad consiste en conseguir todo lo que te propongas en la vida.*

—*¿Y tú siempre consigues lo que te propones?*

—*Siempre.*

—*Entonces debes de ser el hombre más feliz del mundo.*

En aquella ocasión, no entendió el sentimiento que oscureció su mirada ante sus palabras. Ahora, sí. Puede que Lugh, como dios del Sol, tuviera el mundo a sus pies, pero no era feliz. Y nunca lo sería mientras no encontrase la paz consigo mismo.

—Ha llegado la hora de que amanezca —susurró Lugh, sacándola de sus reflexiones. La miró con intensidad, como sopesando sus siguientes palabras, y luego añadió—. ¿Me ayudas?

—¿A qué?

—A componer un amanecer.

Alana contuvo el aliento. Sabía que aquello era un acto muy personal para él, muy especial, y que quisiera compartirlo con ella indicaba lo mucho que estaba avanzando su relación.

Dudó, por un segundo dudó. Pensó en hablarle de la revuelta y de su implicación, en contarle la verdad, la razón por la que estaba en Irlanda. Confesar todo. Pero calló. Si lo hacía, estaba segura de que Eli pagaría las consecuencias y no lo podía permitir.

Una vez más, buscó guía en su mente. Una visión que le hablara de su futuro si seguía por ese camino, pero no halló nada. Así que guardó silencio y asintió.

Lugh la ayudó a levantarse, sin romper en ningún momento el contacto visual. Desnudos y cogidos de la mano, se adentraron, poco a poco, en el agua. Debía estar helada, pero estaba tan atrapada en la mirada de él que no sintió el frío, tan solo el calor que transmitían sus ojos. Cuando el agua le llegó a la cintura, se detuvieron.

Él se puso tras ella, con sus manos apoyadas en sus hombros, y los dos miraron al horizonte.

—Siente, Alana. Siente la tierra bajo tus pies, el agua a tu alrededor, el aire en la cara. Siente cómo los elementos nos rodean —musitó Lugh en su

oído, mientras sus manos abandonaban sus hombros para descender con suavidad por sus brazos—. ¿Qué más sientes?

—Frío y oscuridad.

—Porque falta un elemento, uno que hará que la oscuridad se aleje y que vencerá al frío.

—El fuego.

—El fuego —reiteró Lugh, con voz ronca—. Debe crecer desde tu interior. Debes sentirlo en cada partícula de tu ser. Desearlo. Solo entonces, hay que atreverse a invocar al Sol, porque es el mayor símbolo de luz y calor que existe —explicó, mientras cogía sus manos y la guiaba en una serie de movimientos fluidos.

Bailaron juntos, piel con piel, hasta que Alana pudo sentir la energía que manaba del cuerpo de Lugh, reconfortante y reparadora, algo tan puro como la sensación de abrigo que tenía un bebé en el vientre materno, como el abrazo protector de una madre. Una sensación tan hermosa que le arrancó lágrimas, sin saberlo. Y entonces, el Sol, poco a poco, fue emergiendo por el horizonte, respondiendo a la llamada de su dios.

Se quedaron abrazados, en silencio, contemplando la magia que habían obrado juntos, mientras el calor del sol templaba sus cuerpos.

—Ha sido hermoso, Lugh. Gracias.

—Me ha gustado compartirlo contigo —respondió y en su voz ronca había un sentimiento tan crudo que Alana sintió la necesidad de aligerar el momento.

—Sin duda, esto es mucho más relevante que vender placas solares —comentó, y sintió la risa del dios a su espalda—. Tienes el mejor trabajo del mundo, Lugh.

—Solo invoco al Sol —contestó, con una humildad que le resultó extraña en él.

—No, haces mucho más —respondió ella y se giró entre sus brazos para añadir: —Haces que cada amanecer se convierta en una nueva oportunidad para ser feliz.

Los ojos de Lugh recorrieron su rostro bañado por la luz del sol y algo brilló en sus profundidades, algo intenso y hermoso, tan cálido como el Sol que acaba de invocar. Luego la besó de esa forma tan especial que tenía de hacerlo, con una dulzura no carente de pasión, y Alana deseó ser libre, pero esta vez por un nuevo motivo.

Deseó ser libre para poder amarlo de la forma en que se merecía ser

amado.

## CAPÍTULO 41

Alana observó el Atlántico bajo sus pies. Lugh la había llevado a Portmagee, al oeste de Kerry, en cuya zona costera se encontraban unos acantilados que eran el deleite de los turistas que acudían allí.

Inspiró hondo y sus pulmones se llenaron con el aroma del mar, a la vez que el viento acariciaba su rostro, creando remolinos con su cabello.

—¿Qué te parece?

—Es impresionante —reconoció ella, mientras observaba la fuerza con la que el océano rompía contra las rocas y la belleza del paisaje que la rodeaba—. Pero no entiendo qué tiene que ver esto con la Atlántida —añadió, confusa, pues Lugh le había dicho que la llevaría a un lugar que respondería a sus dudas.

—¿Confías en mí?

Alana lo miró en silencio durante unos segundos. Cada minuto que pasaba a su lado había sido un descubrimiento para ella. No estaba ciega. El dios del Sol tenía defectos, sí, empezando por esa arrogancia que exudaba por cada poro de su piel, pero también tenía muchas virtudes que lo hacían un hombre de fiar.

—Sí —respondió con sinceridad.

Aquella respuesta le valió un beso profundo.

Luego Lugh apoyó la punta del dedo índice sobre su frente y trazó algún tipo de símbolo mientras susurraba unas palabras en gaélico. En un primer momento, Alana sintió calor allí donde él la había tocado, pero luego la sensación se volvió gélida y se extendió a todo su cuerpo.

—No tenemos mucho tiempo, saltemos —instó Lugh al tiempo que la cogía de la mano y la acercaba al borde del acantilado.

—¿Qué? ¡Ni hablar! Yo no pienso saltar por ahí —bufó Alana, desprendiéndose de su agarre—. Tú eres un dios y seguro que puedes volar o flotar o incluso rebotar, pero mira ahí —masculló, señalando hacia abajo—. No sé cuánta distancia habrá, pero será la suficiente para...

—Has dicho que confiabas en mí —le recordó Lugh, cortando su diatriba.

—Sí, pero...

—Eso es todo lo que necesito saber —repuso Lugh y, cogiéndola de la mano, saltó con ella por el acantilado.

Alana tuvo un segundo de consciencia en el que sintió que sus pies abandonaban el suelo y su cuerpo se precipitaba al vacío. La sensación de caída le contrajo el estómago mientras el pánico le cortaba la respiración.

Buscó los ojos de Lugh, desesperada, y cuando sus miradas se cruzaron, toda su ansiedad desapareció.

Confiaba en él.

Simplemente, cerró los ojos y se dejó arrastrar allí donde él quisiera llevarla.

Esperó el golpe contra el agua, sabiendo que iba a ser brutal, pero no llegó.

—Abre los ojos, *álainn* —susurró Lugh en su oído de repente—. Ya hemos llegado.

Así lo hizo y contuvo el aliento al mirar a su alrededor. Estaban bajo el océano, rodeados por él, en lo que parecía una inmensa burbuja de aire. La vegetación era exuberante y de colores vivos, pero muy diferente a cualquiera que se pudiese encontrar en tierra.

En lo alto de una suave colina, un inmenso palacio de piedra blanca presidía el lugar. Su entrada estaba custodiada por dos grandes columnas con forma humana, representando dos guerreros armados con dos tridentes.

—¿Dónde estamos? —musitó, conmocionada.

—En *Tir Tairngire*, la Tierra Prometida, los dominios de Manannán Mac Lir, Señor de los Mares. Creo que tú lo llamas Atlántida —añadió, con una sonrisa ladeada.

Alana abrió los ojos como platos. ¿Aquel lugar era la base de todas las leyendas sobre una ciudad oculta en las profundidades marinas?

—¿En qué estás pensando?

—En que ojalá hubiese traído mi móvil para hacer fotos —farfulló ella y soltó una risita—. Diana no me creerá cuando se lo cuente.

Se acercó a la pared de agua por donde parecían haber entrado en aquel mundo, alzó la mano y la tocó de forma tentativa. Sus dedos se introdujeron en el agua y, se movieron, juguetones, maravillada por la magia que había podido crear algo así: un escudo invisible que contenía todo el peso del océano sin esfuerzo aparente.

Un pez de colores se acercó a curiosear y Alana sonrió cuando sintió que le hacía cosquillas en la piel.

—Así que aquí es donde te criaste.

—Sí... Y no fue fácil.

Alana lo miró al advertir el tono amargo de su voz y se le encogió el corazón al ver las sombras que oscurecían sus ojos. Para un niño tan pequeño, tuvo que ser duro crecer lejos de su familia y de su hogar.

Iba a preguntarle por ello cuando vio un movimiento por el rabillo del ojo. Un oscuro ser se acercó hasta ellos y se quedó flotando en el agua mientras los observaba. Alana se le quedó mirando, curiosa. Parecía una foca, pero, al mismo tiempo, tenía la seguridad de que no lo era. Sus ojos eran azul claro y su pelaje era gris.

El animal se aproximó hacia ella despacio y lejos de detenerse al llegar a la pared invisible que protegía aquel mundo, la traspasó sin problemas. En cuestión de un segundo, la presunta foca se convirtió en una bella joven, vestida con unas gasas vaporosas que envolvían ligeramente su cuerpo.

La mujer-foca comenzó a andar hacia Alana, pero en lugar de detenerse al llegar a ella, la esquivó como si fuera invisible y continuó andando, con la mirada fija en un punto a su espalda.

Lo supo antes de girarse: Lugh.

Y para su asombro, al llegar a él, le echó los brazos al cuello con la intención de besarlo. Lo único que la salvó de que la cogiera por los pelos y que la apartara de él es que Lugh no se dejó besar: esquivó su avance echando su cuerpo hacia atrás.

—¿He hecho bien «la cobra»? —preguntó, con una sonrisa ladeada mientras le guiñaba un ojo, sin duda rememorando la vez en que ella se la hizo a él.

—No ha estado mal —concedió Alana, y reprimió las ganas de darle un beso.

Por desgracia, aquella chica fue solo la primera. Como si se hubiese corrido la voz por el mundo marino, un montón de mujeres-foca traspasaron el umbral y corrieron hacia Lugh, rodeándolo, todas con el mismo grado de semidesnudez.

Alana se cruzó de brazos y comenzó a golpear el suelo con el pie, con un tic impaciente, mientras observaba cómo lo manoseaban, diciendo una y otra vez cuánto lo habían echado de menos.



—Así que no fue fácil criarte en este lugar, ¿eh? —masculló Alana, con retintín cuando Lugh pudo liberarse de sus admiradoras y llegó hasta ella.

—¿Por qué lo dices? —inquirió, sin entender.

—Porque, por lo que veo, la única dificultad que has podido tener aquí fue decidir con cuál de ellas pasabas la noche cada vez.

—¿Estás celosa, *álainn*?

—Más bien asqueada —repuso ella, en un intento por disimular los celos que la carcomían por dentro—, porque seguro que te has acostado con todas las mujeres de este lugar.

—Con todas no —terció una voz a sus espaldas.

Alana se giró y se encontró con una chica que tendría un par de años menos que ella. Decir que era hermosa era un reflejo peyorativo de su belleza. A su lado, cualquier modelo de Victoria Secret parecería un patito feo. Tenía los ojos de un tono aguamarina, puro y cristalino, el cabello negro azabache y la piel de alabastro. En cuanto a su cuerpo... Alana se consideraba atractiva, pero comparada con aquella mujer se sintió insignificante. Llevaba un escueto vestido de gasa color plata, que dejaba muy poco a la imaginación.

A diferencia del resto, la joven no manoseó a Lugh, de hecho, casi ni lo miró. Su interés estaba centrado en Alana. La estudió de arriba abajo, evaluándola y la española, que hacía un momento se había dejado llevar por sus inseguridades, se irguió, orgullosa, ante ella. No iba a permitir que nadie la ninguneara.

Su cambio de actitud hizo que la desconocida la mirara con aprobación.

—Me llamo Griane. ¿Eres amiga de Lugh? —inquirió, ladeando la cabeza.

—Solo en algunas ocasiones.

Su seca respuesta le valió una mirada reprobatoria de Lugh, a la que ella devolvió con una ceja arqueada.

Griane los miró a uno y a otro, fascinada.

—¿En cuáles? —quiso saber, curiosa.

—En las que no se comporta como un dios.

—Es que soy un dios —protestó Lugh—. Y aunque te cueste comprenderlo, es un privilegio estar a mi lado.

Como para confirmar sus palabras, dos de las mujeres-pulpo, rebautizadas así en su mente por la manía que tenían de manosearlo, lo cogieron de los brazos y lo arrastraron hacia el interior del castillo, mientras

las demás los seguían en séquito, alabando al gran héroe daniano.

—Lo que le faltaba a su ego —gruñó Alana, al ver cómo todas se desvivían por congraciarse con él.

—En *Tir Tairngire* se le venera casi más que a Manannán —explicó Griane, con una sonrisa de disculpa, mientras los seguían hacia el interior—. Sus hazañas de juventud han nutrido nuestras leyendas.

—Lo raro es que no venga aquí más a menudo. Solo falta que lo reciban con gaitas, que extiendan la alfombra roja y tiren pétalos de rosa a su paso.

Justo cuando terminó de hablar, comenzó a sonar la melodía de varias gaitas desde el interior del castillo. Y al entrar... Sí, había alfombra roja.

—Al menos no son pétalos de rosas —comentó Griane, azorada, mientras miles de motitas plateadas, como confeti, caían sobre sus cabezas al paso del Lugh por la entrada principal—. Perdona, los selkies somos bastante entusiastas con ciertas cosas. Lugh es como el hijo pródigo que regresa a casa.

—¿Selkies? ¿Sois selkies? —inquirió Alana, con los ojos agrandados por el asombro.

—¿Es que Lugh no te ha contado nada de nosotros?

—No, solo me ha empujado por un acantilado —masculló Alana.

—Creo que tú y yo tenemos mucho de lo que hablar —murmuró Griane y otra vez la estaba observando como si fuera una rareza—. Pero antes, deja que te presente a mi padre —declaró, al ver que se acercaba hasta ellos un hombre alto y fornido, con los cabellos color plata y unos impactantes ojos del color del océano—. Manannán Mac Lir, Señor de los Mares —anunció, con voz reverente—. Padre, ella es Alana, la mujer de Lugh.

—¿Qué? ¡Oh, no! No, no, no, no, no. ¡No! —reiteró, Alana mientras reforzaba su negativa con el movimiento de su cabeza—. No estamos casados —aclaró al ver que se convertía en el centro de varias miradas curiosas y el ceño ominoso de Lugh.

—Lo sé, por eso he dicho que eres la mujer de Lugh, no su esposa —repuso Griane en tono razonable.

—Pero tampoco soy su mujer —replicó Alana y le dio un codazo a Lugh, cuyo rostro había adoptado una máscara inescrutable—. Acláralo.

Lugh la miró con intensidad durante un segundo y, clavando los ojos al frente, afirmó con voz grave: —Alana es *mo chuisle*.

—¿Tu qué? —farfulló ella, sin entender.

—Perfecto, eso lo aclara todo —declaró Manannán, con una sonrisa

complacida, mientras le palmeaba el hombro.

—Pues a mí no me ha aclarado nada —murmuró Alana observando a Lugh, que en aquel momento rehuía su mirada.

—Es un placer teneros aquí y, para celebrarlo, esta noche daremos un banquete en vuestro honor —proclamó Manannán—. Ahora ven conmigo, muchacho, tenemos mucho de lo que hablar.

Lugh dudó, reacio a dejarla sola.

—Ve tranquilo, yo la cuidaré —le tranquilizó Griane—. Nos prepararemos para la fiesta, será divertido —añadió y le guiñó un ojo.

Alana se quedó rígida al escucharla y se dejó arrastrar con reticencia hasta un pasillo con varias puertas en color dorado. Si su instinto no le fallaba, eran de oro macizo, al igual que varios de los elementos decorativos que había podido ver por el palacio.

Griane la llevó hasta una gran habitación, que entendió que era la suya propia. Alana se quedó observando, maravillada, los objetos que se acumulaban por doquier. Parecían antiguos y componían una mezcla de culturas y épocas: un medallón egipcio con el símbolo del ojo de Horus, una cruz de oro con rubíes de estilo medieval, un cofre con monedas de oro de acuñación española, un cáliz de oro con rubíes, una espada con una elaboradora empuñadura de estilo francés...

—Son tesoros que he ido rescatando del fondo del océano —explicó Griane, al ver que lo observaba todo con fascinación. La observó durante unos segundos con ojos críticos y luego asintió, como si hubiese tomado una decisión—. Creo que tengo un vestido adecuado para ti —aclaró, ante su mirada interrogante.

A su mente, acudieron los dibujos premonitorios de su hermana Eli. Uno de ellos ya se había cumplido hacía poco: el abrazo en el lago, cuando Lugh y ella invocaron el amanecer. En aquel momento, no fue consciente de ello, pero al llegar a casa recordó el dibujo.

El siguiente dibujo describía un baile en lo que parecía el salón de un castillo y ella con un vestido de gala en tono rosado.

Contuvo el aliento mientras Griane rebuscaba en su armario y cerró los ojos por el miedo a que sacase un vestido rosa de él. Pero cuando por fin se decantó por uno... ni era rosado ni se podía decir que fuese un vestido. Era un conjunto de velos etéreos del estilo que había visto en las selkies. Una creación sensual en tono dorado que dejaba muy poco espacio para la

imaginación.

—Venga, pruébatelo. Estoy convencida de que estarás maravillosa con él.

Alana lo dudó, pero tampoco quería despreciar el detalle ni la amabilidad de la muchacha, así que se tragó su propuesta y se lo probó.

Le quedaba perfecto y le hubiese encantado para una noche de seducción a solas con Lugh, pues parecía más un salto de cama que un vestido, pero no lo veía nada adecuado para llevarlo en público y menos en una fiesta organizada por el Señor de los Mares.

—Sabía que te quedaría bien, realza el tono dorado de tu piel —comentó Griane mientras la miraba con aprobación—. ¿Te gusta?

—Es muy bonito, pero... ¿no resulta demasiado atrevido?

—¿Atrevido?

—Sí, ya sabes. Es bastante... revelador.

Griane se rascó la cabeza, desconcertada.

—Creo que no entiendo lo que me quieres decir.

—Mira la ropa que llevaba cuando llegué. Estoy acostumbrada a llevar más tela encima —aclaró Alana y rezó para que no estuviese ofendiéndola.

La joven selkie parpadeó y luego dejó escapar una risa musical que hizo eco en las paredes de la gran estancia.

—Nosotros consideramos que vuestra ropa es aburrida —reveló Griane—. Además, en *Tir Tairngire* este vestido se considera recatado. Confía en mí. Causarás sensación entre los selkies, lo que provocará un ataque de mal humor en Lugh, algo que me hará muy, muy feliz.

—¿No te llevas bien con Lugh?

—Todo lo contrario, lo quiero como a un hermano. Y como buena hermana, me divierto importunándolo —añadió, con un guiño.

Su voz desbordaba cariño y aquello terminó por confundir del todo a Alana.

—No termino de entenderlo. Manannán lo quiere como a un hijo, tú pareces adorarlo, todos lo idolatran... ¿Por qué no le resultó fácil criarse aquí?

—Hay tres razones de peso: Ibhreac, Fiachna y Gaidiar. Mis hermanos —aclaró Griane—. Nunca se tomaron a bien la llegada de Lugh, y fue peor cuando él fue creciendo y desarrollando sus habilidades.

—Se esforzaron en ponerle trabas y hacérselo pasar mal —adivinó Alana.

—Al principio, Lugh siempre perdía en las contiendas, pero nunca se

rindió. Su tesón, su esfuerzo, su sacrificio... Poco a poco fue superándolos hasta conseguir ser invencible en todo lo que hacía.

Le vinieron a la mente las palabras que le dijo Lugh un día: «Me he esforzado mucho por llegar a ser como soy. ¿Qué tiene de malo enorgullecerme de ello?». Y por fin las entendió. Comprendió mucho de él.

—Fue duro para mis hermanos ver que, por mucho que se esforzaran, el orgullo de Manannán y el que se quedaba todos sus elogios era Lugh — continuó diciendo Griane—. Todo hubiese sido diferente si él no hubiese sido tan... excepcional, si se hubiese dejado vencer alguna vez.

—Pero no está en su naturaleza rendir menos de lo que sabe rendir por congraciarse con nadie. Nunca podría dejarse ganar —afirmó Alana.

—Por eso, un día se fue. Entendió que su presencia creaba demasiada discordia entre Manannán y sus hijos y prefirió abandonar este lugar.

Alana sintió un impulso incontenible de buscar a Lugh y abrazarlo. Solo abrazarlo. Se entristeció por él, porque había tenido que abandonar el único hogar que conocía por no causar problemas a aquellos a los que apreciaba.

—Desde entonces, todo ha cambiado, mis hermanos ya no lo ven como a una amenaza y se alegran de verdad cuando Lugh viene a visitarnos. Es una excusa para medir sus fuerzas en *An Ciorcal Gaineamh*.

—¿Qué significa eso?

—Que esta noche habrá contienda.

## CAPÍTULO 42

Lugh estaba deseando darles una paliza a sus tres hermanastros, aunque no se decidía por cuál de ellos empezar.

Podía hacerlo por Ibhreac, que, al ver por primera vez a Alana, se había atrevido a robarle un beso, aunque luego se había excusado en que no sabía que ella estaba con él.

Tal vez comenzaría por Fiachna, que había estado toda la cena comiéndosela con los ojos y no había disimulado, ni por un segundo, el deseo que sentía al recorrer con ojos codiciosos el cuerpo de la muchacha.

Definitivamente, iba a empezar por Gaidiar, decidió al escuchar cómo Alana rompía a reír de nuevo por algún comentario del más joven de los hijos de Manannán. No le gustaba nada la facilidad con la que le estaba arrancando sonrisas.

Alana se debió percatar de su mal humor porque dejó de reír y lo miró con curiosidad.

—¿Va todo bien? Te noto un poco... tenso.

Sí, estaba tenso y era por culpa de ella, que le había provocado una erección en un salón lleno de gente al aparecer con aquel vestido dorado y avivaba su enojo al no parar de recibir miradas de deseo por parte de los hombres que tenía a su alrededor.

Para los selkies, alguien con la piel dorada como la de Alana era de un seductor exotismo. Y aquella noche tenía una buena porción al descubierto y parecía más dorada que nunca.

—¿Qué le has hecho a tu piel? Parece oro —masculló, con un mal humor que contradecía la suavidad con la que le estaba acariciando el brazo.

—Me he puesto una crema que me ha dejado Griane. Me ha dicho que lleva oro y nácar. Además, huele de maravilla, ¿verdad? —comentó, mientras le acercaba la tierna piel de su muñeca a la nariz.

Sí, olía de maravilla, por eso su erección creció hasta resultar incómoda.

Miró con fastidio a Griane, que los observaba muy satisfecha. Seguro que la muy tunanta lo estaba exacerbando adrede y estaba disfrutándolo al máximo.

—Relájate —susurró Alana en su oído—. Se supone que es una fiesta y hay que pasarlo bien. Por cierto, ¿te he dicho ya lo atractivo que estás disfrazado de pez?

En cualquier otra ocasión, se hubiese reído de su ingenio. El atuendo de los hombres selkies consistían en un pantalón de suave piel, tan fina y delicada como la seda, y una especie de camisa hecha con escamas de plata. Alana no había disimulado su mirada de deseo al verlo y eso lo había hecho sentir un poco mejor, pero no hasta el punto de sonreír.

—¿Por qué estas de tan mal humor?

Porque desde que la viera con ese proyecto de vestido no encontraba el momento de quitárselo, porque en lo único que podía pensar era en sacarla de allí y disfrutar de su cuerpo y porque sabía que les esperaba una larga noche por delante antes de que pudiera hacerlo. Pero, sobre todo, porque ella había dicho ocho veces que «no» a la posibilidad de que fuese su mujer cuando Griane lo mencionó. Ocho. Y cada una de ellas había fustigado su orgullo.

—Creo que está de mal humor porque sabe que esta noche va a perder —proclamó lbhreac.

Eso era justo lo que necesitaba, una excusa para evitar una respuesta que no quería dar.

—Mis hermanitos han estado entrenándose duro para vencerte en la contienda —reveló Griane— y, como buena hermana, es mi deber brindarles mi apoyo. He apostado a que esta vez, al menos, uno de ellos quedará en pie —añadió en tono confidente, arrancando las risitas de varias mujeres y la mirada fastidiada de los tres hermanos.

Un pensamiento se abrió paso en la mente de Lugh. Aquella contienda era una ocasión perfecta para lucir su fuerza ante Alana. Cuando venciese a todos, la muchacha se daría cuenta de la suerte que tenía de estar con él, de que era un orgullo ser su mujer.

Deseoso de demostrarle sus habilidades en la lucha, se puso en pie.

—Pues no lo aplacemos más —declaró Lugh, mientras retaba a los tres hombres con la mirada.

—¿En serio os vais a enzarzar en una pelea en mitad de una fiesta? —preguntó Alana con una expresión en el rostro que no supo descifrar.

—La contienda es parte de la fiesta.

Alana fue a decir algo más, pero quedó muda de asombro al ver que el suelo del salón comenzaba a abrirse, hasta descubrir un círculo perfecto de

arena de unos veinte metros de diámetro, situado a un par de metros bajo el nivel del suelo.

—*An Ciorcal Gaineamh*. El Círculo de Arena —tradujo Lugh—. No se admiten armas ni magia. Es una lidia cuerpo a cuerpo, un honor reservado a los mejores guerreros selkies. ¿No vas a darme un beso para desearme suerte?

—¿Es que acaso la necesitas? —inquirió Alana, con una ceja arqueada.

—No, pero igual quiero un beso.

Alana le dio un beso pálido y fue entonces cuando detectó que algo no iba bien.

—¿Qué te ocurre?

—No lo hagas, Lugh. No pelees. No tienes que demostrar nada.

—Pero es que necesito demostrarte algo a ti —explicó, mientras le ponía un dedo en la barbilla para alzarle el rostro hacia él—. No te preocupes por mí, *álainn*. Mejor reza por ellos.

Media hora después, el salón retumbaba con el eco de su nombre mientras todos lo coreaban al unísono. Acababa de derribar a Gaidiar después de una dura pelea. Griane no mentía, los hijos de Manannán habían mejorado mucho sus habilidades en el combate cuerpo a cuerpo. Ibhreac había sido un duro contrincante y le había costado más de lo esperado acabar con el pequeño de los tres. Solo le quedaba vencer a Fiachna, el más fuerte.

Justo antes de empezar, buscó a Alana con la mirada. Lejos de estar gritando su nombre como las demás mujeres, ella se mantenía callada y con el rostro inexpresivo.

—Prepárate, dios del Sol, porque esta noche vas a dejar de brillar —rezongó Fiachna, mientras comenzaba a moverse en la arena, uno frente al otro, midiéndose con la mirada.

Su contrincante dio el primer golpe, un puñetazo rápido, pero él lo esquivó con facilidad y, aprovechando el impulso que había tomado, lo derribó en el suelo con un movimiento circular.

Nuevos vítores estallaron en el recinto, todos invocando su nombre. Lugh alzó los ojos en busca de Alana y la encontró mirándose las uñas.

Fiachna se puso en pie de nuevo y le lanzó una patada alta, pero Lugh, en un movimiento veloz, se lanzó al suelo y atacó la pierna sobre la que se apoyaba, haciéndole perder el equilibrio y derribándolo otra vez.

Más vítores lo aclamaron y Lugh volvió a buscar a Alana con la mirada. En esta ocasión la encontró bostezando. ¡Bostezando!



Estaba tan desconcertado por su falta de interés que perdió la concentración y, antes de darse cuenta, Fiachna lo derribó de un cabezazo. Solo tuvo unos segundos para celebrarlo antes de que Lugh lo dejara inconsciente con un potente puñetazo.

En cuanto salió del Círculo de Arena, todos corrieron a darle la enhorabuena, todos menos Alana, que parecía ajena a todo el jolgorio.

Cuando por fin pudo alcanzarla, se irguió orgulloso ante ella.

—He ganado.

—Nunca lo he dudado. Eres el más fuerte —respondió ella, como si no fuese nada loable su mérito.

Aquello lo descolocó.

—¿No te impresiona ni mi poder ni mi fuerza?

—He crecido rodeada de hombres poderosos que se sirven de su fuerza para reivindicar su supremacía. Es fácil mostrarte fuerte cuando eres fuerte. Lo difícil para un hombre fuerte es mostrarse dulce y gentil —explicó ella, con voz suave—. Eso es lo que siempre me impresiona de ti, Lugh, que tienes el valor de mostrar tu ternura conmigo sin que tengas el erróneo pensamiento de que eso te va a hacer parecer débil.

Lugh la miró, desconcertado. Nunca había pensado que su ternura pudiese ser digna de elogio ni que fuese la cualidad que más valorase ella, pues en su mundo primaban el poder y la fuerza.

De nuevo volvió a preguntarse por la vida que llevaba ella en España y de la que nunca hablaba. Siempre que Lugh sacaba el tema, ella lo esquivaba con rodeos.

Abrió la boca para preguntarle, pero ella se le adelantó de nuevo.

—¿Qué significa *mo chuisle*?

—Este no es el momento para contestar a esa pregunta, *álainn* —respondió Lugh, con sinceridad.

—¿Y cuál será el momento?

—Cuando estés preparada para escuchar su significado.

Ella aceptó sus palabras con un breve movimiento de la cabeza. Se acercó a él y le rodeó el cuello con los brazos, uniendo sus cuerpos de una forma deliciosa.

—Ahora que ya has demostrado a todos que sigues siendo el más fuerte, ¿qué te parece si nos escapamos de la fiesta y me demuestras a mí tu ternura? —inquirió, con tono sugerente, mientras acariciaba sus labios con delicadeza.

Lugh sintió que el cuerpo se le inflamaba de deseo.

—No sé si podré ser demasiado tierno contigo la primera vez.

—Lo sé, por eso te voy a dar tres intentos —respondió Alana, con un guiño.

Sin poder contenerse ni un segundo más, Lugh la cogió en brazos y la sacó de allí.

La primera vez, le hizo el amor de forma ardiente, la segunda fue dulcemente apasionada y, en la tercera, por fin pudo demostrarle toda la ternura que se merecía.

## CAPÍTULO 43

La traición se cocinaba a fuego lento.

El plan de Alana estaba resultando un éxito: desde que Diana y Elatha rompieron su relación, tres semanas atrás, la española había pasado mucho tiempo con Mac Gréine. Todo parecía fluir bien entre ellos, o al menos así lo creía él, lo que ponía a salvo a su amiga. Algo menos de lo que preocuparse.

Aprovechando que Lugh había estado siendo entretenido por Alana y casi no pisaba Avalon, Mac Gréine había ido susurrando las palabras adecuadas en muchos danianos descontentos y había conseguido el apoyo de muchos de ellos.

Por su parte, Stephen tenía retenido a Sean. Su desaparición, justo después del asesinato de Heather, había creado muchas dudas y había quienes lo señalaban como culpable. Los milesianos estaban desconcertados porque el elegido como futuro Guardián pudiese ser un asesino y Stephen estaba aprovechándose de ello para conseguir aliados.

Y los que no culpaban a Sean, creían que había sido cosa de los fomorianos y que debían ser expulsados de la isla. Después de todo, la muchacha llevaba en la mano un anillo fomoriano cuando la encontraron muerta en el bosque. Eso era una prueba irrefutable para muchos.

Faltaba poco para que el Pacto de Tres se resquebrajara y, entonces, Alexandre y los Hijos de Breogán tendrían vía libre para conquistar Irlanda.

Solo faltaba que Alana se hiciese con el libro mágico de Dagda y aquel día lo iba a conseguir.

Contuvo el aliento cuando, por fin, pudo adentrarse en la biblioteca de Muckross House. Según Diana, Murphy, el detestable hombrecillo que le había negado la entrada el primer día que fue allí, se había tomado un par de días libres por temas personales, y la seguridad había disminuido. Pero ella conocía la verdad: Stephen había movido algunos hilos para allanarle el camino.

Por otra parte, Dagda estaba demasiado ocupado con los preparativos de un gran baile que se iba a celebrar en Avalon con motivo del solsticio de

verano y no tenía previsto ir por allí, así que aquella era su oportunidad para obtener el libro.

—Los libros que más te pueden interesar están en la estantería del fondo, junto al escritorio —indicó Diana, solícita, mientras le mostraba el lugar—. Son los más antiguos que hay aquí.

Alana se encaminó, sin pérdida de tiempo, hacia allí. Oteó con interés los lomos de los volúmenes que se disponían en las estanterías, pero después de recorrerlas una tras otra, frunció el ceño. El libro de Dagda no parecía estar allí.

—No está —musitó con voz queda.

No se dio cuenta de que lo había dicho en voz alta hasta que oyó a Diana preguntar:

—¿Buscas alguno en particular?

—Hay volúmenes curiosos, pero esperaba encontrar algo más especial. Verás, hay una leyenda que dice que Dagda ha escrito un libro de su puño y letra. Un diario que contiene toda la sabiduría de los Tuatha dé Danann —explicó Alana y no pudo contener la desilusión de su voz—. Aunque supongo que un libro así debe estar custodiado bajo mil candados en el corazón de Avalon.

—O tal vez dejado caer encima de un escritorio a dos pasos de ti —murmuró Diana mientras miraba de reojo a su amiga.

Alana abrió los ojos como platos cuando las palabras de su amiga se abrieron paso en su mente. Miró a su alrededor hasta clavar los ojos en el escritorio de madera de roble dispuesto junto a la ventana. Y allí estaba.

Se acercó despacio, mientras lo observaba reverente. Tenía una cuidada encuadernación en piel verde, y en la tapa había grabado un trisquel dorado, el símbolo de los Tuatha dé Danann.

Extendió la mano para tocarlo, pero Diana la detuvo.

—No te molestes en intentar abrirlo, ni siquiera en moverlo de dónde está. Está protegido por un encantamiento.

La mano de Alana tembló hasta cerrarse en un puño. Bajó el brazo con un suspiro.

—Era demasiado fácil, ¿verdad?

¿Cómo no lo había pensado? Un libro tan poderoso no podía estar desprotegido, era lógico. Tendría que buscar alguna solución en su libro de hechizos, algo que pudiese romper el escudo protector de los objetos.

—De todas formas, aunque Dagda te lo dejase de buen grado, ni siquiera podrías tocarlo, se desvanecería entre tus dedos. Solo alguien de su sangre puede hacer uso de él.

Aquello acabó con sus esperanzas.

Sin ese libro, las posibilidades de curar a Eli eran muy escasas.

Mil ideas pasaron por su mente. Pensó en acudir a Lugh y contarle la verdad. Toda la verdad. Que había ido a Irlanda para destruir el Pacto de Tres, que sabía quién era él desde un principio y que estaban a punto de ser traicionados por los suyos. Tal vez él pudiese interceder ante Dagda de alguna forma. Pero tal como lo pensó, lo descartó. En cuanto Lugh supiese que lo había estado utilizando, la mataría. Un hombre tan orgulloso como él no podría dejar pasar por alto semejante traición.

—Venga, ánimo —continuó diciendo Diana ajena al rumbo de sus pensamientos—. Seguro que encuentras alguna información relevante para tus estudios en esa estantería de ahí.

—Sí, supongo que sí —musitó Alana, aunque le costó separar los ojos del libro mágico de Dagda.

Cuando llegó a su apartamento, un par de horas después, su ánimo seguía bajo, aunque mejoró al ver que Lugh la estaba esperando en la puerta, con dos grandes cajas blancas en la mano, envueltas con un lazo rojo.

—¿Qué haces aquí?

—Te traigo un regalo —declaró él con esa sonrisa tan especial que le hacía resplandecer—. Pero antes...

Lugh rodeó su cintura con el brazo mientras hacía equilibrios con las cajas y la alzó contra su cuerpo para besarla en profundidad. Cuando terminó el beso no la dejó en el suelo, la puso sobre su hombro y entró con ella así al apartamento, arrancándole un par de gritos y una carcajada.

Le encantaba esa parte juguetona de él y lo bien que la hacía sentir cuando estaban juntos. Sabía que su relación no iba a llegar a buen término, que no tenían futuro, pero pensaba disfrutarla hasta el último momento. Vivía en un sueño amenazado por la realidad. Y la realidad se impuso al abrir la primera caja.

Cuando desenvolvió el lazo y levantó la tapa, el estómago se le contrajo al vislumbrar una tela rosada. Un vestido.

—Está hecho especialmente para ti por la mejor modista selkie —explicó él y sus ojos brillaban de entusiasmo, aguardando su reacción—. Lo he

elegido yo. Bueno, Griane me asesoró un poco —reconoció, y ella lo miró con alarma, pues el estilo de la selkie era demasiado atrevido para su gusto. Lugh debió intuir su preocupación, porque añadió: —Me ha pedido que te diga que no te preocupes, que es aburrido, aunque no sé muy bien si eso es bueno o malo.

Alana lo cogió con manos temblorosas, lo sacó de la caja y lo extendió frente a sí. Era un vestido de ensueño, de corte princesa y escote palabra de honor. La tela era tan delicada que parecía que se iba a disolver entre sus dedos y tenía un matiz nacarado de un suave tono rosado.

—¿Te gusta?

Alana asintió, incapaz de hablar por el nudo que se le había hecho en la garganta.

Era hermoso.

Era perfecto.

Era justo el vestido que había dibujado Eli, el que había visto en el sueño en que Lugh terminaba matándola con sus propias manos.

—En la otra caja tienes todos los accesorios que puedas necesitar: un canchán, zapatos, bolso, un chal... —enumeró Lugh mientras Alana abría la caja y observaba embelesada todos los hermosos complementos que contenía —. Como ya te habrá contado Diana, mañana se va a celebrar un gran baile en Avalon y me gustaría que vinieses conmigo.

Sería un sueño hecho realidad: poder ir a *Tir na nÓg* y ver con sus propios ojos un mundo reservado solo a los dioses, pero era un sueño que debía rechazar porque significaría su muerte.

Miró a Lugh a los ojos y al ver la ilusión con que la miraba se le rompió el corazón, porque sabía que sus próximas palabras iban a hacer desaparecer su brillo.

—No voy a poder ir al baile contigo, Lugh.

El rostro de Lugh se demudó al instante.

—¿Por qué?

—Siempre que me has hablado de *Tir na nÓg*, lo has descrito como un lugar exclusivo al que solo las personas mágicas pueden acceder. Mi lugar no está allí.

—¿Qué sabes de tu padre, Alana?

La pregunta la descolocó.

—Ya te lo dije, lo único que sé de él es que era de Irlanda.

—Exacto, no sabes nada. La primera vez que te vi, supe que eras diferente —reveló Lugh mientras la miraba con intensidad—. Desprendes energía, demasiada energía para ser alguien normal. Incluso me viste cuando ningún siadsan puede hacerlo sin que yo quiera. Eso demuestra que hay una esencia mágica en ti.

Alana trató de mostrarse inexpresiva. No podía revelarle que era una descendiente de Biróg, eso traería demasiadas preguntas.

—¿Has pensado que tu padre podría ser un milesiano?

De pequeña había pensado mucho en él, sobre todo tras la muerte de su madre. Había soñado con que era un poderoso dios y que iba hasta el Pazo de Breogán a rescatarlas a ella y a Eli de las garras de Alexandre; pero con el paso del tiempo, dejó de soñar. Tan solo se limitó a sobrevivir.

—No me lo había planteado, la verdad —respondió ella y se encogió de hombros—. Pero, aun así, aunque tu suposición fuese cierta y mi padre tuviera algo que ver con el mundo mágico, sigo pensando que no sería buena idea ir.

La mandíbula de él se contrajo, símbolo de que estaba enfadado por su respuesta. Por suerte, Alana contaba con que Lugh era demasiado orgulloso para insistir en su petición. Y, tal como pensaba, él no lo hizo. Tan solo la miró con una expresión indescifrable durante unos segundos, como si no supiese cómo tomarse su negativo.

—Piénsatelo —masculló al final, tras lo cual dio media vuelta y se fue sin decir nada más.

Alana dejó escapar el aliento en un suspiro frustrado. No había nada que desearse más que poder ir a aquel baile con él, pero no tenía nada que pensar.

Ir a Avalon supondría su muerte.

## CAPÍTULO 44

Alana observó a Diana con ojo crítico. La había peinado con un semirrecogido sencillo, pero que le favorecía mucho y la había maquillado con el toque justo de color para resaltar sus mejores atributos. Si a eso le sumabas el maravilloso vestido verde esmeralda que llevaba, el resultado era espectacular.

—Pareces una princesa Disney —declaró, con una mirada de admiración—. El color del vestido intensifica el verde de tus ojos. Estás preciosa —concluyó, satisfecha por haber contribuido en su transformación.

Diana se miró en el espejo y sonrió, pero su sonrisa no le llegó a los ojos. Por mucho que lo intentaba, y a pesar del amuleto que todavía llevaba en la muñeca, su amiga no conseguía olvidarse de Elatha.

Mac Gréine iba a ser su pareja para el baile de aquella noche, pero algo le decía que, pese a lo mal que habían acabado, Diana hubiese preferido ir con el fomoriano.

—Venga, alegre esa cara —susurró, en un intento por darle ánimos.

Su amiga la miró y suspiró.

—Aún estás a tiempo de cambiar de opinión y venir conmigo —comentó, mientras cabeceaba hacia una caja grande y blanca que estaba sobre la cama.

—¿Y dar la satisfacción a Lugh de verme con un vestido que él mismo ha elegido para mí? Creo que no.

—Por lo que me han dicho, es algo insólito que un daniano invite a una siadsan a Avalon. Deberías sentirte muy halagada.

Alana se encogió de hombros, como si aquello le trajera sin cuidado.

—¿Me estás diciendo que no tienes ningunas ganas de ver Avalon por dentro y los tesoros que se ocultan en él? —inquirió Diana, incrédula.

Su pregunta captó el interés de Alana, pues la española, al ser la reencarnación de Erin, había tenido la oportunidad de visitar Avalon en varias ocasiones.

—¿Qué tesoros? —preguntó, curiosa.

—Una espada, una lanza y un cuenco.



El corazón de Alana se saltó un latido cuando una esperanza se abrió paso en su interior.

—¿Qué tipo de cuenco?

—Mac Gréine lo llamó el Caldero de Dagda, aunque creo que es una forma muy pretenciosa de llamar a ese pequeño recipiente de bronce.

—Así que en verdad existen —musitó, mientras su mente empezaba a barajar aquella información.

¡Qué tonta había sido! Según las leyendas, el Caldero de Dagda era un cáliz mágico que tenía propiedades curativas. De hecho, había teorías que lo asociaban al mítico Santo Grial, fuente de la eterna juventud.

Si conseguía llevarlo al pazo, Eli se curaría en cuanto bebiese de él.

Solo había un pequeño problema: para entrar en Avalon debía aceptar la invitación de Lugh de acompañarlo al baile. Entonces, el sueño de Eli se cumpliría y acabaría matándola.

O tal vez no.

Las visiones de futuro eran volubles. El más ínfimo detalle podía hacerlas variar. Normalmente, el punto de inflexión lo marcaba una decisión tomada de forma irreflexiva. Un impulso. Algo ajeno a toda razón.

No le quedaba otra opción. Debía arriesgarse si quería hacerse con el Caldero de Dagda.

—¿Sabes qué? Tienes toda la razón, no todos los días recibo una invitación para adentrarme en la morada de los Tuatha dé Danann.

Diana aplaudió de alegría al escucharla.

Alana se puso el canacán, blanco y con un gran bolsillo en el lateral, muy práctico para poder llevar a mano lo indispensable... O para sacar de Avalon un objeto robado.

Luego Diana la ayudó a pasar el vestido por la cabeza. Contuvo el aliento cuando, al cerrar la cremallera que llevaba a un costado, la suave tela le abrazó el torso, adaptándose a la perfección a sus curvas. Su cintura se veía diminuta en contraste con la falda, acampanada por el efecto del canacán. Se miró en el espejo y sonrió. Debía reconocer que aquel tono rosado hacía maravillas con su piel.

Como no tenía tiempo de hacerse nada elaborado en el pelo, solo se recogió dos mechones hacia atrás para despejar su rostro y dejó que los rizos oscuros le cayeran libres por la espalda.

El mensaje de Lugh llegó justo cuando se estaba dando los últimos toques

de maquillaje.

*¿Has cambiado de opinión?*

Alana respiró hondo y escribió: *Sí, iré.*

La respuesta no tardó en llegar: *Paso a recogerte en quince minutos.*

En un impulso, se metió en su habitación, cogió la daga de Findias que le había dado Alexandre y la metió en el bolsillo de su canacán.

Ya no había vuelta atrás.

## CAPÍTULO 45

**E**stoy en Avalon».  
«Estoy en Avalon».  
«Estoy en Avalon».

Alana no podía dejar de repetir esa frase, como un mantra, mientras observaba embelesada a su alrededor. Si incluso había visto a dos unicornios pastando en un prado que había junto al castillo. Era increíble.

Al traspasar las grandes puertas de Avalon, accedieron a un descansillo elevado que daba al Gran Salón y Alana contuvo el aliento ante la belleza que se presentó ante sí. Diana se lo había descrito en una ocasión, pero en su imaginación no le había hecho justicia.

Era un espacio de un blanco resplandeciente cuya techumbre era un reflejo del cielo, en aquella ocasión, oscuro y estrellado. Había sido decorado con guirnaldas de flores frescas, que desprendían un aroma dulzón. Una gran hoguera situada en el centro de la estancia, con motivo del solsticio de verano, bañaba la estancia con su cálida luz: un fuego mágico que nunca se consumía y que no emanaba calor, tan solo emitía un agradable resplandor. Varios músicos hacían brotar de sus instrumentos una alegre melodía celta que inundaba cada rincón.

—¿Qué te parece? —susurró Lugh en su oído, sabedor de que estaba asombrada.

—Es casi tan impresionante como tú vestido así. Casi —enfaticó, mientras le guiñaba un ojo.

Su respuesta arrancó una sonrisa arrogante en Lugh.

Era la verdad. Vestido con pantalones claros, una camisa blanca con el cuello de pico y ribeteada con un pequeño volante y una chaqueta abierta de cuello mao, estaba guapísimo. Parecía salido de otra época.

—Me he tenido que esmerar para ser un digno acompañante de tu belleza —comentó Lugh mientras le cogía la mano y se la besaba con galantería—. Siempre estás hermosa, pero esta noche... Resplandeces.

Había adoración en su mirada y Alana se preguntó qué podía pasar

aquella noche para que aquello cambiara y Lugh intentase matarla según la predicción de Eli.

—Ven, te presentaré a alguien que seguro que te encantará conocer.

Lugh la condujo hacia un anciano alto y fornido, vestido con una túnica larga de color blanco con adornos dorados, que aguardaba a los pies de la gran escalinata. Lo reconoció al instante por la visión que había tenido cuando fue a Muckross House por primera vez. Era Dagda.

En aquellos momentos, estaba dando la bienvenida a Diana y Mac Gréine, pero luego se giró hacia ellos y la observó con curiosidad.

—¿Quién es esta encantadora dama que te acompaña, Lugh?

—Es Alana —respondió él, mientras se erguía orgulloso—. La muchacha española de la que te hablé.

Sin saber cómo actuar, la joven se inclinó en una elegante reverencia, como si estuviese ante alguien de la realeza. En cierta forma, así lo era. Dagda era el líder de los danianos. Por el momento.

—Así que eres española —musitó Dagda y cogió una mano entre las suyas, en señal de bienvenida.

En cuanto se tocaron, la mente de Alana se nubló. Pudo ver llamas danzando en la noche. Una hoguera. La mirada de dos personas que se cruzaron en la distancia. Ojos marrones y ojos azules. Tierra y cielo. El hombre era alto y fornido, con un vibrante cabello pelirrojo. La mujer... Tardó un segundo en reconocerla: era Eleonora, su madre.

Abrió los ojos con un respingo y se encontró con la mirada profunda del anciano. Por un segundo, en su mente dejó de ser un anciano y se transformó en un apuesto hombre de cabello pelirrojo.

No lo entendía. Su visión coincidía con la historia que le había contado su madre de pequeña en innumerables ocasiones. La noche en que Eleonora conoció al padre de Alana.

Su corazón se saltó un latido cuando por fin lo entendió: Dagda era su padre. Aquella certeza la sacudió.

¿Pero cómo podía ser posible? En su visión, el anciano no tendría más de cuarenta años y ahora aparentaba más de ochenta. No había podido envejecer tanto en veinticinco años. Por otro lado, ¿desde cuándo los dioses envejecían?

Dagda debió de percibir algo, alguna conexión, o tal vez solo se percatase de la conmoción en sus ojos antes de que pudiese disimularla, porque la miró con intensidad.

Retuvo su mano de tal forma, que Lugh acabó observando a Dagda con el ceño fruncido.

—Bailemos —propuso y se interpuso entre ellos con disimulo.

Alana agradeció, en silencio, que la apartara del anciano. Su cabeza era un caos y sentía mil emociones removiéndose en su interior. Se dejó llevar con docilidad hasta la pista de baile y solo se relajó cuando Lugh la cogió entre sus brazos y comenzó a guiarla al ritmo de una suave melodía celta.

—Parece que Dagda se ha quedado prendado de ti —comentó, entre divertido y exasperado, al ver que el daniano no apartaba la mirada de ella—. Aunque no lo puedo culpar.

—No es más que un anciano —musitó ella, en un intento por quitarle importancia.

—No te dejes engañar, Dagda ha decidido mostrarse con esa apariencia por voluntad propia. Dice que es así como se siente últimamente. Pero su aspecto real es muy diferente: no aparenta más de cuarenta años y tiene el cabello de un vibrante color rojo —explicó Lugh, respondiendo sin saberlo a sus dudas—. Y que no te engañe esa aura de placidez e inocencia que lo rodea. Es un seductor nato. Sus hazañas con las mujeres son legendarias.

¿Eso es lo que había sido Eleonora para él; una más de sus conquistas? Aquella posibilidad la enfureció. Sobre todo, porque Alana sabía que su madre había atesorado hasta su último aliento los pocos momentos que habían compartido juntos.

Lugh debió de notar que algo no iba bien porque le levantó la barbilla con suavidad y escudriñó en sus ojos.

—¿Ocurre algo?

—Nada en absoluto —respondió ella y esbozó su mejor sonrisa, aquella que había estado practicando durante años para disimular sus verdaderos sentimientos—. Bueno, la verdad es que estoy un poco nerviosa. Nunca imaginé que pudiese estar aquí, contigo —comentó Alana, apelando a su vanidad para cambiar de tema—. ¡Mírate, pareces un príncipe!

—Mejor aún, soy un dios —respondió Lugh, con un guiño, mientras sacaba a relucir su lado más arrogante.

Tuvo que reír. Era eso o darle con el zapato en la cabeza. Pero la risa murió en sus labios cuando una pareja vestida de negro entró en su campo visual: Elatha y Morrigan.

A medida que los invitados fueron percatándose de su presencia, la

música fue perdiendo fuerza y lo que antes eran ligeros acordes que flotaban en el ambiente fueron sustituidos por murmullos escandalizados.

Alana buscó con su mirada a Diana. La pelirroja había empalidecido visiblemente al verlos. Sin pensarlo, fue hasta su lado, en una muda expresión de apoyo. Al mismo tiempo, Lugh fue hacia los recién llegados. Por su expresión, parecía dispuesto a echarlos de allí a patadas, pero antes de que pudiera llegar a ellos, Dagda se le adelantó.

—Morrigan, Elatha. Os estaba esperando —comentó el anciano, con una sonrisa de bienvenida que dejaba claro que estaban allí con su consentimiento. Eso detuvo a Lugh de golpe—. Es un placer que nos hayas honrado con tu presencia, Elatha. Siéntete como en casa —añadió, con la voz lo suficientemente alta para que todos lo oyeran.

Con esas dos frases, el enemigo pasó a ser un invitado más. La música se reanudó y todo volvió a la normalidad.

La pareja se abrió paso entre los invitados, retando con la mirada a todos los que se cruzaban en su camino, y con un fluido movimiento comenzaron a girar al son de la música.

Diana los observaba, lívida. En su mirada se podía ver una mezcla de anhelo, tristeza y amor que le encogió el corazón. Al ver las lágrimas que comenzaron a asomar a sus ojos, supo que seguía enamorada del rey fomoriano.

—Ni se te ocurra ponerte a llorar —musitó Alana, mientras le cogía de la mano y se la apretaba, intentado transmitirle ánimos—. No les des esa satisfacción.

Diana asintió.

—¿Bailas conmigo? —propuso Mac Gréine, al tiempo que le ofrecía el brazo.

Alana observó cómo el daniano la volvía a llevar a la pista de baile. Por la forma en que la miraba y lo protector que se mostraba con ella, parecía que había caído en su propia trampa. ¿Era posible que Mac Gréine sintiese algo verdadero por Diana?

En un momento dado, Diana salió a la terraza y Mac Gréien la siguió.

—Esos dos van a buscar algo de intimidad. Tal vez deberíamos hacer lo mismo —susurró Lugh en su oído.

Era justo la excusa que necesitaba para continuar con su plan.

—Diana me ha contado que en Avalon se custodian tres de los tesoros de

los Tuatha dé Danann. Te propongo un trato: tú me los enseñas y luego yo te agradezco el gesto como es debido es un lugar más íntimo—sugirió ella, en tono seductor.

—Al final voy a pensar que estás conmigo solo por el interés —rezongó Lugh, en protesta.

—Por eso y por tu enorme... atractivo —replicó ella, atrevida, arrancándole una carcajada.

## CAPÍTULO 46

Lugh la condujo por un largo pasillo hasta una estancia custodiada por dos guardias.

—Bienvenida a la Sala de los Tesoros —anunció, mientras la invitaba a pasar, con un ademán—. Como bien sabes, estos objetos mágicos ayudaron a ganar la guerra contra los fomorianos. Esta es la *Claiomh Solais* o Espada del Sol —continuó explicando Lugh, al tiempo que señalaba una lujosa espada con una reluciente empuñadura de oro—. Una vez se desenvaina, no hay enemigo que no caiga ante ella. Su filo es capaz de quebrar cualquier espada, incluso las de metal fomoriano, que es de una dureza especial.

Alana pasó los ojos, sin demasiado interés, por la espada. En cambio, sus ojos relampaguearon al ver el siguiente tesoro.

—¿Ese es el famoso Caldero de Dagda? —inquirió, con la incredulidad tiñendo su voz.

No era para menos. Aquel objeto no tenía, ni por asomo, el tamaño que se esperaba en un caldero. Era más bien un pequeño cuenco, con la circunferencia justa para que cupiese entre sus manos. Tampoco era especialmente llamativo ni lujoso, nada de oro y piedras preciosas. Tan solo un diseño sencillo de bronce con un trisquel y varios símbolos mágicos grabados en la superficie.

—¿Desilusionada?

—No, es solo que lo esperaba diferente. ¿Es cierto que tiene propiedades curativas?

—Sí, pero solo puede sanar a los seres sobrenaturales y curar las heridas que han sido infringidas por armas mágicas. No funciona con los siadsan.

—¿Cómo se utiliza? ¿Hay que llenarlo de agua o de alguna pócima en particular para que funcione?

—No, solo tienes que cogerlo entre tus manos y decir dos palabras para que brote líquido de él, hasta llenarse. Una vez se bebe, cualquier herida sana mientras el corazón no haya dejado de latir.

—¿Qué palabras?



—*Uisge beatha*.

—Agua de vida —susurró Alana, recordando la traducción— ¿El resultado es instantáneo? ¿Solo sirve para heridas o también cura lesiones de otro tipo? No sé, por decir algo, una lesión medular de las que te condenan a una silla de ruedas para el resto de tu vida.

Lugh frunció el ceño y la observó con extrañeza.

¡Mierda! Se estaba pasando con las preguntas y él estaba empezando a sospechar.

—No, no es instantáneo. La persona que bebe de él queda en un estado de inconsciencia hasta que sus heridas se curan, y eso puede tardar horas. Y en cuanto a si puede curarlo todo, supongo que dependerá de la lesión. Pero, si quieres, podemos preguntarle a Dagda...

—No es necesario, era simple curiosidad. Y aquella debe de ser tu lanza —comentó Alana, buscando un cambio de tema.

Lugh siguió la dirección de la mirada de la joven y sonrió con orgullo. A simple vista, parecía un arma modesta: un simple mango de madera con una punta de bronce.

—Sí, es la *Gáe Assail* o Lanza de Assal. Solo yo la puedo empuñar y nunca fallo un objetivo.

—Me imaginaba que tu lanza sería más... grande —murmuró Alana, provocativa.

—Enorme, ¿recuerdas? —repuso Lugh, con voz ronca y ella sintió que se ruborizaba un poco.

—¿Puedo tocarla o va a sonar alguna alarma?

—No hay alarmas en Avalon —respondió Lugh, riendo—. Y puedes tocarla siempre que quieras —añadió con un guiño, continuando con el doble sentido de la conversación.

Alana iba a replicar a su sugerencia cuando una tosecilla los interrumpió. Se giraron al unísono y descubrieron que Mac Gréine estaba en la puerta. Una sonrisa blanda sesgaba sus labios, pero su aura crepitaba más oscura que nunca.

—Siento interrumpiros, pero creo que Dagda está buscándote.

Lugh soltó un suspiro y la miró, indeciso.

—No te preocupes por mí, ve tranquilo —susurró Alana, y se alzó de puntillas para depositar un breve beso en sus labios.

—Yo la acompañaré hasta que vuelvas —propuso Mac Gréine, solícito,

mientras sus ojos se clavaban en ella con frialdad.

Lugh se lo agradeció dándole una palmada en el hombro y salió del Salón de los Tesoros con paso rápido.

—¿En verdad Dagda lo estaba buscando o es una excusa para deshacerte de él?

—Necesitaba hablar contigo de forma urgente, pero en verdad el viejo me ha preguntado por Lugh hace un momento. Bueno, la verdad es que la que parecía interesarle eras tú —respondió Mac Gréine, mientras se encogía de hombros. Se acercó a ella y Alana pudo sentir la tensión que irradiaba su cuerpo—. Tu plan no ha funcionado: Diana debe morir.

El corazón de Alana se detuvo.

—¿Qué?

—Acabo de declararle mi amor y... Esa estúpida me ha rechazado. Continúa enamorada de Elatha —masculló, con el rostro contraído por la furia y el desengaño—. Tenemos que actuar ya, no podemos perder más tiempo. Debemos acabar con ella lo antes posible —añadió, retándola con la mirada a que dijera algo.

La mente de Alana comenzó a barajar ideas y posibilidades, tratando de encontrar una opción satisfactoria que salvara la vida de su amiga.

—No creo que la solución sea matarla. Creo que la mejor opción sería utilizarla de moneda de cambio.

—¿Para qué?

—Para conseguir el libro mágico de Dagda. He oído decir que contiene toda su sabiduría, hechizos de todas clases, algunos tan poderosos que pueden someter a un pueblo entero. Incluso podríamos probar un hechizo de transmutación para que Stephen pudiese ocupar el cuerpo de Sean y así pudiese ser el nuevo Guardián —improvisó, en un intento de convencerlo.

—No has pensado en un pequeño detalle: solo Dagda o alguien de su sangre puede tocar el libro. Ni siquiera yo, siendo su nieto, puedo. Perdí ese privilegio cuando me reencarné en otro cuerpo.

—No lo entiendes, sería solo una excusa. Les decimos que queremos el libro a cambio de Diana y los atraemos a una emboscada. Sería el momento de iniciar la revuelta.

Mac Gréine sopesó sus palabras, pensativo.

—Podría funcionar —reconoció, al fin—. Pero solo si eliminamos antes a Lugh —añadió, con una mirada dura—. Y lo harás tú. Esta misma noche.

Alana se temía aquello. Inspiró de forma profunda y habló, sorprendida de que la voz no le temblara tanto como lo hacían las piernas.

—Mataré a Lugh con una única condición: quiero el Caldero de Dagda.

Si no conseguía el libro, al menos tendría el caldero para tratar de sanar a Eli.

—Sírvete tu misma —concedió Mac Gréine, sin mucho interés.

—¿Puedo cogerlo así, sin más?

—Los guardias de la puerta están de nuestra parte, apoyan la revuelta. Además, esta noche ha estado aquí Elatha, haré que las sospechas recaigan sobre él, eso creará más tensión con los fomorianos.

Alana cogió el pequeño cuenco con manos temblorosas y, levantándose la falda con un movimiento rápido, lo metió en el bolsillo del canacán, rezando para que nadie se diese cuenta de que lo tenía allí escondido. Al hacerlo, sus dedos rozaron la daga de Findias. Solo de pensar en clavarla en la carne de Lugh fue suficiente para que el estómago se le revolviere.

Era una manipuladora.

Era una mentirosa.

Pero no era una asesina.

¿Y si le contase la verdad?

¿Cómo reaccionaría?

El dibujo de Eli se abrió paso en su mente. Él atenazando su cuello con las manos, ahogándola, quitándole la vida con su fuerza.

No podía reaccionar de otro modo si le contaba la verdad. Y, aun así, ¿cómo no intentarlo?

## CAPÍTULO 47

Lugh tardó más de lo esperado en encontrar a Dagda y todo para nada, el líder daniano ni siquiera recordaba que lo andaba buscando. Cuando regresó a por Alana, Mac Gréine le informó de que la española había decidido esperarlo en sus aposentos y él, solícito, la había acompañado hasta allí. Lugh le agradeció el gesto de forma distraída, con el pensamiento puesto en la española.

Se quedó sin palabras cuando, al entrar en su habitación, la encontró desnuda en su cama. Su sola visión hizo que el corazón le retumbase en el pecho y una potente erección tensase sus pantalones.

Ella estaba recostada contra el cabecero, cubierta a medias por una ligera sábana de seda, con la mirada perdida lejos de allí. Su hermosa cabellera oscura se derramaba salvaje por encima de su hombro y su piel dorada relucía bajo el suave fulgor de la luna que se filtraba por los grandes ventanales del balcón.

Había soñado muchas veces con tenerla en su cama, pero la sensación de satisfacción al verla allí por fin fue mucho más intensa de lo que había imaginado.

Intuyendo su mirada, ella se giró y lo obsequió con una triste sonrisa que no le llegó a los ojos. Lo único que consiguió fue aumentar el desasosiego de Lugh.

Ella trataba de disimularlo, pero había algo que la perturbaba. Toda la noche había estado tensa y ahora... Ahora, más que nunca, parecía una figura de cristal que se fuese a quebrar con un ínfimo roce.

Deseó que Alana confiase en él, que le abriera su corazón y su mente de la misma forma en que le abría su cuerpo, pero ella continuaba siendo muy reservada.

Él intuía cuál era el problema: estaba pensando en regresar a España. No habían hablado demasiado de ello, pero ella siempre había dado a entender que su estancia en Irlanda era temporal.

Memeces. Sin duda aquel era su lugar.

En Avalon.

En su cama.

A su lado.

Para toda la eternidad.

Ahora solo hacía falta que ella aceptase su propuesta, pero antes...

Se acercó a la cama y ella se incorporó para recibirlo, poniéndose de rodillas sobre el colchón para poder quedar a su altura. El primer beso fue suave y dulce, una bienvenida, pero pronto le siguieron muchos otros que fueron ganando en intensidad. Sin embargo, a pesar del ansia, ninguno de los dos apresuró el paso, como si se hubiesen puesto de acuerdo para alargar el momento todo lo posible, como si intuyesen que algo iba a cambiar entre ellos después de aquella noche.

Sin dejar de mirarlo a los ojos, Alana le quitó la chaqueta y luego la camisa, depositando besos y caricias en la piel que descubría y, con cada roce, no hacía sino exacerbar el deseo de Lugh.

Su parte fomoriana rugió hambrienta, clamando por tomarla, por enterrarse tan profundo en ella como pudiese, por marcarla como suya para toda la eternidad, y esa noche no se contuvo.

En cuanto estuvo desnudo, se tumbó sobre ella y la penetró con un impulso certero. Alana dio un respingo. Pese a que ya estaba húmeda, no se esperaba que la embistiera sin caricias preliminares. Pero aquella noche Lugh no podía dárselos. Solo quería que sus cuerpos expresaran todo lo que ellos no se habían atrevido a decir, todavía, con palabras.

Hicieron el amor en silencio, de una forma lenta y muy intensa, mientras se esforzaban por proclamar con miradas, besos y caricias que estaban hechos el uno para el otro.

El vaivén de las caderas de Lugh fue incesante, haciendo que Alana se retorciera debajo de él, buscando un ritmo más rápido. Pero él no aceleró sus embestidas en ningún momento, solo las hizo más profundas.

Entrelazó sus manos a las de ellas y arremetió con energía, tensando todos los músculos de su cuerpo, haciendo que el cuerpo de Alana se arquease. Después, retrocedió despacio, casi hasta salir del todo, y sonrió al sentir cómo ella trataba de retenerlo en su interior, cómo enroscaba las piernas alrededor de su cintura y alzaba las caderas, pidiendo más. Y él se lo concedió.

Volvió a impulsarse dentro de ella, una y otra vez, mientras besaba su boca con la misma intensidad con la que movía sus caderas, con las manos

entrelazadas. Sin respiración, sin descanso, sin barreras.

Hasta que ella rompió el silencio con el eco de su nombre y él susurró «mo chuisle», con voz desgarrada, en su oído.

Minutos después, tumbados de lado uno frente al otro, pudo observar cómo las barreras de Alana se iban alzando poco a poco tras sus ojos, y no le gustó.

Ya no quería más barreras entre ellos, por muy invisibles que fueran.

—Tenemos que hablar.

Lo dijeron los dos al unísono y sonrieron al darse cuenta.

Alana abrió la boca para decir algo, pero él la acalló con un gesto.

—Déjame explicarte algo antes de que digas nada —pidió mientras le acariciaba la mejilla con ternura—. Soy Lugh Lamhfada, el gran héroe daniano. Contengo a la noche y barro la oscuridad; ilumino al mundo desde el principio de los tiempos; deleito a la Tierra con mi luz y soy venerado por todas las culturas —afirmó, recitando las palabras que una vez le dijo—. No soy un dios cualquiera. Soy el dios del Sol —le recordó, con orgullo—. Y me tienes postrado a tus pies —reconoció, mientras la miraba con la humildad que le concedía el amor.

Los ojos de Alana se llenaron de lágrimas al escucharlo e intentó volver a hablar, pero él continuó con su declaración sin dejarla intervenir. Todavía tenía mucho que confesar.

—Querías saber lo que era *mo chuisle*.

Alana asintió.

Él cogió su mano y la condujo hasta su pecho, hasta que ella apoyó la mano sobre su piel, justo encima de su corazón, sobre el tatuaje de su trisquel, lo que definía su esencia.

—¿Sientes esto? *A chuisle mo chroí*. El latido de mi corazón —tradujo Lugh para que no tuviera dudas—. Tú eres eso.

—¿Tu corazón?

—No, tú eres *mo chuisle*. Eres el impulso que mueve mi corazón. La única que lo hace sentir vivo. Tú eres mi latido.

Una lágrima solitaria se deslizó por su mejilla antes de que él la atrapase con un dedo.

—No tienes por qué llorar —susurró, conmovido—. Lo que trato de decirte es que te amo y quiero que pases la eternidad a mi lado, en *Tir na nÓg*.

Nuevas lágrimas brotaron de sus ojos mientras Alana lo miraba en

silencio, como si no supiera qué decir a continuación. Era lógico. Acababa de concederle un gran honor solo reservado a algunos elegidos.

«Está abrumada por la emoción», pensó Lugh, al verla.

## CAPÍTULO 48

Alana estaba abrumada por la culpa.

Lugh acababa de abrirle su corazón y en lo único que podía pensar era en la daga que estaba escondida debajo del colchón, justo en el borde, esperando a que estirara el brazo, la cogiera y se la clavara en el cuerpo.

Hubiese sido tan fácil acabar con él... Podía haberlo hecho cuando lo tenía entre sus piernas, entregado al placer; o cuando habían acabado de hacer el amor y él había cerrado los ojos mientras la abrazaba, sonriente y confiado.

Tan fácil.

Y tan difícil.

Cada partícula de su ser se revelaba contra la sola idea de hacerle el menor daño, de derramar una sola gota de su sangre. Pensar que la luz que hacía resplandecer sus ojos azules desaparecería hasta tornarlos inertes era inadmisibile.

Pero si no lo hacía, las consecuencias serían nefastas.

Necesitaba alejarse de Lugh un segundo para pensar, para recomponer sus defensas... o para derribarlas del todo y sincerarse con él. Se escabulló de su abrazo, se envolvió de forma precaria con la sábana y se acercó al balcón que había en la habitación, mientras se secaba las lágrimas con un gesto frustrado.

Había llegado el momento de tomar una decisión.

Observó el paisaje que se disponía frente a ella, bañado con placidez por la luz de la luna llena, mientras sentía como Lugh se acercaba hasta ella para depositar un suave beso en su hombro desnudo.

—No te alejes —rogó él en un susurro ronco en su oído—. Confía en mí, dime qué es lo que te hace llorar.

Sintió sus manos acariciar su cuerpo con lentitud, amándola, adorándola. Se deshizo de la sábana que la envolvía, para poder dejar un reguero de besos en dirección a la parte inferior de su espalda, y allí se detuvo.

Todo se detuvo.

Alana abrió los ojos de repente.

La luna llena.



En aquel instante fue consciente de que el ungüento que había elaborado con la mandrágora para ocultar su marca perdía su poder con la luna llena.

Levantó los ojos hacia la esfera luminosa que los observaba en silencio en el mismo momento en que Lugh la hizo girar al cogerla del brazo con brusquedad.

No había duda: él había visto su marca.

La miró a los ojos como si la viese por primera vez y, en su expresión, ella pudo leer la mezcla de sentimientos que fustigaban al dios del Sol en aquel momento.

Incredulidad.

Dolor.

Rabia.

Ira.

Las emociones se sucedieron en su rostro hasta desencajarlo por completo.

Su aura vibro y crepitó sin control. El azul desapareció dando paso al rojo. Un rojo descontrolado que la azotó sin piedad. En sus ojos leyó la condena y la muerte. La predicción de Eli se iba a cumplir, Lugh estaba tan ido que la iba a matar con sus propias manos.

Intentó escapar, pero solo dio dos pasos antes de que él la alcanzara y juntos cayeran sobre la cama en un revoltijo de miembros desnudos. Él intentó someterla poniéndose sobre ella mientras Alana se intentaba defender con uñas y dientes. Al final, consiguió paralizarla con el peso de su cuerpo y sujetarla de las muñecas con tanta fuerza que sabía que tendría marcas al día siguiente. Al ver su gesto de dolor, él sonrió.

Aquello la destrozó.

Ni siquiera cuando le hizo perder el control aquel día al lado del lago, él se había mostrado cruel. Apasionado sí, pero no violento.

Sabiendo que era inútil combatir su fuerza, probó a razonar con él.

—Deja que te expli...

Sus palabras murieron en su garganta cuando las manos de Lugh liberaron sus muñecas para atenzar su cuello y comenzó a apretar.

La iba a ahogar con sus propias manos, igual que en la visión de Eli.

Buscó algún rastro de compasión en sus ojos, pero solo encontró dos piedras negras en lo que antes había sido un cielo de verano. El Lugh que conocía había desaparecido, dando paso al salvaje fomoriano que tanto se

había esforzado él por sofocar. Y todo por su culpa.

Tenía la fuerza suficiente para partirle el cuello en cuestión de un segundo; en cambio, fue apretando poco a poco, privándola del oxígeno despacio; torturándola y disfrutando de ello.

Alana le golpeó con sus puños allá donde alcanzaba, debilitándose por momentos por la falta de aire, pero él era inamovible en su determinación por acabar con ella.

Desesperaba, sintiendo que en unos segundos perdería el conocimiento, estiró el brazo hacia el borde de la cama, buscando la daga, pero no la alcanzó.

¿En verdad aquél iba a ser su fin? No, no podía ser.

Reuniendo sus últimas fuerzas, arqueó el cuerpo, lo justo para que él se desequilibrase un poco, algo que ella aprovechó para subir la rodilla y golpearle con saña.

Lugh cayó hacia un lado con un quejido sordo mientras Alana se dio la vuelta y reptó por el colchón, en un intento por llegar hasta la daga. Justo cuando sus dedos rodearon la empuñadura, él la cogió de un pie y la atrajo hacia sí con un movimiento brusco.

Un segundo después, él volvió a caer sobre ella. Primero sintió que el cuerpo del dios se quedaba rígido, después, algo cálido mojó su mano que, empuñando la daga, se había quedado entre los dos.

Se miraron a los ojos. Él todavía con la mirada perdida, como si no terminase de entender lo que acababa de suceder. Ella con horror, comprendiendo lo que había sucedido.

Con un suspiro cansado, como si toda su energía se hubiese esfumado de golpe, Lugh se dejó caer a un lado, liberándola de su peso, y quedó tendido de espaldas en la cama, desnudo y con los ojos cerrados, aceptando lo inevitable: que ella lo acababa de matar.

Alana se puso de rodillas a su lado, sollozando. La empuñadura de la daga sobresalía de su abdomen, en una imagen grotesca, y se la extrajo con cuidado. La sangre comenzó a manar a borbotones y ella la intentó detener, taponando la herida con sus propias manos.

—No, no, no —musitó como una letanía, mientras sentía como la vida de Lugh escapaba entre sus dedos.

Ya estaba hecho. Todo había acabado. Acababa de cumplir con su deber: dar muerte al dios del Sol.

Ahora la revuelta tendría más posibilidad de salir victoriosa y Alexandre podría cumplir su objetivo.

Alana y Eli por fin podrían vivir en libertad.

¿Vivir?

Vivir sin la promesa de un nuevo amanecer.

Vivir sin el brillo de unos ojos del color del cielo.

Vivir sin sonrisas arrogantes y canallas.

Vivir sin besos dulces y noches apasionadas.

Vivir sin luciérnagas.

Vivir sin magia.

No, una vida sin Lugh no era una vida que Alana quisiese vivir.

Se miró las manos, manchadas de sangre, y recordó las palabras que le dijo su madre cuando era pequeña: «Deberás mancharte las manos con la sangre del hombre que amas para poder salvar tu vida y la de aquellos a los que más quieres. Solo si empleas tu don con sabiduría, lograrás que el destino juegue a tu favor».

Por fin lo entendió.

Cerró los ojos y se concentró. Un fognazo destelló en su cabeza.

Vio a Lugh, su rostro serio y su expresión tierna, susurrándole con voz ronca: «Siempre hay otra opción». Y vislumbró aquella opción en su mente. Los hechos se desarrollaron, paso a paso, en su cerebro, y cuando terminó de ver el futuro, estuvo a punto de vomitar.

No era una opción aceptable, pero era la única que tenía. Solo rezó para tener la fuerza suficiente para poder resistir a lo que el destino le tenía aguardado si tomaba aquella decisión.

Respiró hondo y fue en busca del Caldero de Dagda. Lo sacó del bolsillo del canchán, que había dejado en un diván que había en un rincón de la gran estancia, junto al vestido, y se acercó a la cama. Concentrando toda su energía, lo sostuvo entre sus manos y susurro: «*Uisge beatha*». Sintió que las paredes de bronce se calentaban antes de que un líquido de color transparente comenzase a manar desde el fondo del cuenco.

Con cuidado, se acercó a él. En cuanto notó su cercanía, él abrió los ojos y la miró. Había tanto odio en su mirada, tanta decepción, que Alana sintió un vuelco en el corazón. Pero no se movió. Solo la observó. Como si estuviese esperando ver con sus propios ojos cómo ella acababa con él. Como si ya nada le importase.

Alana intentó conservar una actitud fría mientras derramaba el agua de vida en la boca de Lugh y se aseguraba de que bebiese el líquido. Él la miró con sorpresa, antes de que exhalara un suspiro y cerrase los ojos.

Lo miró aterrada. ¿Había llegado demasiado tarde? Desesperada, apoyó la mejilla sobre su pecho y escuchó. En un primer momento no oyó nada, pero luego sintió un pequeño aleteo. Pom, pom. Casi no se percibía el latido de su corazón, pero latía. Dejó escapar un sollozo de alivio.

Se separó de él cuando comprobó que su pulso se iba fortaleciendo poco a poco. Solo esperaba que Lugh tardase varias horas en despertar, lo justo para que ella pudiese organizar el intercambio.

Se limpió la sangre de su piel y se volvió a vestir.

En un último impulso, se acercó hasta él y le susurró en el oído:

—Solo hay una esperanza; Lugh. Todo depende de ti.

Luego lo besó y salió de la habitación.

## CAPÍTULO 49

**A**cababa de salir de la ducha cuando alguien llamó a la puerta. Sabía que no era Lugh porque él no habría llamado. La habría tirado abajo de una patada o directamente se hubiese materializado en su apartamento en busca de venganza.

También lo sabía porque había visto en su visión lo que iba a pasar, paso a paso, en los próximos días. Nunca había tenido una visión más clara del futuro. Y estaba aterrada.

La que estaba tras la puerta era Diana.

De todas formas, cogió la daga de Findias y abrió con sigilo.

—¿Te pillo en un mal momento? —inquirió su amiga y, por su sonrisa, era evidente que había tenido una buena noche.

—No, adelante —respondió, invitándola a entrar con un ademán, mientras escondía la daga de Findias detrás de su espalda—. Es solo que no he dormido bien y me he dado una ducha para ver si me despejaba un poco.

—¿Tu falta de sueño ha tenido algo que ver con cierto héroe daniano? —inquirió Diana, con un guiño pícaro.

Alana se encogió de hombros. Si ella supiera...

La joven se detuvo de golpe al entrar en el apartamento y ver un par de maletas en el recibidor.

—¿Te vas?

—No puedo quedarme más, tengo que regresar a casa.

—¿Y te ibas a ir sin despedirte? —preguntó, con una mezcla de reproche y tristeza.

—Deja que termine de vestirme y hablamos —susurró Alana, volviendo a eludir otra de sus preguntas—. Si te apetece, puedes coger una taza y servirte un té. Acabo de prepararlo —añadió, mientras señalaba la tetera humeante que estaba sobre la encimera de la cocina.

—Si es como el del otro día no te voy a decir que no.

—Este es un poco diferente, pero seguro que también te gusta —explicó Alana antes de meterse en su habitación.

Se secó el cuerpo con rapidez y se puso la ropa interior. Estaba terminando de cepillarse el pelo cuando Diana irrumpió en su habitación con su libro de hechizos en la mano.

—Oye, aquí pone que el amuleto que me diste sirve para influenciar en los sueños, no como protección.

Las dos se miraron, paralizadas. Ella porque hubiese descubierto su libro y lo que eso implicaba. La otra al ver su espalda reflejada en el espejo, donde la triqueta invertida se veía a la perfección.

Alana soltó una palabrota.

—¿Quién demonios eres en realidad? —inquirió Diana, como si la viese por primera vez.

—Esto no estaría pasando si hubieses desistido en tu relación con Elatha —masculló Alana, mientras se terminaba de vestir con rapidez—. Ese amuleto era para tu protección, aunque no de la forma que piensas. Sí, tiene el poder de manipular los sueños. En tu caso, la idea era que comenzases a soñar con Mac Gréine, sueños apasionados que te influenciases lo suficiente como para decantarte por él, pero está claro que no ha servido de nada —añadió, con un suspiro—. Te lo advertí, te dije que te separases de él., pero ¿me hiciste caso? No. Ahora tendrás que pagar las consecuencias.

Diana dio un paso hacia atrás y luego otro. Intentó girarse y echar a correr, pero, sus pies se enredaron entre ellos y terminó cayendo al suelo.

—¿Qué... me ocurre?

—El té llevaba un fuerte somnífero —respondió Alana, agachándose a su lado. La observó con tristeza y añadió: —Lo siento.

Llamó a Stephen y a sus hombres para poner su plan en marcha.

Poco después, la trasladaron a Muckross Abbey, un antiguo monasterio franciscano de mediados del siglo XV, que se encontraba en el camino de Muckross House y que ahora estaba en ruinas.

Alana había estado varias veces allí, atraída por la energía que manaba del tejo centenario que presidía el claustro. Pocos sabían lo que Lugh le había contado, que las raíces de aquel viejo árbol se nutrían de la magia de *Tir na nÓg*. Tal vez por eso fuese tan especial. Lo que desconocía era que la torre principal daba acceso a los sótanos de la abadía, en donde habían improvisado una prisión.

—Tened cuidado con ella —ordenó, al ver que la depositaban con brusquedad en el sucio camastro que había una de las celdas.

—¿Qué más te da? —replicó Stephen.

—Importa y mucho. Más te vale que no le hagas ningún daño o tal vez el hechizo de transmutación salga mal y acabe convirtiéndote en el cerdo que eres —amenazó Alana, perdiendo los estribos.

—¿Qué vais a hacer con Diana?

La joven se giró al escuchar aquella voz ronca que provenía del fondo de una celda. Lo primero que vislumbró fue un aura blanca muy potente, tanto que resplandecía. Un milesiano. Atisbó con la mirada e identificó la silueta de un hombre.

—Sean O'Malley —susurró.

—¿Te conozco? —inquirió él, mientras se acercaba a los barrotes que lo retenían.

Era alto y de complexión atlética. Pese a la barba que oscurecía sus facciones, se notaba que era muy atractivo. Aunque lo que más destacaba de él era su mirada profunda de ojos azul claro, acentuada por una cejas negras y bien perfiladas. Se lo veía sucio, cansado y muy, muy enfadado. Algo normal después de llevar semanas encerrado en aquella celda.

—¿No puede escapar de una simple reja? —preguntó Alana, movida por la curiosidad, pues los milesianos también tenían poderes.

—Te lo dije, mi hermano mayor es una vergüenza para el mundo mágico —repuso Stephen, con una sonrisa burlona.

—Y, aun así, la diosa Danu lo eligió a él antes que a ti —replicó Alana y tuvo el placer de ver cómo su sonrisa desaparecía.

—Sí, bueno. Eso lo vamos a remediar, ¿verdad? —rezongó Stephen—. Voy a ultimar con los hombres la emboscada. Espera aquí —añadió, tras lo cual abandonó los calabozos.

—Por tus palabras, es evidente que detestas a Stephen y que te preocupas por Diana —comentó Sean, mientras la estudiaba con la mirada—. ¿Por qué haces esto?

Aquella era la pregunta del millón.

—Todo lo que necesitas saber es que, si no hacéis tonterías, los dos sobreviviréis.

Y eso era más de lo que podía decir de ella misma.

## CAPÍTULO 50

Los susurros quedos lo sacaron de su inconsciencia.

«¿Está muerto?»

«Por la cantidad de sangre que hay, debería estarlo. Pero vive»

«No es posible»

No tardó en ponerse alerta. Había pasado algo malo, lo intuía. Abrió los ojos, sobresaltado, y se encontró con las miradas preocupadas de Dagda, Elatha y Mac Gréine. Los observó, tratando de entender lo que sucedía, cuando un recuerdo se abrió paso en su mente. Una sensación: la de un filo de metal hundiéndose en su vientre. Se removió con violencia, mientras se llevaba una mano al abdomen cubierto de sangre seca, y luego miró alrededor, aturdido.

—Ella me atacó. La muy zorra me clavó una de las dagas de Findias —farfulló, alterado.

—Tranquilízate. No tienes ninguna herida, solo sangre.

Lugh se miró a sí mismo, confundido, tratando de recordar. Con esfuerzo, comenzó a vislumbrar pequeños retazos de lo que había sucedido en aquella habitación: habían hecho el amor, él le había confesado sus sentimientos y ella había llorado. Luego él había visto la triqueta invertida en su espalda y... Todo se había oscurecido. La ira lo había cegado. El último recuerdo que tenía era el rostro de ella, asustado, pero decidido, mientras le daba de beber.

Lo poco que recordó lo confundió todavía más.

—Me hizo una herida mortal... pero luego me dio de beber con el Caldero de Dagda. No tiene sentido —musito, desconcertado.

—Con sentido o no, te salvó la vida con ese gesto —adujo Dagda.

¿Alana le había salvado la vida?

No, ella se la había destrozado.

—Sí, después de utilizarme, engañarme y... atentar contra mí —dijo al fin y su mirada se tornó oscura cuando juró —. Esa mujer me las va a pagar.

—¿Quién? —inquirió Elatha, desconcertado.

—Alana, la amiga de Erin.



Eso bastó para que el rey fomoriano demudara su expresión.

Intercambiaron una mirada en una comunicación silenciosa con una certeza: Diana estaba en un serio peligro porque era muy posible que las dos muchachas estuviesen juntas en aquel momento.

Justo cuando iban a salir en su busca, dos guardias danianos irrumpieron en la habitación.

—*Mo Tiarna*, un hombre ha traído esta misiva —informó uno de ellos, entregando a Dagda una carta con el símbolo de la triqueta invertida.

Todos aguardaron expectantes a que Dagda abriera el sobre. El anciano leyó el texto en silencio y frunció el ceño.

—Tienen a Diana. Quieren hacer un intercambio: su vida por mi libro mágico. El intercambio se realizará dentro de dos horas en el claustro de Muckross Abbey y tan solo pueden acompañarme tres hombres.

—Yo voy —gruñó Elatha.

—Yo también —secundó Mac Gréine

—Y yo. Ese libro guarda demasiado poder para ofrecerlo sin más —observó Lugh.

—Pero si Dagda no lo hace, ella morirá —repuso Mac Gréine, con tono preocupado.

—Sois conscientes de que vamos a caer en una emboscada, ¿verdad? —insistió Lugh.

—Por eso, deberemos de ir preparados —adujo Dagda—. Tú llevarás la Lanza y Mac Gréine puede hacer uso de la Espada del Sol. Eso nos hará imbatibles.

—¿Y qué arma usará Elatha para defenderse? —inquirió Lugh, con una ceja arqueada.

—No te preocupes por mí —murmuró Elatha con una sonrisa aviesa—. Sé cuidarme solo.

Llegaron a Muckross Abbey justo para ver cómo Diana se arrojaba desde la torre más alta. Por suerte, Elatha reaccionó con rapidez y la interceptó antes de que la muchacha alcanzara el suelo.

El rey fomoriano la abrazó contra su cuerpo como si fuese el mayor de sus tesoros, con una ternura infinita. Ver el amor que se profesaba la pareja hizo que Lugh sintiera una opresión en el pecho. Él había creído tener eso con Alana, pero había sido todo un engaño.

Diana les puso al día con rapidez. Alana y Stephen O'Malley estaban

compinchados. Él era el culpable de las violaciones y las muertes de las jóvenes que habían encontrado en los alrededores de Killarney, y también de la muerte de su hermana Heather. Aprovechando que Alana se había ido, Stephen había intentado violarla cuando estaba en la celda. Ella había conseguido huir gracias a la ayuda de Sean, que también estaba preso.

Saber que el nieto de Dagda estaba detrás de semejantes atrocidades lo sorprendió. Nunca se había fiado de él, pero que fuera capaz de acabar con la vida de su hermana de una forma tan violenta...

—Pretendían utilizarme como moneda de cambio para conseguir el libro mágico de Dagda —concluyó Diana, con pesar.

—Pero ahora que el estúpido de Stephen lo ha estropeado todo actuando por cuenta propia, vamos a tener que improvisar.

Lugh dio un respingo al escuchar la voz de Alana. Alzó la mirada y ahí estaba ella: tan hermosa como siempre, tan familiar y, al mismo tiempo, una completa desconocida.

A su lado, dos hombres sujetaban a Sean O'Malley y lo retenían con la daga de Findias sobre su cuello. Muy posiblemente, la misma que le había clavado en el vientre la noche anterior.

—Nadie tiene que resultar herido, solo quiero el libro y me iré.

Lugh fue a abrir la boca para decirle que estaba loca si pensaba que la iba a dejar marcharse, pero Dagda se le adelantó.

—Si lo quieres, tendrás que cogerlo tú misma.

Algo destelló en los ojos de la muchacha antes de que los entrecerrara. Luego comenzó a acercarse despacio al viejo dios. Todos observaron expectantes, sabedores de que solo alguien de la sangre de Dagda podía tocar ese libro y, para asombro de los presentes, Alana lo cogió de las manos de Dagda como si fuese un libro cualquiera.

—¡Por Danu! ¿Quién eres? —musitó Dagda, sobrecogido.

Como única respuesta, Alana esbozó una sonrisa enigmática y comenzó a alejarse.

Hasta entonces, ella había evitado su mirada, pero en aquel instante clavó sus ojos en Lugh, expresando mil emociones que él no pudo ver, que no supo entender, cegado como estaba por su orgullo herido y su sed de venganza. En lo único que pudo pensar fue en que, si no la detenía en aquel momento, Alana iba a escapar. Hizo ademán de abalanzarse sobre ella, pero Dagda lo detuvo con un simple gesto.

—No podemos consentir que escape —masculló Lugh, frustrado—. ¡Mírala! Está sola con esos dos mequetrefes, podemos reducirlos en un pestañeo.

—¿Qué te hace pensar que está sola?

La voz de Mac Gréine los sorprendió a todos, más aún cuando atrapó a Diana con un movimiento veloz y la utilizó como escudo humano mientras se ponía junto a Alana. Elatha hizo ademán de echarse sobre él, pero se detuvo al instante al ver que el daniano desenfundaba su espada y la ponía sobre el cuello de ella. Y no era una cualquiera, se trataba de la Espada del Sol.

Como si hubiesen estado esperando esa señal, varios guerreros tomaron posiciones en las ventanas del primer piso y los apuntaron con arcos. A los pocos segundos, otro nutrido grupo de guerreros los rodearon, encerrándolos en el centro del claustro, alrededor del tejo. Danianos y milesianos que ahora llevaban tatuados el símbolo de la triqueta invertida.

—¿Qué significa esto? —rugió Dagda.

—Es una rebelión —dedujo Elatha, mientras se ponía en guardia.

Aquel día pasó a conocerse en el mundo mágico como la revuelta de Muckross Abbey, en el que Elatha, Lugh y Dagda, con una pequeña ayuda de Sean, se enfrentaron a más de un centenar de traidores.

Nuevas leyendas comenzaron en aquel momento. Historias de cómo la diosa Erin, reencarnada en una simple muchacha, consiguió devolver la vida a su amado rey fomoriano, herido de muerte, concentrando la energía de la naturaleza entre sus propias manos. De cómo Lugh Lamhfada, el gran héroe daniano, hizo surcar la lanza de Assal hasta ensartarla en el pecho de Mac Gréine, poniendo fin a la revuelta. Y de cómo la española que los había traicionado a todos, aprovechando la distracción, consiguió escapar llevándose consigo el libro mágico de Dagda y el caldero.

## CAPÍTULO 51

La llegada de Alana al Pazo de Breogán causó un revuelo, porque todos estaban organizándose para recibir su señal de trasladarse a Irlanda y unirse a la revuelta.

Primero fue directa a la habitación de Eli, pero su hermana no estaba allí, así que hizo lo que tenía que hacer y fue al encuentro de su padrastro. Cuando traspasó las puertas del estudio de Alexandre, no se sorprendió de encontrarlo allí con Drua y Yago, discutiendo entre ellos.

En cuanto detectaron su presencia, los tres enmudecieron al instante y la observaron, sorprendidos.

Tomó aire, se armó de valor y declaró:

—Hemos fracasado.

El primero en reaccionar fue Alexandre, que, poniéndose delante de ella, la observó con los ojos entrecerrados.

—Explicame qué ha pasado, mi querida hijastra —musitó, y la frialdad de su voz le causó un escalofrío—. Sobre todo, teniendo en cuenta que no esperábamos que la revuelta se llevara a cabo hasta que llegásemos a Irlanda.

—Tuvimos que improvisar y no me dio tiempo a avisaros. Organizamos una emboscada, pero no salió como esperábamos. Stephen O'Malley perdió el control y luego salió huyendo. Mac Gréine no era tan fuerte como pensaba y no pudo hacer frente a...

Un violento bofetón cortó sus palabras.

—¡Mentiras! —escupió Alexandre, con desprecio.

Alana cayó de rodillas al suelo, mientras sentía arder su mejilla derecha y el sabor de la sangre en su boca. Pero volvió a alzarse en pie, porque sabía que aquello iba a ser solo el principio.

—Stephen ha tenido la amabilidad de enviarnos un informe de lo ocurrido —reveló Yago y en su rostro se intuía una oscura satisfacción porque sabía lo que iba a ocurrir.

—Tenías que haber acabado con Lugh y le perdonaste la vida. Tenías que haber dejado que Erin muriera e intestaste negociar con ella por un libro. ¡Un

libro! —gruñó Yago, y alzó la mano para volver a golpearla.

—Yo le pedí que trajera ese libro —declaró Drua, y se interpuso entre ellos para evitar que la volviera a pegar.

—¿Por qué?

—Es el libro mágico de Dagda —explicó la mujer—. Contiene toda la sabiduría de los druidas desde los tiempos más remotos. Un compendio de hechizos secretos y muy poderosos. Incluso hay uno que te podría convertir en un dios, un ser invencible ante el que los demás dioses se postrarían, asustados.

—¿Invencible? —musitó Alexandre, y sus ojos brillaron de interés.

Alana frunció el ceño. En su visión aquello no sucedía así. La intervención impulsiva de Drua por protegerla parecía haber cambiado las cosas.

¿Tal vez, después de todo, podía tener una oportunidad de salir indemne de aquello?

En cuanto Alana llevó el libro al estudio, Alexandre intentó quitárselo de las manos, pero el libro se desmaterializó entre sus dedos.

—¿Qué demonios?

—Está protegido por la magia —señaló Drua observándola con intensidad—. Pero tú si puedes tocarlo.

Alana asintió.

—¿Por qué ella sí y yo no? —inquirió Alexandre, desconcertado.

—Porque solo Dagda o alguien de su sangre puede hacerlo —respondió Alana.

—Dagda es tu verdadero padre, ¿verdad? —adivinó la mujer.

—Eso creo.

—Así que la hija de Dagda —susurró Alexandre, mientras la evaluaba con la mirada—. Puede que, después de todo, nos seas de utilidad.

—Más de lo que crees, porque solo ella va a poder hacer el hechizo que te vuelva invencible —señaló Drua.

—Pues cuanto antes se haga, mucho mejor —afirmó Alexandre, impaciente.

—Antes tenemos que encontrarlo. Trae el libro aquí, Alana, sobre la mesa. Te ayudaré a buscarlo.

La joven le hizo caso y depositó el libro sobre la superficie de la mesa. En cuanto lo abrió, pudo sentir la energía que vibraba de sus hojas, pero

frunció el ceño cuando comenzó a leer.

—Está en gaélico, no entiendo lo que dice.

—Yo sí, te guiaré. Tú pasa las hojas hasta que yo te lo diga —indicó Drua.

Empezó a pasar las hojas una a una, siguiendo las instrucciones de la mujer, mientras Alexandre se paseaba, nervioso, por la habitación. Por el contrario, Yago parecía aguardar tranquilo, repantigado en el sillón. Se mantenía a la expectativa, como si supiese algo que a los demás se les escapaba.

—¿Qué hay del hechizo para curar a Eli? ¿Está aquí? —inquirió Alana, en un susurró bajo para que los hombres no la oyeran.

Después de todo, aquel hechizo era lo único que le importaba de aquel libro, la única razón por la que lo había robado.

—Sí, lo has pasado hace un par de hojas —musitó Drua con disimulo—. Pero para que Alexandre nos deje utilizar el libro con libertad primero tendremos que darle lo que quiere.

Alana asintió y continuó, hasta que Drua la hizo detenerse en una de las hojas.

—Es este —murmuró y luego añadió más alto, para que todos la oyeran—. Ya lo tenemos. Ahora hay que preparar todo para que funcione.

Siguiendo las instrucciones del libro, la mujer trazó un gran círculo en el suelo de madera con una tiza y en su interior dibujó un trisquel. En el centro de cada una de las tres espirales que lo componían, puso una vela blanca y alrededor del círculo, escribió tres palabras: *corp, aigne, anam*.

Cuerpo, mente, alma.

Indicó a Alexandre que se situara en el centro y encendió las tres velas.

—Ahora todos se postrarán a mis pies, ¿verdad? —masculló el hombre, consumido por la ambición.

—Sí, querido —respondió Drua, sin dudar.

Después volvió al escritorio, donde estaba Alana con el libro.

—Ahora necesito que repitas lo que yo te diga.

Drua comenzó a leer del libro unas frases en gaélico mientras Alana las repetía de forma vacilante. Las velas comenzaron a llamear con fuerza. El círculo dibujado en el suelo empezó a brillar mientras un pequeño torbellino de viento se arremolinaba en torno de la figura del hombre. La piedra de Biróg que Alexandre llevaba en el cuello comenzó a resplandecer.

—Algo está sucediendo —musitó Alexandre, mientras fruncía el ceño—. Me siento extraño, siento...

—Lo que estás sintiendo, querido, es que tu espíritu está comenzando a abandonar tu cuerpo —aclaró Drua con frialdad.

Alexandre abrió los ojos de forma desmesurada al entender lo que pasaba.

—Haz algo, Yago. Detenla —urgió, desesperado.

Pero su hijo solo lo miró y sonrió.

El resplandor del amuleto se hizo cada vez más brillante hasta que emitió un foganazo que los deslumbró. El cuerpo de Alexandre comenzó a convulsionar mientras se elevaba unos veinte centímetros del suelo. Luego, se quedó quieto con los ojos cerrados y volvió a posarse en tierra.

—Ya está —musitó la mujer con emoción contenida—. Después de tanto tiempo, por fin ha sido liberado.

—¿Liberado? ¿Quién ha sido liberado? —inquirió Alana, sin comprender lo que estaba sucediendo.

En aquel momento Alexandre abrió los ojos, pero estos ya no eran verdes como siempre. Ahora eran negros.

—Balor.

## CAPÍTULO 52

Alana se paseaba sin rumbo por su habitación, mientras se reprendía en voz baja.

«Estúpida, estúpida, estúpida».

¿Cómo no lo había visto venir?

Nada estaba saliendo como lo había vislumbrado en su visión y todavía no sabía si eso iba a ser bueno o malo. Lo que sí tenía claro era que había metido la pata hasta el fondo.

Después de que las mujeres de su familia, generación tras generación, hubiesen custodiado la piedra de Biróg, ella acababa de liberar a Balor sin ni siquiera darse cuenta, hasta que fue demasiado tarde. Y ahora estaba allí, encerrada en su habitación, impotente ante lo que se le avecinaba.

Un golpecito en la puerta atrajo su atención. Su acercó con sigilo hasta apoyar la mejilla en la superficie de madera.

—¿Alana? —susurró una voz que ella reconoció al instante.

—Eli, debes volver a tu habitación.

—¿Qué está pasando? Todos van de aquí para allá, muy nerviosos, hablan de hacer un viaje o algo así —farfulló Eli—. Drua parece una quinceañera y mi padre no parece el mismo, pero lo más inquietante es Yago, que lleva varios días sin dejar de sonreír.

—Si te encuentran hablando conmigo, te meterás en problemas. Vuelve a tu habitación —insistió Alana.

—No, lo que tengo que hacer es sacarte de aquí.

El pomo de la puerta giró, pero no se abrió.

—No podrás abrirla. Está cerrada con llave y reforzada con un hechizo.

Pero su hermana no la oyó o no quiso darse por enterada porque volvió a intentar girar el picaporte mientras golpeaba la puerta.

—¡Eli, para! —rogó Alana, porque lo que menos quería es que pudieran castigarla por tratar de ayudarla.

Apoyó la frente en la madera y extendió la palma de su mano izquierda sobre ella, en un intento por sentir más cerca a su hermana.



—¡No lo entiendes! —sollozó Eli—. Si no te saco de aquí... Creo que te va a pasar algo malo.

Eso confirmaba sus propios temores.

Por un momento, sintió a Eli a través de la puerta, como si ella hubiese posado la palma de su mano sobre la madera, justo enfrente de la de ella. Aquella sensación le proporcionó algo de consuelo.

—Lo sé —reconoció, por fin, con un nudo en la garganta—, pero nadie puede hacer nada por evitarlo.

—Creo que viene alguien —susurró su hermana—. Resiste, ¿vale? Encontraré ayuda, cueste lo que cueste.

Alana sonrió con tristeza. Lo único que podía hacer era eso, resistir, porque tenía la certeza de que la ayuda no llegaría a tiempo.

Un minuto después, la puerta se abrió y entró Drua. Eli tenía razón, estaba radiante, como si hubiese rejuvenecido diez años de golpe.

—Creo que no te he dado las gracias como corresponde —declaró la mujer, con una sonrisa y Alana sintió escalofríos al verla.

—Me has manipulado. Dijiste que el libro era para curar a Eli.

—¿Lo hubieses traído si llego a decirte que lo necesitaba para liberar a Balor?

—No lo entiendo, pensé que amabas a Alexandre.

—Si he aguantado a ese cretino durante todo este tiempo era porque lo podía manipular a mi antojo —declaró la mujer, con un bufido—. Me he mantenido en la sombra mientras movía los hilos de una simple marioneta. ¿Quién crees que le dio la idea de fundar los Hijos de Breogán? ¿De quién crees que sacó la inspiración para el símbolo que los define? ¿Quién crees que le metió en la cabeza que debía expandir su poder a Irlanda? —Se quedó un segundo mirándola entre las pestañas, con una sonrisa relamida, y agregó: — ¿Y quién crees que lo empujó a casarse con tu madre?

—¿Qué tiene que ver mi madre en esto?

—Biróg y Dagda fueron muy listos. Hicieron un hechizo conjunto para encerrar a Balor en la piedra y solo unidos lo podrían deshacer, pero el tiempo acaba otorgando la llave incluso de la puerta más cerrada, ¿sabes? —murmuró, con una sonrisa ladeada que destilaba maldad—. Tuve una visión hace siglos: un día nacería una niña con la sangre de Biróg y Dagda en su cuerpo. Tú, mi querida Alana —declaró, mientras levantaba la mano para acariciarle el pelo, pero ella la esquivó con repulsa—. Tú eras mi única

esperanza de conseguir el libro de Dagda y de romper el hechizo que mantenía encerrado a mi único amor, y no sabes todo lo que he tenido que hacer para retenerte aquí.

Alana la observó en silencio, tratando de procesar toda aquella información. La mujer que tenía frente a sí era la persona que la había cuidado como a una hija desde que su madre muriera y que siempre la había protegido de Yago, pero no, esa mujer no existía. Todo había sido un engaño. Una farsa.

—Tal vez lo entiendas mejor si me presento: soy Idris, la gran druidesa —añadió, con una reverencia burlona.

Supo que iba a decir eso un segundo antes de que lo dijera y, aun así, le costó creerlo. Su madre le había hablado de aquella mujer, como quien susurra el nombre del lobo para asustar a los niños en la noche.

Se le quedó mirando, incapaz de articular palabra alguna, todavía intentando entender la magnitud de todo lo que había dicho.

—¿Dónde escondes la daga de Findias y el caldero? —inquirió la mujer, de pronto.

Así que era eso lo que estaba buscando ahora.

—No sé de lo que hablas, no escondo...

Una violenta bofetada cortó sus palabras.

—No insultes mi inteligencia mintiendo —escupió la mujer—. Stephen nos dijo que tenías la daga y que habías robado el caldero. ¿Dónde los tienes?

Alana se llevó la mano a la mejilla, que le palpitaba de dolor.

—Búscalos tú misma —replicó y esbozó una sonrisa retadora.

—Ten por seguro que eso haré y, tarde o temprano, me lo dirás, o tendré que volver a utilizar a Eli para obtener lo que quiero de ti.

Idris iba a decir algo más, pero en aquel momento entró Yago en la habitación.

—¡Oh, querido muchacho! Veo que estás impaciente —murmuró la mujer y dejó escapar una risa.

Eli estaba en lo cierto, se lo veía sonriente y muy satisfecho, como un gato a punto de comerse a un ratón. Aun así, Alana no le prestó demasiada atención. Seguía dándole vueltas a las palabras de Idris.

—¿Qué has querido decir con que tendrías que volver a utilizar a Eli?

—Estúpida niña, nunca has aceptado tu destino. Siempre supe que, si no encontraba algo que te retuviese, escaparías a la menor oportunidad. Eli era tu única debilidad y decidí utilizarla.

Un presentimiento le contrajo el estómago, pero era tan mezquino que no terminaba de creerlo. Necesitaba oírlo de sus labios.

—¿Qué hiciste?

—Venga, seguro que ya lo has adivinado. Aquella noche en la que tratasteis de huir, fui yo la que di la señal de alarma. Eli vino a mi habitación mientras tú estabas robando la moto de Yago; la dulce niña quería despedirse de mí —añadió con sorna—. Entonces, entendí que, si no encontraba algo que te retuviese aquí, siempre intentarías escapar. El accidente de moto solo le provocó una conmoción cerebral y le rompió una pierna. Yo hice el resto mientras estaba inconsciente: invoqué un poco de fuerza y ejercí la presión adecuada en el punto exacto. Los huesos de los niños son tan frágiles —comentó, con voz edulcorada—. Luego, solo he ido manteniendo tu preocupación por ella. De vez en cuando, en los momentos en que presentía que tus ansias de escapar se fortalecían, le mezclaba una pócima con su desayuno para que se encontrase mal durante unos días.

—¡Maldita loca hija de puta! —gruñó Alana, y se abalanzó sobre ella, pero Yago la detuvo cogiéndola por la cintura. La muchacha se revolvió de su abrazo, intentando escapar, deseando alcanzar a la mujer que había causado tanto dolor a su hermana—. ¡Suéltame, imbécil! —exclamó fuera de sí—. ¿Por qué no la detienes? Ha matado a tu padre y ha destrozado la vida de Eli.

—Digamos que me ha ofrecido algo que no he podido rechazar, algo que mi padre nunca me ha dejado tener —aclaró Yago en su oído, mientras la apretaba contra su cuerpo.

—¿El qué? —musitó Alana, aunque ya sabía la respuesta.

—A ti.

—Disfrútala, querido —comentó Idris con una risita, justo antes de salir de la habitación.

—¿Recuerdas que te dije que cuanto más te resistieras más te lo haría pagar cuando llegase el momento? —susurró Yago en su oído. No esperó a que respondiese antes de añadir con excitación: —Pues tu momento ha llegado.

Por un instante, Alana se quedó inmóvil, jadeando, aterrada por la certeza de que todo lo que había visto en su visión se iba a hacer realidad.

Después comenzó a luchar.

## CAPÍTULO 53

Lugh miró en el espejo la fina cicatriz que tenía en el abdomen y sintió un dolor agudo en su interior que no tenía nada que ver con aquella herida. Una simple muchacha lo había convertido en un hazmerreír ante los suyos: lo había engañado y embaucado como a un tonto para poder acceder a Avalon y robar uno de sus tesoros sagrados.

Decenas de imágenes bombardearon su mente, logrando que su cuerpo se tensara: el hermoso rostro de Alana sonriendo, su mirada esquiva y misteriosa, su cuerpo sensual. Besos robados, caricias compartidas, palabras susurradas con ardor... Todo había sido una estratagema.

Había llegado a confiar en ella hasta el punto de bajar la guardia en su presencia y lo había pagado con aquella herida. Una herida mortal que luego ella había curado. ¿Por qué? Aquella noche estaba confusa en su memoria y no lograba recordar con claridad lo que había sucedido.

Su mente necesitaba respuestas.

Su orgullo clamaba venganza.

Con aquella determinación, fue al encuentro de Dagda.

—Así que vas a ir a buscarla —adivinó el anciano, al verlo irrumpir en el Gran Salón.

—Debemos recuperar el caldero y el libro mágico. No podemos dejar que su acto quede impune.

—¿Qué piensas hacer con ella cuándo la encuentres? —inquirió Dagda.

No dijo «si la encuentras», sino «cuándo la encuentres» porque sabía que Lugh no cejaría en su empeño hasta dar con ella.

—La haré pagar por sus actos.

—No la mates —murmuró Dagda, después de unos segundos pensativo y en su orden no había opción a la desobediencia—. Quiero que la traigas aquí. Necesito hablar con ella.

—No la mataré —aceptó Lugh sin dudar, porque lo que tenía pensado para ella era mucho peor que la muerte.

—¿Por dónde piensas empezar tu búsqueda?

—Tengo una pista —respondió mostrándole la botella que le había dado Diana.

—¿Una botella de vino vacía?

—Diana me ha dicho que está relacionada con su familia. Se la bebió con Alana el día que se conocieron, pero conservó el casco vacío porque le gustaba el diseño de la etiqueta.

El anciano la observó con curiosidad y luego asintió.

—Entonces tu búsqueda se centrará en Galicia. Ten cuidado, sabemos que tiene en su poder una de las dagas de Findias, tal vez tenga también la otra que se perdió —advirtió Dagda, pues de las tres que existían solo una estaba a buen recaudo en el Castillo de la Niebla, bajo la custodia de Elatha—. Será mejor que te lleves a algunos de nuestros danianos por si surgen problemas con los Hijos de Breogán.

—No quiero menospreciar a los danianos, pero después de que algunos apoyasen a Mac Gréine en la revuelta de Muckross Abbey, prefiero tener las espaldas cubiertas por guerreros cuya lealtad es indiscutible. Elatha me va a prestar a algunos de sus cuervos —añadió, ante la mirada interrogante de Dagda.

—Que Danu y Domnu te guíen en tu búsqueda y que tengan piedad de quien ose interponerse en tu camino.

—No te equivoques, anciano —repuso con voz dura—. No voy a tener ninguna piedad.

\*\*\*

En cuanto Lugh salió del Gran Salón, Dagda fue en busca de Morrigan.

Sabía dónde la encontraría. Cuando no estaba recorriendo el mundo, batalla tras batalla, le gustaba disfrutar de una vida plácida y de reflexión.

La encontró en los jardines de Avalon, meditando en una roca en la orilla de un pequeño lago, con los ojos cerrados y en la postura del loto. Su belleza lo golpeó.

Sin duda, era una mujer exquisita y con una naturaleza muy sensual. Hace siglos, los dos disfrutaron de una apasionada aventura juntos y, aunque el tiempo les hizo darse cuenta de que nunca se habían profesado amor verdadero, sabían que siempre podían contar el uno con el otro.

Debido al peso de su título, la diosa de la Muerte y de la Destrucción,

todos pensaban que era una mujer de naturaleza malvada y violenta, pero era todo lo contrario. No había mujer más pacífica y dulce que ella.

—Viejo, será mejor que lo que te haya traído aquí sea muy importante porque, de lo contrario, voy a patearte el culo por interrumpir mi meditación —masculló Morrigan, todavía con los ojos cerrados, cuando sintió su cercanía.

Bueno, tal vez hubiese exagerado con que era una mujer dulce, era un auténtico dolor de muelas, pero sí le constaba que tenía un corazón de oro.

Ella, más que nadie, entendía de almas atormentadas, del valor y de la cobardía. Sabía que las personas eran capaces de cometer auténticas locuras movidas por el miedo, cegadas por la avaricia o impulsadas por el amor, incluso si con ello ponían en peligro sus vidas o las de otros. Y por eso, ella era la persona adecuada para descubrir la verdad.

—Necesito pedirte un favor personal.

Morrigan abrió los ojos al instante y no dudó al responder.

—Cuenta conmigo.

## CAPÍTULO 54

**E**n cuanto salió de Avalon, se dirigió hacia el colorido puerto pesquero de Portmagee. Su última visita a aquel lugar había sido junto Alana, y los recuerdos inundaron su mente. Su hermoso rostro apareció ante él, arrugando la nariz de esa forma tan suya cuando bromeaba a su costa, y el corazón le dolió hasta el punto de que le costó respirar. Pero aplastó ese sentimiento y se puso la coraza que llevaba desde que descubrió su traición.

Era hora de emprender el camino hacia la venganza.

En un muelle de cristal, mecido con suavidad por la marea, se encontraba un barco de oro que solo era visible en el mundo mágico. Se llamaba *Scuabtuinne* y era propiedad de Manannán; tenía el poder de surcar los océanos sin necesidad de viento ni remos ni motor alguno que lo impulsase, tan solo se guiaba por el pensamiento de quien lo dirigía.

—Mi padre ha provisto el barco para que tengáis todo lo necesario para una travesía agradable —explicó Griane, saliendo a su encuentro.

—Es muy amable.

—No es amable y lo sabes —repuso ella con una mueca—. Pero te quiere como a un hijo y no se ha tomado bien lo ocurrido. No puedo creer que ella te hiciera eso —añadió y su expresión se tornó seria—. Parecía tan...

—¿Mentirosa? ¿Manipuladora? ¿Farsante?

—Enamorada —rebatió Griane—. La forma en que te miraba era sincera, esas cosas no se pueden simular. A lo mejor actuó como lo hizo porque no tenía otra opción.

—Siempre hay otra opción.

—Pero no siempre es una opción aceptable —señaló Griane.

Lugh inspiró con fuerza. Aquellas mismas palabras se las había dicho Alana en una ocasión y, por primera vez, barajó la posibilidad de que ella tuviese motivos de peso para actuar como lo hizo. Pero, volviéndose a poner su coraza, se dijo que no había ninguna justificación posible a su traición.

—Manannán quiere hacerte un regalo para tu viaje —prosiguió diciendo la hermosa selkie—. La Capa de las Nieblas —explicó, mientras le mostraba

una capa de color verde que le entregó con reverencia.

Lugh había oído hablar de ella. Era uno de los tesoros del Señor de los Mares. Tenía el poder de hacer invisible a aquel que la llevase puesta, incluso a los ojos de cualquier ser mágico, y también le otorgaba la capacidad de traspasar cualquier puerta, pared o muro, incluso aquellos protegidos con un escudo mágico.

Agradeció el regalo con un gesto solemne y lo guardó.

—Sabes que Manannán está dispuesto a ofrecerte un batallón de selkies para que te sirvan en tu venganza, ¿verdad?

—Agradezco la oferta, pero Elatha me ha brindado a sus mejores guerreros para acompañarme.

En aquel momento, tres cuervos aparecieron en el cielo batiendo sus alas con rapidez. Dos de ellos se dirigieron hacia donde se encontraban, mientras un tercero planeaba sobre sus cabezas, vigilante.

—Helos aquí.

En cuanto los dos pájaros adoptaron la forma humana, Lugh gimió para sus adentros, pues los dos guerreros que se alzaron orgullosos ante sí no eran otros que los mellizos Maon y Sionn.

—Mira, hermano, está tan contento de vernos que se ha quedado sin palabras —comentó Maon con una sonrisa burlona.

—Es lógico, sabe que sin nosotros no tendría ninguna opción —convino Sionn.

Lugh contó hasta diez para calmarse y a continuación trató de mostrarse amable. Después de todo, aquella era una ofrenda del rey de los fomorianos para ayudarlo.

—Debe de haber habido algún error. Elatha me dijo que me mandaría a una decena de sus guerreros, no a dos de sus generales.

—Cada uno de nosotros vale como diez guerreros fomorianos —replicó Maon dándose una palmada en el pecho.

—Así que sales ganando, cachorro —concluyó Sionn.

—¿Cachorro? Esa es buena —musitó Griane, y dejó escapar una risita.

Lugh la fulminó con la mirada, hasta que la selkie se despidió con un guiño y se zambulló en el mar. Luego él volvió a enfocar su atención en los dos generales.

—No os quiero ofender, pero no creo que os toméis esto con la seriedad que corresponde.



En aquel momento, el tercer cuervo que había estado volando sobre sus cabezas adoptó la forma humana justo delante de él. Lugh lo reconoció al instante. Aquel imponente guerrero, con el cabello negro y los ojos tan oscuros como una noche sin luna, era la mano derecha de Elatha: Taran.

El mundo mágico se había hecho eco de su pérdida. Él había sido el amante de Heather O'Malley y su hijo se estaba gestando en el vientre de la muchacha en el momento en que Stephen la mató.

—Créeme. Esto es tan serio para nosotros como para ti —respondió con una expresión mortífera—. Tú vas en busca de tu venganza. Yo de la mía.

—¿Crees que Stephen O'Malley está con ella?

—Es una posibilidad. Y, en caso contrario, es muy probable que ella sepa dónde encontrarlo.

Lugh observó a los tres generales danianos, imponentes y despiadados. Tres hombres acostumbrados a mandar y que solo respondían ante su rey.

—El que embarque conmigo debe asumir la condición de que yo estoy al mando —advirtió con voz dura.

—Nuestro rey nos ha encomendado que te sirvamos. Si objetásemos tus órdenes, lo estaríamos desobedeciendo —explicó Taran, mientras subía a la embarcación, seguido por los mellizos.

Lugh masculló un juramento. Con aquella afirmación quedaba claro que los generales solo debían lealtad a su rey y que, si obedecían a Lugh, era por petición de Elatha. Su orgullo se resintió, pero no le quedaba otra que aceptar aquella realidad si quería obtener su venganza.

—De acuerdo, pues ahora que ya estamos todos...

—Todos, puede. Todas, no.

Lugh se giró de golpe cuando reconoció la voz femenina. Allí, estaba Morrigan, con su cuerpo sensual y su mirada retadora.

La muchacha lo miró de arriba abajo y sonrió.

—Veo que te has pasado al lado oscuro.

Lugh se revolvió incómodo. Sí, desde la revuelta de Muckross Abbey había comenzado a vestir de negro, pues reconocía que su lado fomoriano estaba más presente que nunca dentro de su ser. Sentía tal rabia y frustración por dentro que le costaba reprimirla. Era un esfuerzo continuo mantener una apariencia normal cuando lo que de verdad quería era gruñir, aullar y destrozar.

—Te lo dije —musitó Sionn a su hermano, mientras le propinaba un

codazo.

—Dijiste que lo veías más alto —le recordó Maon.

—Bueno, lo veía diferente pero no caí en el porqué. Tú dijiste que era por el pelo, que seguramente habría cambiado de champú.

Lugh fulminó con la mirada a los mellizos y se arrepintió de haberlos permitido embarcar al escuchar la carcajada de Morrigan.

—Al menos, el viaje va a ser divertido —comentó la diosa, mientras hacía ademán de subir a la embarcación.

—¿Dónde crees que vas?

—Con vosotros.

—Estás loca si piensas que vamos a permitir que...

—Bienvenida al barco, preciosa —le cortó Sionn, mientras la ayudaba a subir.

—Es un honor que venga con nosotros la diosa de la Muerte y la Destrucción, ¿verdad, Lugh? —aseguró Maon, al tiempo que le besaba la mano con reverencia.

Lugh dejó escapar un gruñido como única respuesta. Iba a decir algo más, pero Taran, que había estado observando la escena en silencio, se le adelantó.

—Cuanto antes aceptes que esta va a ser tu tripulación, antes podremos irnos.

Y tenía razón. Solo esperaba que la diosa Danu le diera paciencia.

En cuanto Lugh puso los pies en la embarcación, esta comenzó a deslizarse por el agua, ganando velocidad a medida que se alejaban de la costa. Cada uno se acomodó de la mejor forma posible para pasar las próximas horas.

Maon y Sionn se situaron uno a cada lado de Morrigan, rivalizando por obtener la atención de la diosa, mientras ella se dejaba adular con coquetería.

La atención de Lugh se centró en Taran. Su figura permanecía inmóvil en la proa del barco, como un solemne mascarón, mientras su mirada estaba perdida en el horizonte. El viento que azotaba su cuerpo no parecía molestarlo.

A Lugh le impresionó su entereza después de todo lo que había perdido. Se miró sus propias manos. No dejaban de temblarle desde que conoció la traición de Alana. Tenía el cuerpo tenso y se sentía irascible.

Movido por la curiosidad, se acercó a él.

—¿Cómo lo haces? —inquirió, mientras se situaba a su lado—. ¿Cómo

puedes mostrarte tan impasible? —añadió, ante la mirada interrogante del general fomoriano—. No he perdido tanto como tú y yo casi no puedo controlar la necesidad de destrozar todo lo que encuentro a mi paso.

—Los fomorianos maximizamos nuestras emociones; sentimos todo con mayor intensidad que el resto. Amor. Odio —explicó Taran, después de unos segundos en silencio, roto tan solo por las risas quedas de Morrigan y los mellizos, que bromeaban entre ellos—. Lleva su práctica conseguir estabilizar una emoción hasta el punto de que resulte controlable, sobre todo ese lado salvaje que hay en cada uno de nosotros. Y aun así... ¿Sabes que Elatha tuvo que encerrarme en un calabozo para poder decirme que mi Heather había muerto? Mi rey fue sabio y supo que esa noticia sacaría a relucir mi lado más oscuro. Y así fue. Estaba tan cegado por mis emociones que hubiese acabado con la vida de cualquiera que se pusiera en mi camino hasta encontrar al culpable —admitió, apretando los puños—. Pero conseguí volver a controlarme, porque sé que debo mantener la cabeza fría hasta dar con el hombre que me arrebató todo —declaró, y en su voz destilaba una fría determinación—. Tú te has pasado la vida esforzándote por negar tu lado fomoriano y ese ha sido tu error. No puedes negar lo que eres, lo que debes hacer es aceptarlo y aprender a vivir con ello.

Las palabras que Alana le dijo en una ocasión acudieron a su mente.

*—Debe de ser difícil.*

*—¿El qué?*

*—Odiar una parte de ti de la que no te puedes desprender.*

La joven había sabido ver y entender la lucha que había en el interior de Lugh.

Él, en cambio, había estado totalmente ciego respecto a ella.

## CAPÍTULO 55

La embarcación se deslizaba silenciosa mientras sus ocupantes trataban de prepararse para los desafíos que debían afrontar cuando llegasen a tierra.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Lugh, que había estado ensimismado contemplando el horizonte, asintió a la consulta formulada por Morrigan.

—¿Qué tienes pensado hacer con Alana cuando la encuentres?

—Me vengaré —afirmó sin dudar.

—Sí, eso lo tengo claro, pero ¿cómo lo harás?

La verdad era que no había pensado en ello con detenimiento. Solo sabía que quería hacerla pagar por su traición.

—Antiguamente, a las mujeres se les rapaba el pelo como símbolo de deshonra. Sería un buen castigo —propuso Maon, solícito.

—Yo la encadenaría como a un animal y la pasearía desnuda por todo Avalon —sugirió Sionn.

—Nuestro rey casi muere por su culpa —señaló Taran, con voz dura—. Yo la azotaría sin piedad hasta que no le quedase piel sobre la carne.

Cegado por sus sentimientos, Lugh disfrutó de aquellas imágenes con sadismo, y en su fantasía, añadió varias atrocidades más, como follarla duro y sin compasión, hasta hacerla gritar su nombre, hasta que pidiera piedad, hasta que él derramara en ella toda su sed de venganza.

—¿Y tú qué harías, Morrigan? —quiso saber Sionn.

—Yo primero me aseguraría de que tengo una razón para vengarme —respondió la mujer, mirando con fijeza a Lugh—. Y, por supuesto, no haría nada con lo que luego no pudiese vivir en paz. El arrepentimiento es una losa demasiado pesada para arrastrarla durante toda la eternidad —añadió, clavando sus ojos dorados en cada uno de los allí presentes.

Ninguno de los cuatro hombres pudo sostenerle la mirada por mucho tiempo, incómodos por sus palabras, incluso avergonzados por la violencia de sus pensamientos.

—¿Qué es aquella torre que se divisa en el horizonte?

La pregunta de Maon rompió el silencio en el que habían caído todos tras la reflexión de Morrigan.

—Es la Torre de Hércules —respondió Morrigan—. Antiguamente, en ese emplazamiento estaba situada la Torre de Breogán, el mítico guerrero escita del que provienen los Hijos de Breogán y los milesianos. Fue caudillo de estas tierras en tiempos remotos —explicó y su voz los envolvió a todos—. Se dice que Ith, uno de los hijos del guerrero, subió una noche a la torre y pudo divisar unas luces en el horizonte. Dispuesto a explorar su descubrimiento, cogió un barco y a varios hombres y se hizo a la mar en aquella dirección. Fue así como llegó a Irlanda.

—Sin duda, movido por la ambición —dedujo Sionn con una mueca.

—O tal vez fue simple curiosidad —señaló Morrigan y luego miró a Lugh con intensidad antes de añadir: —Se desconoce la motivación que lo impulsó a actuar así.

Lugh frunció el ceño. ¿Acaso le acababa de lanzar una indirecta? Iba a pedirle que se explicara, pero Taran lo interrumpió.

—¿Cuál es el plan al alcanzar la costa?

—Diana estuvo investigando el origen de la botella de vino que le llevó Alana. Al parecer, su familia posee una bodega en el Valle de Quiroga, con sede en un lugar llamado el Pazo de Breogán. Empezaremos la búsqueda allí.

Todos asintieron conformes.

En cuanto el barco llegó a tierra, los cinco adoptaron forma de aves y emprendieron el vuelo. Cuatro cuervos y una corneja surcaron el cielo con rapidez.

Llegaron a su destino al anochecer. Sobrevolaron el lugar durante unos minutos, estudiando el terreno, y luego tomaron tierra en un claro de un bosque cercano, transmutando a su apariencia normal.

Lugh creó una esfera luminosa para darles luz, que quedó suspendida en el aire, a su lado. La magia evitaba que fuera visible a más de dos metros, con lo que así evitaban que los detectasen en la lejanía.

—Es una fortaleza, todo el recinto está amurallado —señaló Maon.

—He contado una veintena de guardias armados protegiendo el recinto —apuntó Sionn.

—Dos puertas, la principal y una más pequeña en uno de los laterales del jardín, pero las dos están bien vigiladas —indicó Taran.

—Todo el lugar está protegido con un escudo de magia —agregó

Morrigan.

—Ella está allí, lo presiento —masculló Lugh.

Iba a decir algo más, pero Taran lo detuvo con un ademán de la mano. Luego los instó a guardar silencio.

Agudizó el oído, tratando de percibir aquello que había alertado al general fomoriano. Y entonces lo oyó: un zumbido, seguido de un chasquido y luego una maldición con voz seca.

Todos miraron expectantes hacia el lugar de donde provenían los sonidos y vieron una luz tenue en la oscuridad. Intercambiaron una mirada y tomaron posiciones, alertas para atacar. Pero la luz no avanzó, se había quedado detenida en algún punto de un camino cercano. Poco a poco, se fue debilitando hasta desaparecer.

Se miraron extrañados al escuchar un taco explícito. Si en verdad era un atacante que pensaba sorprenderlos, estaba siendo bastante inepto.

Y entonces...

—¡Psssss, psssss! ¿Estáis por aquí? —susurró una voz en la oscuridad—. ¿Hay algún dios celta cerca? —inquirió, en un tono un poco más alto y así la pudieron identificar como una voz joven y femenina.

Volvieron a intercambiar miradas, esta vez de sorpresa e incertidumbre.

—¿Alguien sabía que veníamos? —inquirió Morrigan, con una ceja arqueada.

—No que yo sepa —respondió Lugh, extrañado.

—Será una trampa —dedujo Taran.

—¡Eeeeeooooo! —insistió la voz.

—¡Por Danu! Como siga dando voces va a descubrirnos ante los Hijos de Breogán —farfulló Lugh, y comenzó a avanzar hacia la voz con premura, llevando consigo la esfera luminosa para ver por dónde pisaba.

Los demás lo siguieron, más curiosos que preocupados porque pudiesen caer en una emboscada.

Y entonces. Lugh se detuvo de golpe cuando la luz iluminó el origen de aquella voz. Se paró de forma tan repentina, que Maon, que lo seguía de cerca, chocó con él. Fue a decir algo, pero al mirar en dirección donde Lugh tenía la vista clavada, cerró la boca de golpe.

Todos enmudecieron.

En medio del camino, sola en la oscuridad, había una chica que aparentaba unos quince años, de una belleza frágil y delicada

—Es... —musitó Maon, pero frunció el ceño y se rascó la cabeza, sin saber muy bien cómo describirla.

—Está... —probó Sionn. La miró de arriba abajo y también calló.

—Soy una adolescente cuya silla de ruedas acaba de atorarse en un maldito charco de barro y que se ha quedado sin pilas en la linterna —masculló la chica, perdiendo la paciencia—. Tampoco es tan complicado de explicar.

La observaron sin saber qué hacer o qué decir. Era una situación surrealista.

—¿Qué os parece si en lugar de quedaros mirándome como pasmarotes, me ayudáis a desencallar la silla y vamos a un lugar más resguardado? —propuso la joven, mientras ponía los ojos en blanco, como si estuviese tratando con ineptos—. Si a algún guardia le da por patrullar el camino, nos va a ver.

Taran fue el primero en reaccionar y, colocándose detrás de la silla, la empujó hasta que la sacó del charco.

Ella lo agradeció con sequedad. Volvió a accionar el motor y puso en marcha la silla con un suave zumbido, que comenzó a avanzar con dificultad por culpa de las piedras que había en el camino.

—¿Te ayudo?

—Puedo sola, gracias.

—No he dicho que no puedas hacerlo sola —repuso Taran—, pero sería más inteligente si apagases el motor y me dejases a mí empujarte. Haríamos menos ruido y sería más rápido.

La chica se quedó un segundo en silencio, tensa; luego, lanzó un suspiro y apagó el motor, dando a entender que aceptaba la ayuda de Taran.

Volvieron al claro del bosque en silencio.

La chica los observó, evaluándolos, sin miedo alguno; todo lo contrario, parecía estar molesta.

—Llegáis tarde —acusó con ferocidad.

—¿Perdona?

—Que llegáis tarde. Llevo días esperando a que vinierais y más de dos horas aguardando en el bosque —explicó, sin amilanarse por la ceja arqueada de Lugh.

—¿Nos conoces? —inquirió Morrigan, intrigada.

—Sí, sois los dioses celtas que buscáis venganza contra mi hermana

Alana —respondió la chica con voz dura—. Y tú —añadió clavando la mirada en Lugh—. Tú eres el culpable de todo.



## CAPÍTULO 56

**A**sí que aquella era Eli, la hermana de Alana. La única persona que le importaba en el mundo... y estaba en una silla de ruedas.

Al instante, le vino a la mente la noche en la que se celebró el baile en Avalon, cuando la llevó al Salón de los Tesoros y ella le estuvo preguntando por el Caldero de Dagda.

*¿Solo sirve para heridas o también cura lesiones de otro tipo? No sé, por decir algo, una lesión medular de las que te condenan a una silla de ruedas para el resto de tu vida.*

No había que ser muy inteligente para deducir que la condición de Eli estaba relacionada con el robo del caldero. Y si Alana lo había robado para curar a su hermana, ¿se la podía culpar por ello?

Puede que sus otras acciones no tuviesen justificación, pero, a sus ojos, aquella sí.

Lo que no terminaba de entender era lo que acababa de decir.

—¿Se puede saber de qué soy culpable?

—Ella nunca tendría que haber ido a aquella fiesta. Le advertí que le harías daño si iba y, aun así, la convenciste para ir.

—¿Que yo le haría daño? —repitió, ofendido—. ¡Fue ella la que me clavó una daga!

—Si lo hizo fue para defenderse, le ibas a romper el cuello.

Lugh dio un respingo.

—Yo nunca... —Iba a decir que nunca hubiese hecho eso, pero a su mente acudió un recuerdo, como un destello solitario: él reteniendo con su peso el cuerpo de Alana sobre el colchón, mientras la ahogaba con las manos.

Cerró la boca de golpe y frunció el ceño. Los recuerdos de aquella noche seguían confusos en su mente.

—¿Eso te ha contado ella?

—Alana no me ha contado nada. No me dejan verla. La tienen encerrada

desde que llegó, hace una semana.

—¿Y cómo sabes lo que pasó?

—Mi hermana y yo somos descendientes de la druidesa Biróg. Las dos somos videntes —explicó Eli, mientras sacaba de un bolsillo lateral de la silla lo que parecía ser una libreta de dibujo—. Yo sueño cosas, escenas, y luego las plasmo en el papel.

Lugh abrió el cuaderno y contuvo el aliento. El primer dibujo era de él mismo, en el lago, justo después de amanecer. Fue pasando, uno a uno, mientras sentía un nudo en la garganta y una presión en el pecho. Aquellos dibujos, de calidad casi fotográfica, reflejaban pequeños instantes de su relación con Alana: risas, miradas, besos y abrazos, incluso discusiones. Y en todos, el sentimiento que desbordaban los ojos de Alana parecía verdadero. Parecía...

—Llámame loca, pero si esto es un reflejo de la realidad —murmuró Morrigan, mientras señalaba los dibujos que había visto a medida que Lugh pasaba las hojas—, por la expresión de sus ojos parece más una tonta enamorada que una arpía manipuladora.

Y entonces pasó la siguiente página y el estómago se le revolvió. A diferencia del resto, que desbordaban ternura y amor, este desprendía violencia y odio. Él sobre Alana en una cama, atenazando su cuello sin misericordia. Tenía ante sus ojos una representación gráfica del recuerdo que lo perseguía y aquello lo perturbó.

Taran le quitó el cuaderno de las manos y lo estudió, mientras los mellizos se acercaban también a mirar.

—¿Es posible que Alana actuase en defensa propia? —aventuró, en vista de aquel dibujo.

—¡No lo sé, maldición! ¡No lo recuerdo! —masculló, frustrado. Clavó sus ojos en la adolescente y concentró en ella su malhumor—. Pero te equivocas en algo: yo no la convencí para que fuese a la fiesta; fue tu hermana la que decidió ir. Aprovechó que estaba en Avalon para robar el Caldero de Dagda, un tesoro mágico de los danianos con propiedades curativas —explicó Lugh, y añadió con intención —¿Adivinas para qué lo pudo hacer?

Se arrepintió al instante de sus palabras cuando vio que la adolescente agrandaba los ojos, enmudecida, al acusar el golpe verbal.

Morrigan chascó la lengua de forma reprobatoria, mientras los tres generales fomorianos lo miraron como si fuera un insecto mezuquino y cruel. Y

así se sintió al ver cómo las lágrimas comenzaron a agolparse en los ojos de Eli y su fachada de adolescente de lengua afilada dejaba paso a lo que realmente era: una niña asustada.

—¿Fue al baile para robar el caldero? Entonces ha sido todo culpa mía —balbució, mientras empezaba a llorar. Lo miró con los mismos ojos de cervatilla que tenía su hermana, y rogó: —Si todavía la quieres, si la has querido un poco, tienes que darte prisa. Tienes que ayudarla, por favor. Él le está haciendo daño —agregó, entre sollozos.

—¿Quién?

—Yago.

*Yago*, por fin acababa de ponerle nombre a las sombras que oscurecían los ojos de Alana, a su miedo a ser besada, a la necesidad que había tenido, en un principio, de huir de sus caricias.

Era él, lo supo al instante. Y aunque todavía seguía odiándola por su traición, se sintió enfermo al pensar que ella ahora estaba indefensa ante su peor pesadilla.

Dio un paso, dispuesto a entrar en el pazo a la fuerza y arrasar con todo hasta encontrarla, pero Taran lo detuvo cogiéndole del hombro.

—Si la tienen retenida, será mejor que entremos por sorpresa —murmuró. Miró a Eli y ladeó la cabeza—. ¿Tú cómo has salido del pazo? ¿No se darán cuenta de tu ausencia?

—Soy una inválida, ¿recuerdas? La mitad de ellos me ignora y la otra mitad me compadece. Puedo estar días encerrada en mi habitación y a nadie le importa, la única que se preocupa por mí es Drua y está tan rara últimamente que casi ni me habla. No creo que se den cuenta de mi ausencia hasta dentro de varios días —admitió, mientras se encogía de hombros—. Además, ser invisible me da libertad para moverme. Me escabullí por la puerta lateral aprovechando que todos están ocupados con los preparativos del viaje. Y, aun en el caso de que me descubran los guardias, no me harán nada porque soy la hija de Alexandre Quiroga.

—¿Quién es Alexandre Quiroga? —inquirió Lugh.

—¿Qué viaje? —preguntó Morrigan, al mismo tiempo.

—Alexandre es el líder de los Hijos de Breogán y he escuchado que van a hacer un viaje a Estados Unidos. Creo que han dicho que van a reunir a todos los fomorianos o algo así, no lo entendí muy bien.

Taran y los mellizos intercambiaron una mirada de preocupación que no

pasó inadvertida a Lugh.

—¿Sabéis lo que significa eso?

—Cuando los fomorianos fueron exiliados de Irlanda tras la derrota con los danianos, la mayoría fue a Estados Unidos. Muchos de ellos juraron que algún día volverían a Irlanda a tomar venganza —explicó Maon.

—Pero los fomorianos están separados en clanes gobernados por diferentes caudillos que no dejan de pelear entre sí —terció Taran—. Se necesitaría un rey a la altura de Elatha para reunirlos a todos.

—Y el único que ha tenido tanto poder como él ha sido Balor —concluyó Sionn.

—Por suerte para todos, Lugh mató a Balor. Además, Dagda y Biróg se aseguraron de que su espíritu no se reencarnase jamás encerrándolo en una piedra —señaló Morrigan.

—La piedra de Biróg —susurró Eli—. Mi padre la tiene, la lleva siempre en el cuello.

Morrigan y Lugh se miraron con el ceño fruncido.

—Si es así, lo mejor será quitársela y que se quede custodiada en Avalon, de esa manera, evitaremos que encuentre la forma de liberar a Balor —afirmó Lugh—, pero antes, hay que sacar a Alana del pazo, y creo que ya sé cómo.

Cogió la Capa de las Nieblas que le había regalado Manannán y se la puso, pero nada pasó.

—Se supone que me hace invisible —musitó, mientras se miraba a sí mismo.

—Pues te tenían que haber dado el libro de instrucciones —rezongó Sionn—, porque no ha funcionado.

Lugh frunció el ceño, al tiempo que probaba diferentes opciones: envolverse del todo en ella, hacerla ondear, apretar el broche que la sujetaba, y nada resultó hasta que se echó la capucha sobre la cabeza. Entonces, sí desapareció.

Cuando se quitó la capucha, volvió a hacerse visible.

—Esta capa tiene el poder de traspasar puertas, muros y escudos mágicos —aclaró, ante la mirada de asombro de Eli.

—¡Genial, eso facilitará las cosas! —exclamó la adolescente—. Ahora sígueme y te conduciré hasta...

—Ni hablar, no vas a volver a entrar allí —gruñó Taran, mientras se ponía delante de ella para que no pudiese avanzar.

—Estoy de acuerdo —convino Lugh—. Será mejor que me hagas un plano del interior del pazo y me indiques dónde tienen retenida a Alana. Una vez esté a salvo, decidiremos qué hacer respecto a los Hijos de Breogán.

Eli dibujó un plano de la planta del recinto con sorprendente rapidez y eficacia. Era verdad que tenía un don para el dibujo.

Una vez tuvo claro dónde tenía que ir, Lugh emprendió el camino sin pérdida de tiempo. Sentía la necesidad imperiosa de dar con Alana y de ponerla a salvo.

Luego, ya se vengaría.

## CAPÍTULO 57

Con la capucha sobre su cabeza, Lugh avanzó hasta el muro que delimitaba el recinto. Estaba hecho de piedra gris y parecía sólido e infranqueable. De forma tentativa, acercó la mano hasta él. En lugar de detenerse en la superficie, su mano comenzó a penetrar la materia hasta desaparecer, engullida por la pared. Lo único que sintió al hacerlo fue un ligero cosquilleo. Luego la extrajo con lentitud y la observó, en busca de alguna posible secuela, pero nada, seguía como siempre.

Cogió aire, cerró los ojos y, sin pensarlo, comenzó a andar hacia delante. En cuanto su cuerpo se introdujo en el muro, el cosquilleo que había sentido antes se extendió por todo su ser, pero eso no lo detuvo. Un paso más y traspasó la piedra como quien atraviesa una cortina de humo.

A aquella hora de la noche, el jardín estaba desierto a excepción de algún guardia armado que patrullaba. Era un lugar hermoso, sí, pero él prefería mil veces el alegre caos de la naturaleza que la estudiada simetría que algún paisajista había decidido diseñar con las plantas.

Divisó el edificio principal y se dirigió hacia él, sin pérdida de tiempo. Siguiendo las instrucciones que le había dado Eli, se adentró en el hall de entrada y subió las escaleras. Después, enfiló por el pasillo de la izquierda hasta dar con la tercera puerta, y la traspasó.

La oscuridad lo envolvió. Una negrura opresiva. Un silencio lúgubre. Algo andaba muy mal en aquella habitación, el dolor impregnaba las paredes. Podía notar una energía crepitar de angustia.

—¿Alana?

Pudo sentir, más que percibir, un suspiro de alivio.

—Has venido.

Había un tono de esperanza en su voz que lo descolocó. Ella no tenía que alegrarse por verle allí, debía estar aterrada ante su presencia, temer las consecuencias de sus actos, de su traición.

—Sabías que vendría a por ti, que no dudaría en buscar venganza por lo que hiciste —repuso con frialdad, dejándole bien claro que, aunque su

intención era salvarla, no había ido en calidad de amigo.

—Venganza —musitó Alana con tanta suavidad que casi no la oyó—. ¿Y cómo habías pensado vengarte de mí, Lugh?

A la mente del dios acudieron todas las atrocidades que había imaginado hacerle cuando la encontrase y, una a una, Alana las fue enumerando, como si le estuviese leyendo la mente.

—¿Me cortarías el pelo para castigarme?

Sí, aquel sería un justo castigo. Pero tal y como lo pensó, su mente se llenó de imágenes del cabello de Alana esparcido sobre la almohada mientras ella le sonreía con dulzura; de la forma en que se derramaba por su espalda cuando ella se ponía encima de él para hacer el amor; de la deliciosa manera en que sus rizos se enroscaban entre sus dedos cuando la acariciaba.

No, su pelo era demasiado hermoso. Pese a lo enfadado que estaba con ella, se sintió incapaz de hacer algo tan cruel.

—¿Me encadenarías como a un animal? —prosiguió con voz pausada—. ¿Me azotarías hasta dejarme la piel en carne viva? ¿Me... violarías hasta descargar tu furia sobre mi cuerpo? —murmuró, y la voz se le quebró en la última pregunta.

Sí, Lugh había pensado en hacerle todo eso, pero al escucharlo de sus labios, supo que iba a ser incapaz de hacerle el menor daño, porque, a pesar de todo, la simple idea de infligirle cualquier dolor le provocaba náuseas.

Una risa rota salió de la oscuridad y le erizó la piel, porque sabía a ciencia cierta que provenía de Alana. Se acercó hacia ella, guiado por el sonido, y pudo vislumbrar una cama y una figura sobre ella.

Extendió la mano con la palma hacia arriba, se concentró y formó una pequeña esfera luminosa que se quedó suspendida en el aire, iluminando suavemente la habitación para poder ver a Alana. Y cuando por fin la vio... Le costó reconocerla. Estaba sentada en medio de la cama, desnuda, con las piernas recogidas contra el pecho, hecha un ovillo. Tenía una argolla en el cuello que la encadenaba a la cama, su piel dorada estaba cubierta de golpes y arañazos y de sus hermosos rizos largos solo quedaban unos patéticos trasquilones.

—Llegas tarde, Lugh —farfulló, y sus ojos estaban vacíos, como los de una muñeca de porcelana—. Él ya me ha hecho todo eso.

Se tragó el gemido que pugnaba por salir de su pecho, reprimió el aullido que le rasgaba la garganta, controló el temblor que hacía vibrar su cuerpo y se

acercó a ella muy despacio, como quien se aproxima a un animal herido y asustado.

—Ya se ha acabado, Alana —musitó.

Hizo ademán de tocarla, pero ella dio un respingo y se apartó de él con una expresión de terror. Había querido que lo mirase justo así hace un momento, cuando entró en la habitación. Ahora se odió por ello.

—Soy yo, soy Lugh —murmuró intentado transmitirle seguridad mientras se sentaba a su lado en la cama—. No te voy a hacer daño, *mo chuisle* —añadió, mientras cogía su mano con suavidad y se la llevaba a su pecho, justo encima de su trisquel tatuado, para que sintiera el latido de su corazón.

Poco a poco, la respiración jadeante de Alana se fue relajando, arrullado por el ritmo fuerte y constante del corazón de Lugh.

—*A chuisle mo chroí* —musitó ella, al fin, y, por primera vez, pareció enfocarle con la mirada—. ¿Lugh? ¿En verdad estás aquí? ¿No es un sueño?

—Estoy aquí.

—Pero tus ojos...

—Están negros, lo sé, pero esta vez no te voy a hacer ningún daño.

Lo podía sentir, su parte fomoriana había salido a la luz y, por primera vez, no intentó reprimirla de ninguna forma, la aceptó sin más; y, al hacerlo, sintió una paz consigo mismo que no había experimentado hasta el momento.

Sí, había un lado violento en él y en ese instante estaba en todo su apogeo, pero también sentía la certeza de que esa parte nunca la volvería a atacar a ella, ni a nadie que no lo mereciera. Esa parte oscura de él tenía un único objetivo: Yago.

Los ojos de Alana recorrieron su rostro durante unos segundos, como buscando en sus rasgos la confirmación de que era él. Pudo ver el instante en que por fin lo creyó, en que se dio cuenta de que su pesadilla había terminado.

—Lugh —volvió a susurrar, antes de cerrar los ojos, apoyar la cabeza sobre su hombro y echarse a llorar.

La intentó abrazar, pero ella dejó escapar un quejido de dolor. Entonces vio su espalda. La habían lacerado de manera violenta con algún látigo o fusta, de manera que casi no le quedaba piel en ella.

Su cuerpo se tensó por la necesidad de buscar al malnacido que le había hecho eso y destrozarlo con sus propias manos, pero al sentir que ella se ponía rígida, se tranquilizó.

Cada cosa llegaba a su tiempo y en algún momento daría caza a Yago,



pero no en aquel instante. Ahora lo importante era sacarla de allí, antes de que los descubrieran.

Como era más rápido romper la cadena que intentar quitarle la argolla, hizo lo primero. Luego, envolvió su cuerpo desnudo con la sábana manchada de sangre y la cogió en brazos.

Sabía que debía dolerle muchísimo cualquier contacto, pero ella se dejó manipular como una marioneta y tan solo dejaba escapar algún tenue gemido de vez en cuando.

La envolvió con la capa todo lo posible, instándola a que apoyase la cabeza en su hombro, y marchó hacia la puerta. Solo faltaba que la capa fuera eficaz con dos personas.

—Sentirás un cosquilleo por el cuerpo, pero es normal.

—Lo tengo tan entumecido que me cuesta sentir algo —musitó ella en voz muy bajita.

Pero él la oyó y tensó la mandíbula.

«No es el momento», se recordó.

Cogió aire, se puso la capucha y avanzó con Alana en brazos. Por suerte, la Capa de las Nieblas funcionó y pudieron atravesar la puerta sin contratiempos.

Lugh bajó las escaleras con un paso no tan rápido como le hubiese gustado en un intento porque el trayecto resultase más cómodo para Alana.

Parecía que se había dormido en sus brazos, pero entonces se revolvió.

—Eli, no puedo dejar a Eli aquí. Tenemos que...

—Shhh. Tu hermana está a salvo —susurró Lugh, con voz tranquilizadora.

Sus palabras la aplacaron por un segundo, pero luego se volvió a tensar, como si hubiese recordado algo.

—La muñeca. Tengo que coger la muñeca.

—¿Qué muñeca?

—Es un recuerdo de mi madre. Está en la habitación de Eli.

Estaba a punto de decirle que podían perder el tiempo en ese tipo de sentimentalismos, pero luego lo pensó mejor y accedió, pues sabía que era algo muy importante para ella.

Siguiendo las instrucciones de Alana, entró en una de las habitaciones de la planta baja, decorada sin duda por una adolescente, y divisó una muñeca de trapo de unos cincuenta centímetros de largo sentada encima de una mecedora. Ella estiró la mano para cogerla, haciendo una mueca por el dolor que ese

simple gesto le producía. Luego, la abrazó contra su pecho como si fuera una niña pequeña y cerró los ojos con un suspiro de alivio.

El corazón de Lugh se contrajo al verla.

No sabía si se había quedado dormida o simplemente había perdido el conocimiento, pero su pulso empezaba a ser cada vez más débil y aquello lo asustó. La arrebujo en la capa y emprendió la huida, pero al llegar al hall unas voces lo detuvieron.

Una mujer delgada y de cabello platino estaba hablando con un hombre de unos treinta años con la corpulencia de un fomoriano.

—No podemos perder más tiempo, necesitamos que nos diga dónde está el caldero.

—Ten por seguro que no he perdido el tiempo —respondió el hombre con una sonrisa maliciosa—. He disfrutado cada segundo que he pasado con ella.

Alana se tensó en sus brazos de forma inconsciente al escuchar la voz del hombre y entonces lo supo: él era Yago.

—Esta noche voy a darle una tregua, está tan débil que no aguantaría otro asalto conmigo —se vanaglorió con jactancia—. Mañana por la noche, cuando vuelva a su habitación, haré que confiese dónde ha escondido el caldero. Ya le saqué a latigazos dónde había escondido la daga, ¿recuerdas?

Le costó un esfuerzo sobrehumano no lanzarse contra él, en aquel momento, y destrozarlo, sobre todo al escuchar sus palabras. Si no lo hizo fue porque tenía a Alana en brazos y su prioridad era sacarla de allí.

«Todavía no es el momento», se volvió a repetir.

Minutos después, salió de la muralla del pazo y alcanzó el bosque.

Todos lo aguardaban en el pequeño claro donde habían instalado su campamento. Los observó por un segundo, aprovechando su invisibilidad. Morrigan hablaba con Eli en un intento por distraerla. Los mellizos observaban el plano hecho por la adolescente mientras discutían sobre la mejor forma de tomar el pazo. Taran se mantenía aparte, mirando las estrellas con una expresión tan triste y melancólica que no le costó adivinar que estaba pensando en Heather.

Maniobró para quitarse la capucha, sin soltar su preciada carga y, en cuanto apareció ante ellos, las reacciones al ver el estado en que se encontraba Alana no tardaron en llegar.

Eli se tapó la boca con las manos para reprimir un grito de espanto mientras comenzaba a sollozar.

Los tres fomorianos se irguieron como tres titanes y sus ojos negros brillaron con dureza. Puede que en el barco hubieran hablado sin piedad sobre formas de venganza, pero parecían tan horrorizados como él por el estado en que se encontraba la joven.

Y en cuanto a Morrigan, su mirada se tornó oscura y su energía vibró con fuerza, mientras susurró con una calma mortal: —¿Tú le has hecho eso?

No se sorprendió de que todos pensasen que él había sido el que había provocado tanto dolor a Alana, había pasado todo el camino hasta allí hablando de lo que pensaba hacerle cuando la encontrara. Pero Morrigan lo conocía más que los otros y que lo creyese capaz de semejante vileza, le ofendió.

—¿De verdad crees que yo podría hacerle algo así?

La diosa de la Muerte y la Destrucción lo tuvo que pensar solo un segundo.

—No —reconoció al final y, al instante, toda la tensión que los rodeaba se disolvió.

—Ha sido Yago —sentenció Eli, mientras se acercaba a ellos accionando su silla. Miró a su hermana y se mordió el labio—. ¿Se recuperará?

—Eso espero —murmuró Lugh, a la vez que se arrodillaba encima de una manta que estaba extendida en el suelo y la depositaba en ella con cuidado—. Eli, ¿sabes lo que nos sería de mucha ayuda? Ve allí, debajo de aquel árbol, y dibuja los rostros de todas las personas que recuerdes y que estén allí dentro, empezando por Yago y Alexandre. Taran y los mellizos te ayudarán en lo que necesites.

La niña lo miró, indecisa entre ayudar y quedarse con su hermana.

—Es la mejor forma de ayudar a Alana en estos momentos —convino Morrigan, intuyendo la intención de Lugh de mantenerla entretenida mientras examinaban el alcance de sus heridas.

Eli accedió, al fin, con un cabeceo y, acompañada por los tres fomorianos, se desplazó hasta donde Lugh le había indicado.

Lugh desenvolvió despacio el cuerpo femenino, todavía cubierto por la sábana, y la puso de lado para poder inspeccionar también su espalda. Por suerte, Alana no despertó. Tenía los labios agrietados y llenos de sangre seca, como si alguien se los hubiese mordido o tal vez lo hubiese hecho ella misma para contener sus gritos. Estaba más delgada, señal de que la habían hecho pasar hambre durante esos días o, simplemente, no había querido comer.

Apretó los puños y la observó, desesperado. Tenía que tocarla para buscar huesos rotos, pero tenía tantas heridas y moratones que le daba miedo hacerlo porque sabía que le iba a doler.

Lo que sí hizo fue quitarle la argolla del cuello y arrojarla lejos de allí con furia.

—¿Pero qué clase de sádico malnacido ha podido hacerle esto? —musitó Morrigan, mientras se arrodillaba a su lado.

Lugh vio con asombro que una lágrima se deslizaba por la mejilla de la diosa. Por mucho que tratara de disimularlo, Morrigan era una mujer muy sensible.

—Deja de llorar, ¿quieres? —susurró ella, de repente—. Si te veo no puedo evitar hacerlo yo también.

Le costó un par de segundos darse cuenta de que estaba hablando con él. Se llevó una mano a su propia mejilla y luego observó con asombro sus propios dedos húmedos por las lágrimas. Estaba llorando sin saberlo.

Tomó aire y asintió. Sí, debía mantenerse frío y distante para ayudarla mejor.

—¿Crees que la ha violado? —murmuró Morrigan.

—Sí —respondió, y no pudo decir nada más porque la garganta se le cerró.

Empezó a repasar con la mente pócimas para tratar sus heridas y no dejasen cicatriz en su piel. Si al menos contasen con el caldero...

—¿Y esa muñeca? —inquirió de pronto Morrigan, señalando a la muñeca de trapo que todavía abrazaba Alana.

—Insistió en cogerla —respondió Lugh, restándole importancia con un ademán—. Dijo que era un recuerdo de su madre.

Morrigan, siempre curiosa, la cogió con cuidado para verla mejor, pero frunció el ceño al hacerlo.

—Pues para ser una simple muñeca de trapo pesa bastante.

Su comentario llamó la atención de Lugh. Cogió la muñeca y la observó. Era cierto, pesaba más de lo que debería y, además, su mullido cuerpo se endurecía en el tronco, como si tuviera algo sólido en el relleno.

Lo embargó una corazonada, mientras buscaba en su espalda la cremallera que daba acceso a su interior. La abrió y allí estaba: el Caldero de Dagda.

«Chica lista», pensó mientras suspiraba de alivio.

Cogió el caldero con cuidado, pronunció las palabras mágicas, y con

ayuda de Morrigan, la incorporó un poco para que pudiese beber.

El movimiento hizo que Alana despertase y clavase los ojos en él.

—Pensé que podría resistirlo —susurró, con voz apenas audible.

—¿El qué?

—Tuve una visión en Avalon. Sabía que pasaría esto si te devolvía la vida —farfulló ella—. Pensé que podría soportarlo, pero no soy tan fuerte como creía. Duele, Lugh. Duele tanto que me cuesta respirar.

Lugh y Morrigan intercambiaron una mirada. No lo entendía, si sabía de antemano que sus actos tendrían aquella consecuencia...

—¿Por qué me devolviste a la vida entonces? —inquirió, desconcertado.

—Porque una vida sin ti hubiese dolido más —respondió ella, antes de volver a cerrar los ojos, como si aquella confesión hubiese acabado con sus últimas fuerzas.

Aquellas palabras fueron como un puñetazo en las entrañas.

—Pues sí que va a resultar ser una tonta enamorada —musitó Morrigan.

Lugh no dijo nada, no podía. Sin pérdida de tiempo, hizo que Alana bebiera del caldero. Al menos el *uisge beatha* sanaría las heridas de su cuerpo, aunque mucho se temía que las cicatrices de su alma no se aliviarían con tanta facilidad.

## CAPÍTULO 58

**A**lana se incorporó de golpe con la respiración agitada y miró a su alrededor, asustada, temiendo que Yago estuviese allí, con ella, mientras el eco de su pesadilla todavía retumbaba en su mente.

*Ahora te voy a enseñar lo que es un verdadero hombre...*

Tardó un segundo en darse cuenta de que ella ya no estaba en su habitación. Se encontraba en medio del bosque, en un pequeño claro entre unos árboles, y a juzgar por la luz que se filtraba entre las hojas, era de día.

Escuchó la risa de Eli, jovial y llena de vitalidad, y entonces lo entendió. Estaba en un sueño, eso era. ¿Cómo si no iba a estar Eli correteando por el bosque? La observó con el corazón henchido de emoción mientras la adolescente iba de aquí para allá, dando saltos, como si estuviese probando la fuerza de sus piernas.

Estaba tan ensimismada mirándola que tardó en darse cuenta de que el cuerpo no le dolía. Movi6 la mano derecha de forma tentativa. Una de aquellas noches de pesadilla, Yago le había apretado con tanta fuerza la muñeca que se la había roto. Pero nada, parecía haber sanado. Se llevó la mano al cuello, pero ya no tenía la argolla puesta. Observó sus brazos, desconcertada, y vio que su piel estaba imaculada. Miró debajo de la nivea sábana que la cubría; no había ni huella de golpes ni moratones. Se tocó la espalda, donde la sangre seca se había agolpado, herida tras herida, y tampoco halló evidencias de ello, ahora estaba suave y tersa, ni siquiera había rastro alguno de la triqueta invertida gravada a fuego en su piel. Incluso había dejado de sentir aquel dolor latente entre las piernas, donde Yago la había desgarrado con violencia.

Se llevó las manos a la cabeza y frunció el ceño al comprobar que su pelo seguía trasquilado.

«Ya puestos a soñar, podía haber hecho crecer de nuevo mis rizos», pensó con un bufido.

Entonces vio aparecer una figura entre los árboles, femenina, alta y

curvilínea, y lo entendió todo.

—Estoy muerta —masculló con enfado—. Ese cretino me ha matado apaleada, encadenada como a un perro y con un mal corte de pelo.

La rabia y la frustración la embargaron. De nada había servido luchar y tratar de resistir, él había terminado acabando con su vida. Solo esperaba que Eli no se enterase nunca de todo lo que había sufrido antes de morir. Que no la dejaran ver su cuerpo. ¿Y Eli? ¿Qué sería de ella? Aquello la agobió muchísimo.

—¿Qué te hace pensar que estás muerta?

La pregunta la sacó de sus reflexiones.

—Tú eres Morrigan, la diosa de la Muerte, ¿verdad?

—De la Muerte y de la Destrucción —apostilló ella, con una sonrisa ladeada—. Danu se lució al otorgarme mis títulos —agregó, mientras se encogía de hombros con una mueca divertida—. Si crees que has muerto, ¿es porque esta sería tu visión del Paraíso?

¿Un lugar donde su hermana pudiese caminar libre? Sí, por supuesto. Aunque para estar completo le faltaría cierto dios resplandeciente a su lado.

Lugh.

Pensar en él le trajo recuerdos confusos. Aturdida por el dolor, como había estado, lo había imaginado materializarse en su habitación, arrullarla con palabras suaves y sacarla de su pesadilla. Pero había sido eso, solo un sueño fruto de su imaginación.

—No creo que merezca el Paraíso después de todo lo que he hecho.

—¿Y qué es lo que has hecho? —inquirió Morrigan, con voz suave, mientras sus ojos ambarinos la miraban con intensidad.

—Traicionar, mentir, manipular, robar... La lista es interminable.

—Es evidente que fingiste tu amistad con Diana y tu amor por Lugh para lograr tus propósitos —aventuró Morrigan, mientras la miraba entre sus espesas pestañas.

—¡No, mis sentimientos hacia ellos fueron reales! —contradijo con firmeza—. Hubiese sido más fácil para mí ignorarlos, pero me esforcé por protegerlos todo lo posible y eso me complicó las cosas —explicó Alana, y sintió que las lágrimas acudían a sus ojos—. Pero ahora ya da igual. He muerto. Ya no tendré la oportunidad de enmendar las cosas y ellos me recordarán siempre con odio.

—¿De verdad enmendarías las cosas si tuvieses una oportunidad?

—Claro.

—Pues entonces te voy a dar una buena noticia: no estás muerta. Todo esto es real —confesó Morrigan con una sonrisa—. Lugh te sacó del pazo anoche. Encontramos el caldero dentro de la muñeca y te dimos de beber de él.

Una risa llena de alegría llegó hasta ellas y las dos se giraron hacia Eli, que saltaba a la pata coja alrededor de un árbol.

—Está así desde que bebió del caldero —aclaró Morrigan y en su mirada había ternura—. Es una joven encantadora y tiene mucho talento para el dibujo.

Alana se puso de pie lentamente sin apartar los ojos de Eli, con el corazón encogido al darse cuenta de que aquello era real, de que su hermana ya no iba en silla de ruedas. Solo por esa imagen, todo lo que había sufrido valía la pena.

En aquel momento, Eli se giró hacia ella. Las dos hermanas se miraron en silencio durante unos segundos, conectadas por todo el amor y el sufrimiento que habían compartido durante tantos años, sabiendo lo importante que era para las dos que Eli estuviese allí de pie, ante ella; hasta que, con un grito mezcla de sollozo y alegría, corrió hacia Alana y se lanzó en sus brazos.

Se abrazaron, se besaron, rieron y lloraron, y Morrigan las dejó hacerlo durante unos minutos, pero luego se impuso la realidad.

—Venga, hay mucho que hacer antes de que Lugh y los cuervos regresen de explorar la zona. Pero antes...

Morrigan la cogió por los hombros para observar su rostro. Alana rehuyó su mirada, avergonzada, pero la daniana la tomó por la barbilla con suavidad y la instó a que la volviera a mirar.

—No permitas que ese desgraciado tenga poder sobre ti. No debes avergonzarte por lo que te hizo, ¿entendido? —Esperó a que Alana asintiera antes de continuar: —Voy a arreglarte un poco el pelo, con tus pómulos el cabello corto te favorece. Estarás estupenda, ya lo verás. —Luego miró su cuerpo, pensativa—. Eres más bajita y delgada que yo, pero creo que tengo algo de ropa que te quedará bien.

Media hora después, Alana se sentía más segura. Morrigan había podido arreglar sus trasquilones en un coqueto peinado estilo *pixie* y la ropa que le había dejado, unos leggings y una camiseta negra, completaban un look roquero muy actual.



—Estás muy guapa, Alana —comentó Eli, siempre fiel.

—Lugh se alegrará de ver que estas recuperada —aseguró Morrigan, después de mirarla con aprobación.

—¿De verdad lo crees? —preguntó Alana, sin poder disimular el tono de esperanza de su voz.

—Estoy segura. Y va a ser muy divertido ver cómo trata de disimularlo —agregó con una sonrisa maliciosa.

En cuanto terminó de decirlo, se escucharon varios aleteos y aparecieron cuatro cuervos negros que al llegar a tierra transmutaron a su forma humana.

Los cuatro no pudieron ocultar su sorpresa al verla en pie, recuperada, pero la atención de Alana se centraba solo en un uno de ellos.

Lo encontró muy cambiado. Para empezar, vestía de negro cuando siempre lo había hecho con colores claros. Sus ojos parecían dos piedras de ónice, señal de que su naturaleza fomoriana seguía en pie de guerra. Si pudiese ver su aura, seguro que era de un rojo vibrante.

Una miríada de emociones cruzó el rostro de Lugh al observarla, hasta que las ocultó detrás de una fría mirada.

—Morrigan, no olvides que es una prisionera, debería estar atada.

La sonrisa vacilante, que Alana había empezado a esbozar, desapareció de sus labios al escucharlo. ¿Aquel era el mismo hombre que la había tratado con tanto cariño al rescatarla del pazo? ¿El que había alejado sus miedos con arrullos y paciencia? ¿El que había cogido su mano y la había posado sobre su pecho para susurrar *mo chuisle* con ternura? No, todo aquello que creía haber recordado debía ser solo un sueño, porque el hombre que se presentaba ante ella la miraba sin compasión.

—¡No puedes atar a mi hermana! —protestó Eli, horrorizada.

—Hazlo tú mismo, a mí me cae bien —terció Morrigan, mientras se encogía de hombros.

Lugh fulminó a la daniana con la mirada, antes de volver a clavar sus ojos en ella. Pudo ver que tensaba la mandíbula. ¿En serio se estaba planteando atarla?

—No voy a consentir que nadie me vuelva a atar ni a encadenar. Jamás —declaró Alana con voz firme, para que le quedase claro que, si lo intentaba, pelearía hasta el final—. Asumiré las consecuencias de mis actos sin resistirme ni tratar de escapar, lo juro.

—¿Y se supone que tu palabra tiene alguna validez? —replicó Lugh con

dureza—. No te ataré... por el momento. Pero que te quede claro que si veo el menor indicio de que intentas escapar, no tendré reparos en hacerlo.

Se sostuvieron la mirada durante unos segundos, en un duelo de voluntades, hasta que Lugh cortó el contacto visual con un gruñido y se alejó de allí, seguido por los tres fomorianos.

—Me odia —susurró Alana, conmocionada, viéndolo marchar hacia el otro lado del campamento.

—Puede ser —convino Morrigan, siempre sincera—, pero también te quiere. He ahí su gran dilema.

## CAPÍTULO 59

Lugh trató de centrarse en el plano que tenía delante de sí. Eli había hecho un trabajo estupendo. No solo les había dibujado un mapa detallado de todo el recinto, indicando la finalidad de cada edificio, sino que también les había proporcionado información sobre cada una de las personas que habitaban en el lugar, desde guardias hasta meros sirvientes.

La verdad era que la organización de aquel lugar era bastante feudal. Una secta neodruídica, con reminiscencias del pasado, pero que se había abierto a las nuevas tecnologías en ciertos aspectos, en la que Alexandre Quiroga ejercía de caudillo absoluto.

El lugar en donde había crecido Alana.

Ahora entendía mucho más de ella. La forma en que había esquivado sus preguntas cuando le había preguntado por su hogar. Y es que la muchacha nunca había tenido uno. Como muy bien le había explicado Eli, mientras ella se recuperaba de sus heridas, Alana siempre había sido una prisionera en aquel lugar.

—El cachorro gruñe mucho, pero se muere por una caricia.

Lugh dio un respingo cuando la voz de Maon lo sacó de sus pensamientos.

—¿Qué quieres decir?

—Que por mucho que lo intentes, no puedes apartar la mirada de ella — señaló Sionn, con una risilla.

¡Por Danu, era cierto! Sus ojos insistían en desviarse una y otra vez hacia donde estaba la muchacha, que en aquel momento comía algo con desgana, presionada por Eli.

—Solo me estoy asegurando de que se alimenta bien, no vaya a ser que se muera de inanición antes de que pueda llevarla a Irlanda.

—¿Y qué pasará cuando la llevemos allí? —inquirió Taran, entrecerrando los ojos—. Puede que tú te hayas ablandado respecto a ella —susurró en voz baja—, pero yo no puedo obviar que, tal vez, esté implicada en la muerte de Heather ni que por sus maquinaciones casi perdemos a Elatha.

Iba a decir que eso era cosa suya, que Alana era su responsabilidad y que

sería él el que decidiría el castigo que debía aplicarle, si es que al final se decidía por alguno, pero Morrigan lo interrumpió antes de que pudiera hacerlo.

—Se enfrentará a un juicio —declaró la diosa, al tiempo que se acercaba a ellos—. Danianos, milesianos y fomorianos, juntos, decidirán si ha sido culpable o no de traición y cuál será su castigo. Después de todo, ella intentó poner fin al Pacto de Tres, por lo que las tres razas deberían de intervenir en la decisión sobre su destino. ¿No te parece, Lugh? —añadió, y clavó sus ojos en él con una sonrisilla que lo sacó de quicio.

«¡Y un cuerno! El destino de Alana es decisión mía, de nadie más», quiso gritar, pero guardó silencio, porque sabía que Morrigan buscaba eso, pincharlo hasta que revelase sus verdaderos sentimientos.

—Será mejor que nos preparemos. Aunque Yago dijo que no acudiría a la habitación de Alana hasta el anochecer, pueden descubrir su ausencia en cualquier momento. Arrasaremos el pazo hasta que no quede piedra sobre piedra ni persona con vida —gruñó Lugh, en un poco sutil cambio de tema.

—No podéis hacer eso —protestó Alana, que lo había oído, y se acercó hasta ellos seguida por Eli—. No todos los que viven en el pazo son mala gente, también hay inocentes.

—Pero ninguno de ellos movió un dedo por ayudarte —masculló Lugh con dureza, pues esa era la razón por la que había decidido no tener piedad alguna con ellos—. Dejaron que Yago te maltratase noche tras noche, sin hacer nada por detenerlo. —Y solo de pensarlo, sintió que el pulso se le aceleraba y que la rabia invadía cada partícula de su ser.

Omitió decir que solo una niña inválida había tenido el coraje suficiente como para hacer algo por salvarla.

No, los demás no merecían ser salvados y ella tendría que ser la primera en estar de acuerdo. Por eso se sorprendió al verla plantarle cara.

—¡Qué fácil es dar lecciones de valor y coraje para el todo poderoso dios del Sol! ¡El gran héroe daniano! —escupió con rabia contenida y lágrimas en los ojos—. Es sencillo para vosotros que sois grandes y poderosos, que vuestra naturaleza mágica os hace inmunes a las cosas que destruirían a cualquier otro. Que contáis con calderos y hechizos capaces de sanar vuestras heridas y ahorraros el dolor —añadió mientras miraba a los tres fomorianos y a Morrigan, uno a uno—. No sois capaces de entender lo que el miedo puede hacerle a una persona. Cómo puede obligarla a actuar de una

forma que va en contra de su naturaleza. Y no hablo del temor por uno mismo, me refiero al miedo que provoca saber que le pueden hacer daño a las personas que amas si no actúas como te dicen —declaró, y las lágrimas empezaron a derramarse por sus mejillas—. El miedo paraliza los sentidos, domina la voluntad, y no todos tenemos el valor para romper las cadenas. Eso nos convierte en cobardes, en esclavos, no en malas personas. —Volvió a clavar sus ojos castaños en Lugh antes de añadir—. Si acabáis con todos, sin discriminación, no seréis mejores que Alexandre o Yago. Si los matáis, entonces tendréis que matarme a mí también.

Y dicho eso, se giró y se adentró en el bosque.

Eli hizo ademán de seguirla, pero Lugh la detuvo con un gesto.

—Habla de ella misma sin darse cuenta —susurró la adolescente con voz rota—. Todo lo que hizo fue para protegerme.

—Lo sé —suspiró Lugh.

Al escucharla, había terminado de comprenderlo todo. Alana en ningún momento había actuado ni por maldad ni por avaricia o ambición. Lo único que la había movido era el miedo por su hermana.

—Necesito hablar con ella, a solas.

—Está bien —concedió la niña, después de pensarlo un segundo—. Pero como le hagas daño, me las pagarás —añadió, con una mirada de advertencia digna de un fomoriano.

Lugh sonrió ante el valor de la joven. Medía metro y medio y era delgada como un junco, pero se atrevía a amenazarle sin temblar. Sin duda, se parecía mucho a su hermana mayor.

Encontró a Alana en el bosque, sentada en un tronco lleno de musgo, con las manos tapándole la cara y el cuerpo estremecido por sollozos.

Su primer impulso fue acercarse a ella, cogerla entre sus brazos y secar sus lágrimas con besos mientras le juraba al oído que todo se arreglaría. Pero, en cambio, se detuvo a dos metros de ella, mirándola, inmóvil.

Ella tardó un segundo en presentir su presencia y alzó el rostro, anegado de lágrimas. Lo miró con sorpresa, como si no esperara encontrarlo a él allí.

—Creí que eras Eli —susurró y comenzó a secar sus lágrimas con las manos, mientras escondía el rostro de él—. Lo siento, no suelo llorar, pero últimamente tengo las emociones a flor de piel.

Iba a decirle que no tenía por qué avergonzarse. Tenía todo el derecho a llorar. Se lo había ganado con cada golpe y cada latigazo que había herido su

cuerpo. Por años de represión y por ser tan valiente, a pesar de todo. Pero calló.

De repente, ella se puso de pie y lo miró con los ojos dilatados.

—¿Has venido a matarme?

Él entrecerró los ojos y sonrió.

Aquella reacción, ahora que había recuperado su fuerza, fue un bálsamo para su orgullo herido. Sí, Alana debía de temerlo. Después de todo, había traicionado al dios del Sol. Se acercó a ella despacio, en silencio, buscando alguna reacción de temor, pero ella permaneció erguida ante él, observándolo. El único indicativo de que estaba nerviosa era el movimiento rápido de su pecho.

—¿Pedirías clemencia si así fuera?

—No —respondió, mientras alzaba un poco el mentón.

Lugh no pudo más que admirar su coraje. Era algo que siempre había apreciado en ella.

Alzó la mano y la joven contuvo el aliento. Tal vez había esperado un golpe, pero en su lugar recibió una caricia. Los dedos del hombre recorrieron la suavidad de su mejilla hasta detenerse en sus labios. La última vez que los tocó habían estado ásperos y agrietados, ahora volvían a estar rosados y tersos. Con el cabello corto o largo, a sus ojos era la mujer más hermosa que había conocido.

Se tuvo que morder el labio para contener las ganas de atraerla hacia él y besarla. En cambio, bajó la mano y dio un paso hacia atrás, poniendo fin al contacto.

—He venido a decirte que tendremos en consideración tus palabras. No haremos daño a quien no lo merezca.

—Gracias.

Lugh asintió con sequedad y se giró, dispuesto a volver al campamento, pero la voz de Alana lo detuvo cuando había dado un par de pasos.

No se giró. No podía. Alejarse de ella sin abrazarla había supuesto demasiado esfuerzo para su voluntad. Si ahora la volvía a mirar, era posible que hiciera alguna tontería, como besarla y decirle que todavía la amaba.

—Solo quería que supieras que... lo siento —declaró Alana, con voz trémula—. Siento haberte mentido y haberte utilizado, pero quiero que sepas que no todo fue un engaño. Mis sentimientos hacia ti eran reales. Son reales —afirmó con convicción—. Te amo, Lugh —susurró y, al oírlo, él cerró los ojos

en un inútil intento de que sus palabras no le afectasen como lo estaban haciendo—. Sé que ahora me odias, pero...

—¿Acaso creías que no te odiaría después de lo que hiciste?

—Lo pensé, todavía lo pienso, pero me queda la esperanza.

—¿De qué?

—De que tu amor sea más fuerte que tu odio —respondió ella, con voz queda—. De que algún día puedas perdonarme.

Lugh apretó los puños. Su amor superaba con creces su odio. Lo había comprendido al encontrarla en aquella cama mugrienta, ensangrentada y encadenada, pero no pensaba ponérselo tan fácil.

Sí, la amaba y ahora comprendía las razones que la habían movido a hacer lo que hizo, pero su orgullo le impedía perdonar su traición.

Por eso no dijo nada y se alejó, dejándola allí, sola.

## CAPÍTULO 60

Alana se recompuso lo mejor que pudo y comenzó a andar hacia el campamento. Estaba tan ensimismada en sus pensamientos que casi se da de bruces contra Taran, que parecía venir del «cuarto de baño» que habían improvisado a unos metros de allí.

El fomoriano le lanzó una mirada amenazadora y luego la ignoró. Sin duda, a excepción de Lugh, él era el que parecía más disgustado con ella, y no lo podía culpar. Pero tal vez había una forma de compensar el dolor que de forma indirecta le había provocado.

—Taran —lo llamó, y él se detuvo al escuchar su voz, pero no se giró.

Primero Lugh y luego él, parecía que su destino era hablar con las espaldas de los hombres, pero eso no la frenó.

—Conocí a Heather, era una muchacha muy dulce. Si hubiese sabido lo que Stephen iba a hacerle, hubiese hecho cualquier cosa por impedirlo —aseguró y lo decía en serio—. Siento mucho lo que le pasó.

Taran no se giró a mirarla. Tan solo movió de forma imperceptible la cabeza, única señal de que la había oído, y reanudó su marcha.

—Yago y Stephen son muy amigos —susurró Alana antes de que avanzara más de dos pasos. Su comentario lo detuvo de nuevo—. Una noche los escuché hablar por teléfono. Los dos alardeaban de sus... De lo que Yago estaba haciendo conmigo y lo que Stephen le hacía a otra chica. Incluso Stephen le mandó un vídeo en el que se veía cómo violaba a una pobre infeliz. Yago me obligó a verlo —balbució, y se le revolvió el estómago solo de recordarlo—. En una escena salía una discoteca de fondo: Salou Beach. Yago comentó que aquel era el nuevo coto de caza de su amigo. Seguro que lo encuentras allí.

Entonces Taran sí que se giró. Sus ojos brillaban, sedientos de venganza, pero su expresión era tranquila.

—Gracias —musitó, antes de girarse y regresar al campamento.

Alana lo siguió poco después. Cuando llegó, todos seguían en torno al mapa, hablando de la estrategia que iban a seguir al entrar. Se acercó a ellos en silencio y se puso entre Lugh y Taran, tratando de mostrar normalidad,



aunque por dentro se sentía como un flan.

El dios del Sol le dedicó una breve mirada antes de continuar hablando como si ella no estuviese a escasos diez centímetros de él.

—Eli dice que este es el estudio de Alexandre Quiroga —explicó Lugh, mientras señalaba un punto en el mapa—, y que suele encerrarse allí después de cenar. Una de las prioridades es dar con él y recuperar la piedra de Biróg. No podemos permitir que algún inconsciente libere a Balor de su cautiverio, pondría en peligro el mundo mágico.

¡Ups!

Con todo lo que había ocurrido, Alana había olvidado aquel pequeño detalle.

—Así que cuando entremos —prosiguió diciendo Lugh. Alana tiró de su camiseta para llamar su atención—, Taran y yo... ¿qué? —gruñó Lugh, mirándola.

—Creo que olvidé contaros algo —susurró—. Os vais a reír. Bueno, tal vez no —repuso, al ver sus miradas serias e impacientes—. Resulta que, sin quererlo, liberé a Balor.

—¿Qué?

—Todo tiene su explicación. Drua me engañó, entre otras cosas porque no era Drua, era Idris —masculló con disgusto. Cada vez que recordaba lo que esa mujer había hecho sufrir a Eli, se enervaba—. Y también engañó a Alexandre. Me hizo recitar un hechizo, pensando en que haría a mi padrastro invencible, y lo que realmente consiguió fue liberar el espíritu de Balor y que este invadiera su cuerpo. Así que Alexandre ya no es Alexandre, ahora es Balor —concluyó, e hizo una mueca.

Un silencio asombrado invadió el campamento antes de que todos, al unísono, comenzaran a hablar.

—¡Por Domnu! —exclamaron los mellizos.

—¿Esa bruja de Idris está en el pazo? —inquirió Morrigan, con una mirada feroz.

—¡Mujer! ¿Es que acaso no valoras tu vida ni un ápice? —farfulló Lugh, pues todos eran conscientes de que aquella confesión equivalía a una condena de muerte.

—Bueno, la culpa en parte es tuya. Si me hubieras enseñado gaélico un poco mejor me hubiese dado cuenta del significado del hechizo.

—En cuanto Dagda sepa lo que has hecho, no va a tener ninguna

clemencia contigo —señaló Taran y no le faltaba razón.

—Bueno, tampoco hay que exagerar. Todos hemos metido la pata alguna vez —repuso Morrigan saliendo en su defensa, como siempre—. Recuerdo que hace tiempo yo misma perdí la cabeza e intenté matar a Dagda, pero ahora los dos nos reímos de ello cuando lo recordamos. Además, los padres suelen tener una debilidad especial en todo lo relacionado con sus hijas —añadió, mientras guiñaba un ojo a Alana.

—¿Lo sabes?

—No hay que ser demasiado perspicaz para deducirlo.

—¿Deducir el qué? —preguntaron los cuatro hombres a la vez.

—¿Dagda es tu padre? —inquirió Eli, con asombro.

Pese a la seriedad de la situación, Alana y Morrigan intercambiaron una mirada divertida.

Los hombres la miraron con diferentes grados de asombro, pero en los ojos de Lugh, además, había reproche. Seguro que pensaba que le había vuelto a mentir.

—Si Balor está ahí dentro deberemos tomar precauciones —declaró Taran—. Una cosa es enfrentarse a unos cuantos druidas sedientos de poder y otra hacerlo contra uno de los fomorianos más fuertes y sanguinarios que han existido. Sin olvidar que tienen una de las dagas de Findias.

—Contamos con el elemento sorpresa —señaló Maon.

Justo en aquel momento, desde el pazo se oyeron voces de alarma y sirenas.

—Adiós al elemento sorpresa —gruñó Sionn.

—Preparaos —ordenó Lugh mientras se ponía la Capa de las Nieblas—, caeremos sobre ellos antes de que... ¿Qué crees que estás haciendo?

Alana tardó un segundo en darse cuenta de que estaba hablando con ella. Morrigan le acababa de dar uno de sus cuchillos —esa mujer era una versión femenina de Rambo— y le estaba enseñando un par de trucos para empuñarlo.

—Preparándome.

—Ni hablar. Tú te quedas aquí, con Eli.

—Ni hablar —repuso ella, con el mismo tono y las mismas palabras—. Voy con vosotros. Soy la única que puede recuperar el libro de Dagda y tiene demasiado poder como para dejarlo en malas manos.

—Está bien —gruñó Lugh, concediéndole la razón a desgana—. ¿Dónde está el dichoso libro?

—En el estudio de Alexandre.

Lugh se quitó la capa y se la acomodó sobre los hombros mientras le explicaba:

—Si te pones la capucha, te haces invisible, puedes traspasar cualquier muro, pared o puerta. Entrás, lo coges y sales —instruyó, con mirada severa—. Nada de tonterías, ¿me oyes?

Alana asintió, en silencio.

Por un momento, los dos se miraron a los ojos mientras los dedos de Lugh se entretenían en el broche que aseguraba la capa y, como siempre sucedía cuando estaba juntos, todo desapareció a su alrededor.

Vio que los ojos de Lugh se desviaron hacia su boca y se mordía el labio de aquella manera tan sexy, como si estuviese conteniendo las ganas de besarla.

Lo iba a hacer. La iba a besar. Pero, justo cuando empezaba a acercar su rostro al de ella, la voz de Taran rompió el momento.

—Los demás, ataquemos —instó el general daniano con voz grave—. Nuestra prioridad es dar con Balor e Idris, y eliminarlos.

Eli los miró esperanzada.

—¿Yo también puedo...?

—¡No! —cortaron todos al unísono.

La adolescente bufó y se cruzó de brazos mientras los fulminaba con la mirada.

—Será mejor para todos si te quedas aquí, Eli —murmuró Alana y la cogió de los hombros para alentarla—. Alguien debe cuidar el campamento mientras regresamos. El caldero está aquí y es demasiado valioso para dejarlo sin vigilancia.

Eli, que no había tomado en consideración aquel detalle, asintió a desgana.

Con una última mirada intensa en su dirección, Lugh dio una señal a los demás y transmutaron todos en forma de ave. Un segundo después, Alana dio un abrazo a su hermana, se puso la capa y emprendió la marcha hacia el pazo.

No se detuvo ante muros ni puertas ni paredes, fue directa hacia el despacho de Alexandre sin perder el paso, corriendo, incluso, en algunos tramos. A su alrededor, todos iban de aquí para allá, conscientes de que estaban siendo atacados, pero sin saber muy bien de dónde provenía el ataque.

Las bolas de energía volaban, descargas eléctricas, ráfagas de viento...

Cada uno se defendía con las habilidades mágicas que poseía, pero pronto fue evidente que los invasores tenían una fuerza muy superior a los Hijos de Breogán. Después de todo, eran dioses.

Alana llegó al despacho jadeando por la carrera. El libro de Dagda seguía donde lo había dejado, abierto sobre la mesa de Alexandre por la página del hechizo que había liberado a Balor. Por suerte, Idris no había encontrado la forma de hacerse con él.

Se aproximó a la mesa para cogerlo, pero cuál fue su sorpresa cuando el libro se desmaterializó entre sus dedos al intentar agarrarlo. La Capa de las Nieblas debía ser la causante de ello.

Miró a su alrededor, para asegurarse de que estaba sola y se quitó la capucha. Solo entonces pudo coger el libro entre sus manos. Lo abrazó contra su cuerpo, lo envolvió con la capa, y justo cuando iba a ponerse la capucha, Yago apareció ante ella.

—Idris estaba en lo cierto. Me dijo que tarde o temprano volverías a por el libro. Aunque yo esperaba que lo hicieras porque me echabas de menos —añadió, con una sonrisa maliciosa. Luego la miró de arriba abajo de una forma que le puso los pelos de punta—. ¡Pero mírate! ¡Estás preciosa! No queda ni rastro de las noches que hemos pasado juntos. Creo que lo tendré que remediar —agregó, y antes de que pudiese reaccionar, le dio una bofetada tan fuerte que la tiró al suelo.

## CAPÍTULO 61

Lugh miró a su alrededor y frunció el ceño.

—Algo no anda bien —musitó en voz baja.

Todo había sido demasiado fácil. Habían conseguido acabar con la mayoría de los guardias en cuestión de minutos. Ninguno había tenido habilidades mágicas suficientes como para presentar una amenaza real.

Los demás, los que Alana llamaba «inocentes» se habían escondido o habían huido en cuanto empezó el ataque.

—No hay ni rastro de Balor, Idris o Yago —anunció Morrigan, acercándose a él mientras los tres fomorianos acababan con el resto de los guardias.

Lugh frunció el ceño. Si Balor en verdad estuviese allí, ya habría aparecido. Su abuelo era de naturaleza combativa, nunca hubiese rechazado una batalla. Y donde iba Balor, Idris lo acompañaba.

En cuanto a Yago... Un presentimiento le hizo clavar los ojos en el edificio principal. ¡Qué idiota había sido! Yago estaba obsesionado con Alana y ella era la única capaz de coger el libro de Dagda.

Se la habían puesto en bandeja.

Sin mediar palabra, adoptó la forma de cuervo y emprendió un vuelo veloz hasta el edificio. No entró por la puerta principal, hubiese sido una pérdida de tiempo. Se coló por la ventana del despacho, con una explosión de cristales a su paso, y cayó sobre Yago en el momento en que él flexionaba la pierna para dar una patada a Alana, que estaba tendida en el suelo.

Rodaron por la alfombra mientras Lugh adoptaba la forma humana y, después, los dos se alzaron a la vez, uno frente al otro, adoptando una postura de ataque.

—Supongo que tú debes ser Lugh, el dios del Sol —bufó Yago—. No puedo negar que estoy un poco desilusionado. Esperaba que fueras más alto y fuerte; más como yo —agregó con una sonrisa, mientras se señalaba el pecho musculoso.

—¿Más idiota? —repuso Alana, al tiempo que se incorporaba en el suelo.

Parecía estar bien y eso lo alivió, pero al percatarse de que tenía la mejilla enrojecida por un golpe, sintió la ira crecer en su interior. Aun así, que tuviese las agallas de replicar al hombre que le había hecho tanto daño, lo llenó de orgullo. Sin duda, Alana era una guerrera innata.

—¿Te encuentras bien?

—Me cogió por sorpresa.

—Me llevé una decepción muy grande cuando me di cuenta de que te habías ido, querida. Tenía que despedirme de ti como era debido antes de reunirme con Balor e Idris en Estados Unidos.

—¿Se han ido? —inquirió Alana, sorprendida.

—Siento decirlo que cogieron un vuelo esta misma mañana y, por si os interesa, se llevaron con ellos la daga de Findias. Idris cree que puede encontrar la forma de replicarlas. ¿Os imagináis un ejército de fomorianos armados con dagas capaces de acabar con los dioses, marchando sobre Irlanda? Pues preparaos, porque dentro de varios años será una realidad —declaró Yago, con una sonrisa—. Vuestros días de Guardianes de la Magia en Irlanda pronto llegará a su fin y el Pacto de Tres desaparecerá.

—Es posible —concedió Lugh, porque si lo que ese malnacido contaba era cierto, se presentaban tiempos difíciles ante ellos—, pero ten por seguro que tú no lo verás. —Clavó sus ojos en Alana y no pudo evitar que su voz se enterneciese al preguntar: —¿Cuántas noches, *mo chuisle*?

—¿Cuántas noches qué? —inquirió ella en un susurro, sin entender.

—Quiero saber durante cuántas noches este malnacido te maltrató y te violó.

—Cuatro —respondió ella, al fin, con una voz tan dolida que le rompió el corazón.

—Cuatro noches serán entonces lo que tardes en morir —sentenció Lugh, clavando en Yago sus ojos sin el menor rastro de compasión—. Prepárate, porque por fin ha llegado el momento.

—¿Qué momento? —murmuró Yago y, por primera vez, pudo ver un atisbo de miedo en sus ojos.

—El de la venganza —gruñó Lugh, antes de lanzarse sobre él.

Yago tuvo una muerte lenta y agónica.

Lugh no mostró piedad. Él nunca la tuvo con Alana, así que no la merecía.

Durante cuatro noches, lo estuvo torturando tal y como él había hecho con Alana. Con la única diferencia de que, en lugar de violarlo, lo castró.

Su lado fomoriano disfrutó con ello.

Su lado daniano, también.

Y solo entonces, cuando le arrancó el último aliento de su despreciable vida, los ojos de Lugh volvieron a recuperar su color natural: el azul.

## CAPÍTULO 62

Alana y Eli siguieron a Morrigan al interior de Avalon.

Era cómico ver la cara de asombro de su hermana cada vez que descubría algún detalle de *Tir na nÓg*. Incluso había llorado a moco tendido por la emoción de ver a los unicornios que pastaban tranquilos en los alrededores del castillo de plata.

Dagda estaba en el trono del Gran Salón, tan imponente como lo recordaba, y su mirada era inescrutable cuando las vio acercarse.

—Esperad aquí durante un momento, necesito comentarle un par de cosas antes de que hable con vosotras.

No supo lo que le dijo, pero al cabo de unos minutos clavó sobre ella una mirada feroz. Tanto, que Eli se acercó hasta ella en una muda señal de apoyo.

Cuando terminaron de hablar, Morrigan sonrió y les hizo una señal para que se acercasen.

—Aquí tienes a Alana, la instigadora de la revuelta —anunció en voz alta—, la ladrona del caldero y de tu libro mágico... Y la que ha liberado al espíritu de Balor de la piedra de Biróg —concluyó, con una mueca de disculpa.

Dagda dio un respingo y le lanzó una mirada ceñuda, pero no dijo nada.

—¿Tenías que decírselo así, de golpe? —masculló Alana mientras le pegaba un codazo a Morrigan.

—La sinceridad resuelve la mayor parte de los problemas del mundo —respondió Morrigan con un guiño.

—Y también es la causante del resto —bufó Alana, nada convencida por aquella teoría. Se armó de valor y se acercó hasta Dagda—. Siento haber robado el libro y el caldero —confesó, mientras se los devolvía sin demasiadas ceremonias.

El anciano los tomó sin decir nada y aceptó sus disculpas con un gesto.

—Bueno, yo ya he cumplido con mi palabra: te la he traído sana y salva. Ahora te debo una menos.

—¿Quién lleva la cuenta?



—Tú y yo —respondió Morrigan, y le guiñó un ojo con coquetería.

—¿Y Lugh?

Eso le gustaría saber a Alana también. Desde que salieran de Galicia, se había mostrado frío y distante con ella. Casi no la había hablado en todo el trayecto en barco y, al llegar a Irlanda, la había dejado en manos de Morrigan alegando que tenía asuntos urgentes que atender.

Al menos, sus ojos volvían a ser azules. Parecía que con la muerte de Yago había agotado toda la rabia de su interior, pero continuaba enfadado con ella.

—No tardará en venir —contestó la daniana, sin entrar en detalles.

—¿Y quién es ella? —inquirió de pronto Dagda, con la atención fija en Eli.

—Se llama Eleonora, aunque prefiere que la llamen Eli —respondió Morrigan mientras le dirigía una sonrisa—. Es la hija de Alexandre Quiroga, líder de los Hijos de Breogán, y descendiente de la druidesa Biróg. Es una talentosa vidente y artista —añadió, con un guiño.

—Eli —susurró Dagda y la miró con una expresión que no supo descifrar—. Te pareces mucho a tu madre.

—¿Es que acaso te acuerdas de ella? —bufó Alana, sin darse cuenta de que lo había dicho en voz alta hasta que vio que Morrigan la miraba con sorpresa por su atrevimiento.

Aquel era Dagda, el líder de los danianos, el Señor de la Magia y se lo debía tratar con reverencia. Pero no podía olvidar que también era el hombre que había seducido a su madre y luego se había ido, sin mirar atrás. Un dios célebre por sus muchas conquistas.

Dagda la observó con los ojos entrecerrados.

—Morrigan, ¿por qué no le enseñas a Eli el castillo? Alana y yo tenemos un par de cosas que aclarar.

—Una forma muy sutil de quitarme de en medio —masculló la adolescente, mientras se cruzaba de brazos, dando a entender que no se iba a ir de allí con tanta facilidad.

Desde que bebiera del caldero, parecía que sus roles se habían invertido. Alana era siempre la que había cuidado y protegido a su hermana pequeña. Ahora, en cambio, Eli se esforzaba por cuidar de ella, como si quisiera compensar de alguna forma todo lo que Alana había sufrido por intentar ayudarla.

—Anda, ve con Morrigan —instó Alana con una sonrisa ante aquella muestra de carácter—. Yo estaré bien —le aseguró.

Eli dudó unos segundos, pero luego terminó cediendo con un suspiro y se marchó, no sin antes atreverse a lanzar a Dagda una mirada de advertencia.

El dios sonrió ante su valor.

Suspiró, se puso de pie y observó a Alana mientras se mesaba la larga barba blanca. Parecía nervioso, como si no supiera qué hacer a continuación.

—Ven, vayamos a pasear por el jardín.

Salieron por una puerta lateral que los condujo hasta el exterior. El *jardín* parecía un trozo de paraíso en la tierra. Un rincón de naturaleza salvaje presidido por una pequeña cascada que se derramaba sobre un estanque y rodeado de árboles. El verde intenso de la vegetación estaba salpicado por todos los colores del arcoíris en forma de flores que inundaban el ambiente con un delicioso aroma dulzón.

Un par de pavos reales, que paseaban por allí, los miraron con curiosidad mientras desplegaban sus colas en abanico, como si quisieran lucir su hermosura ante ellos.

Alana sonrió ante aquel despliegue de vanidad. Sin saber por qué, pensó en Lugh. Lo echaba muchísimo de menos, añoraba la relación que habían tenido antes de que ella lo estropeará todo con su traición.

—¿Siempre has sabido que soy tu padre?

La voz de Dagda la sacó de sus pensamientos.

—No, lo supe la noche del baile. Cuando me cogiste de la mano, tuve una visión. Mi madre me habló de ti, ¿sabes? —comentó, mientras lo miraba de reojo—. Desde pequeña, me dormía con historias sobre dioses celtas y druidas, aunque nunca me dijo que mi padre era uno de ellos. Solo me contó que eras irlandés.

—Morrigan me ha contado... —No terminó la frase, no hacía falta. Su rostro se endureció y sus ojos brillaron de rabia—. Si hubiese sabido que tu madre estaba embarazada...

—¿Hubiese cambiado algo? —le cortó Alana.

—¿Acaso lo dudas? —inquirió él, indignado.

—Sí, la verdad —respondió con sinceridad—. He oído de tus hazañas con las mujeres. Supuse que mi madre solo había sido una más.

—No te voy a engañar, ha habido demasiadas mujeres y me avergüenza decir que no las recuerdo a todas. Tu madre tampoco fue la única a la que he

amado, pero lo hice, y sí recuerdo a todas las mujeres a las que amé. De hecho, entre miles, a ellas las puedo contar con los dedos de una mano —agregó, mientras alzaba tres dedos—. Eleonora fue especial: fue la última. Le pedí que viniera conmigo a Avalon y, cuando se negó, me rompió el corazón. Me sentí tan abatido que envejecí cincuenta años de golpe por propia voluntad, fue mi particular forma de luto, por así decirlo.

Y lo había mantenido durante veinticinco años, lo que significaba que era cierto que su madre le había importado.

—¿Ella está...? —La voz se le quebró, como si aquella posibilidad le resultase dolorosa.

—Murió dando a luz a Eli —murmuró Alana, sin ocultar su dolor—. Dijeron que el parto se había complicado, aunque ahora me pregunto si Idris tuvo algo que ver. Después de todo, mi madre hubiese sido un obstáculo para sus planes.

—Idris —gruñó Dagda con rabia—. Esa bruja al final logró lo que quería, ¿verdad?

—Eso parece.

—Deberemos estar preparados para la guerra, pero antes, tendrás que enfrentarte a un juicio —explicó Dagda y en su voz detectó pesar—. Por desgracia, que seas mi hija no te exonera de ello. Deberás ser juzgada por los representantes del Pacto de Tres y por Lugh.

—¿Por Lugh?

—Morrigan me ha dicho que insiste en formar parte del tribunal y, en vista de lo ocurrido, no sería justo negárselo —confesó Dagda, con un suspiro. Aquello la hundió. Después de todo, él no la había perdonado.

—Te he asignado una habitación para que puedas descansar. Mañana se celebrará el juicio aquí, en Avalon. Mientras te declares inocente, no tienes nada de qué preocuparte.

Alana asintió, con un nudo en la garganta, haciendo un esfuerzo por no ponerse a llorar delante de Dagda. Pero entonces, él hizo algo que no esperaba, que nunca hubiese imaginado. La abrazó. Y todas las lágrimas que contenía se desbordaron mientras su cuerpo se estremecía por un sollozo que no pudo reprimir.

—No llores, hija. Todo se arreglará —musitó Dagda contra su pelo. Intentó creerlo. Deseó hacerlo. Pero no pudo.

## CAPÍTULO 63

A la mañana siguiente, dos guardias la escoltaron desde su habitación hasta el Gran Salón, convertido en una sala de juicio.

En aquella ocasión, tres tronos presidían la estancia. En el centro estaba Dagda como líder de los danianos. A su derecha, Elatha, rey de los fomorianos. Y a la izquierda, el padre O'Malley en su calidad de Guardián, en representación de todos los milesianos. Los tres mandatarios del Pacto de Tres, dispuestos a juzgarla por sus acciones.

Haciendo un círculo, varios miembros de las tres razas esperaban expectantes a que empezara el juicio. No le sorprendió encontrar a Diana entre ellos, situada cerca de Elatha, junto a los fomorianos. Su expresión era inescrutable mientras la observaba acercarse.

Los mellizos también estaban allí. Taran no. Si la intuición no le fallaba, el fomoriano estaría en aquel momento en Salou, dando caza a Stephen, dispuesto a cumplir su venganza. Y ella le deseaba toda la suerte del mundo.

Morrigan y Eli estaban juntas, cogidas de la mano, y Alana agradeció en silencio que la daniana fuera tan considerada con su hermana. Debía estar asustada y nerviosa, al igual que ella, pero se mantenía firme y conservaba la entereza. No pudo más que sentir orgullo al observarla.

Solo cuando la situaron en el centro, vio a Lugh. Estaba en un extremo del círculo, enfrentado a los tres tronos. Su aura crepitaba en un remolino rojo y azul, como si en su interior se estuviese liberando una cruenta batalla. En cambio, su expresión era tranquila. Casi se podía decir que parecía aburrido.

El silencio invadió el Gran Salón cuando condujeron a Alana al centro del círculo. De cara a los tres líderes. Aquello no le hubiese supuesto mayor inconveniente si la posición no dejase a Lugh a su espalda. La ponía nerviosa no poder verlo, aunque puede que fuese lo mejor.

—Alana Quiroga —comenzó a decir Dagda, con la voz lo bastante potente para que llegara a todos los presentes mientras desplegaba un pergamino y comenzaba a leer—. Se te acusa de traición, de conspirar para acabar con el Pacto de Tres, de atentar contra la vida de Elatha, rey de los

fomorianos, de secuestrar a Erin, de...

Una tos forzada cortó las palabras de Dagda.

Dagda frunció el ceño al mirar a la persona que lo había interrumpido y suspiró.

—Perdón, de secuestrar a Diana —corrigió con una mueca.

La implicada sonrió con satisfacción y Elatha le guiñó un ojo.

—De robar mi libro mágico —prosiguió el líder daniano—, de robar el caldero y de atentar contra la vida de Lugh Lamhfada.

«¡Por Dios! El inventario de mis delitos es tan largo como la lista de la compra mensual de una familia numerosa», se dijo con oscura diversión.

—¿Se me olvida algo más? —inquirió Dagda mientras miraba a su alrededor.

Se oyeron murmullos, pero nadie añadió ningún cargo más.

«De perdidos al río», pensó y levantó la mano.

Dagda la miró con asombro. Todos lo hicieron. Incluso creyó escuchar un gruñido exasperado a su espalda y supo que era Lugh.

—Liberé a Balor, ¿recuerdas?

—Sí, pero eso no cuenta. Idris te engañó —repuso Dagda al instante, como si estuviese deseoso de defenderla—. Prosigamos. Has escuchado todas las acusaciones que hay contra ti, ¿cómo te declaras?

Podía decir «inocente», como le había sugerido Dagda, pero estaría mintiendo. Por mucho que hubiese causas atenuantes, la verdad es que era culpable de todos aquellos cargos.

—Culpable —reconoció a su pesar.

Un tumulto de voces se oyó a su alrededor, una queja brotó de los labios de Eli y otro gruñido vibró a su espalda.

Dagda suspiró con desazón.

—Siendo así, no tengo más remedio que condenarte a...

—Quiero impugnar su declaración.

Alana cerró los ojos al escuchar la voz de Lugh. Su corazón aleteó de esperanza. Volvió a dar las gracias por tenerlo a su espalda, porque si lo hubiese mirado a los ojos, lo más probable es que se hubiese puesto a llorar como una niña. Le costó un esfuerzo sobrehumano permanecer en medio del círculo sin desmoronarse.

—Expón tus razones —ordenó Elatha, con un brillo de curiosidad en la mirada.

—La mayoría de las acusaciones están sujetas a causas atenuantes. Alana las hizo por proteger a su hermana pequeña, retenida por los Hijos de Breogán.

Aquella declaración despertó nuevos murmullos.

—Robó el libro y el Cardero —señaló el padre O'Malley.

—Pero luego los devolvió por voluntad propia. Esa fe que comulga en la superficie, el cristianismo, creo que aboga por el perdón ante el arrepentimiento, ¿cierto?

El padre O'Malley asintió, en silencio.

—En cuanto a que atentara contra mi vida —prosiguió diciendo Lugh—, la verdad es que fue en defensa propia. No se la puede culpar por intentar protegerse.

—Se te olvida un pequeño detalle: secuestró a Diana y puso en peligro su vida —masculló Elatha, con voz dura—. Eso no lo puedo perdonar.

—Esta vez seré yo el que me pronuncie al respecto.

Todos se giraron hacia la voz. Para sorpresa de Alana, Taran se abrió paso entre los espectadores y se adentró en el círculo.

—Stephen O'Malley confesó antes de morir que, si no hubiese sido por Alana, Diana hubiese muerto. Mac Gréine y él la quisieron matar desde un principio, pero ella los convenció para no hacerlo. La protegió siempre que pudo.

—¿Stephen ha muerto? —susurró el padre O'Malley.

Cuando Taran asintió, los hombros del anciano se hundieron. Puede que hubiese sido un asesino, pero no dejaba de ser su nieto.

El Gran Salón quedó sumido en un silencio reflexivo, mientras evaluaban todo lo que se había dicho.

Elatha fue el primero en hablar.

—Los fomorianos la absolvemos —declaró Elatha, mientras clavaba sus ojos grises en ella—. Y yo, personalmente, le doy las gracias por haber protegido a Diana.

Alana suspiró agradecida y sus ojos se desviaron hacia la que había sido su amiga. La pelirroja le sonrió con cautela. Un pequeño paso en lo que sin duda iba a ser un largo camino para recuperar su amistad.

—Los milesianos también la absolvemos —afirmó el Guardián—. Ya ha habido demasiadas muertes últimamente, no queremos contribuir con otra más.

¿Quién hablaba de muerte? Pero al ver el gesto de alivio de Dagda lo

entendió. Si Lugh no hubiese intervenido, lo más probable es que la hubiesen condenado a muerte.

—Los danianos la absolvemos —terció Dagda—. Nos consta que ya ha sufrido de sobra por lo que hizo —añadió, con una mirada de cariño—. ¿Qué dices tú, Lugh?

—Estoy de acuerdo en su absolución, pero creo que se le debería de aplicar un castigo por lo que ha hecho.

Entonces sí, Alana se giró hacia él, incrédula. Después de todo lo que había dicho, de conseguir que todos la absolvieran, de llenarla de esperanzas de que la había perdonado, ahora le salía con esas.

Se indignó tanto que estuvo a punto de pegarle una patada en el culo.

Él estaba allí plantado, esperando con paciencia a que lo mirara. Su aura ahora era una fusión de azul y rojo, como si por fin hubiese conseguido el equilibrio interior.

—Creo que ya he encontrado el castigo justo para ti—prosiguió diciendo Lugh mientras se acercaba a ella con paso lento—. Permanecerás aquí en Avalon, conmigo, condenada a no envejecer jamás y pasar la eternidad a mi lado. Serás mi compañera, tanto en los tiempos difíciles como en los dichosos, y juro que pasaré el resto de mi vida cuidando de que cumplas tu condena. Esa será mi venganza.

—Eso es demasiado cruel —se oyó murmurar a Morrigan.

—¿Qué dices, Alana? —inquirió Dagda, observándola—. ¿Aceptas ese castigo?

Ella no tuvo que pensarlo ni un segundo.

—Acepto.

## CAPÍTULO 64

Lugh llevaba varios minutos paseando delante de la puerta de su propia habitación. Se detuvo ante ella, alzó la mano para girar el pomo, y luego la volvió a bajar con un suspiro. Después, comenzó a pasear de nuevo, ida y vuelta, por el pasillo.

Alana estaba totalmente equivocada cuando afirmó que los dioses no tenían miedo. En aquel momento, él estaba aterrado. Tenía que enfrentarse a ella y no sabía cómo hacerlo.

Se moría por besarla, por acariciarla y por hacerle el amor hasta quedar exhaustos, pero después de lo que ella había pasado, no se atrevía a tocarla. Al menos, no en el estado de excitación en el que estaba. No cuando el hambre que sentía por ella rugía en su interior.

Además, todavía tenían mucho de lo que hablar. Aún tenía que cerciorarse de si ella estaba bien, bien de verdad, de que aquel malnacido no le había dejado secuelas que iban más allá del aspecto físico. No quería volver a abrir aquellas heridas, aunque sabía que debía hacerlo para poder curarlas del todo.

Así que, cerró los ojos, tomó aire y, armándose de valor, abrió la puerta y entró. Se la encontró en el balcón, absorta en el paisaje, pero en cuanto lo escuchó entrar, se giró hacia él.

—Cuando dijiste que permanecería en Avalon, a tu lado, no pensé que te referías a que me instalarían en tu habitación —rezongó ella.

—¿Preferirías que te alojaran en otro dormitorio?

—No —respondió ella, sin titubear. Lo miró entre sus pestañas y afirmó: —Tú me amas.

No era una pregunta. Constataba un hecho.

—Nunca he dejado de hacerlo —confesó Lugh.

Y sin poder contenerse más, puesto que ya no había ninguna razón para ello, fue hacia ella y la abrazó. Sus cuerpos se fundieron en un abrazo que expresaba mil emociones sin palabras, mientras sus espíritus se deleitaban con ello.

Cogió el rostro de Alana entre sus manos, dispuesto a besarla hasta que se



quedaran sin aliento, pero se detuvo en el último momento.

—Yo... lo siento —musitó y se alejó de ella mientras se pasaba la mano por el pelo—. Sé que has pasado por un infierno y que necesitas tiempo para recuperarte. No quiero que te sientas presionada a...

—Te equivocas —contradijo ella y se hizo un hueco entre sus brazos hasta abrazarlo por la cintura y pegar su cuerpo al de él—. La primera vez que Yago me... —Su voz se quebró. Lugh la abrazó y eso pareció darle fuerzas para continuar—. Quise morir, ¿sabes? Me sentí rota. Estaba tan dolida y desesperada que decidí acabar con mi vida. Abrí la ventana y subí al alfeizar, dispuesta a saltar de cabeza y romperme el cuello. —Hizo una pausa, embargada por el dolor de aquel recuerdo—. Pero entonces la vi: una pequeña lucecita flotando hacia mí en medio de la oscuridad. Una luciérnaga. En aquel instante recordé tus palabras: «Si dos personas están destinadas a estar juntas, siempre hallarán la forma de vencer a la oscuridad que las separa». En aquella pequeña luciérnaga, encontré la fuerza para resistir.

—Porque sabías que, tarde o temprano, iría a por ti.

—No, porque recordé que tú eres la fuerza que impulsa mi corazón —corrigió ella antes de llevar la mano del hombre hasta su pecho—. *Mo chuisle* —susurró—. No necesito tiempo, te necesito a ti —afirmó, y su mirada desbordaba amor.

—Ya me tienes.

—Pues entonces, bésame —suplicó—, borra con tu ternura el recuerdo de los besos violentos de Yago.

Y Lugh así lo hizo, besando sus labios con toda la ternura que sentía por ella, hasta conseguir arrancarle un suspiro de excitación.

—Acaríciame —suspiró Alana contra sus labios—, haz que desaparezca de mi piel cualquier rastro de otras manos.

La cogió en brazos y la llevó hasta su cama. Prenda a prenda se fueron desnudando, hasta quedar piel con piel. Recorrió su cuerpo con caricias, hasta conseguir borrar el recuerdo del dolor, hasta que Alana volvió a retorcerse de excitación.

—Ámame —rogó—, consigue que mi cuerpo vuelva a sentirse adorado, como solo tú puedes hacerlo.

Lugh penetró en ella con suavidad, moviéndose muy despacio, calmándola con arrullos cuando los malos recuerdos amenazaban con volver, sin dejar de susurrarle cuánto la quería al oído.

La amó y la adoró, hasta que las sombras de sus ojos desaparecieron, hasta que en su mirada solo brilló el deseo, hasta que gimió su nombre y se abandonó al placer.

Cuando terminaron, no se separaron, no podían, continuaron abrazados, besándose de forma lánguida, sabiendo que ya no quedaban barreras entre ellos, que eran libres para amarse como siempre habían deseado.

Porque si dos personas están destinadas a estar juntas, siempre hallarán la forma de vencer a la oscuridad que las separa.

FIN

# EPÍLOGO 1

**A**lana estaba saliendo de la habitación cuando se dio de bruces con Eli. En tan solo un año, su hermana se había convertido en la niña mimada de Avalon, un soplo de aire fresco entre aquellas milenarias paredes de plata, pues, desde que bebiera del caldero, su vitalidad era desbordante. Ya no había ni rastro de aquella niña pálida y enfermiza que había sido. Tampoco quedaba mucho de infantil en ella. Ahora parecía... ¿Una joven macarra?

La miró de arriba abajo, sorprendida por su vestimenta. Hasta ahora había adoptado la apariencia de los danianos, con ropas de colores claros, pero, en aquella ocasión, iba vestida de negro de arriba abajo y sabía quién le había influenciado a ello.

—¿No pasas demasiado tiempo con Morrigan?

—No, hace días que no la veo. Creo que Dagda la ha enviado a una misión —repuso Eli, con expresión extrañada—. ¿Por qué lo dices?

—No lo sé, te encuentro diferente. ¿De dónde vienes?

—De entrenar con un amigo —respondió su hermana, de forma evasiva.

Aquella respuesta no le pareció fuera de lugar. No paraban de llegar rumores a Avalon de que Balor avanzaba en sus planes de unir a un ejército de fomorianos e invadir Irlanda. Por eso, todos habían decidido reforzar sus habilidades mágicas y su formación en combate.

Como descendientes de Biróg, una druidesa daniana, tanto Alana como Eli habían descubierto que tenían más poderes que la simple videncia, y estaban aprendiendo a desarrollarlos. Por añadidura, Alana, siendo hija de Dagda, poseía una energía mucho más poderosa. Incluso le había aparecido un trisquel en la base de la nuca que a Lugh le encantaba besar.

Teniendo aquello en cuenta, que Eli llegara de entrenar era lógico y normal, salvo por un pequeño detalle.

—¿Y para entrenar te pones brillo labial? —inquirió Alana, con la ceja arqueada.

—¿Es que ahora vas a controlar lo que me pongo o si me pinto? —replicó Eli en tono rebelde—. Te recuerdo que ya no soy una niña inválida. Ahora

puedo cuidarme sola.

Alana se sintió como una madre a la que su polluelo empieza a dar los primeros aleteos para poder volar. Estuvo a punto de decir algo célebre, como «harás lo que te diga mientras vivas bajo mi techo», aunque estuviera fuera de lugar puesto que el *techo* era de Dagda, cuando Eli la interrumpió.

—No es momento para que nos pongamos a discutir. He visto a un desconocido entrando en la biblioteca. Es posible que quiera robar el libro. Tienes que venir. ¡Rápido! —apremió mientras la cogía de la mano y tiraba de ella.

Desde que Alana robara el libro, Dagda no lo había vuelto a sacar de Avalon, consciente por fin del peligro que supondría que alguien lo volviera a robar. Ahora lo custodiaba en la biblioteca del castillo, un lugar de ensueño para cualquier lector, con estanterías infinitas y con un catálogo de lo más variado, aunque primaban los libros de mitología, leyendas y profecías. Durante el año que llevaban viviendo allí, Alana había pasado muchas horas entre aquellas paredes junto a Dagda, unidos por su sed de conocimiento y su necesidad interior de estrechar lazos afectivos, aprendiendo de su padre toda la sabiduría recopilada durante milenios en su libro mágico. Si alguien intentaba robarlo, se las tendría que ver con ella.

Alana siguió a Eli por el largo pasillo hasta la biblioteca. La puerta estaba entreabierta. Con precaución, asomaron la cabeza y espionaron el interior. Un hombre pelirrojo y con el cabello hasta los hombros, estaba situado en medio de la sala, pero no parecía estar buscando ningún libro, más bien estaba parado delante de uno de los espejos que había en aquel lugar, observándose. Con asombro, vieron cómo se quitaba la camisa, dejando su torso desnudo, y comenzaba a hacer una serie de posturas propias de los culturistas, probando sus poderosos músculos.

—¡Está cañón!

—¡Eli! —regañó Alana, al instante.

La miró sorprendida porque su hermanita pudiese sentir atracción por un hombre que aparentaba más de treinta años, por cualquier hombre, y, por mucho que le costase hacerse a la idea, no tuvo más remedio que admitir que estaba delante de una mujer.

—¿Qué estáis haciendo?

La voz de Diana les hizo dar un respingo. Habían tardado casi medio año en dejar atrás el pasado y volver a recuperar su relación y, en aquel momento,

sin nada que ocultar, su amistad era más sólida de lo que nunca antes había sido.

—¡Shhhh! No hables tan alto, ¿quieres? —reprendió Alana—. Nos va a descubrir.

—¿Quién?

—El guaperas de ahí dentro —terció Eli con un guiño, lo que le valió otra mirada de censura de Alana—. Estamos espiándolo —añadió, ignorando el ceño fruncido de su hermana.

Diana asomó también la cabeza para comprobar quién era el sujeto de su atención.

—Creíamos que había entrado a robar el libro, pero lleva varios minutos así, haciendo... eso —concluyó, a falta de encontrar una descripción mejor para la postura que había adoptado en la que estaba apretando sus manos, una contra otra, a la altura de su cintura, para maximizar sus pectorales.

—Es hipnotizante —musitó Eli, mientras observaba cómo contraía los músculos de su pecho, primero el derecho y luego el izquierdo, en un vaivén incesante.

—El caso es que me suena de algo —reconoció Diana, al tiempo que lo miraba de forma reflexiva—. Sea quien sea, hay que reconocer que es muy guapo.

Ese comentario hizo que Eli observara a Alana con una ceja arqueada, como retando que dijera algo al respecto.

—Bueno, sí, reconozco que es atractivo, pero...

—¿Quién te parece atractivo?

Alana dio un respingo al escuchar la voz de Lugh detrás de ella.

—Hay un desconocido en la biblioteca —informó Eli, solícita.

—¿Y piensas que es más atractivo que yo? —refunfuñó Lugh, mientras clavaba la mirada en Alana con una ceja arqueada.

Ella puso los ojos en blanco. Su amado dios del Sol continuaba siendo un vanidoso sin remedio, cualidad que la mayor parte del tiempo daba pie a que Alana bromease a su costa y Lugh se resarciera de ello, del modo más pasional.

—Bueno, ese cabello rojizo y todos esos músculos grandes y poderosos... —rezongó Alana, fingiendo estar embelesada por el desconocido.

La reacción de Lugh no se hizo esperar y se adentró en la biblioteca

abriendo la puerta de par en par para enfrentarse al hombre que había despertado su interés, pero se quedó paralizado al verlo por primera vez, y sus ojos se abrieron al máximo por la sorpresa.

—¿Dagda?

Las tres mujeres lo miraron, con asombro.

—Ya sabía yo que me sonaba de algo. Una vez se mostró ante mí con ese aspecto —explicó Diana, al caer en la cuenta de ello.

—Tú diciendo que lo veías atractivo y resulta que es tu padre —masculló Eli, mientras codeaba a Alana—. ¡Qué asco! ¿Eso se considera incesto mental?

—Te recuerdo que has dicho que estaba cañón —replicó Alana, con voz seca.

—¡Doble *ascazo*! —exclamó su hermana con una mueca.

Dagda los miró azorado al verse observado por todos y se puso la camisa con premura.

—¿Qué ocurre? ¿Qué hacéis todos aquí?

—No sabía que eras tú y pensé que alguien intentaba robar el libro, así que avisé a Alana —balbució Eli, todavía recuperándose de la sorpresa.

—Yo solo pasaba por aquí a traer la chaqueta de Eli —agregó Diana mostrando la prenda—. Se la dejó en el Castillo de la Niebla mientras entrenaba con Taran.

Aquel último comentario atrajo toda la atención de Alana y se giró hacia Eli.

—¿Taran es tu misterioso «amigo»?

—Puede ser —reconoció ella bajo el peso de su ceño fruncido—. Si no te he dicho nada es porque sabía que te pondrías así.

—Así, ¿cómo?

—Como una madre histérica.

—Yo no...

—No tienes de qué preocuparte, Alana —intervino Diana, adivinando el porqué de la preocupación de su amiga—. Taran nunca...

—Eli lleva brillo de labios —cortó ella, mientras clavaba una mirada acusatoria en su hermanita.

—¡Ups! —musitó Diana al darse cuenta de ello y de lo que significaba—. Eli, cariño, Taran es un poco mayor para ti, ¿no crees?

—¡No me lo puedo creer! A falta de una madre, ahora tengo dos —bufó,

con enfado.

—No tenéis de qué preocuparos —terció Lugh—. Como a Taran se le ocurra siquiera tocarle un pelo, se las tendrá que ver conmigo —juró con ferocidad.

Eli los miró con fastidio y, sabiendo que era inútil discutir, se marchó de allí, refunfuñando.

Alana lo observó con adoración. Lugh se había vuelto muy protector con su hermana y, aunque a Eli le sacara de quicio, a ella le encantaba esa cualidad, porque era una muestra más de que valoraba todo lo que para ella era importante.

Sin poder contenerse, lo atrajo hacia ella cogiéndolo de la camiseta y lo besó. En cuanto sus labios rozaron los de Lugh, él la envolvió entre sus brazos y aprovechó la oportunidad que se le brindaba para ahondar en su boca con esa mezcla de ternura y pasión que siempre la dejaba temblorosa y con ganas de más. Pero una tosecilla incómoda les recordó que en aquel momento tenían espectadores.

—Yo... lo siento —musitó, ruborizada, mientras escapaba de los brazos de Lugh y se recomponía de un beso que, aunque breve, le había dejado las piernas como gelatina.

—Yo no —afirmó el dios del Sol, con una sonrisa arrogante.

En aquel momento, Elatha entró por la puerta y después de un beso breve, pero intenso a Diana, fijó su atención en Dagda.

—Ya era hora de que dejaras atrás esa apariencia senil.

—Sí, bueno, desde que Alana y Eli vinieron a vivir a Avalon, he recuperado las ganas de vivir —reconoció, mientras sonreía con cariño a Alana—. Todos sabemos a los peligros a los que nos vamos a enfrentar dentro de poco. No sería justo para vosotros si yo no estuviera al máximo de mi capacidad física cuando llegue el momento de la batalla contra Balor.

—Tanto fomorianos como danianos estamos preparados para lo que pueda venir —aseguró Elatha y Lugh asintió conforme—. El problema es que, para defender el Pacto de Tres, todos tenemos que mostrarnos invulnerables, y los milesianos no están pasando por su mejor momento.

Era cierto. El padre O'Malley no había vuelto a ser el mismo desde que se enterara de que Stephen había sido el causante de la muerte de Heather y de su posterior traición. Aquello le había roto el corazón. Sin una figura de poder que los liderase, la unidad de los milesianos se estaba desmoronando.

—Nuestra única esperanza sería que Sean O'Malley tomara su lugar como Guardián y liderara a los milesianos en la batalla.

—Pero Sean reniega de la magia —les recordó Diana, con un suspiro.

—Además, se marchó de Irlanda después de la revuelta de Muckross Abbey —terció Alana—. A saber dónde estará ahora y si estará dispuesto a volver.

—Soy consciente de ello, por eso he decidido tomar cartas en el asunto —comentó Dagda con tono enigmático.

—¿Qué cartas? —inquirió Alana, con curiosidad.

—Una carta en concreto que está especializada en inspirar a los hombres a ir a la batalla —respondió Dagda y esbozó una sonrisa maliciosa.



## EPÍLOGO 2

Morrigan, hija de Ernmas, una de las más poderosas diosas celtas, a la que la diosa Danu le había otorgado los títulos de diosa de la Muerte y de la Destrucción y conocida también por muchos como Dama de la Oscuridad, siguió, con desconfianza, al hombrecillo enjuto y con un fuerte acento galés, que se había presentado como el *maitre*, hacia el interior del comedor.

El último *favor* que le había pedido Dagda la había llevado hasta Crickhowell, una pequeña y pintoresca localidad del condado de Powys, ubicada en el este de Gales. Concretamente, hasta un encantador restaurante de las afueras, situado en lo alto de una pequeña colina y con una gran cristalera dentro de la zona de comedor que ofrecía unas vistas impresionantes del Parque Nacional Brecon Beacons.

El hombre, rubio y con un refinado bigote un tono más oscuro, la condujo hasta una mesa en el fondo del local y le retiró la silla con ceremonia para ayudarla a sentarse.

Morrigan observó a su alrededor mientras él le tendía la carta. El ambiente era relajado y agradable y, por sus expresiones, los comensales parecían muy satisfechos con la comida. Ojeó la carta y se decidió por una ensalada de brotes tiernos con nueces y queso de cabra y por la recomendación de la casa como plato principal: trucha salvaje a las finas hierbas, acompañada de setas silvestres.

Aceptó la sugerencia del chef de un vino blanco para acompañar la comida y, mientras lo degustaba, esperó con paciencia a que le sirvieran. No tuvo que aguardar demasiado. En cuestión de minutos, una bonita camarera apareció con el primer plato. La ensalada, aunque sencilla, estaba deliciosa y la disfrutó despacio. En cuanto acabó, la misma camarera le retiró el plato y le sirvió el siguiente.

La presentación le pareció muy cuidada y, al probar el primer trozo de trucha, cerró los ojos para disfrutar de todos los matices que acudieron a su boca al saborearla. Estaba exquisita.

—Señorita, ¿todo es de su agrado?

Morrigan abrió los ojos al escuchar la voz solícita del *maitre*. Su sonrisa era amable. Sin duda, era una pregunta de cortesía, pues se notaba que tenía la seguridad en que la respuesta era afirmativa.

—A decir verdad, no.

La cara del hombre mudó al instante, dando paso a la sorpresa.

—Me gustaría hablar con el chef.

La observó, azorado, pues no parecía acostumbrado a aquel tipo de reacción.

Se excusó con ella y desapareció por las puertas que daban acceso a la cocina. Poco después, apareció seguido por un hombre con mirada ceñuda.

Morrigan lo observó con atención. Tenía cierto parecido al padre O'Malley, no se podía negar. Cabello oscuro, cejas negras y bien definidas en un arco anguloso, y unos ojos de un azul muy claro con el iris enmarcado en negro, lo que dotaba a su mirada de profundidad. Sus facciones eran duras y muy masculinas. No tenía la musculatura demasiado desarrollada, no como los fomorianos, pero sí lo bastante para resultar atlético. Con todo, el conjunto resultaba atractivo, muy atractivo.

La mirada de la diosa brilló de interés. Después de todo, puede que aquella misión no fuese tan aburrida como había supuesto.

En cuanto los ojos del chef repararon en ella, su mirada ceñuda fue sustituida por una cautelosa y su expresión de fastidio se borró para dar paso a un rostro inescrutable.

—Soy Sean O'Malley, el chef. ¿Hay algún problema con la trucha? —inquirió al llegar hasta su mesa. Su tono distaba de ser humilde, parecía bastante ofendido por la posibilidad de que tuviera alguna queja con su comida.

Morrigan sonrió para sus adentros.

—Ya lo creo que sí —respondió con voz suave y, mirándolo entre las pestañas, añadió: —Creo que necesita un toque de magia.

# AGRADECIMIENTOS

Llega el momento de los agradecimientos y no puedo olvidar a todas las personas que han contribuido a que esta historia haya podido llegar a vuestras manos:

A mi familia, por su paciencia, sobre todo a mis tres chicos, a los que adoro con locura y que ya han aceptado a mi portátil como una extensión de mí.

Gracias a Carmen, Leo y M<sup>a</sup> José, las mejores lectoras cero que se pueda desear, por estar siempre dispuestas a leer todo lo que os doy.

A María Gardey, por su gran trabajo en la corrección de esta novela.

Gracias a Ángela Drei, por nuestras charlas en la distancia y por tu amistad y apoyo constante.

A Érika Gael, gracias por enseñarme a expresar con palabras todo lo que surge en mi imaginación.

Y un agradecimiento especial a todas las lectoras que, en cuanto leísteis *La sombra de Erin*, me pedisteis la historia de Lugh y Alana. No hay mejor empuje para escribir que vuestros mensajes de ánimo. Así que, si os ha gustado este libro, gritarlo a los cuatro vientos, que es el mejor apoyo que podéis darnos a los escritores.

# BIOGRAFÍA DE LA AUTORA

Adriana Rubens nació en Valencia en 1977 y se licenció en Bellas Artes por la Universidad Politécnica de Valencia, dónde le concedieron diferentes becas de estudios en el extranjero, que le permitieron vivir unos años entre Italia e Irlanda.

Apasionada de la novela romántica desde muy joven, intenta compaginar su afición por la escritura con un trabajo y dos niños pequeños, llamados Adrián y Rubén, de cuyos nombres sacó la inspiración para su seudónimo.

Su primera novela, *Detrás de la máscara*, fue galardonada con el VI Premio Vergara-RNR y su segunda novela, *Mi nombre es Pecado*, obtuvo una mención especial en el IV Premio Internacional HQÑ. A estas le siguen varias novelas más que han conseguido excelentes críticas entre sus lectores, entre las que se encuentran *Detrás de tu mirada*, ganadora del Premio Rincón Romántico al mejor romance histórico nacional del 2018 y *La sombra de Erin*, ganadora del Premio Rincón Romántico al mejor romance de fantasía nacional del 2018.

Si quieres conocer todos sus libros, visita su web:

[www.adrianarubens.com](http://www.adrianarubens.com)

---

[i] Término cariñoso de origen gallego, significa algo así como «mi palomita».

[ii] En gallego, «madre».

[iii] En gaélico, «Hoy es mi día de suerte».

[iv] En gaélico, «Buenas noches, hermosa».

[v] En gaélico, «ábrete para mí».

[vi] En gaélico, «Me dejas sin aliento».

[vii] En gaélico, «Buenas noches, mi latido».